

ANEJOS DE LA REVISTA CELESTINESCA

*Tragicomedia de
Calisto y Melibea
(La Celestina)*

Edición de José Luis Canet



ISSN 2695-7183

VNIVERSITAT
ID VALÈNCIA

© José Luis Canet Vallés

Revista Celestinesca

Valencia, 2020

ISSN DIGITAL: 2695-7183

Obra bajo licencia Creative Commons CC BY-NC-ND



Cubierta: José Luis Canet

Imagen de cubierta:

Grabado de la portada de la edición de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, Valencia, Joan Joffré, 1518.

Los grabados sin indicación proceden de la edición de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, Valencia, Joan Joffré, 1518. Los otros se indica al pie su procedencia.

Este volumen se incluye dentro del Proyecto de Investigación *Parnaseo (Servidor web de Literatura Española)* financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad, referencia FFI2017-82588-P (AEI/FEDER, UE)

TRAGICOMEDIA DE CALISTO Y MELIBEA

(*La Celestina*)

Edición de José Luis Canet

Introducción

La presente edición

La presente edición de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* es una transformación de la que realicé en epub para la editorial [Clásicos Hispánicos](#) en 2017, con pequeñas modificaciones del texto y notas.

En las ediciones que he realizado, bien sean de la *Comedia* o de la *Tragicomedia*, he omitido la autoría de Fernando de Rojas, puesto que sigo el parecer de todos los editores del siglo xvi que no hicieron caso de la información contenida en los versos acrósticos. Véase la [Introducción general](#) que incluyo separadamente a las tres ediciones que presento en los *Anejos de Celestinesca*.

Las anotaciones aclaratorias tienen que ver en su mayoría con las fuentes utilizadas por los «autores» en la elaboración del texto (cada autor ha utilizado fuentes claramente diferenciadas), así como los refranes, puesto que siempre se ha dicho que la *Celestina* constituye un refranero. He dejado de lado las notas léxicas, puesto que en la actualidad puede consultarse cualquier palabra en multitud de diccionarios en línea (sobre todo el *Diccionario de Autoridades* de la RAE).

Criterios de edición

He utilizado como texto base la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, Valencia, Juan Joffré, 27 de Marzo de 1518. Esta edición, que corrige a la que se ha considerado canónica, la valenciana de 1514 (cuyo probable editor fue Alonso de Proaza, quien se encontraba a la sazón en Valencia), me ha parecido que podía ofrecer el mejor texto, al que he incorporado pequeñas modificaciones que solucionan pasajes oscuros y a veces incomprensibles procedentes del *Manuscrito de Palacio*, de la *Comedia de Calisto y Melibea* (sobre todo las de Burgos, ¿1499-1502?, y Toledo, 1500), así como de las ediciones de la *Tragicomedia* de Zaragoza, 1507 y la de Valencia, [Juan Jofré, 1514](#). Todas estas alteraciones al texto se indican en nota a pie de página.

Los criterios gráficos y ortográficos seguidos son:

- Desarrollo de las abreviaturas.
- Acentuación por tildes y puntuación, según criterios actuales: El signo tiroliano se transcribe por *y*.
- Se usa *u* y *v*, *i* y *j* según su valor vocálico o consonántico, dando preferencia al uso actual («mujer, ajeno...»)
- La secuencia de vocal + *i* final y la *y* griega en el interior de una palabra se transcribe según el uso actual.
- Se han simplificado las consonantes dobles, como -pp, -dd, -ff, -nn, incluso -ll- cuando no tiene valor palatal («intellectual») Pero no la -ss, que tiene valor fonológico. Algunas excepciones se concede a los nombres propios.
- El dígrafo *qu* con valor de [k] se cambia por *c*. De la misma manera el dígrafo *ph* se transcribe como *f* («philosophía» = «filosofía»).
- Se representa como *r* la vibrante en posición inicial y postconsonántica.
- Se transcribe como *s* la doble *ss* inicial y postconsonántica.
- Se añade la *e* a la *s* líquida: *spíritu* = espíritu, pero no en los casos de «scribir».
- El adverbio de lugar *ay*, se transcribe por *ahí*.
- Se regula, según uso actual, el uso de la *h* (procedente de *h* latina o ultracorrecta: *hedad*: edad); por normas de la colección se ha repuesto en otros casos («aver», «hoy», etc.) de *h-* muda en los que actualmente la lleva; se ha suprimido en latinismos («*thesoro*»); pero sí se ha añadido al centenar de *o* exclamativos: «*oh*».
- Por la misma razón fonológica se ha repuesto la bilabial *m* delante de *b/p*.
- En general estas regularizaciones se basan en la variedad de formas, ya que el texto presenta frecuentemente las formas actuales, por ejemplo las del verbo «haber» con *h-*, o las reducciones de consonantes (por ejemplo de «*ph*» a «*f*» en «filosofando»).

Se resaltan los refranes mediante comillas simples.

José Luis Canet
Universitat de València



Tragicomedia

de calisto y Adelibea nuenamēte reuista y emendada cō addicion dlos argumētos de cada vn auto en principio. la qual cōtiene de mas de su agradable ⁊ dulce estilo muchas sentēcias filosofales: ⁊ auisos muy necessarios pa mācebos: mostrādo les los engaños q̄ estā encerrados en siruētēs ⁊ alcabuetas.





Escudo del impresor Joan Joffré

Tragicomedia de Calisto y Melibea

nuevamente revista y emendada, con adición de los argumentos de cada un auto en principio. La cual contiene, demás de su agradable y dulce estilo, muchas sentencias filosofales y avisos muy necesarios para mancebos, mostrándoles los engaños que están encerrados en sirvientes y alcahuetas

El auctor a un su amigo

Suelen los que de sus tierras absentes se hallan considerar de qué cosa aquel lugar donde parten mayor inopia o falta padezca, para con la tal servir a los conterráneos de quien en algún tiempo beneficio recibido tienen. Y viendo que legítima obligación a investigar lo semejante me compelia para pagar las muchas mercedes de vuestra libre liberalidad recibidas, assaz vezes retraído en mi cámara, acostado sobre mi propia mano, echando mis sentidos por ventores y mi juizio a bolar, me venía a la memoria no solo la necesidad que nuestra común patria tiene de la presente obra por la muchedumbre de galanes y enamorados mancebos que posee, pero aun en particular vuestra misma persona, cuya juventud de amor ser presa se me representa haver visto y dél cruelmente lastimada a causa de le faltar defensivas armas para resistir sus fuegos, las cuales hallé esculpidas en estos papeles, no fabricadas en las grandes herrerías de Milán, mas en los claros ingenios de doctos varones castellanos formadas. Y como mirasse su primor, sutil artificio, su fuerte y claro metal, su modo y manera de lavor, su estilo elegante, jamás en nuestra castellana lengua visto ni oído, leílo tres o cuatro vezes, y tantas cuantas más lo leía, tanta mas necesidad me ponía de releerlo y tanto más me agradava y en su processo nuevas sentencias sentía. Vi no sólo ser dulce en su principal historia o ficción toda junta, pero aun de algunas sus particularidades salían deleitables fontezas de filosofía, de otros agradables donaires, de otros avisos y consejos contra lisonjeros y malos sirvientes y falsas mujeres hechizeras.

Vi que no tenía su firma del autor, el qual, según algunos dizen, fue Juan de Mena y, según otros, Rodrigo Cota. Pero, quienquier que fuesse, es digno de recordable memoria por la sutil invención, por la gran copia de sentencias entrexeridas que so color de donaires tiene. Gran filósofo era. Y pues él, con temor de detractores y nocibles lenguas más aparejadas a reprehender que a saber inventar, quiso celar y encubrir su nombre, no me culpéis si en el fin baxo que lo pongo no expressare el mío, mayormente que, siendo jurista yo, aunque obra discreta, es ajena de mi facultad. Y quien lo supiesse diría que no por recreación de mi principal estudio, del qual yo más me precio, como es la verdad, lo hiziesse; antes, distraído de los derechos, en esta nueva lavor me entremetiesse. Pero aunque no acierten, sería pago de mi osadía. Assimesmo pensarían que no quinze días de unas vacaciones, mientras mis socios en sus tierras, en

acabarlo me detuviese, como es lo cierto, pero aun más tiempo y menos acepto. Para disculpa de lo cual todo, no sólo a vos, pero a cuantos lo leyeren, ofrezco los siguientes metros. Y porque conocáis donde comiençan mis mal doladas razones, acordé que todo lo del antiguo autor fuese sin división en un auto o cena incluso hasta el segundo auto, donde dize: «Hermanos míos» y etcetera. *Vale*.



El autor, escusándose de su yerro en esta obra que
escribió, contra sí arguye y compara¹

El silencio escuda y suele encubrir
La falta de ingenio y torpeza de lenguas;
Blasón, que es contrario, publica sus menguas
A quien mucho habla sin mucho sentir.

1.- Versos acrósticos en donde se puede leer la autoría de la obra juntando las iniciales de los versos, desvelados por Alonso de Proaza en las estrofas finales «Al lector».

Como hormiga que dexa de ir
Holgando por tierra con la provisión,
Jactose con alas de su perdición,
Lleváronla en alto, no sabe dónde ir.

Prosigue

El aire gozando ajeno y estraño,
Rapiña es ya hecho de aves que buelan,
Fuertes más que ella por cevo la llievan,
En las nuevas alas estava su daño.
Razón es que aplique a mi pluma este engaño,
No despreciando a los que me arguyen;
Assí que a mí mesmo mis alas destruyen,
Nublosas y flacas, nascidas de ogaño.

Prosigue

Donde esta gozar pensava volando,
O yo de escrevir cobrar más honor,
Del uno y del otro nació disfavor:
Ella es comida y a mí están cortando.
Reproches, revistas y tachas callando
Obstara a los daños de invidia y murmulos;
Insisto remando, y los puertos seguros
Atrás quedan todos ya quanto más ando.

Prosigue

Si bien queréis ver mi limpio motivo
A cuál se andereça de aquestos extremos,
Con cuál participa, quién rige sus remos,
Apollo, Diana o Cupido altivo,
Buscad bien el fin de aquesto que escrivo
O del principio leed su argumento;
Leeldo, veréis que, aunque dulce cuento,
Amantas, que os muestra salir de cativo.

Comparación

Como el doliente que píldora amarga
 O la recela o no puede tragar,
 Métenla dentro de dulce manjar,
 Engáñase el gusto, la salud se alarga.
 Desta manera mi pluma se embarga,
 Imponiendo dichos lascivos, rientes,
 Atrae los oídos de penadas gentes,
 De grado escarmientan y arrojan su carga.

Buelve a su propósito

Estando cercado de dudas y antojos,
 Compuse tal fin quel principio desata;
 Acordé dorar con oro de lata
 Lo más fino tíbar que vi con mis ojos,
 Y encima de rosas sembrar mil abrojos.
 Suplico, pues, suplan discretos mi falta;
 Teman grosseros y en obra tan alta
 O vean y callen, o no den enojos.

Prosigue dando razones porqué se movió a acabar esta obra

Yo vi en Salamanca la obra presente;
 Movime a acabarla por estas razones:
 Es la primera, que esté en vacaciones,
 La otra, inventarla persona prudente;
 Y es la final ver ya la más gente
 Buelta y mezclada en vicios de amor.
 Estos amantes les pornán temor
 A fiar de alcahueta ni falso sirviente.

Y assí que esta obra en el proceder
 Fue tanto breve quanto muy sutil;
 Vi que portava sentencias dos mil,
 En forro de gracias, lavor de plazer.
 No hizo Dédalo, cierto a mi ver,
 Alguna más prima entretalladura,
 Si fin diera en esta su propria escriptura
 Catón o Mena con su gran saber.

Jamás yo no vide en lengua romana,
 Después que me acuerdo, ni nadie la vido,
 Obra de estilo tan alto y sobido
 En tusca ni griega ni en castellana.
 No trae sentencia de donde no mana
 Loable a su autor y eterna memoria,
 Al cual Jesucristo resciba en su gloria
 Por su pasión santa que a todos nos sana.

*Amonesta a los que aman que sirvan a Dios y dexen
 las vanas cogitaciones y vicios de amor*

Vos, los que amáis, tomad este enxemplo,
 Este fino arnés con que os defendáis;
 Bolved ya las riendas porque no os perdáis,
 Load siempre a Dios visitando su templo.
 Andad sobre aviso, no seáis de exemplo
 De muertos y bivos y propios culpados;
 Estando en el mundo yazéis sepultados;
 Muy gran dolor siento cuando esto contemplo.

Fin

¡Oh damas, matronas, mancebos, casados,
 Notad bien la vida que aquestos hizieron,
 Tened por espejo su fin cual huvieron,
 A otro que amores dad vuestros cuidados!
 Limpiad ya los ojos, los ciegos errados,
 Virtudes sembrando con casto bivir;
 A todo correr devéis de huir
 No os lance Cupido sus tiros dorados.



[Prólogo]

- ☛ Todas las cosas ser criadas a manera de contienda o batalla dize aquel gran sabio Eráclito en este modo: *Omnia secundum litem fiunt*.² Sentencia a mi ver digna de perpetua y recordable memoria. Y como sea cierto que toda palabra del hombre esciente esté preñada, desta se puede dezir que de muy hinchada y llena quiere rebentar, echando de sí tan crecidos ramos y hojas, que del menor pimpollo se sacaría harto fruto entre personas discretas. Pero como mi pobre saber no baste a más de roer sus secas cortezas de los dichos de aquellos que por claror de sus ingenios merecieron ser aprovados, con lo poco que de allí alcançare satisfaré al propósito deste breve prólogo. Hallé esta sentencia corroborada por aquel gran orador y poeta laureado Francisco Petrarca, diziendo: *Sine lite atque offensione nil genuit natura parens*. «Sin lid y ofensión ninguna cosa engendró la natura, madre de todo». Dize mas adelante: *Sic est enim, et sic propemodum vniuersa testantur. Rapide stelle obuiant firmamento, contraria inuicem elementa confligunt, terre tremunt, maria fluctuant, aer quatitur, crepant flamme, bellum immortale venti gerunt, tempora temporibus concertant, secum singula nobiscum omnia*. Que quiere dezir: «En verdad assí es, y assí todas las cosas desto dan testimonio: las estrellas se encuentran en el arrebatado firmamento del cielo, los adversos elementos unos con otros rompen pelea, tremen las tierras, ondean las mares, el aire se sacude, suenan las llamas, los vientos entre sí traen perpetua guerra, los tiempos con tiempos contienden y litigan entre sí, uno a uno y todos contra nosotros».

El verano vemos que nos aqueja con calor demasiado, el invierno con frío y aspereza. Assí que esto que nos parece revolución temporal, esto con que nos sostenemos, esto con que nos criamos y bevimos, si comienza a ensobervercese más de lo acostumbrado, no es sino guerra. Y cuánto se ha de temer manifiéstase por los grandes terremotos y torvellinos, por los naufragios y incendios, assí celestiales como terrenales, por la fuerza de los aguaduchos, por aquel bramar de truenos, por aquel temeroso ímpetu de rayos, aquellos cursos y recursos de las nuves, de cuyos abiertos movimientos, para saber la secreta causa de que proceden, no es menor la dissención de los filósofos en las escuelas que de las ondas en la mar. Pues entre los animales ningún género carece de guerra: pescos, fieras, aves, serpientes; de lo cual todo una especie a otra persigue: el león

2.- Petrarca, *De remediis*, II, *Praefatio*, A, 2-3. Gran parte de este prólogo sigue al de Petrarca en el *De remediis*.

al lobo, el lobo la cabra, el perro la liebre, y, si no pareciese conseja de tras el fuego, yo llegaría más al cabo esta cuenta. El elefante, animal tan poderoso y fuerte, se espanta y huye de la vista de un suziuelo ratón, y aun de solo oírle toma gran temor. Entre las serpientes, el vajarisco³ crió la natura tan ponçoñoso y conquistador de todas las otras, que con su silvo las asombra y con su venida las ahuyenta y disparze, con su vista las mata. La bívora, reptilia o serpiente enconada, al tiempo del concebir, por la boca de la hembra metida la cabeça del macho, y ella con el gran dulçor apriétale tanto que le mata y, quedando preñada, el primer hijo rompe las ijares de la madre, por do todos salen y ella muerta queda; él cuasi como vengador de la paterna muerte. ¿Qué mayor lid, qué mayor conquista ni guerra que engendrar en su cuerpo quien coma sus entrañas? Pues no menos dissensiones naturales creemos haver en los pescados, pues es cosa cierta gozar la mar de tantas formas de pesces cuantas la tierra y el aire cría de aves y animalias, y muchas más. Aristóteles y Plinio cuentan maravillas de un pequeño pece llamado *echeneis*, cuánto sea apta su propiedad para diversos géneros de lides; especialmente tiene una, que si allega a una nao o carraca la detiene, que no se puede menear aunque vaya muy rezio por las aguas; de lo cual haze Lucano mención diziendo: *Non pupim retinens, Euro tendente rudentes, in mediis echeneis aquis*, «No falta allí el pece dicho *echeneis*, que detiene las fustas cuando el viento Euro estiende las cuerdas en medio de la mar». ¡Oh natural contienda, digna de admiración, poder más un pequeño pece que un gran navío con toda la fuerça de los vientos! Pues si discurrimos por las aves y por sus menudas enemistades, bien afirmaremos ser todas las cosas criadas a manera de contienda; las más biven de rapiña, como halcones y águilas y gavilanes; hasta los grosseros milanos insultan dentro en nuestras moradas los domésticos pollos y debaxo las alas de sus madres los vienen a caçar. De una ave llamada *rocho*, que naçe en el Índico, mar de oriente, se dize ser de grandeza jamás oída y que lleva sobre su pico fasta las nuves no solo un hombre o diez, pero un navío cargado de todas sus xarcias y gente. E como los míseros navegantes estén assí suspensos en el aire, con el me-neo de su buelo caen y reciben crueles muertes. Pues ¿qué diremos entre los hombres a quien todo lo sobre dicho es sujeto? ¿Quién explanará sus guerras, sus enemistades, sus embidias, sus acelaramientos y movimientos y descontentamientos? ¿Aquel mudar de trajes, aquel derribar y renovar edificios y otros muchos afectos diversos y variedades que desta nuestra flaca humanidad nos provienen?

Y pues es antigua querella y visitada de largos tiempos, no quiero maravillarme si esta presente obra ha seído instrumento de lid o contienda

3.— Se refiere al basilisco, animal que paralizaba a las víctimas con la vista.

a sus lectores para ponerlos en diferencias, dando cada uno sentencia sobre ella a sabor de su voluntad. Unos dezían que era prolixa, otros breve, otros agradable, otros escura, de manera que cortarla a medida de tantas y tan diferentes condiciones a solo Dios pertenesce. Mayormente, pues ella con todas las otras cosas que al mundo son van debaxo de la vadera desta notable sentencia: «Que aun la mesma vida de los hombres, si bien lo miramos, desde la primera edad hasta que blanquean las canas, es batalla». Los niños con los juegos, los moços con las letras, los mançebos con los deleites, los viejos con mil especias de enfermedades pelean;⁴ y estos papeles con todas las edades. La primera los borra y rompe, la segunda no los sabe bien leer, la tercera, que es la alegre juventud y mancebía, discorda. Unos les roen los huessos que no tienen virtud, que es la historia toda junta, no aprovechándose de las particularidades, ha-ziéndola cuenta de camino; otros pican los donaires y refranes comunes, loándolos con toda atención, dexando passar por alto lo que haze más al caso y utilidad suya. Pero aquellos para cuyo verdadero plazer es todo, desechan el cuento de la historia para contar, coligen la suma para su provecho, ríen lo donoso, las sentencias y dichos de filósofos guardan en su memoria para trasponer en lugares convenientes a sus autos y propósitos. Assí que cuando diez personas se juntaren a oír esta *Comedia* en quien quepa esta diferencia de condiciones, como suele acaescer, ¿quién negará que haya contienda en cosa que de tantas maneras se entienda? Que aun los impressores han dado sus punturas, poniendo rúbricas o sumarios al principio de cada auto, narrando en breve lo que dentro contenía; una cosa bien escusada según lo que los antiguos escriptores usaron. Otros han litigado sobre el nombre, diciendo que no se avía de llamar comedia, pues acabava en tristeza, sino que se llamasse tragedia. El primer auctor quiso darle denominación del principio, que fue plazer, y llamola comedia. Yo, viendo estas discordias, entre estos extremos partí agora por medio la porfía y llamela tragicomedia. Assí que viendo estas conquistas, estos díssonos y varios juizios, miré a donde la mayor parte acostava y hallé que querían que se alargasse en el processo de su deleite destes amantes; sobre lo cual fui muy importunado, de manera que acordé, aunque contra mi voluntad, meter segunda vez la pluma en tan estraña lavor y tan ajena de mi facultad, hurtando algunos ratos a mi principal estudio, con otras horas destinadas para recreación, puesto que no han de faltar nuevos detractores a la nueva adición.

4.- Aquí termina la copia casi literal del *Praefatio* del *De remediis* de Petrarca. Vid. Deyermond, 1961: 52-58.



Grabado de un autor redactando su obra, utilizado por el impresor Joan Joffré en alguno de sus impresos

Síguese la comedia o tragicomedia de Calisto y Melibea

compuesta en reprehensión de los locos enamorados que, vencidos en su desordenado apetito, a sus amigas llaman y dicen ser su dios. Assimismo hecho en aviso de los engaños de las alcahuetas y malos y lisonjeros sirvientes.

Argumento

Calisto fue de noble linage, de claro ingenio, de gentil disposición, de linda criança, dotado de muchas gracias, de estado mediano. Fue preso en el amor de Melibea, mujer moça muy generosa, de alta y sereníssima sangre, sublimada en próspero estado, una sola heredera a su padre Pleberio y de su madre Alisa muy amada. Por solicitud del pungido Calisto, vencido el casto propósito della, entreveniendo Celestina, mala y astuta mujer, con dos servientes del vencido Calisto, engañados y por esta tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de deleite, vinieron los amantes y los que les ministraron en amargo y desastrado fin. Para comienço de lo cual dispuso el adversa fortuna lugar oportuno donde a la presencia de Calisto se presentó la desseada Melibea.



Argumento del primer auto desta comedia

Entrando Calisto en una huerta en pos de un falcón suyo, halló ahí a Melibea, de cuyo amor preso començole de hablar. De la cual rigurosamente despedido, fue para su casa muy sangustiado. Habló con un criado suyo llamado Sempronio, el cual, después de muchas razones, le endereçó a una vieja llamada Celestina, en cuya casa tenía el mesmo criado una enamorada, llamada Elicia, la cual, viniendo Sempronio a casa de Celestina con el negocio de su amo, tenía a otro consigo llamado Crito, al cual escondieron. Entretanto que Sempronio está negociando con Celestina, Calisto está razonando con otro criado suyo, por nombre Pármeno, el cual razonamiento dura hasta que llega Sempronio y Celestina a casa de Calisto. Pármeno fue conocido de Celestina, la cual mucho le dize de los hechos y conocimiento de su madre, induziéndole a amor y concordia de Sempronio.

Pármeno. Calisto. Melibea. Sempronio. Celestina. Elicia. Crito.

CALISTO.— En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA.— ¿En qué, Calisto?

CALISTO.— En dar poder a natura que de tan perfecta hermosura te dotasse y fazer a mí, inmérito, tanta merced que verte alcançasse, y en tan conveniente lugar que mi secreto dolor manifestarte pudiesse. Sin duda, incomparablemente es mayor tal gualardón que el servicio, sacri-

ficio, devoción y obras pías que, por este lugar alcançar, yo tengo a Dios ofrescido. ¿Quién vido en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre como agora el mío? Por cierto, los gloriosos santos que se deleitan en la visión divina no gozan más que yo agora en el acatamiento tuyo. Mas, ¡oh triste!, que en esto diferimos, que ellos puramente se glorifican sin temor de caer de tal bienaventurança y yo, misto, me alegro con recelo del esquivo tormento que tu ausencia me ha de causar.

MELIBEA.— ¿Por gran premio tienes este, Calisto?

CALISTO.— Téngolo por tanto, en verdad, que si Dios me dicesse en el cielo la silla sobre sus santos, no lo ternía por tanta felicidad.

MELIBEA.— Pues aun más igual galardón te daré yo si perseveras.

CALISTO.— ¡Oh bienaventuradas orejas mías, que indignamente tan gran palabra havéis oído!

MELIBEA.— Más desaventuradas de que me acabes de oír, porque la paga será tan fiera cual meresce tu loco atrevimiento, y el intento de tus palabras, Calisto, ha seído de hombre de tal ingenio como tú, mas no para se perder en la virtud de tal mujer como yo.⁵ ¡Vete, vete de ahí, torpe!, que no puede mi paciencia tolerar que haya subido en coraçón humano conmiço en ilícito amor communicar su deleite.

CALISTO.— Iré como aquel contra quien solamente la adversa fortuna pone su estudio con odio cruel.

CALISTO.— ¡Sempronio, Sempronio, Sempronio! ¿Dónde está este maldito?

SEMPRONIO.— Aquí estoy, señor, curando destos cavallos.

CALISTO.— Pues, ¿cómo sales de la sala?

SEMPRONIO.— Abatiose el girifalte y vine a le endereçar en el alcándara.

CALISTO.— ¡Assí los diablos te ganen! ¡Assí por infortunio arrebató perezcas o perpetuo intolerable tormento consigas, el cual en grado incomparablemente a la penosa y desastrada muerte que espero traspassa! ¡Anda, anda, malvado, abre la cámara y endereça la cama!

SEMPRONIO.— Señor, luego. Hecho es.

CALISTO.— Cierra la ventana y dexa la tiniebla acompañar al triste y al desdichado la ceguedad. Mis pensamientos tristes no son dignos de luz. ¡Oh bienaventurada muerte aquella que desseada a los afligidos viene!⁶ ¡Oh si viniéssedes agora Erasítrato, médico,⁷ sentiríades mi mal! ¡Oh,

5.— Sigo en este fragmento al Manuscrito de Palacio. En el texto: *ha seydo como de ingenio de tal hombre como tu avie de salir para se perder en la virtud de tal mujer como yo*. Vid. Patrizia Botta [2002].

6.— *Auctoritates Aristotelis*, XXV, 3-4 [Castro Guisasola: 102; Ruiz Arzálluz, 1996: 271].

7.— En la *Comedia*: «Eras y Crato, médicos»; en la *Tragicomedia*: «Crato y Galieno, médicos». En las ediciones modernas: «Erasítrato, médico» a partir de la de Salamanca de 1570. Vid. Miguel García-Gómez [1982].

☛ piedad de Seleuco, inspira en el Plebérico corazón,⁸ porque sin esperanza de salud no embíe el espíritu perdido con el desastrado Píramo y de la desdichada Tisbe!

SEMPRONIO.— ¿Qué cosa es?

CALISTO.— ¡Vete de ahí! No me hables; si no, quizá ante del tiempo de mi ravisosa muerte mis manos causarán tu arrebatado fin.

SEMPRONIO.— Iré, pues solo quieres padecer tu mal.

CALISTO.— ¡Ve con el diablo!

SEMPRONIO.— No creo, según pienso, ir conmigo el que contigo queda. ¡Oh desventura! ¡Oh súbito mal! ¿Cuál fue tan contrario acontecimiento que así tan presto robó el alegría deste hombre y, lo que peor es, junto con ella el seso? ¿Dexarle he solo o entraré allá? Si le dexo, matarse ha; si entro allá, matarme ha. Quédese, no me curo. Más vale que muera aquel a quien es enojosa la vida que no yo, que huelgo con ella. Aunque por ál no desseasse bivar sino por ver mi Elicia, me devría guardar de peligros. Pero si se mata sin otro testigo, yo quedo obligado a dar cuenta de su vida. Quiero entrar. Mas puesto que entre, no quiere consolación ni consejo. Assaz es señal mortal no querer sanar. Con todo, quiérole dexar un poco desbrave, madure, que oído he dezir que es peligro abrir o apremiar las postemas duras porque más se enconan. Está un poco; dexemos llorar al que dolor tiene, que las ‘lágrimas y suspiros mucho desenconan el corazón dolorido’. E aun si delante me tiene, más commigo se encenderá, que el sol más arde donde puede reverberar. La vista a quien objeto no se antepone, cansa, y cuando aquel es cerca, agúzase. Por esso quiérome sufrir un poco. Si entretanto se matare, muera. Quizá con algo me quedará, que otro no lo sabe, con que mude el pelo malo. Aunque ‘malo es esperar salud en muerte ajena’. E quizá me engaña el diablo y, si muere, matarme han, y ‘iran allá la sogá y el calderón’. Por otra parte, dizen los sabios que es grande descanso a los afligidos tener con quien puedan sus cuitas llorar,⁹ y que la llaga interior más empece. Pues en estos extremos en que estoy perplexo, lo más sa-

8.— Historia narrada por Plutarco en *Vidas paralelas*, Vida de Demetrio, XXXVIII, y Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, V, 7, ext. 1, quienes aluden a Antíoco, hijo del rey Seleuco, el cual se enamoró perdidamente de su madastra Estratonice hasta dejarse morir de amor. Su enfermedad fue descubierta por el médico Erasístrato, y Seleuco no dudó un instante en ceder su mujer al hijo para que sanara. En este caso, ‘plebérico’ se refiere al corazón de Pleberio, padre de Melibea. Di Camillo (2010), propone como enmienda: «phrenético corazón», al sugerir que el Auto I pudiera estar escrito en latín originariamente. Un resumen de las diferentes interpretaciones en Enrique Fernández Rivera [2009], quien sugiere: «pletórico».

9.— Máxima latina: «Calamitatum habere socios miseris est solatio» [Publilio Siro], «Consolatio miserorum est habere socios», etc.

no es entrar y sufrirle y consolarle, porque si posible es sanar sin arte ni aparejo, más ligero es guarescer por arte y por cura.

CALISTO.— ¡Sempronio!

SEMPRONIO.— Señor.

CALISTO.— Dame acá el laúd.

SEMPRONIO.— Señor, vesle aquí.

CALISTO.— ¿Cuál dolor puede ser tal
que se iguale con mi mal?¹⁰

SEMPRONIO.— Destemplado está esse laúd.

CALISTO.— ¿Cómo templará el destemplado? ¿Cómo sentirá el armonía aquel que consigo está tan discorde, aquel en quien la voluntad a la razón no obedece, quien tiene dentro del pecho agujijones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, pecados, sospechas, todo a una causa?¹¹ Pero tañe y canta la más triste canción que sepas.

SEMPRONIO.— Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía;
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.¹²

CALISTO.— Mayor es mi fuego y menor la piedad de quien yo agora digo.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) No me engaño yo, que loco está este mi amo.

CALISTO.— ¿Qué estás murmurando, Sempronio?

SEMPRONIO.— No digo nada.

CALISTO.— Di lo que dizes, no temas.

SEMPRONIO.— Digo que ¿cómo puede ser mayor el fuego que atormenta un bivo que el que quemó tal ciudad y tanta multitud de gente?

CALISTO.— ¿Cómo? Yo te lo diré. Mayor es la llama que dura ochenta años que la que en un día passa, y mayor la que mata un ánima que la que quemó cient mil cuerpos. Como de la apariencia a la existencia, como de lo pintado a lo bivo¹³, como de la sombra a lo real, tanta diferencia hay del fuego que dizes al que me quema. Por cierto, si el de purgatorio es tal, más querría que mi espíritu fuese con los de los brutos animales que por medio de aquel ir a la gloria de los santos.

10.— Posible alusión a Lamentaciones 1, 12.

11.— Posible evocación de Terencio, *Eunuco*, Acto I, escena Iª: «PARMENÓN.— Señor, cuando la cosa en sí no tiene consejo, ni manera ninguna, nadie puede regirla ni tratarla con consejo. En el amor hay todas estas faltas: agravios, sospechas, enemistades, treguas, guerras, luego paces. Quien cosas tan inciertas pretendiese regirlas con razón cierta, sería como quien quisiese hacer el loco con buen seso» [*Celestina comentada*: fol. 15v; Castro Guisasaola: 85].

12.— Romance tradicional perteneciente al *Romancero viejo*, aunque el primer testimonio que conocemos es este. *Vid.* Erna Berndt Kelley [1966] y Paloma Díaz-Mas [1985].

13.— Sigo al Manuscrito de Palacio. En el texto: *de lo bivo a lo pintado*.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) Algo es lo que digo. A más ha de ir este hecho. No basta loco, sino hereje.

CALISTO.— ¡No te digo que fables alto cuando hablares! ¿Que dizes?

SEMPRONIO.— Digo que nunca Dios quiera tal, que es especie de heregía lo que agora dixiste.

CALISTO.— ¿Por qué?

SEMPRONIO.— Porque lo que dizes contradize la crestiana religión.

CALISTO.— ¿Qué a mí?

SEMPRONIO.— ¿Tú no eres cristiano?

CALISTO.— ¿Yo? Melibeo só y a Melibea adoro y en Melibea creo y a Melibea amo.¹⁴

SEMPRONIO.— (*Ap.*) Tú te lo dirás. Como Melibea es grande, no cabe en el corazón de mi amo, que por la boca le sale a borbollones.

— (*Alto*) No es más menester, bien sé de qué pie coxqueas; yo te sanaré.

CALISTO.— Increíble cosa prometes.

SEMPRONIO.— Antes fácil, que el comienzo de la salud es conocer hombre la dolencia del enfermo.

CALISTO.— ¿Cuál consejo puede regir lo que en sí no tiene orden ni consejo?¹⁵

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¡Ha, ha, ha! ¿Este es el fuego de Calisto? ¿Estas son sus congoxas? Como si solamente el amor contra él asestara sus tiros. ¡Oh soberano Dios, cuán altos son tus misterios!¹⁶ ¡Cuánta premia pusiste en el amor, que es necesaria turbación en el amante! Su límite pusiste por maravilla. Paresce al amante que atrás queda. Todos pasan, todos rompen, pungidos y esgarrochados como ligeros toros, sin freno saltan por las barreras. Mandaste al hombre por la mujer dexar el padre y la madre;¹⁷ agora no solo aquello, mas a ti y a tu ley desamparan, como agora Calisto, del cual no me maravillo, pues los sabios, los santos, los profetas, por él te olvidaron.¹⁸

CALISTO.— ¡Sempronio!

SEMPRONIO.— Señor.

CALISTO.— No me dexes.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) De otro temple está esta gaita.

14.— Parlamento de Calisto suprimido por la Inquisición en 1640.

15.— Posible alusión a Terencio, *Eunuco*, Acto I, Escena 1ª [Castro Guisasola: 85]. También a Horacio, *Sátiras*, II, III, 265-67 y a Séneca, *Epístolas*, XL, 4.

16.— Probable mención a Romanos, 11, 33 [Castro Guisasola: 109].

17.— Génesis, 2, 24 y Marcos 10, 7 [Castro Guisasola: 108]. Algo similar en Efesios, 5,31 y Mateo, 19, 5.

18.— Estas declaraciones sobre la fuerza del amor eran un lugar común en los tratados amorosos medievales. Frases similares en Alfonso Fernández de Madrigal, el «Tostado», *Breviloquio de amor e amicitia* pero sobre todo en el *Tratado de cómo al hombre es necesario amar* (CÁTEDRA, 1986; LOBERA-SERÉS: 36, n. 105 y 532)

CALISTO.— ¿Qué te parece de mi mal?

SEMPRONIO.— Que amas a Melibea.

CALISTO.— ¿Y no otra cosa?

SEMPRONIO.— Harto mal es tener la voluntad en un solo lugar cativa.

CALISTO.— Poco sabes de firmeza.

SEMPRONIO.— La perseverancia en el mal no es constancia, mas dureza o pertinacia¹⁹ la llaman en mi tierra. Vosotros los filósofos de Cupido llama-
malda como quisiéredes.

CALISTO.— Torpe cosa es mentir el que enseña a otro,²⁰ pues que tú te pre-
cias de loar a tu amiga Elicia.

SEMPRONIO.— ‘Haz tú lo que bien digo y no lo que mal fago’.

CALISTO.— ¿Qué me repruevas?

SEMPRONIO.— Que sometes la dignidad del hombre a la imperfección de la
flaca mujer.

CALISTO.— ¿Mujer? ¡Oh grossero! ¡Dios, Dios!

SEMPRONIO.— ¿Y así lo crees, o burlas?

CALISTO.— ¿Que burlo? Por Dios la creo, por Dios la confieso, y no creo
que hay otro soberano en el cielo, aunque entre nosotros mora.

SEMPRONIO.— (Ap.) ¡Ha, ha, ha! ¿Oístes qué blasfemia? ¿Vistes qué cegue-
dad?

CALISTO.— ¿De qué te ries?

SEMPRONIO.— Ríome que no pensava que había peor invención de pecado
que en Sodoma.

CALISTO.— ¿Cómo?

SEMPRONIO.— Porque aquéllos procuraron abominable uso con los ángeles
no conocidos, y tú con el que confieñas ser Dios.²¹

CALISTO.— ¡Maldito seas!, que hecho me has reír, lo que no pensé ogaño.

SEMPRONIO.— ¿Pues qué, toda tu vida havías de llorar?

CALISTO.— Sí.

SEMPRONIO.— ¿Por qué?

CALISTO.— Porque amo a aquella ante quien tan indigno me hallo que no
la espero alcançar.

19.— Sentencia latina atribuida a Varrón en su *De Lingua Latina*, lib. 4, cap. 1: «In quo non debet pertendi, et pertendit, pertinaciam esse; quod in quo oporteat manere, si in eo perstet, perseverantia sit» (Castro Guisasola: 59). Sobre la virtud de la perseverancia y su relación con la constancia, *vid.* Santo Tomás, *Suma teológica*, 2-2, q. 137-138 (Morros: 33).

20.— *Auctoritates Aristotelis*, xx, 5: «Docentes alios mentiri non debent», extraída de Aristóteles, *De pomu et morte* [Ruiz Arzálluz, 1996: 277].

21.— Alude al episodio del Génesis, 19, 1-4: «Antes que fueran a acostarse [los dos ángeles], los hombres de la ciudad, los habitantes de Sodoma, rodearon la casa, mozos y viejos, todos sin excepción. Llamaron a Lot y le dijeron: «¿Dónde están los hombres que han venido a tu casa esa noche? Sácanoslos para que los conozcamos...» [Castro Guisasola: 40, n. 3].

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¡Oh pusilánimo! ¡Oh fi de puta! ¡Qué Nembrot, qué Magno Alexandre,²² los cuales no sólo del señorío del mundo, mas del cielo se juzgaron ser dignos!

CALISTO.— No te oí bien eso que dixiste. Torna, dilo, no procedas.

SEMPRONIO.— Dixe que tú, que tienes más coraçón que Nembrot ni Alexandre, desesperas de alcançar una mujer, muchas de las cuales, en grandes estados constituidas, se sometieron a los pechos y resollos de viles azemileros, y otras a brutos animales. ¿No has leído de Pasife con el toro, de Minerva con el can?²³

CALISTO.— No lo creo, hablillas son.

SEMPRONIO.— Lo de tu abuela con el ximio ¿hablilla fue? Testigo es el cuchillo de tu abuelo.²⁴

CALISTO.— ¡Maldito sea este necio, y qué porradas dize!

SEMPRONIO.— ¿Escoziote? Lee los historiales, estudia los filósofos, mira los poetas. Llenos están los libros de sus viles y malos exemplos, y de las caídas que llevaron los que en algo, como tú, las reputaron. Oye a Salomón do dize que las mujeres y el vino hazen a los hombres renegar.²⁵

Conséjate con Séneca y verás en qué las tiene. Escucha al Aristóteles; mira a Bernardo.²⁶ Gentiles, judíos, cristianos y moros, todos en esta concordia están. Pero lo dicho y lo que dellas dixere, no te contezca error de tomarlo en común, que muchas hovo y hay santas, virtuosas y notables, cuya resplandeciente corona quita el general vituperio. Pero

22.— Nemrod, nieto de Noé, monarca de Mesopotamia, constructor de la torre de Babel; Alejandro Magno, rey de Macedonia, creador de un gran Imperio. Ambos fueron considerados en la antigüedad como símbolos de soberbia por intentar alcanzar el cielo (el primero mediante la torre más alta; el segundo mediante un ingenio volador).

23.— Pasífae, hija de Helios y la ninfa Creta, casó con Minos. El dios Poseidón, para vengarse de una afrenta del rey Minos, hizo que Pasífae se enamorase del toro blanco, librado del sacrificio, con quien tuvo al Minotauro [Virgilio, *Eglogas*, VI. 5 y ss.]. No se conoce ninguna relación de Minerva, diosa de la sabiduría y de las artes, con un perro. Muchas han sido las posibles interpretaciones de este fragmento, desde la de «Minerva con Vulcán» —que no tendría mucho sentido dentro de la frase de Sempronio—, hasta la de «Minos con el can». Isabel Lozano-Renieblas [1991] realiza un resumen de las diferentes propuestas de la crítica. Recientemente otra posible fuente italiana en Paolini [2017].

24.— Otro pasaje que ha dado multitud de interpretaciones, desde los que ven una simple broma o pulla de Sempronio, siguiendo el hilo anterior de las comparaciones amorosas zoológicas, hasta los que lo relacionan con algún judío o negro («jimio») en la tradición familiar de Calisto, e incluso una mala lectura por *cuquillo*. *Vid.* Lourdes Albuixech [2001], Armistead et *Alí* [2010] y Gómez [2015].

25.— Eclesiástico, 19, 2 [Amaranta Saguar, 2013: 168].

26.— La relación de este pasaje con el *Arcipreste de Talavera* es ampliamente aceptada por la crítica. En el capítulo I, 17, aparecen citados los ejemplos de cómo hombres «letrados pierden el saber por amar», donde se relatan las anécdotas de Salomón, Aristóteles, Virgilio, David y un tal Bernat (¿Bernado?) de Cabrera, que fue engañado por una mujer, dejándolo en jubón colgado de una red y a la vista de toda la ciudad, al igual que le sucedió a Virgilio [Michael Gerli, 1977]. Bienvenido Morros [2002] propone que «Bernardo» es una modificación realizada por una segunda mano al manuscrito del primer autor, quien citaría a «Virgilio» siguiendo la tradición de los *remedia amoris*, caso de Piccolomini y su *Historia de duobus amantibus*, obra que influyó en el «antiguo autor». Sobre el personaje de Bernardo, autor de la *Canula*, *vid.* Marcelino V. Amasuno [2011].

destas otras, ¿quién te contaría sus mentiras, sus tráfgos, sus cambios, su liviandad, sus lagrimillas, sus alteraciones, sus osadías, que todo lo que piensan osan sin deliberar, sus dissimulaciones, su lengua, su engaño, su olvido, su desamor, su ingratitud, su inconstancia, su testimoniar, su negar, su rebolver, su presunción, su vanagloria, su abatimiento, su locura, su desdén, su soberbia, su subjeción, su parlería, su golosina, su luxuria y suziedad, su miedo, su atrevimiento, sus hechizerías, sus embaimientos, sus escarnios, su deslenguamiento, su desvergüença, su alcahuetería? Considera qué sesito está debaxo de aquellas grandes y delgadas tocas, qué pensamientos so aquellas gorgueras, so aquel fausto, so aquellas largas y autorizantes ropas. ¡Qué imperfección, qué alvañares debaxo de templos pintados!²⁷ Por ellas es dicho: «Arma del diablo, cabeça de pecado, destrucción de paraíso».²⁸ ¿No has rezado en la festividad de sant Juan, do dize: «Esta es la mujer, antigua malicia que a Adam echó de los deleites de paraíso. Esta el linaje humano metió en el infierno. A esta menospreció Helías profeta»,²⁹ etc.?

CALISTO.— Di, pues, esse Adam, esse Salomón, esse David, esse Aristóteles, esse Virgilio, esos que dizes ¿cómo se sometieron a ellas? ¿Soy más que ellos?

SEMPRONIO.— A los que las vencieron querría que remedasses, que no a los que dellas fueron vencidos. Huye de sus engaños. ¿Sabes qué hazen? Cosas que es difícil entenderlas. No tienen modo, no razón, no intención. Por rigor encomiençan el ofrecimiento que de sí quieren hazer. A los que meten por los agujeros, denuestan en la calle. Combidan, despiden, llaman, niegan, señalan amor, pronuncian enemiga. Ensáñanse presto, apazíguanse luego. Quieren que adevinen lo que quieren. ¡Oh qué plaga, oh qué enojo, oh qué fastío es conferir con ellas más de aquel breve tiempo que aparejadas son a deleite!

CALISTO.— ¿Vees? Mientras más me dizes y más inconvenientes me pones, más la quiero. No sé qué se es.

SEMPRONIO.— No es este juizio para moços, según veo, que no se saben a razón someter, no se saben administrar. Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fue discípulo.³⁰

27.— Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*, «Sócrates»: «Mulier speciosa et pulchra templum es super cloacam edificatum»; con la misma forma en la *Margarita poetica*, de Albertus von Eyb; y Mateo, 23, 27, aunque en este caso la referencia enlaza con los escribas y fariseos [Castro Guisasaola: 40, siguiendo a *Celestina comentada*].

28.— Orígenes, *Super Matthei*, cap. XV: «Ecce mulier, caput peccati, arma diaboli, expulsio paradisi» [Castro Guisasaola: 110].

29.— San Pedro Crisólogo, *Sermones*, 127: «Haec est mulieris antiqua malitia, quae Adam eiecit de paradisi deliciis..., haec humanum genus misit in infernum..., hoc malum fugit Elias propheta» [Castro Guisasaola: 110-11].

30.— *Auctoritates Aristotelis*, XXVI, 8: «Miserum est esse magistrum eum qui numquam se nouit esse discipulum»; sentencia extraída de pseudo-Boecio, *De disciplina scholarium*, II, 1226d [Ruiz Arzálluz, 1996: 271].

CALISTO.— ¿Y tú qué sabes? ¿Quién te mostró esto?

SEMPRONIO.— ¿Quién? Ellas, que desde se descubren, así pierden la ver-güenza, que todo esto y aun más a los hombres manifiestan. Ponte, pues, en la medida de honra; piensa ser más digno de lo que te reputas. Que cierto, peor extremo es dexarse hombre caer de su merecimiento que ponerse en más alto lugar que deve.³¹

CALISTO.— Pues ¿quién yo para esso?

SEMPRONIO.— ¿Quién? Lo primero eres hombre y de claro ingenio, y más, a quien la natura dotó de los mejores bienes que tuvo. Conviene a saber: hermosura, gracia, grandeza de miembros, fuerça, ligereza; y allende desto, fortuna medianamente partió contigo lo suyo en tal cantidad, que los bienes que tienes de dentro con los de fuera resplandescen;³² porque sin los bienes de fuera, de los cuales la fortuna es señora, a ninguno acaesce en esta vida ser bienaventurado.³³ Y más, a constelación de todos eres amado.

CALISTO.— Pero no de Melibea. Y en todo lo que me has gloriado, Sempronio, sin porporción ni comparación se aventaja Melibea. ¿Miras la nobleza y antigüedad de su linaje, el grandíssimo patrimonio, el excelentíssimo ingenio, las resplandecientes virtudes, la altitud y inefable gracia, la soberana hermosura, de la cual te ruego me dexes hablar un poco, porque haya algún refrigerio? E lo que te dixere será de lo descubierto, que si de lo oculto yo hablarte supiera, no nos fuera necessario altercar tan miserablemente estas razones.

SEMPRONIO.— (Ap.) ¿Qué mentiras y qué locuras dirá agora este cativo de mi amo?

CALISTO.— ¿Cómo es esso?

SEMPRONIO.— Dixe que digas, que muy gran placer havré de lo oír.

— (Ap.) ¡Assí te medre Dios como me será agradable esse sermón!

CALISTO.— ¿Qué?

SEMPRONIO.— Que assí me medre Dios como me será gracioso de oír.

CALISTO.— Pues porque hayas placer, yo lo figuraré por partes mucho por estenso.

SEMPRONIO.— (Ap.) Duelos tenemos. Esto es tras lo que yo andava. De passarse havrá ya esta importunidad.

31.— Posible evocación a Aristóteles, *Éticas*, IV, 9 y *Magna Moralia*, lib. I, 26 [Castro Guisasola: 26], aunque tiene más visos su procedencia de alguna recopilación de sentencias al uso de la época.

32.— Alusión a la división tripartita de los bienes del hombre aristotélica, expuestos en la *Ética*, lib. I, 8 y *Magna Moralia*, cap. II, 8 y III [Celestina comentada: 29r y Castro Guisasola: 26]. Aunque esta división de los bienes del hombre era un lugar común en la filosofía escolástica (desde Santo Tomás, *Suma* II-2^a, c.73.a.3, hasta múltiples recopilaciones de sentencias).

33.— *Auctoritates Aristotelis*, XIII, 1: «Sine rebus exterioribus, quorum fortuna domina est, non contingit felicem esse»; la máxima de Aristóteles, *Magna moralia*, I, 8 [Ruiz Arzálluz, 1996: 271].

CALISTO.— Comienço por los cabellos. ¿Vees tú las madexas del oro delgado que hilan en Aravia? Más lindos son y no resplandecen menos. Su longura hasta el postrero asiento de sus pies; después crinados y atados con la delgada cuerda, como ella se los pone, no ha más menester para convertir los hombres en piedras.

SEMPRONIO.— (Ap.) ¡Mas en asnos!

CALISTO.— ¿Qué dizes?

SEMPRONIO.— Dixe que esos tales no serían cerdas de asno.

CALISTO.— ¡Veed qué torpe y qué comparación!

SEMPRONIO.— (Ap.) ¿Tú cuerdo?

CALISTO.— Los ojos verdes rasgados, las pestañas luengas, las cejas delgadas y alçadas, la nariz mediana, la boca pequeña, los dientes menudos y blancos, los labrios colorados y grossezuelos, el torno del rostro poco más luengo que redondo, el pecho alto, la redondez y forma de las pequeñas tetas ¿quién te la podría figurar? Que se despereza el hombre cuando las mira. La tez lisa, lustrosa; el cuero suyo escurece la nieve; la color mezclada, cual ella la escogió para sí.

SEMPRONIO.— (Ap.) En sus treze está este nescio.

CALISTO.— Las manos pequeñas en mediana manera, de dulce carne acompañadas, los dedos luengos, las uñas en ellos largas y coloradas, que parecen rubíes entre perlas. Aquella proporción que veer yo no pude, no sin dubda por el bulto de fuera juzgo incomparablemente ser mejor que la que Paris juzgó entre las tres deesas.³⁴

SEMPRONIO.— ¿Has dicho?

CALISTO.— Cuan brevemente pude.

SEMPRONIO.— Puesto que sea todo eso verdad, por ser tú hombre eres más digno.³⁵

CALISTO.— ¿En qué?

SEMPRONIO.— ¿En qué? Ella es imperfecta, por el cual defecto dessea y apetece a ti y a otro menor que tú. ¿No has leído el filósofo do dize: «Assí como la materia apetece a la forma, así la mujer al varón»?³⁶

CALISTO.— ¡Oh triste! ¿Y cuándo veré yo esso entre mí y Melibea?

SEMPRONIO.— Possible es. Y aún que la aborrezcas cuanto agora la amas podrá ser, alcançándola y viéndola con otros ojos, libres del engaño en que agora estás.

34.— La crítica ha intentado relacionar esta descripción de Melibea con innumerables obras anteriores: *Libro de Buen Amor*, *Historia duobus amantibus*, *Tristán y Leonís*, etc. Si bien era un lugar común de las retóricas latinas.

35.— Posible alusión al *Corpus iuris civilis*: «Maior dignitas est in sexu virili» (*Digesto*, I, IX, 1) [*Celestina comentada*: 30r y *Lobera-Serés*: 45, n. 207].

36.— *Auctoritates Aristotelis*, II, 32: «Materia appetit formam sicut femina masculum et turpe pulcrum»; *Aristóteles, Física*, I, 9 [Castro Guisasaola: 24-5; Ruiz Arzálluz, 1996: 271].

CALISTO.— ¿Con qué ojos?

SEMPRONIO.— Con ojos claros.

CALISTO.— Y agora ¿con qué la veo?

SEMPRONIO.— Con ojos de alinde, con que lo poco parece mucho y lo pequeño grande. Y porque no te desesperes, yo quiero tomar esta empresa de cumplir tu desseo.

CALISTO.— ¡Oh, Dios te dé lo que desseas! ¡Qué glorioso me es oírte!, aunque no espero que lo has de hazer.

SEMPRONIO.— Antes lo haré cierto.

CALISTO.— Dios te consuele. El jubón de brocado que ayer vestí, Sempronio, vístetelo tú.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¡Prospérete Dios por este y por muchos más que me darás! De la burla yo me llevo lo mejor. Con todo, si destes agujones me da, traérgela he hasta la cama. Bueno ando. Házelo esto que me dio mi amo, que sin merced impossible es obrarse bien ninguna cosa.³⁷

CALISTO.— No seas agora negligente.

SEMPRONIO.— No lo seas tú, que impossible es hazer siervo diligente el amo perezoso.³⁸

CALISTO.— ¿Cómo has pensado de hazer esta piedad?

SEMPRONIO.— Yo te lo diré. Días ha grandes que conosco en fin desta vezindad una vieja barbuda que se dize Celestina, hechizera, astuta, sagaz en cuantas maldades hay. Entiendo que passan de cinco mil virgos los que se han hecho y deshecho por su autoridad en esta ciudad. A las duras peñas promoverá y provocará a luxuria si quiere.

CALISTO.— ¿Podría yo fablar?

SEMPRONIO.— Yo te la traeré hasta acá. Por esso aparéjate; seile gracioso, seile franco. Estudia, mientras voy yo a le dezir tu pena tan bien como ella te dará el remedio.

CALISTO.— ¿Y tardas?

SEMPRONIO.— Ya voy. Quede Dios contigo.

CALISTO.— Y contigo vaya.

—¡Oh todo poderoso, perdurable Dios!, tú que guías los perdidos y los reyes orientales por el estrella precedente a Belén truxiste y en su patria los reduxiste,³⁹ humildemente te ruego que guíes a mi Sempronio, en manera que convierta mi pena y tristeza en gozo, y yo, indigno, merezca venir en el desseado fin.

37.— *Auctoritates Aristotelis*, XIV, 9: «Quia sine mercede impossibile dominari»; sentencia extraída de Aristóteles, *Oeconomica*, I, 5 [Ruiz Arzálluz, 1996: 272].

38.— *Auctoritates Aristotelis*, XIV, 13: «Impossibile est dominis negligentibus seruos sollicitos esse»; procedente de Aristóteles, *Oeconomica*, I, 6 [Ruiz Arzálluz, 1996: 272].

39.— Referencia a Mateo 2-1-12 [*Celestina comentada*: fol. 102; Castro Guisasola: 107].

CELESTINA.— ¡Albricias, albricias, Elicia! ¡Sempronio, Sempronio!

ELICIA.— ¡Ce, ce, ce!

CELESTINA.— ¿Por qué?

ELICIA.— Porque está aquí Crito.

CELESTINA.— Mételo en la camarilla de las escobas, presto. Dile que viene tu primo y mi familiar.

ELICIA.— ¡Crito, retráete ahí! ¡Mi primo viene, perdida soy!

CRITO.— Plázeme, no te congoxes.

SEMPRONIO.— Madre bendita, ¡qué desseo traigo! Gracias a Dios que te me dexó ver.

CELESTINA.— Hijo mío, rey mío, turbado me has. No te puedo hablar. Torna y dame otro abraço. ¿Y tres días podiste estar sin vernos? ¡Elicia, Elicia, cátales aquí!

ELICIA.— ¿A quién, madre?

CELESTINA.— A Sempronio.

ELICIA.— ¡Ay, triste, qué saltos me da el corazón! ¿Y qué es dél?

CELESTINA.— Vesle aquí, vesle. Yo me le abraçaré, que no tú.

ELICIA.— ¡Ay, maldito seas, traidor! ¡Postema y landre te mate y a manos de tus enemigos mueras, y por crímines dignos de cruel muerte en poder de rigurosa justicia te veas! ¡Ay, ay!

SEMPRONIO.— ¡Hi, hi, hi! ¿Qué has, mi Elicia? ¿De qué te congoxas?

ELICIA.— Tres días ha que no me ves. ¡Nunca Dios te vea, nunca Dios te consuele ni visite! ¡Guay de la triste que en ti tiene su esperanza y el fin de todo su bien!

SEMPRONIO.— Calla, señora mía. ¿Tú piensas que la distancia del lugar es poderosa de apartar el entrañable amor,⁴⁰ el fuego que está en mi corazón? Do yo vo, conmigo vas, conmigo estás. No te aflijas ni me atormentes más de lo que yo he padescido. Mas di, ¿qué passos suenan arriba?

ELICIA.— ¿Quién? Un mi enamorado.

SEMPRONIO.— Pues créolo.

ELICIA.— ¡Alahé, verdad es! Sube allá y verlo has.

SEMPRONIO.— Voy.

CELESTINA.— ¡Anda acá, dexa essa loca, que es liviana y, turbada de tu ausencia sácasla agora de seso, dirá mil locuras! Ven y hablemos, no dexemos passar el tiempo en balde.

SEMPRONIO.— ¿Pues quién está arriba?

CELESTINA.— ¿Quiéreslo saber?

40.— Posible referencia a: «Loci distancia non separat amicitiam sed operationem», *Auctoritates Aristotelis*, xii, 148 [Ruiz Arzálluz, 1996: 277].

SEMPRONIO.— Quiero.

CELESTINA.— Una moça que me encomendó un fraile.

SEMPRONIO.— ¿Qué fraile?

CELESTINA.— No lo procures.

SEMPRONIO.— Por mi vida, madre, ¿qué fraile?

CELESTINA.— ¿Porfías? El ministro, el gordo.

SEMPRONIO.— ¡Oh desafortunada, y qué carga espera!

CELESTINA.— Todo lo llevamos. Pocas mataduras has tu visto en la barriga.

SEMPRONIO.— Mataduras no, mas petreras sí.

CELESTINA.— ¡Ay, burlador!

SEMPRONIO.— Dexa si soy burlador y muéstramela.

ELICIA.— ¡Ha, don malvado! ¿Verla quieres? ¡Los ojos se te salten, que no basta a ti una ni otra! ¡Anda, véela y dexa a mí para siempre!

SEMPRONIO.— ¡Calla, Dios mío! ¿Y enójaste? Que ni quiero ver a ella ni a mujer nascida. A mi madre quiero hablar. Y quédate a Dios.

ELICIA.— ¡Anda, anda, vete, desconocido, y está otros tres años que no me vuelvas a ver!

SEMPRONIO.— Madre mía, bien ternás confianza y creerás que no te burlo. Toma el manto y vamos, que por el camino sabrás lo que, si aquí me tardasse en dezir, empidiría tu provecho y el mío.

CELESTINA.— Vamos. Elicia, quédate a Dios. Cierra la puerta. ¡A Dios, paredes!

SEMPRONIO.— ¡Oh, madre mía! Todas cosas dexadas aparte, solamente sey atenta y imagina en lo que te dixere y no derrames tu pensamiento en muchas partes, que quien junto en diversos lugares le pone, en ninguno lo tiene, sino por caso determina lo cierto. Quiero que sepas de mí lo que no has oído, y es que jamás pude, después que mi fe contigo puse, dessear bien de que no te cupiesse parte.

CELESTINA.— Parta Dios, hijo, de lo suyo contigo, que no sin causa lo hará, siquiera porque has piedad desta pecadora de vieja. Pero di, no te detengas, que la amistad que entre ti y mí se afirma no ha menester preámbulos ni correlarios ni aparejos para ganar voluntad. Abrevia y ven al hecho, que vanamente se dize por muchas palabras lo que por pocas se puede entender.⁴¹

SEMPRONIO.— Assí es. Calisto arde en amores de Melibea. De ti y de mí tiene necesidad. Pues juntos nos ha menester, juntos nos aprovechemos, que conoscer el tiempo y usar el hombre de la oportunidad haze los hombres prósperos.

41.— Traducción libre de: «Peccatum est aliquid ostendi per longiora quod inest per maiora. Vnde sprese habetur quod peccatum est fieri per plura quod potest fieri per minora eque bene», *Auctoritates Aristotelis*, XXXVI, 124; originaria de Aristóteles, *Topica*, VIII, 11 [Ruiz Arzálluz, 1996: 272].

CELESTINA.— Bien has dicho, al cabo estoy. Basta para mí mescer⁴² el ojo. Digo que me alegro destas nuevas como los cirugianos de los descabrados; y como aquellos dañan en los principios las llagas y encarecen el prometimiento de la salud, assí entiendo yo hazer a Calisto; alargarle he la certinidad del remedio, porque, como dizen: «El esperança luenga aflige el corazón».⁴³ Y quanto él la perdiere, tanto gela promete. Bien me entiendes.

SEMPRONIO.— Callemos, que a la puerta estamos y, como dizen: ‘Las paredes han oídos’.

CELESTINA.— Llama.

SEMPRONIO.— Tha, tha, tha.

CALISTO.— ¡Pármeno!

PÁRMENO.— Señor.

CALISTO.— ¡No oyes, maldito sordo?

PÁRMENO.— ¿Qué es, señor?

CALISTO.— A la puerta llaman, corre.

PÁRMENO.— ¿Quién es?

SEMPRONIO.— Abre a mí y a esta dueña.

PÁRMENO.— Señor, Sempronio y una puta vieja alcoholada davan aquellas porradas.

CALISTO.— ¡Calla, calla, malvado, que es mi tía! ¡Corre, corre, abre!

— (Ap.) Siempre lo vi, que ‘por fuir hombre de un peligro, cae en otro mayor’. Por encubrir yo este hecho de Pármeno, a quien amor o fidelidad o temor pusieran freno, caí en indignación d’esta, que no tiene menor poderío en mi vida que Dios.

PÁRMENO.— ¿Por qué, señor, te matas? ¿Por qué, señor, te congoxas? ¿Y tú piensas que es vituperio en las orejas d’esta el nombre que la llamé? No lo creas, que assí se glorifica en le oír como tú cuando dizen: «Diestro cavallero es Calisto». Y demás desto, es nombrada y por tal título conocida. Si entre cient mujeres va y alguno dize: «¡Puta vieja!», sin ningún empacho luego buelve la cabeça y responde con alegre cara. En los combites, en las fiestas, en las bodas, en las confradías, en los mortuorios, en todos los ayuntamientos de gentes, con ella passan tiempo. Si passa por los perros, aquello suena su ladrido; si está cerca las aves, otra cosa no cantan; si cerca los ganados, balando lo pregonan; si cerca las bestias, rebuznando dizen: «¡Puta vieja!»; las ranas de los charcos, otra cosa no suelen mentar. Si va entre los herreros, aquello dizen sus marti-

42.— En el texto: *merescer*.

43.— Proverbios, 13, 12: «Esperanza que se dilata, aflige el corazón» [*Celestina comentada*: 112; Castro Guisasola: 105; Amaranta Saguar, 2013: 167]. Posteriormente pasó a refrán castellano: «La esperanza luenga aflixe el corazón» [Correas].

llos; carpinteros y armeros, herradores, caldereros, arcadores, todo oficio de estruendo⁴⁴ forma en el aire su nombre. Cántanla los carpinteros, los peinadores⁴⁵, texedores, labradores en las huertas, en las aradas, en las viñas, en las segadas, con ella pasan el afán cotidiano. Al perder en los tableros, luego suenan sus loores. Todas cosas que son hazen, a doquiera que ella está, el tal nombre representa. ¡Oh qué ‘encomendador de huevos assados’⁴⁶ era su marido! ¿Qué quieres más?, sino que si una piedra topa con otra, luego suena «Putá vieja».

CALISTO.— ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Y la conoces?

PÁRMENO.— Saberlo has. Días grandes son passados que mi madre, mujer pobre, morava en su vezindad, la cual, rogada por esta Celestina, me dio a ella por sirviente; aunque ella no me conoce por lo poco que la serví y por la mudança que la edad ha hecho.

CALISTO.— ¿De qué la servías?

PÁRMENO.— Señor, iva a la plaça y traíale de comer y acompañávala; suplía en aquellos menesteres que mi tierna fuerça bastava. Pero de aquel poco tiempo que la serví, recogía la nueva memoria lo que la vieja no ha podido quitar. Tinié⁴⁷ esta buena dueña al cabo de la ciudad, allá cerca de las tenerías, en la cuesta del río, una casa apartada, medio caída, poco compuesta y menos abastada. Ella tenía seis oficios. Conviene a saber: labradera, perfumera, maestra de hazer afeites y de hazer virgos, alcahueta y un poquito hechizera. Era el primero oficio cobertura de los otros, so color del cual muchas moças destas sirvientes entravan en su casa a labrarse y a labrar camisas y gorgueras y otras muchas cosas. Ninguna venía sin torrezno, trigo, harina o jarro de vino, y de las otras provisiones que podían a sus amas hurtar; y aun otros hurtillos de más cualidad allí se encubrían. Assaz era amiga de estudiantes y dispenseros y moços de abades; a estos vendía ella aquella sangre inocente de las cuitadillas, la cual ligeramente aventuravan en esfuerço de la restitución que ella los prometía. Subió su hecho a más, que por medio de aquéllas comunicava con las más encerradas, hasta traer a execución su propósito. E aquestas, en tiempo honesto, como estaciones, procesiones de noche, missas del gallo, missas del alva y otras secretas devociones, muchas encubiertas vi entrar en su casa. Tras ellas, hombres

44.— En el texto, como en la mayoría de ediciones: *instrumento*. Sigo en este caso al Manuscrito de Palacio.

45.— En el texto: *peynanla los peynadores*. Sigo la mayoría de las ediciones de la *Comedia y Tragicomedia*.

46.— En el texto y gran parte de las ediciones: *comedor de huevos assados*. Refrán. Correas explica: «Encomendador de güevos asados: Es decir, que uno es cornudo. Tiene el vulgo hablilla y opinión que encomendando los huevos que se ponen a asar a un cornudo, no se quebrarán». *Vid.* Escudero [1998], Fernández Rivera [1993] y Botta [1997: 148].

47.— En el texto y mayoría de ediciones: *tiene*. Sigo al Manuscrito de Palacio.

descalços, contritos y reboçados, desatacados, que entravan allí a llorar sus pecados. ¡Qué tráfgos, si piensas, traía! Hazíase física de niños; tomava estambre de unas casas, dávalo a hilar en otras, por achaque de entrar en todas. Las unas: «Madre, acá», las otras: «Madre, acullá», «Cata la vieja, «Ya viene el ama», de todas muy conocida. Con todos estos afanes, nunca passava día⁴⁸ sin missa ni bísperas ni dexava monasterios de frailes ni de monjas sin visitar⁴⁹; esto porque allí hazía ella sus alleluyas y conciertos. Y en su casa hazía perfumes, falsava estoraques, menjuí, animes, ámbar, algalia, polvillos, almizcles, mosquetos. Tenía una cámara llena de alambiques, de redomillas, de barrilejos de barro, de vidrio, de arambre, de estaño, hechos de mil faciones. Hacía solimán, afeite cozido, argentadas bujelladas, cerillas, llanillas, unturillas, lustres, lucentores, clarimientes, alvalinos y otras aguas de rostro, de rasuras de gamones, de corteça de espantalobos, de teraguncia, de hieles, de agraz, de [mosto]⁵⁰, destilladas y açucaradas. Adelgazava los cueros con çumos de limones, con turvino, con tuétano de ciervo⁵¹ y de garça y otras confaciones. Sacava aguas para oler de rosas, de azahar, de jazmín, de trébol, de madre selvia y clavellinas, mosquetadas y almizcladas, polvorizadas con vino. Hacía lexías para enruviar de sarmientos, de carrasca, de centeno, de marruvios, con salitre, con alumbre y milifolia y otras diversas cosas. E los untos y mantecas que tenía es hastío de dezir: de vaca, de osso, de cavallos y de camellos, de culebra y de conejo, de vallena, de garça, de alcaraván y de gamo y de gato montés y de texón, de harda, de herizo, de nutria. Aparejos para baños, esto es una maravilla de las yervas y raíces que tenía en el techo de su casa colgadas: mançanilla y romero, malvaviscos, culantrillo, coronillas, flor de saúco y de mostaza, espliego y laurel blanco, bistorta rosa⁵² y gramonilla, flor salvaje y higuera, pico de oro y hojatinta. Los azeites que sacava para el rostro no es cosa de creer: de estoraque y de jazmín, de limón, de pepitas, de violetas, de menjuí, de alfócigos, de piñones, de granillo, de açofeifas, de neguilla, de altramuces, de arvejas y de carillas y de yerva paxarera. Y un poquillo de bálsamo tenía ella en una redomilla que guardava para aquel rascuño que tiene por las narizes. Esto de los virgos, unos hazía de bexiga y otros curava de punto. Tenía en un tabladillo, en una caxuela pintada, unas agujas delgadas de pellijeros y hilos de seda encerados, y colgadas allí raíces de hojaplasma y fuste

48.— *día*, omitido en todas las ediciones. Sigo al Manuscrito de Palacio.

49.— *sin visitar*, omitido en todas las ediciones. Sigo al Manuscrito de Palacio.

50.— En el texto: *modo*.

51.— En el texto y la mayoría de ediciones: *corço*. Sigo al Manuscrito de Palacio.

52.— En el texto y la mayoría de ediciones: *tortarosa*.

sanguino, cebolla albarrana y cepacavallo. Hazía con esto maravillas, que cuando vino por aquí el embajador francés, tres vezes vendió por virgen una criada que tenía.

CALISTO.— ¡Assí pudiera ciento!

PÁRMENO.— Sí, ¡santo Dios! Y remediava por caridad muchas huérfanas y erradas que se encomendavan a ella. Y en otro apartado tenía para remediar amores y para se querer bien. Tenía huessos de coraçón de ciervo, lengua de bívora, cabeças de codornizes, sesos de asno, tela de cavallo, mantillo de niño, hava morisca, guija marina, sogas de ahorcado, flor de yedra, espina de erizo, pie de texo, granos de helecho, la piedra del nido del águila y otras mil cosas. Venían a ella muchos hombres y mujeres, y a unos demandava el pan do mordían; a otros, de su ropa; a otros, de sus cabellos; a otros pintava en la palma letras con açafrán; a otros con bermellón; a otros dava unos coraçones de cera llenos de agujas quebradas y otras cosas en barro y en plomo fechas, muy espantables al ver. Pintava figuras, dezía palabras en tierra. ¿Quién te podrá dezir lo que esta vieja hazía?⁵³ Y todo era burla y mentira.

CALISTO.— Bien está, Pármeno. Déxalo para más oportunidad. Assaz soy de ti avisado; téngotelo en gracia. No nos detengamos, que la necesidad desecha la tardança. Oye, aquella viene rogada, espera más que debe; vamos, no se indigne. Yo temo, y el temor reduce la memoria y a la providencia despierta.⁵⁴ ¡Sus!, vamos, proveamos. Pero ruégote, Pármeno, la embidia de Sempronio, que en esto me sirve y complaze, no ponga impedimiento en el remedio de mi vida, que si para él hovo jubón, para ti no faltará sayo; ni pienses que tengo en menos tu consejo y aviso que su trabajo y obra. Como lo espíritual sepa yo que precede a lo corporal, y puesto que las bestias corporalmente trabajen más que los hombres, por esso son pensadas y curadas pero no amigas dellos, en tal diferencia serás commigo en respecto de Sempronio; y so secreto sello, postpuesto el dominio, por tal amigo a ti me concedo.

PÁRMENO.— Quéxome, señor, de la dubda de mi fidelidad y servicio por los prometimientos y amonestaciones tuyas. ¿Cuándo me viste, señor, embidiar o por ningún interesse ni resabio tu provecho estorcer?

53.— Esta larga descripción del «laboratorio» de Celestina y sus oficios ha sido largamente tratada por la crítica en busca de sus fuentes: desde las clásicas (la *Acantis* de Propertio, la *Dipsas* ovidiana, la *alcahueta* en Tibulo y Apuleyo), hasta las medievales (las terceras de los *fabliaux*, la *Trotaconventos* de Juan Ruiz, el *Arcipreste de Talavera*, Juan de Mena en el *Laberinto de Fortuna*, Rodrigo de Cota en el *Diálogo entre el amor y un viejo* y Rodrigo de Reinosa en las *Coplas de las comadres*). La semejanza de este pasaje con las *Coplas de las comadres* ha sido largamente analizada. Laura Puerto [2010: 77-89], considera que la farmacopea descrita por Reinosa es posterior a la *Celestina*, a quien imita. Véase una amplia bibliografía sobre el tema en Lobera-Serés: 555-556 y Laura Puerto [2010]. Sobre la falacia argumentativa retórica de este fragmento, *vid.* Canet [2008: 97].

54.— «Timoris enim tormentum memoria reducit, providentia anticipat», *Auctoritatis Aristotelis*, procedente del pseudo senequiano *Copia verborum* [Ruiz Arzálluz, 1996: 269-70, 272].

CALISTO.— No te escandalizes, que sin dubda tus costumbres y gentil criança en mis ojos ante todos los que me sirven están. Mas como en caso tan arduo, do todo mi bien y vida pende, es necessario proveer, proveo a los contescimientos, como quiera que creo que tus buenas costumbres sobre buen natural florescen, como el buen natural sea principio del artificio. E no más, sino vamos a ver la salud.

CELESTINA.— (*Bajo*) Passos oigo. Acá descienden. Haz, Sempronio, que no lo oyes. Escucha y déxame hablar lo que a ti y a mí conviene.

SEMPRONIO.— (*Bajo*) Habla.

CELESTINA.— (*Alto*) No me congoxes ni me importunes, que sobrecargar el cuidado es aguijar al animal congoxoso. ¿Assí sientes la pena de tu amo Calisto, que parece que tú eres él y él tú, y que los tormentos son en un mismo subjecto? Pues cree que yo no vine acá por dexar este pleito indeciso o morir en la demanda.

CALISTO.— ¡Pármemo, detente! ¡Ce!, escucha qué hablan estos; veamos en qué bivimos. ¡Oh notable mujer! ¡Oh bienes mundanos, indignos de ser poseídos de tan alto coraçón! ¡Oh fiel y verdadero Sempronio! ¿Has visto, mi Pármemo? ¿Oíste? ¿Tengo razón? ¿Qué me dizes, rincón de mi secreto y consejo y alma mía?

PÁRMEMO.— Protestando mi inocencia en la primera sospecha y cumpliendo con la fidelidad porque te me concediste, hablaré. Óyeme, y el afeto no te ensorde ni la esperança del deleite te ciegue. Tiéplate y no te apresses, que ‘muchos con cobdicia de dar en el fiel, yerran el blanco’. Aunque soy moço, cosas he visto assaz, y el seso y la vista de las muchas cosas demuestran la esperiencia.⁵⁵ De verte o de oírte descender por la escalera parlan lo que estos fingidamente han dicho, en cuyas falsas palabras pones el fin de tu desseo.

SEMPRONIO.— (*Bajo*) Celestina, ruinmente suena lo que Pármemo dize.

CELESTINA.— (*Bajo*) Calla, que para la mi santiguada, ‘do vino el asno verná el albarda’. Déxame tú a Pármemo, que yo te le haré uno de nos; y de lo que hoviéremos démosle parte, que los bienes, si no son comunicados, no son bienes.⁵⁶ Ganemos todos, partamos todos, holguemos todos. Yo te le traeré manso y benigno a picar el pan en el puño, y ‘seremos dos a dos y’, como dizen, ‘tres al mohíno’.

55.— *Auctoritatis Aristotelis*, I, 2: «Sensus visus multas differentias rerum nobis ostendit» [Lobera-Serés: 65, n. 422].

56.— *Auctoritates Aristotelis*, XXI, 17: «Nullius rei iocunda posesio sine socio»; la máxima de Séneca, *Epístolas*, I, 6 [Ruiz Arzálluz, 1996: 274]. Para la relación de la *Celestina* con Séneca y los *Proverbios de Séneca* de Díaz de Toledo, *vid.* Forthergill-Payne [1988: 60].

CALISTO.— ¡Sempronio!

SEMPRONIO.— ¿Señor?

CALISTO.— ¿Qué hazes, llave de mi vida? ¡Abre! ¡Oh, Pármeno, ya la veo! Sano soy, bivo soy. ¿Miras qué reverenda persona, qué acatamiento? Por la mayor parte, por la filosomía es conocida la virtud interior. ¡Oh vejez virtuosa! ¡Oh virtud envejescida! ¡Oh gloriosa esperanza de mi desseado fin! ¡Oh fin de mi deleitosa esperanza! ¡Oh salud de mi pasión, reparo de mi tormento, regeneración mía, bivificación de mi vida, resurrección de mi muerte! Desseo llegar a ti, cobdicio besar esas manos llenas de remedio. La indignidad de mi persona lo embarga. Dende aquí adoro la tierra que huellas y en reverencia tuya la beso.

CELESTINA.— (Ap.) Sempronio, ¿de aquellas bivo yo? ¡Los huessos que yo roí piensa este necio de tu amo de darme a comer! Pues ál le sueño, ‘al freír lo verá’. Dile que ‘cierre la boca y comience abrir la bolsa’, que de las obras dubdo, cuánto más de las palabras.⁵⁷ ¡‘Xo, que te estriego!’ ¡‘Asna coxa, más avías de madrugar!’⁵⁸

PÁRMENO.— (Ap.) ¡Guay de ‘orejas que tal oyen!’⁵⁹ ‘Perdido es quien tras perdido anda’. ¡Oh Calisto, desaventurado, abatido, ciego! ¡Y en tierra está adorando a la más antigua y puta vieja⁶⁰ que fregaron sus espaldas en todos los burdeles! ¡Deshecho es, vencido es, caído es! No es capaz de ninguna redención ni consejo ni esfuerço.

CALISTO.— ¿Qué dize la madre? Parésceme que pensava que le ofrescía palabras por escusar galardón.

SEMPRONIO.— Assí lo sentí.

CALISTO.— Pues ven commigo; trae las llaves, que yo sanaré su dubda.

SEMPRONIO.— Bien harás. Y luego vamos, que no se deve dexar crescer la yerva entre los panes ni las sospechas en los coraçones de los amigos, sino limpiarla luego con el escardilla de las buenas obras.

CALISTO.— Astuto hablas. Vamos y no tardemos.

CELESTINA.— Plázeme, Pármeno, que havemos havido oportunidad para que conozcas el amor mío contigo y la parte que en mí, inmérito, tienes. E digo inmérito por lo que te he oído dezir de que no hago caso, porque virtud nos amonesta sufrir las tentaciones y no dar mal por mal.⁶¹

57.— Posible referencia a: «In actionibus humanis minus creditur sermonibus quam operibus», *Auctoritates Aristotelis*, XII, 197; aforismo de Aristóteles, *Ética*, X, 1 [Ruiz Arzálluz, 1996: 278].

58.— Se hace alusión a dos refranes: «Jo, que te estrego, burra de mi suegro» y «Asna coja, más habrás de madrugar» [Correas].

59.— Mención al refrán: «Orejas que tal oyen, y ojos que tal ven. / En admiración de algo feo» [Correas].

60.— En el texto y mayoría de ediciones: *puta tierra*.

61.— Dos frases bíblicas: Epístola de Santiago, I, 2: «Beatusuir qui suffert tentationem»; y San Pedro, Epíst., I, 3, 9; San Pablo, Romanos, 12, 17: «Ne quis alicui malum pro malo reddat» [*Celestina comen-*

Y especial cuando somos tentados por moços y no bien instrutos en lo mundano, en que con necia lealtad pierdan a sí y a sus amos, como agora tú a Calisto. Bien te oí, y no pienses que el oír con los otros exteriores sesos mi vejez haya perdido, que no sólo lo que veo oyo y conozco, mas aun lo intrínscico con los intelectuales ojos penetro. Has de saber, Pármeno, que Calisto anda de amor quexoso. Y no lo juzgues por esso por flaco, que el amor impervio todas las cosas vence.⁶² Y sabe, si no sabes, que dos conclusiones son verdaderas: la primera, que es forçoso el hombre amar a la mujer y la mujer al hombre; la segunda, que el que verdaderamente ama es necessario que se turbe con la dulçura del soberano deleite, que por el Hazedor de las cosas fue puesto porque el linaje de los hombres se perpetuasse, sin lo cual perescería.⁶³ E no solo en la humana especie, mas en los pesces, en las bestias, en las aves, en las reptilias; y en lo vegetativo, algunas plantas han este respecto, si sin interposición de otra cosa en poca distancia de tierra están puestas, en que hay determinación de hervolarios y agricultores ser machos y hembras.⁶⁴ ¿Qué dirás a esto, Pármeno? ¡Neciuelo, loquito, angelico, perlica, simplezico! ¿Lobitos en tal gesticio? Llégate acá, putico, que no sabes nada del mundo ni de sus deleites. Mas, ¡ravia mala me mate si te llego a mí, aunque vieja! Que la boz tienes ronca, las barbas te apuntan; mal sosegadilla debes tener la punta de la barriga.

PÁRMENO.— ¡Como cola de alacrán!

CELESTINA.— Y aun peor, que la otra muerde sin hinchar y la tuya hincha por nueve meses.

PÁRMENO.— ¡Hi, hi, hi!

CELESTINA.— ¿Ríeste, landrezilla, fijo?

PÁRMENO.— Calla madre, no me culpes ni me tengas, aunque moço, por insipiente. Amo a Calisto porque le devo fidelidad por criança, por beneficios, por ser dél honrado y bien tractado, que es la mayor cadena que el amor del servidor al servicio del señor prende, quanto lo contrario aparta. Véole perdido, y no hay cosa peor que ir tras desseo sin esperança de

tada: fol. 134; Castro Guisasaola: 109]. Posteriormente pasó a refrán castellano: «Mal por mal no se debe dar» [Correas].

62.— Virgilio, *Églogas*, X, 69 y *Geórgicas*, I, 145-146. Vid. Manuel Criado de Val [1977: 3] y Miguel García-Gómez [1980].

63.— Se siguen aquí las propuestas y a veces citas literales del *Tratado de cómo al hombre es necesario amar*, pp. 21-22, atribuido al Tostado y del *Breviloquio de amor y amición*, del Tostado [Castro Guisasaola: 176; Lida de Malkiel: 112; Cátedra, 1989: 112-141].

64.— Posible alusión al *Diálogo entre el Amor y un Viejo* de Rodrigo Cota: «En el aire mis espuelas / fieren a todas las aves, / y en los muy hondos concaves / las reptilias pequeñuelas. / Toda bestia de la tierra / y pescado de la mar / so mi gran poder s'encierra (...) / Algún ave que librar / se quiso de mi conquista (...) / Árbol hay que no da fruto / do no nasce macho y hembra», vv. 316 y ss. [Pérez Priego: 1997, 195].

buen fin, y especial pensando remediar su hecho tan arduo y difícil con vanos consejos y necias razones de aquel bruto Sempronio, que es pensar ‘sacar aradores a pala de açadón’. No lo puedo sufrir; dígolo y lloro.

☞

CELESTINA.— Pármeno, ¿tú no vees que es necesidad o simpleza llorar por lo que con llorar no se puede remediar?

PÁRMENO.— Por esso lloro, que si con llorar fuesse possible traer a mi amo el remedio, tan grande sería el plazer de la tal esperança, que de gozo no podría llorar. Pero assí, perdida ya toda la esperança, pierdo el alegría y lloro.⁶⁵

☞

CELESTINA.— Llorarás sin provecho por lo que llorando estorvar no podrás, ni sanarlo presumas. ¿A otros no ha acontecido esto, Pármeno?

PÁRMENO.— Sí, pero a mi amo no le querría doliente.

CELESTINA.— No lo es, mas aunque fuesse doliente, podría sanar.

PÁRMENO.— No curo de lo que dizes, porque en los bienes mejor es el acto que la potencia, y en los males mejor la potencia que el acto. Assí que mejor es ser sano que poderlo ser, y mejor es poder ser doliente que ser enfermo por acto. Y, por tanto, es mejor tener la potencia en el mal que el acto.⁶⁶

☞

CELESTINA.— ¡Oh malvado, como que no se te entiende! ¿Tú no sientes su enfermedad? ¿Qué has dicho fasta agora? ¿De qué te queexas? Pues burla o di por verdad lo falso y cree lo que quisieres, que él es enfermo por acto, y el poder ser sano es en mano desta flaca vieja.

PÁRMENO.— ¡Mas desta flaca puta vieja!

CELESTINA.— ¡Putos días bivas, vellaquillo! ¿Y cómo te atreves?

PÁRMENO.— Como te conozco.

CELESTINA.— ¿Quién eres tú?

PÁRMENO.— ¿Quién? Pármeno, hijo de Alberto, tu compadre; que estuve contigo un poco tiempo⁶⁷, que te me dio mi madre cuando moravas a la cuesta del río, cerca de las tenerías.

CELESTINA.— ¡Jesú, Jesú, Jesú! ¿Y tú eres Pármeno, hijo de la Claudina?

PÁRMENO.— ¡Alahé, yo!

CELESTINA.— ¡Pues fuego malo te queme, que tan puta vieja era tu madre como yo! ¿Por qué me persigues, Parmenico? ¡Él es, él es, por los santos de Dios! Allégate a mí, ven acá, que mil açotes y puñadas te di en este mundo y otros tantos besos. ¿Acuérdate cuando dormías a mis pies, loquito?

65.— El Comentador de *Celestina* ve aquí una referencia a Solón: «Ego magis ploro quod damnum meum irrevocabile video» [Castro Guisasaola: 41].

66.— *Auctoritates Aristotelis*, I: «In bonis actus melior est potentia sed in malis melior est potentia actu, quod patet quia actu esse sanum melius est quam posse fieri sanum sed pose fieri infirmum melius quam actu esse infirmum»; frase originaria de Aristóteles, *Metafísica*, VIII, 9 (Ruiz Arzálluz, 1996: 272; Castro Guisasaola: 27, la relaciona con el cap. IX de la *Metafísica* así como con Santo Tomás en la *Prima secundæ*, q. 71, art. 3).

67.— En la *Comedia*: ‘un mes’.

PÁRMENO.— Sí, en buena fe, y algunas vezes, aunque era niño, me subías a la cabecera y me apretavas contigo. Y porque olías a vieja, me huía de ti.

CELESTINA.— ¡Mala landre te mate! ¡Y cómo lo dize el desvergonçado! Dexadas burlas y passatiempos, oye agora, mi fijo, y escucha, que aunque a un fin soy llamada, a otro soy venida, y maguera que contigo me haya hecho de nuevas, tú eres la causa. Hijo, bien sabes cómo tu madre, que Dios haya, te me dio biviendo tu padre, el cual, como de mí te fuiste, con otra ansia no murió sino con la incertidumbre de tu vida y persona; por la cual ausencia, algunos años de su vejez sufrió angustiosa y cuidadosa vida. Y al tiempo que della passó, embió por mí y en su secreto te me encargó y me dixo, sin otro testigo sino aquel que es testigo de todas las obras y pensamientos y los coraçones y entrañas escudriña,⁶⁸ al cual puso entre él y mí que te buscasse y allegasse y abrigasse; y quando de complida edad fuesses, tal que en tu bivar supieses tener manera y forma, te descubriesse adónde dexó encerrada tal copia de oro y plata que basta más que la renta de tu amo Calisto. Y porque gelo prometí, y con mi promessa llevó descanso, y la fe es de guardar más que a los bivos a los muertos que no pueden hazer por sí, en pesquisa y siguimiento tuyo yo he gastado assaz tiempo y cuantías hasta agora, que ha plazido a Aquel que todos los cuitados tiene y remedia las justas peticiones y las piadosas obras endereça, que te hallasse aquí, donde solos ha tres días que sé que moras. Sin dubda dolor he sentido porque has por tantas partes vagado y peregrinado, que ni has havido provecho ni ganado debdo ni amistad, que como Séneca dize: «Los peregrinos tienen muchas posadas y pocas amistades, porque en breve tiempo con ninguno pueden firmar amistad; y el que está en muchos cabos, no está en ninguno; ni puede aprovechar el manjar a los cuerpos que en comiendo se lança; ni hay cosa que más la sanidad impida que la diversidad y mudança y variación de los manjares; y nunca la llaga viene a cicatrizar, en la cual muchas melezinas se tientan; ni convalesce la planta que muchas vezes es traspuesta; y no hay cosa tan provechosa que en llegando aproveche».⁶⁹ Por tanto, mi hijo, dexa los ímpetus de la juventud y tórnate con la doctrina de tus mayores a la razón. Reposa

68.— Reminiscencia de 1 Paralipómenos, 28, 9: «...porque Yavé escudriña los corazones de todos y penetra todos los designios y todos los pensamientos». Castro Guisasola: p. 106, comenta que: «el atribuir al Señor el escrutinio de las entrañas y corazones es frecuentísimo en todas las Sagradas Letras. Cf. Paralipom. I, 28, 9; Psalm. 7, 10; Jerem. 17, 10; Apocal. 2, 23, etc.».

69.— *Auctoritates Aristotelis*, XXI, 4-5: «Peregrini multa ospicia habent nullas amicitias. Nusquam est qui ubique. Non prodest cibus corpori qui statim sumptus emititur. Nihil ita sanitatem impedit sicut crebra remediorum mutatio. Non enim venit uulnus ad cicatricem in quo medicamenta temperantur nec conualescit planta que transfertur unde nichil tam utile est quod transitu prodest. Honestas res est leta paupertas. Non qui parum habet est pauper sed qui plus cupit habere»; la cita de Séneca, *Epístolas*, I, 2 [Ruiz Arzálluz, 1996: 273].

en alguna parte y ¿dónde mejor que en mi voluntad, en mi ánimo, en mi consejo, a quien tus padres te remetieron? Y yo, así como verdadera madre tuya, te digo, so las malediciones que tus padres te pusieron si me fueses inobediente, que por el presente sufras y sirvas a este tu amo que procuraste, fasta en ello aver otro consejo mío; pero no con neicia lealtad, proponiendo firmeza sobre lo movable, como son estos señores deste tiempo. E tú gana amigos, que es cosa durable; ten con ellos constancia; no bivas en flores. Dexa los vanos prometimientos de los señores, los cuales deshechan la sustancia de sus servientes con huecos y vanos prometimientos. Como la sanguijuela saca la sangre, desagradecen, injurian, olvidan servicios, niegan galardón.⁷⁰ ¡Guay de quien en palacio envejece!, como se escribe de la probática piscina, que de ciento que entravan sanava uno.⁷¹ Estos señores deste tiempo más aman a sí que a los suyos, y no yerran. Los suyos igualmente lo deven fazer. Perdidas son las mercedes, las manificencias, los actos nobles. Cada uno destos cativan y mezquinamente procuran su interesse con los suyos; pues aquellos no deven menos hazer, como sean en facultades menores, sino bivar a su ley. Dígolo, fijo Pármeno, porque este tu amo, como dizen, me parece rompenescios; de todos se quiere servir sin merced. Mira bien, créeme. En su casa cobra amigos, que es el mayor precio mundano;⁷² que con él no pienses tener amistad, como por la diferencia de los estados o condiciones pocas vezes contezca.⁷³ Caso es ofrecido, como sabes, en que todos medremos y tú, por el presente, te remedies. Que lo ál que te he dicho, guardado te está a su tiempo. E mucho te aprovecharás siendo amigo de Sempronio.

PÁRMENO.— Celestina, todo tremo en oírte. No sé qué haga; perplexo estó. Por una parte, téngote por madre; por otra, a Calisto por amo. Riqueza desseo, pero ‘quien torpemente sube a lo alto, más aína cae que subió’. No querría bienes mal ganados.

CELESTINA.— Yo sí. ‘A tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo’.

PÁRMENO.— Pues yo con ellos no biviría contento; y tengo por honesta cosa la pobreza alegre. Y aun más te digo, que no los que poco tienen son

70.— Posible referencia al Eclesiástico 13, 14 [Amaranta Saguar, 2013: 186].

71.— San Juan, 5, 2-4 [Castro Guisasola: 109].

72.— *Auctoritates Aristotelis*, XXV, 30: «Amicos habere presciosissimum genus diuiciarium est»; frase originaria de Boecio, *De consolacione*, II, p. VIII [Ruiz Arzálluz, 1996: 278]. También era una sentencia latina atribuida a Jenofonte: «Amicos omnium bonorum maximum dicunt esse» (Castro Guisasola: 38).

73.— Posible mención de: «Domini ad seruum non est amicitia secundum quod seruus sed secundum quod homo quia secundum quod seruus est sibi dissimilis sed in quantum est homo est sibi similis», *Auctoritates Aristotelis*, XII, 161; entresacada de Aristóteles, *Ética*, VIII, 13 [Ruiz Arzálluz, 1996: 272]. La *Celestina comentada* ve relaciones con Eclesiástico 13, 19-20; Amaranta Saguar [2013: 187] propone como fuente el Eclesiástico, 13-22.

pobres, mas los que mucho dessean.⁷⁴ Y por esto, aunque más digas, no te creo en esta parte. Querría passar la vida sin embidia, los yermos y aspereza sin temor, el sueño sin sobresalto, las injurias con repuesta, las fuerças sin denuesto, las premias con resistencia.

CELESTINA.— ¡Oh, hijo!, bien dizen que la prudencia no puede ser sino en los viejos,⁷⁵ y tú mucho moço eres.

PÁRMENO.— Mucho segura es la mansa pobreza.⁷⁶

CELESTINA.— Mas di, como mayor, que ‘la fortuna ayuda a los osados’.⁷⁷ Y demás desto ¿quién es que tenga bienes en la república que escoja bivar sin amigos?⁷⁸ Pues, loado Dios, bienes tienes. ¿Y no sabes que has menester amigos para los conservar? Y no pienses que tu privança con este señor te haze seguro, que cuanto mayor es la fortuna, tanto es menos segura.⁷⁹ Y por tanto, en los infortunios el remedio es a los amigos. E ¿adónde puedes ganar mejor este deudo, que donde las tres maneras de amistad concurren? Conviene a saber: por bien y provecho y deleite.⁸⁰ Por bien: mira la voluntad de Sempronio conforme a la tuya y la gran similitud que tú y él en la virtud tenéis. Por provecho: en la mano está si sois concordés. Por deleite: semejable es, como seáis en edad dispuestos para todo linaje de plazer, en que más los moços que los viejos se juntan, assí como para jugar, para vestir, para burlar, para comer y beber, para negociar amores juntos de compañía. ¡Oh si quisieses, Pármeno, qué vida gozaríamos! Sempronio ama a Elicia, prima de Areúsa.

PÁRMENO.— ¿De Areúsa?

CELESTINA.— De Areúsa.

PÁRMENO.— ¿De Areúsa, fija de Eliso?

CELESTINA.— De Areúsa, fija de Eliso.

PÁRMENO.— ¿Cierto?

CELESTINA.— Cierto.

74.— *Auctoritates Aristotelis*, XXI, 7-11: «Honesta res est leta paupertas. Non qui parum habet est pauper sed qui plus cupit habere», sentencia extraída de Séneca, *Epístolas*, I, 2 [Ruiz Arzálluz, 1996: 273].

75.— *Auctoritates Aristotelis*, XV, 123: «Potentia es in iunioribus, prudentia autem in senioribus»; procedente de Aristóteles, *Política*, VII, 9. La cita también podría provenir de Job, XII, 12, aunque era una sentencia clásica.

76.— Alusión a Mena, *Laberinto*, copla CCXXVII: «¡O vida segura la mansa pobreza...!» [Castro Guisasa: 49].

77.— Sentencia latina «Audentes Fortuna iuvat», usada por Virgilio en la *Eneida*, X, 284, que pasó posteriormente a refrán castellano.

78.— *Auctoritates Aristotelis*, XII, 134: «Nullus eligeret uiuere sine amicis habens reliqua bona omnia», entresacada de Aristóteles, *Ética*, VIII, 1 y 3 [Ruiz Arzálluz, 1996: 273].

79.— *Auctoritates Aristotelis*, XII, 134: «Quanto maior est fortuna tanto minus est segura»; aforismo de Aristóteles, *Ética*, VIII, 1 y 3 [Ruiz Arzálluz, 1996: 273]. Posteriormente pasó a refrán castellano.

80.— *Auctoritates Aristotelis*, XII, 134-5, 137 y 143: In infortunis refugium ad amicos... Triplex est amicitia scilicet propter utile bonum delectabile et honestum»; la mención de Aristóteles, *Ética*, VIII, 1 y 3 [Ruiz Arzálluz, 1996: 273].

PÁRMENO.— Maravillosa cosa es.

CELESTINA.— ¿Pero bien te parece?

PÁRMENO.— No cosa mejor.

CELESTINA.— Pues tu buena dicha quiere, aquí está quien te la dará.

PÁRMENO.— Mi fe, madre, no creo a nadie.

☛ CELESTINA.— Estremo es creer a todos y yerro no creer a ninguno.⁸¹

PÁRMENO.— Digo que te creo, pero no me atrevo. Déxame.

☛ CELESTINA.— ¡Oh mezquino! De enfermo corazón es no poder sufrir el
☞ bien.⁸² ‘Da Dios havas a quien no tiene quixadas’. ¡Oh simple!, dirás
☛ que adonde hay mayor entendimiento ay menor fortuna, y donde más
☛ discreción allí es menor la fortuna,⁸³ dichas son.

PÁRMENO.— ¡O Celestina!, oído he a mis mayores que un exemplo de luxuria o avaricia mucho mal haze; y que con aquéllos deve hombre conversar que le hagan mejor; y aquéllos dexar a quien él mejores piensa hazer.⁸⁴ Y sempronio en su enxemplo no me hará mejor, ni yo a él sanaré su vicio. E puesto que yo a lo que dizes me incline, sólo yo querría saberlo, porque a lo menos por el enxemplo fuesse oculto el pecado. E si hombre vencido del deleite va contra la virtud, no se atreva a la honestedad.

☛ CELESTINA.— Sin prudencia hablas, que de ninguna cosa es alegre posesión sin compañía.⁸⁵ No te retrayas ni amargues, que la natura huye lo triste y apetece lo delectable.⁸⁶ El deleite es con los amigos en las cosas sensuales, y especial en recontar las cosas de amores y comunicarlas: «Esto hize», «Esto otro me dixo», «Tal donaire passamos», «De tal manera la tomé», «Assí la besé», «Assí me mordió», «Assí la abracé», «Assí se allegó»; «¡Oh qué habla!», «¡Oh qué gracia!», «¡Oh qué juegos!», «¡Oh qué besos!»; «Vamos allá», «Bolvamos acá»; «Ande la música», «Pintemos los motes!, «Canten canciones, invenciones y justemos»; «¿Qué cimera sacaremos o qué letra?»; «Ya va a la missa», «Mañana saldrá», «Rondemos su calle», «Mira su carta», «Vamos de noche», «Tenme el escala», «Aguarda a la puerta»; «¿Cómo te fue?», «Cata el cornudo, sola

81.— *Auctoritates Aristotelis*, XXI, 13: «Viciū est omnibus credere et nulli»; perteneciente a Séneca, *Epístolas*, I, 3 [Ruiz Arzálluz, 1996: 274]. Sentencia que pasó a refrán.

82.— *Auctoritates Aristotelis*, XXI, 16: «Infirmi animi est non posse pati diuicias»; aforismo de Séneca, *Epístolas*, I, 5 [Ruiz Arzálluz, 1996: 274].

83.— *Auctoritates Aristotelis*, XIII, 2-3: «Vbi plenus intellectus et ratio ibi minima fortuna ubi uero plurima fortuna minimus intellectus»; originaria de Aristóteles, *Magna moralia*, I, 8 [Ruiz Arzálluz, 1996: 274 y Castro Guisasaola: 30].

84.— *Auctoritates Aristotelis*, XXI, 18-20: «Vnum exemplum luxurie siue auaricie multum mali facit. Cum illis conseruari debes qui te meliorem faciunt illos autem omitere quos optime tu meliores facere poteris»; entresacada de Séneca, *Epístolas*, I, 7 [Ruiz Arzálluz, 1996: 274].

85.— *Auctoritates Aristotelis*, XXI, 17: «Nullius rei iocunda posesio sine socio»; máxima de Séneca, *Epístolas*, I, 6 [Ruiz Arzálluz, 1996: 274].

86.— *Auctoritates Aristotelis*, XII, 149: «Natura maxime fugit triste et appetit delectabile»; aforismo de Aristóteles, *Ética*, VIII, 6 [Ruiz Arzálluz, 1996: 275 y Castro Guisasaola: 30].

la dextera»; «Dale otra buelta, tornemos allá».⁸⁷ E para esto, Pármeno, ¿hay deleite sin compañía? ¡Alahé, alahé, ‘la que las sabe las tañe’! Este es el deleite, que lo ál mejor lo hazen los asnos en el prado.

PÁRMENO.— No querría, madre, me combidasses a consejo con amonestación de deleite, como hizieron los que, careciendo de razonable fundamento, opinando hizieron sectas embueltas en dulce veneno para captar y tomar las voluntades de los flacos, y con polvos de sabroso afecto cegaron los ojos de la razón.

CELESTINA.— ¿Qué es razón, loco? ¿Qué es afecto, asnillo? La discreción, que no tienes, lo determina. Y de la discreción, mayor es la prudencia. Y la prudencia no puede ser sin esperimientto. Y la esperiencia no puede ser más que en los viejos.⁸⁸ Y los ancianos somos llamados padres. Y los buenos padres bien aconsejan a sus hijos; y especial yo a ti, cuya vida y honra más que la mía desseo. ¿Y cuándo me pagarás tú esto? Nunca, pues a los padres y a los maestros no puede ser hecho servicio igualmente.⁸⁹

PÁRMENO.— Todo me recelo, madre, de recibir dudoso consejo.

CELESTINA.— ¿No quieres? Pues dezírte he lo que dize el Sabio: «Al varón que con dura cerviz al que le castiga menosprecia, arrebatado quebrantamiento le verná y sanidad ninguna le conseguirá».⁹⁰ E assí, Pármeno, me despido de ti y deste negocio.

PÁRMENO.— (Ap.) Ensañada está mi madre. Dubda tengo en su consejo. Yerro es no creer y culpa creerlo todo.⁹¹ Mas humano es confiar, mayormente en esta que interesse promete, a do provecho no puede allende de amor conseguir. Oído he que deve hombre a sus mayores creer. ¿Esta qué me aconseja? Paz con Sempronio. La paz no se deve negar, que bienaventurados son los pacíficos, que hijos de Dios serán llamados.⁹² Amor no se deve rehuir. Caridad a los hermanos. Interesse pocos le apartan. Pues quiérola complazer y oír.

— (Alto) Madre, no se deve ensañar el maestro de la ignorancia del discípulo, si no raras vezes por la sciencia, que es de su natural comunicable,

87.— Este pasaje se relaciona con el *Arcipreste de Talavera*, I, 18 [Castro Guisasola: 174; Lida de Malkiel, 1962: 112 y 565].

88.— *Auctoritates Aristotelis*, XII, 115: «Iuvenes non possunt prudentes esse quia prudentia requirit experientiam que indiget tempore»; máxima de Aristóteles, *Ética*, VI, 9 [Ruiz Arzálluz, 1996: 275 y Castro Guisasola: 30].

89.— *Auctoritates Aristotelis*, XII, 169: «Magistris diis et parentibus non potest reddi equivalens»; aforismo de Aristóteles, *Ética*, IX, 1 [*Celestina comentada*: fol. 53r; Castro Guisasola: 30-31; Ruiz Arzálluz, 1996: 275].

90.— Proverbios, XXIX, 1 [Castro Guisasola: 106; Amaranta Saguar, 2013: 168].

91.— Pármeno repite la misma sentencia que Celestina unos párrafos antes: «Viciu[m] est omnibus credere et nulli»; Sentencia que pasó a refrán.

92.— Mateo, V, 9.

y en pocos lugares se podría infundir. Por esso, perdóname, háblame, que no sólo quiero oírte y creerte, mas en singular merced recibir tu consejo. Y no me lo agradescas, pues el loor y las gracias de la acción más al dante que no al recipiente se deven dar.⁹³ Por esso manda, que a tu mandado mi consentimiento se humilla.

☞ CELESTINA.— ‘De los hombres es errar y bestial es la porfia’. Por ende, gózome, Pármeno, que hayas limpiado las turbias telas de tus ojos y respondido al reconocimiento, discreción y ingenio sutil de tu padre, cuya persona, agora representada en mi memoria, enternece los ojos piadosos, por do tan abundantes lágrimas vees derramar. Algunas vezes, duros propósitos como tú defendía, pero luego tornava a lo cierto. En Dios y en mi ánima, que en veer agora lo que has porfiado y cómo a la verdad eres reduzido, no parece sino que bivo le tengo delante. ¡Oh qué persona! ¡Oh qué hartura! ¡Oh qué cara tan venerable! Pero callemos, que se acerca Calisto y tu nuevo amigo Sempronio, con quien tu conformidad para más oportunity dexo; que dos en un corazón biviendo son más poderosos de hazer y de entender.⁹⁴

CALISTO.— Dubda traigo, madre, según mis infortunios, de hallarte biva. Pero más es maravilla, según el desseo, de cómo llego bivo. Recibe la dádiva pobre de aquel que con ella la vida te ofrece.

CELESTINA.— Como en el oro muy fino labrado por la mano del sutil artífice la obra sobrepuja a la materia, assí se avanta a tu magnifico dar la gracia y forma de tu dulce liberalidad. Y sin dubda, la presta dádiva su efeto ha doblado, porque la que tarda el prometimiento muestra negar y arrepentirse del don prometido.

PÁRMENO.— (Ap.) ¿Qué le dio, Sempronio?

SEMPRONIO.— (Ap.) Cient monedas en oro.

PÁRMENO.— (Ap.) ¡Hi, hi, hi!

SEMPRONIO.— (Ap.) ¿Fabló contigo la madre?

PÁRMENO.— (Ap.) Calla, que sí.

SEMPRONIO.— (Ap.) Pues, ¿cómo estamos?

PÁRMENO.— (Ap.) Como quisieres, aunque esté espantado.

SEMPRONIO.— (Ap.) Pues calla, que yo te haré espantar dos tanto.

PÁRMENO.— (Ap.) ¡Oh, Dios!, no hay pestilencia mas eficaz que el enemigo de casa para empecer.⁹⁵

93.— *Auctoritates Aristotelis*, XII, 61: «Laus et gratiarum actio debetur danti et non recipienti»; aforismo de Aristóteles, *Ética*, IV, 1 [Ruiz Arzálluz, 1996: 275 y Castro Guisasola: 31].

94.— *Auctoritates Aristotelis*, XII, 136: «Dou simil uiuentes et intelligere et agere sunt potenciores»; sentencia de Aristóteles, *Ética*, VIII, 1 [Ruiz Arzálluz, 1996: 275].

95.— *Auctoritates Aristotelis*, XXV, 37: «Nulla pestis ad noscendum efficacior est quam familiaris inimicus»; adagio de Boecio, *De consolatione*, III, p. v [Ruiz Arzálluz, 1996: 276].

CALISTO.— Ve agora, madre, y consuela tu casa; y después ven, consuela la mía y luego.

CELESTINA.— Quede Dios contigo.

CALISTO.— Y él te me guarde.



Calisto. Parmeno. Sempronio.



Argumento del segundo auto

Partida Celestina de Calisto para su casa, queda Calisto hablando con Sempronio, criado suyo, al cual, como quien en alguna esperanza puesto está, todo aguijar le parece tardança, embía de sí a Sempronio a solicitar a Celestina para el concebido negocio. Quedan entretanto Calisto y Pármeno juntos razonando.

Calisto. Pármeno. Sempronio.

CALISTO.— Hermanos míos, cient monedas di a la madre. ¿Fize bien?

SEMPRONIO.— ¡Ay, si heziste bien! Allende de remediar tu vida, ganaste muy gran honra. ¿E para qué es la fortuna favorable y próspera sino para servir a la honra, que es el mayor de los mundanos bienes? Que esta es premio y galardón de la virtud,⁹⁶ e por esso la damos a Dios, porque no tenemos mayor cosa que le dar; la mayor parte de la cual consiste en la liberalidad y franqueza.⁹⁷ A esta los duros tesoros comunicables la escorecen y pierden, y la magnificencia y liberalidad la ganan y subliman. ¿Qué aprovecha tener lo que se niega aprovechar? Sin dubda te digo

96.— *Auctoritates Aristotelis*, XII, 66: «Maximum bonorum exteriorum est honor... Honor est premium uirtutis»; sentencia de Aristóteles, *Ética*, iv, 7 [Ruiz Arzálluz, 1996: 276 y Castro Guisasola: 31 y 33].

97.— Se sigue a Aristóteles, *Ética*, IV, 7.

que es mejor el uso de las riquezas que la possessión dellas.⁹⁸ ¡Oh qué glorioso es el dar! ¡Oh qué miserable es el recibir!⁹⁹ Cuanto es mejor el acto que la possessión, tanto es más noble el dante que el recipiente. Entre los elementos, el fuego, por ser más activo, es más noble y en las esferas puesto en más noble lugar.¹⁰⁰ E dicen algunos que la nobleza es una alabança que proviene de los merescimientos y antigüedad de los padres. Yo digo que la agena luz nunca te hará claro si la propria no tienes.¹⁰¹ E, por tanto, no te estimes en la claridad de tu padre, que tan magnífico fue, sino en la tuya. E assí se gana la honra, que es el mayor bien de los que son fuera de hombre.¹⁰² De lo cual no el malo, mas el bueno, como tú, es digno que tenga perfecta virtud. Y aun más te digo, que la virtud perfecta no pone que sea hecho condigno honor.¹⁰³ Por ende, goza de haver seído assí, magnífico y liberal. Y de mi consejo, tórnate a la cámara y reposa, pues que tu negocio en tales manos está depositado. De donde ten por cierto, pues el comienzo lleva bueno, el fin será muy mejor. Y vamos luego, porque sobre este negocio quiero hablar contigo más largo.

CALISTO.— Sempronio, no me parece buen consejo quedar yo acompañado y que vaya sola aquella que busca el remedio de mi mal. Mejor será que vayas con ella y la aquexes, pues sabes que de su diligencia pende mi salud, de su tardança mi pena, de su olvido mi desesperança. Sabido eres, fiel te siento, por buen criado te tengo; haz de manera que en solo verte ella a ti, juzgue la pena que a mí queda y fuego que me atormenta, cuyo ardor me causó no poder mostrarle la tercia parte desta mi secreta enfermedad, según tiene mi lengua y sentido ocupados y consumidos. Tú, como hombre libre de tal pasión, hablarla has a rienda suelta.

SEMPRONIO.— Señor, querría ir por complir tu mandado; querría quedar por aliviar tu cuidado. Tu temor me aquexa, tu soledad me detiene. Quiero tomar consejo con la obediencia, que es ir y dar priessa a la vieja. Mas ¿cómo iré?, que en viéndote solo dizes desvaríos de hombre sin seso, sospirando, gemiendo, mal trobando, holgando con lo oscuro,

98.— *Auctoritates Aristotelis*, XII, 17: *Melius est usus rei quam posesio*; máxima de Aristóteles, *Ética*, I, 9 [Ruiz Arzálluz, 1996: 276]; [Castro Guisasaola: 32, propone *Magna moralia*, lib. I, 3 y *Ética*, IV].

99.— Hechos de los Apóstoles, XX, 35: «... las palabras del Señor Jesús que Él mismo dijo: 'Hay más dicha en dar que en recibir'» [*Celestina comentada*: 58v].

100.— Castro Guisasaola ve una reminiscencia de Aristóteles, *De anima*, 2 y *Meteorolog*, I, 2.

101.— *Auctoritates Aristotelis*, XXV, 38-9: *Nobilitas est laus quedam proueniens ex meritis parentum. Aliena claritudo si propriam non habes te splendidum non efficiet*; frase extraída de Boecio, *De consolatione*, III, p. VI [Ruiz Arzálluz, 1996: 276].

102.— *Auctoritates Aristotelis*, XII, 66-67, 69-70: «*Maximum bonorum exteriorum est honor. Prauus honor non est dignus...*»; sentencia de Aristóteles, *Ética*, IV, 7-8 [Ruiz Arzálluz, 1996: 277].

103.— *Auctoritates Aristotelis*, XII, 66-67, 69-70: «*Secundum ueritatem solus bonus est honorandus. Virtuti perfecte non fit condignus honor*»; procedente de Aristóteles, *Ética*, IV, 7-8 [Ruiz Arzálluz, 1996: 277].

desseando soledad, buscando nuevos modos de pensativo tormento. Donde, si perseveras, o de muerto o loco no podrás escapar, si siempre no te acompaña quien te allegue plazer, diga donaires, tanga canciones alegres, cante romances, cuente historias, pinte motes, finja cuentos, juegue a naipes, arme mates. Finalmente, que sepa buscar todo género de dulce passatiempo para no dexar trasponer tu pensamiento en aquellos crueles desvíos que recibiste de aquella señora en el primer trance de tus amores.

CALISTO.— ¿Cómo, simple? ¿No sabes que alivia la pena llorar la causa? ¿Cuánto es dulce a los tristes quejar su pasión? ¿Cuánto descanso traen consigo los quebrantados sospiros? ¿Cuánto relievan y diminuyen los lagrimosos gemidos el dolor? Cuantos escribieron consuelos no dizen otra cosa.

SEMPRONIO.— Lee más adelante; buelve la hoja; hallarás que dizen que fiar en lo temporal y buscar materia de tristeza que es igual género de locura.¹⁰⁴ Y aquel Macías, ídolo de los amantes, del olvido porque le olvidava se queixa. En el contemplar está la pena de amor, en el olvidar el descanso. Huye de tirar coces al aguijón.¹⁰⁵ Finge alegría y consuelo y serlo ha, que muchas vezes la opinión trae las cosas donde quiere, no para que mude la verdad, pero para moderar nuestro sentido y regir nuestro juicio.¹⁰⁶

CALISTO.— Sempronio amigo, pues tanto sientes mi soledad, llama a Pármeno y quedará conmigo. Y de aquí adelante sey como sueles, leal, que ‘en el servicio del criado está el galardón del señor’.

PÁRMENO.— Aquí estoy, señor.

CALISTO.— Yo no, pues no te veía. No te partas della, Sempronio, ni me olvides a mí; y ve con Dios. Tú, Pármeno, ¿qué te parece de lo que hoy ha passado? Mi pena es grande, Melibea alta, Celestina sabia y buena maestra destes negocios. No podemos errar. Tú me la has aprovado con toda tu enemistad. Yo te creo, que tanta es la fuerça de la verdad que las

104.— Sentencia del *De remediis*, II, 24, de Petrarca: «Nam et incassum niti, et tristitiae materiam aucupari par dementia est» [*Celestina comentada*: fol. 61r; Castro Guisasola: 121; Deyermond, 1961: 61]. A partir de aquí se utiliza como fuente principal para las sentencias la *Opera latina* de Francesco Petrarca, Basileae, Johannes Amerbach, 1496, sobre todo del «Índice» final [Deyermond, 1961 y 1975].

105.— Hechos de los apóstoles, XXVI, 14: «Caídos todos a tierra, oí una voz que me decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro te es dar coces contra el aguijón». Pasó a expresión común «dar coces contra el aguijón», en el sentido de «Hacerse más daño por porfiar» o «Del que porfía contra mayor poder y razón» [Correas].

106.— Petrarca, *De remediis*, II, 90: «Finge solacium parere, solacium erit, opinio rem quocunque vult trahit, non ut verum mutet, sed ut iudicium regat et sensibus moderetur» [Castro Guisasola: 121; Deyermond, 1961: 62].

lenguas de los enemigos trae a su mandar.¹⁰⁷ Assí que, pues ella es tal, más quiero dar a esta cient monedas que a otra cinco.

PÁRMENO.— (Ap.) ¿Ya las lloras? Duelos tenemos. En casa se havrán de ayunar estas franquezas.

CALISTO.— Pues pido tu parecer, seyme agradable, Pármeno; no abaxes la cabeça al responder. Mas como la embidia es triste, la tristeza sin lengua, puede más contigo su voluntad que mi temor. ¿Qué dixiste, enojoso?

PÁRMENO.— Digo, señor, que irían mejor empleadas tus franquezas en presentes y servicios a Melíbea, que no dar dineros a aquella que yo me conozco; y lo que peor es, hazerte su cativo.

CALISTO.— ¿Cómo, loco, su cativo?

PÁRMENO.— Porque ‘a quien dizes el secreto das tu libertad’.

CALISTO.— Algo dize el necio. Pero quiero que sepas que cuando hay mucha distancia del que ruega al rogado, o por gravedad de obediencia o por señorío de estado o esquividad de género, como entre esta mi señora y mí, es necessario intercessor o medianero que suba de mano en mano mi mensaje hasta los oídos de aquella a quien yo segunda vez hablar tengo por imposible. Y pues que assí es, dime si lo hecho apruevas.

PÁRMENO.— (Ap.) ¡Apruévelo el diablo!

CALISTO.— ¿Qué dizes?

PÁRMENO.— Digo, señor, que ‘nunca yerro vino desacompañado’; y que ‘un inconveniente es causa y puerta de muchos’.¹⁰⁸

CALISTO.— El dicho yo le apruevo, el propósito no entiendo.

PÁRMENO.— Señor, porque perderse el otro día el neblí fue causa de tu entrada en la huerta de Melíbea a le buscar; la entrada causa de la ver y hablar; la habla engendró amor; el amor parió tu pena; la pena causará perder tu cuerpo y el alma y hazienda. Y lo que más dello siento es venir en manos de aquella trotaconventos, después de tres vezes emplumada.

CALISTO.— ¡Assí, Pármeno, di mas desso, que me agrada! Pues mejor me parece cuanto más la desalabas. Cumpla conmigo y emplúmenla la cuarta. Dessentido eres; sin pena hablas; no te duele donde a mí, Pármeno.

107.— Sentencia procedente del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Tanta est veri vis, ut linguas saepe hostium ad se trahat» [Deyermond, 1961: 145]. También aducen el pasaje: *Celestina comentada*: 62r y Castro Guisasola: 121, aludiendo al *De remediis*, I, 13. Pasó posteriormente a refrán castellano: «La fuerza de la verdad, las lenguas de los enemigos trae a su mandar» [Correas].

108.— Dichos o sentencias de dudosa atribución. En Correas: «Un yerro no se hace solo; o no viene solo».

PÁRMENO.— Señor, más quiero que airado me reprehendas porque te dó enojo, que arrepentido me condenes porque no te di consejo,¹⁰⁹ pues perdiste el nombre de libre cuando cativaste tu voluntad.

CALISTO.— (*Ap.*) ¡Palos querrá este vellaco!

— (*Alto*) Di, mal criado, ¿por qué dizes mal de lo que yo adoro? ¿Y tú que sabes de honra? Dime, ¿qué es amor? ¿En qué consiste buena criança, que te me vendas por discreto? ¿No sabes que el primer escalón de locura es creerse esciente?¹¹⁰ Si tú sintieses mi dolor, con otra agua rociarías aquella ardiente llaga que la cruel frecha de Cupido me ha causado. Cuanto remedio Sempronio acarrea con sus pies, tanto apartas tú con tu lengua, con tus vanas palabras, fingiéndote fiel. Eres un terrón de lisonja, bote de malicias, el mismo mesón y aposentamiento de la embidia, que por difamar la vieja a tuerto o a derecho pones en mis amores desconfianza, sabiendo que esta mi pena y flutuoso dolor no se rige por razón, no quiere avisos, carece de consejo; y si alguno se le diere, tal que no aparte ni desgozne lo que sin las entrañas no podrá despegarse. Sempronio temió su ida y tu quedada; yo quiselo todo, y ansí me padesco el trabajo de su ausencia y tu presencia. ‘Valiera más solo que mal acompañado’.

PÁRMENO.— Señor, ‘flaca es la fidelidad que temor de pena la convierte en lisonja’, mayormente con señor a quien dolor y afición priva y tiene ageno de su natural juicio. Quitarse ha el velo de la ceguedad. Passarán estos momentáneos fuegos, conocerás mis agras palabras ser mejores para matar este fuerte cancre que las blandas de Sempronio que lo cevan, atizan tu fuego, abivan tu amor, encienden tu llama, añaden astillas que tenga que gastar hasta ponerte en la sepultura.

CALISTO.— ¡Calla, calla, perdido! Estó yo penando y tu filosofando. No te espero más. Saquen un cavallo, límpíenle mucho, aprieten bien la cincha, porque si passare por casa de mi señora y mi dios.

PÁRMENO.— ¡Moços! ¿No ay moço en casa? Yo me lo havré de hazer, que a peor vernemos desta vez que ser moços de espuelas. ¡Andar! ¡Passe! ‘Mal me quieren mis comadres’¹¹¹ etc. ¿Relincháis, don cavallo? ¿No basta un celoso en casa o barruntas a Melibea?

109.— Referencia a un pasaje entre el cardenal y el rey en la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro: «... que más queremos que airado nos reprehendas porque te dimos enojo, que no que arrepentido nos condenes porque no te dimos consejo» [Castro Guisasola: 183; Rusell: 275, n. 35].

110.— Máxima extraída del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Sapientem se credere primus ad stulticiam gradus est: proximus profiteri», perteneciente a *De Remedüs*, I, 12 [*Celestina comentada*: fol. 55v; Castro Guisasola: 121; Deyermond, 1961: 144].

111.— Falta la segunda parte del refrán: «Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades» [Correas].

CALISTO.— ¿Viene esse cavallo? ¿Qué hazes, Pármeno?

PÁRMENO.— Señor, vesle aquí, que no está Sosia en casa.

CALISTO.— Pues ten esse estribo. Abre más essa puerta. Y si viniere Sempronio con aquella señora, di que esperen, que presto será mi buelta.

PÁRMENO.— ¡Mas nunca sea! ¡Allá irás con el diablo! A estos locos dezil-des lo que les cumple, no os podrán ver. Por mi ánima, que si agora le diessen una lançada en el calcañar, que saliessen más sesos que de la cabeça. ¡Pues anda, que a mi cargo que Celestina y Sempronio te espulguen! ¡Oh desdichado de mí!, 'por ser leal padezco mal'. Otros se ganan por malos, yo me pierdo por bueno. El mundo es tal; quiero 'irme al hilo de la gente', pues a los traidores llaman discretos; a los fieles, necios. Si creyera a Celestina con sus seis dozenas de años a cuestras, no me maltratara Calisto. Mas esto me porná escarmiento de aquí adelante con él, que si dixiere «Comamos», yo también; si quisiere derrocar la casa, aprobarlo; si quemar su hazienda, ir por huego. Destruya, rompa, quiebre, dañe, dé a alcahuetas lo suyo, que mi parte me cabrá, pues dicen: 'a río buelto, ganancia de pescadores'. 'Nunca más perro a molino'.

☞

☞

☞





Argumento del tercero auto

Sempronio vase a casa de Celestina, a la cual reprehende por la tardança. Pónense a buscar qué manera tomen en el negocio de Calisto con Melibea. En fin sobreviene Elicia. Vase Celestina a casa de Pleberio. Queda sempronio y Elicia en casa.

Sempronio. Celestina. Elicia

SEMPRONIO.— ¡Qué espacio lleva la barbuda! ¡Menos sosiego traían sus pies a la venida! 'A dineros pagados braços quebrados'.

— ¡Ce!, señora Celestina, poco has aguijado.

CELESTINA.— ¿A qué vienes, hijo?

SEMPRONIO.— Este nuestro enfermo no sabe qué pedir; de sus manos no se contenta, no se le cueze el pan. Teme tu negligencia; maldize su avaricia y cortedad porque te dio tan poco dinero.

CELESTINA.— No es cosa más propia del que ama que la impaciencia. Toda tardança le es tormento, ninguna dilación les agrada.¹¹² En un momento querían poner en efecto sus cogitaciones; antes las querían ver concluidas que empeçadas; mayormente estos novicios amantes, que contra cualquier señuelo buelan sin deliberación, sin pensar el daño que el cevo de su desseo trae mezclado en su exercicio y negociación para sus personas y sirvientes.

112.— Petrarca: «omnis mora torquet amantem», *Bucolicum Carmen*, VIII, 32 [Deyermond, 1961: 75].

SEMPRONIO.— ¿Qué dizes de sirvientes? Paresce por tu razón que nos puede venir a nosotros daño deste negocio y quemarnos con las centellas que resultan deste fuego de Calisto.

— (*Ap.*) ¡Aun al diablo daría yo sus amores! Al primer desconcierto que vea en este negocio no como más su pan. Más vale perder lo servido que la vida por cobrallo. El tiempo me dira qué haga, que primero que caiga del todo dará señal, como casa que se acuesta.

— (*Alto*) Si te parece, madre, guardemos nuestras personas de peligro, hágase lo que se hiziere. ‘Si la oviere, ogaño; si no, a otro año...’¹¹³; si no, nunca, que no hay cosa tan difícil de sufrir en sus principios que el tiempo no la ablande y haga comortable. Ninguna llaga tanto se sintió que por luengo tiempo no afloxasse su tormento, ni plazer tan alegre fue que no le amengüe su antigüedad. El mal y el bien, la prosperidad y adversidad, la gloria y pena, todo pierde con el tiempo la fuerza de su acelerado principio. Pues los casos de admiración y venidos con gran deseo, tan presto como passados, olvidados. Cada día vemos novedades y las oímos, y las passamos y dexamos atrás; diminúyelas el tiempo; házelas contingibles. ¿Qué tanto te maravillarías si dixiesen: «La tierra tembló», o otra semejante cosa, que no olvidases luego? Así como: «Helado está el río», «El ciego vee», «Ya muerto es tu padre», «Un rayo cayó», «Ganada es Granada y el rey entra hoy», «El turco es vencido», «Eclipse hay mañana», «La puente es llevada», «Aquel es ya obispo», «A Pedro robaron», «Ynés se ahorcó». ¿Qué me dirás, sino que a tres días passados o a la segunda vista no hay quien dello se maraville? Todo es assí, todo passa desta manera, todo se olvida, todo queda atrás. Pues assí será este amor de mi amo: cuanto más fuere andando, tanto más diminuyendo, que la costumbre luenga amansa los dolores, afloxa y deshaze los deleites, desmengua las maravillas. Procuremos provecho mientras pendiere la contienda. Y si a pie enxuto le pudiéremos remediar, lo mejor, mejor es; y si no, poco a poco le soldaremos el reproche o menosprecio de Melíbea contra él. Donde no, más vale que pene el amo que no que peligre el moço.

CELESTINA.— Bien has dicho. Contigo estoy. Agradado me has. No podemos errar. Pero todavía, hijo, es necessario que el buen procurador ponga de su casa algún trabajo, algunas fingidas razones, algunos sofisticos actos; ir y venir a juicio, aunque resciba malas palabras del juez, siquiera por los presentes que lo vieren no digan que se gana holgando el salario. Y assí verná cada uno a él con su pleito y a Celestina con sus amores.

113.— *año*, omitido en el texto. Falta la segunda parte del refrán: «Si la hoviere, ogaño; si no a otro año, suyo será el daño» [Marciales, 1985, II: 64 n. 5].

SEMPRONIO.— Haz a tu voluntad, que no será éste el primero negocio que has tomado a cargo.

CELESTINA.— ¿El primero, hijo? Pocas vírgines, a Dios gracias, has tú visto en esta ciudad que hayan abierto tienda a vender, de quien yo no haya sido corredora de su primer hilado. En nasciendo la mochacha, la hago escribir en mi registro, y esto para que yo sepa cuántas se me salen de la red. ¿Qué pensavas, Sempronio? ¿Havíame de mantener del viento? ¿Heredé otra herencia? ¿Tengo otra casa o viña? ¿Conóscesme otra hacienda más deste oficio? ¿De qué como y bevo? ¿De qué visto y calço? En esta ciudad nascida, en ella criada, manteniendo honra, como todo el mundo sabe, ¿conoscida, pues, no soy? Quien no supiere mi nombre y mi casa, tenle por extranjero.

SEMPRONIO.— Dime, madre, ¿qué passaste con mi compañero Pármeno cuando subí con Calisto por el dinero?

☞ CELESTINA.— ‘Díxele el sueño y la soltura’, y cómo ganaría más con nuestra compañía que con las lisonjas que dize a su amo; cómo biviría siempre pobre y baldonado si no mudava el consejo; que no se hiziesse sancto a tal perra vieja como yo. Acordele quién era su madre porque no menospreciase mi oficio, porque queriendo de mí dezir mal, troçasse primero en ella.

SEMPRONIO.— ¿Tantos días ha que le conoces, madre?

CELESTINA.— Aquí está Celestina que le vido nacer y le ayudó a criar. Su madre y yo, uña y carne. Della aprendí todo lo mejor que sé de mi oficio. Juntas comíamos, juntas dormíamos, juntas havíamos nuestros solazes, nuestros plazerres, nuestros consejos y conciertos. En casa y fuera, como dos hermanas. Nunca blanca gané en que no toviessse su mitad¹¹⁴. Pero no bivía yo engañada, si mi fortuna quisiera que ella me durara. ¡Oh muerte, muerte, a cuántos privas de agradable compañía, a cuántos desconsuela tu enojosa visitación! ¡Por uno que comes con tiempo, cortas mil en agraz! Que seyendo ella biva, no fueran estos mis passos desacompañados. Buen siglo haya, que leal amiga y buena compañera me fue, que jamás me dexó hazer cosa en mi cabo, estando ella presente. Si yo traía el pan, ella la carne; si yo ponía la mesa, ella los manteles. No loca, no fantástica, ni presumptuosa como las de agora. En mi ánima, descubierta se iva hasta el cabo de la ciudad con su jarro en la mano, que en todo el camino no oía peor de «Señora Claudina»; y aosadas que otra conocía peor el vino y cualquier mercaduría. Cuando pensava que no era llegada, era de vuelta. Allá la combidavan, según el amor todos le tenían, que jamás bolvía sin ocho o diez gostaduras, un açumbre en el jarro y otro en el cuerpo. Ansí le fiavan dos o tres arrobas

114.— En el texto: *amistad*.

en vezes, como sobre una taça de plata. Su palabra era prenda de oro en cuantos bodegones avía. Si íbamos por la calle, dondequiera que hoviésemos sed, entrávamos en la primera taverna, luego mandava echar medio açumbre para mojar la boca. Mas, a mi cargo, que no le quitaron la toca por ello, sino cuanto la rayavan en su taja; y andar adelante. Si tal fuesse agora su hijo, a mi cargo que tu amo quedasse sin pluma y nosotros sin quexa. Pero yo le haré de mi hierro, si bivo. Yo lo contaré en el número de los míos¹¹⁵.

SEMPRONIO.— ¿Cómo has pensado hazerlo, que es un traidor?

CELESTINA.— ‘A esse tal, dos alevosos’.¹¹⁶ Harele aver a Areúsa; será de los nuestros; darnos ha lugar a tender las redes sin embaraço por aquellas doblas de Calisto.

SEMPRONIO.— ¿Pues crees que podrás alcançar algo de Melibea? ¿Hay algún buen ramo?

CELESTINA.— No hay çurujano que a la primera cura juzgue la herida. Lo que yo al presente veo te diré: Melibea es hermosa, Calisto loco y franco; ni a él penará gastar ni a mí andar. Bulla moneda y dure el pleito lo que durare. ‘Todo lo puede el dinero’: las peñas quebranta, los ríos passa en seco, no hay lugar tan alto que un asno cargado de oro no lo suba.¹¹⁷ Su desatino y ardor basta para perder a sí y ganar a nosotros. Esto he sentido, esto he calado, esto sé dél y della, esto es lo que nos ha de aprovechar. A casa voy de Pleberio. Quédate a Dios, que aunque esté brava Melibea, no es esta, si a Dios ha plazido, la primera a quien yo he hecho perder el cacarear. Coxquillosicas son todas, mas después que una vez consienten la silla en el envés del lomo, nunca querrían holgar. Por ellas queda el campo: muertas sí, cansadas no. Si de noche caminan, nunca querrían que amaneciesse; maldizen los gallos porque anuncian el día y el relox porque da tan apriessa. Requieren las Cabrillas y el Norte, haziéndose estrelleras; ya cuando veen salir el luzero del alva, quiéreseles salir el alma. Su claridad les escuresce el coraçón. Camino es, hijo, que nunca me harté de andar, nunca me vi cansada. Y aun assí, vieja como soy, sabe Dios mi buen desseo; cuánto más estas que hierven sin fuego. Catívanse del primer abraço, ruegan a quien rogó, penan por el penado, házense siervas de quien eran señoras, dexan el mando y son mandadas, rompen paredes, abren ventanas, fingen enfermedades, a los cherriaderos quicios de las puertas hazen con azeites usar su oficio sin ruido. No te sabré dezir lo mucho que obra en ellas aquel dulçor

115.— En el texto: *niños*. Sigo la mayoría de las ediciones de la *Comedia* y *Tragicomedia*.

116.— Se hace referencia al refrán: «A un traidor, dos alevosos».

117.— Petrarca, *De remediis*, XXXV, 2-3: «Nullum inexpugnabilem locum esse, in quem asellus onustus auro possit ascendere» [*Celestina comentada*: 72 v; Castro Guisasola: 122; Deyermond, 1961: 59].

que les queda de los primeros besos de quien aman. Son enemigas del medio, contino están posadas en los extremos.

SEMPRONIO.— No te entiendo esos términos, madre.

CELESTINA.— Digo que la mujer o ama mucho a aquel de quien es requerida o le tiene grande odio.¹¹⁸ Assí que si al querer despiden, no pueden tener las riendas al desamor. E con esto que sé cierto, voy más consolada a casa de Melibea que si en la mano la toviessse, porque sé que aunque al presente la ruegue, al fin me ha de rogar; aunque al principio me amenaze, al cabo me ha de halagar. Aquí llevo un poco de hilado en esta mi faltriquera, con otros aparejos que commigo siempre traigo, para tener causa de entrar donde mucho no só conocida la primera vez, assí como gorgueras, garvines, franjas, rodeos, tenazuelas, alcohol, alvalalde y solimán, agujas y alfileres; que ‘tal hay que tal quiere’; porque donde me tomare la boz, me halle apercebida para les echar cevo o requerir de la primera vista.

SEMPRONIO.— Madre, mira bien lo que hazes, porque ‘cuando el principio se yerra, no puede seguirse buen fin’. Piensa en su padre, que es noble y esforçado; su madre, celosa y brava; tú, la misma sospecha. Melibea es única a ellos; faltándoles ella, fáltales todo el bien. En pensallo tiemblo. ‘No vayas por lana y vengas sin pluma’.

CELESTINA.— ¿Sin pluma, hijo?

SEMPRONIO.— O emplumada, madre, que es peor.

CELESTINA.— ¡Alahé, en mal hora! ¡A ti he yo menester para compañero, aun si quisieses avisar a Celestina en su oficio! Pues cuando tú nasciste, ya comía yo pan con corteza. ¡‘Para adalid eres tú bueno, cargado de agüeros y recelo!’¹¹⁹

SEMPRONIO.— No te maravilles, madre, de mi temor, pues es común condición humana que lo que mucho se dessea jamás se piensa ver concluido, mayormente que en este caso temo tu pena y mía. Desseo provecho; querría que este negocio hoviesse buen fin, no porque saliesse mi amo de pena, mas por salir yo de lazeria. Y assí miro más inconvenientes con mi poca esperiencia que no tú como maestra vieja.

ELICIA.— ¡Santiguarme quiero, Sempronio! ¡Quiero ‘hazer una raya en el agua’! ¿Qué novedad es esta, venir hoy acá dos vezes?

CELESTINA.— ¡Calla, bova! Déxale, que otro pensamiento traemos en que más nos va. Dime, ¿está desocupada la casa? ¿Fuesse la moça que esperaba al ministro?

118.— Proverbio muy usado en la Edad Media. Publilio Siro, *Sentencias*, A, 6: «Aut amat aut odit mulier, nihil est tertium»; lo mismo en la traducción castellana de Díaz de Toledo de los *Proverbios de Séneca*, núm. 6 [Castro Guisasaola: 99; Fothergill-Payne: 101 y 163].

119.— En Correas: «Para adalid érades bueno, cargado de agüeros y de herreruelo. / Ironía».

ELICIA.— Y aun después vino otra y se fue.

CELESTINA.— ¿Sí, que no en balde?

ELICIA.— No, en buena fe, ni Dios lo quiera, que aunque vino tarde, ‘mas vale a quien Dios ayuda’, etc..

CELESTINA.— Pues sube presto al sobrado alto de la solana y baja acá el pote del azeite serpentino que hallarás colgado del pedaço de la soga que traxe del campo la otra noche cuando llovía y hazía oscuro. Y abre el arca de los lizos, y hazia la mano derecha hallarás un papel escrito con sangre de murciégalo, debaxo de aquel ala de drago a que sacamos ayer las uñas. Mira no derrames el agua de mayo que me traxieron a confacionar.

ELICIA.— Madre, no está donde dizes. Jamás te acuerdas a cosa que guardas.

CELESTINA.— No me castigues, por Dios, a mi vejez. No me maltrates, Elicia. No enfinjas porque está aquí Sempronio ni te ensobervezcas, que más me quiere a mí por consejera que a ti por amiga, aunque tú le ames mucho. Entra en la cámara de los unguentos y en la pelleja del gato negro, donde te mandé meter los ojos de la loba, le hallarás. Y daca la sangre del cabrón y unas poquitas de las barvas que tú le cortaste.

ELICIA.— Toma, madre, veslo aquí. Yo me voy con Sempronio arriba.

CELESTINA.— Conjúrote, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán sobervio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos que los hirvientes étnicos montes manan, gobernador y veedor de los tormentos y atormentadores de las pecadoras ánimas, regidor de las tres furias, Tesífone, Megera y Aletto, administrador de todas las cosas negras del reino de Éstige y Dite, con todas sus lagunas¹²⁰ y sombras infernales y litigioso caos, mantenedor de las bolantes harpías, con toda la otra compañía de espantables y pavorosas hidras. Yo, Celestina, tu más conocida cliéntula, te conjuro por la virtud y fuerça destas bermejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con que están escritas, por la gravedad de aquestos nombres y signos que en este papel se contienen, por la áspera ponçoña de las bívoras de que este azeite fue hecho, con el cual unto este hilado, vengas sin tardança a obedescer mi voluntad y en ello te embuelvas, y con ello estés sin un momento te partir, hasta que Melibea con aparejada oportunidad que haya lo compre. Y con ello de tal manera quede enredada que, cuanto más lo mirare, tanto más su corazón se ablande a conceder mi petición, y se le abras y lastimes del crudo y fuerte amor de Calisto, tanto que, despedida toda honestidad, se descubra a mí y me galardone mis passos y mensaje. Y esto hecho, pide y demanda de mí a tu voluntad. Si

120.— En el texto: *lágrimas*.

no lo hazes con presto movimiento, ternasme por capital enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras; acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre. Y otra y otra vez te conjuro. Assí, confiando en mi mucho poder, me parto para allá con mi hilado, donde creo te llevo ya embuelto.¹²¹



121.— Se ha relacionado desde principios del siglo XX este conjuro con el de Mena en el *Laberinto de Fortuna* y con varios pasajes de la *Farsalia* de Lucano. Véase, Miguel Ángel Pérez Priego [2000 y 2001].



Tragicomedia de Calisto y Melibea, ilustración del acto IV.
Venecia: Cesare Arrivabene, 1519.

Lucrecia. Celestina. Alisa. Melibea.



Argumento del cuarto auto

Celestina, andando por el camino, habla consigo misma hasta llegar a la puerta de Pleberio, onde halló a Lucrecia, criada de Pleberio. Pónese con ella en razones. Sentidas por Alisa, madre de Melibea, y sabido que es Celestina, fázela entrar en casa. Viene un mensajero a llamar a Alisa. Vase. Queda Celestina en casa con Melibea y le descubre la causa de su venida.

Lucrecia. Celestina. Alisa. Melibea

CELESTINA.— Agora que voy sola, quiero mirar bien lo que ha Sempronio temido deste mi camino, porque aquellas cosas que bien no son pensadas, aunque algunas vezes hayan buen fin, comúnmente crían desvariados efectos. Assí que la mucha especulación nunca carece de buen fruto. Que, aunque yo he dissimulado con él, podría ser que si me sintiesen en estos passos de parte de Melibea, que no pagasse con pena que menor fuesse que la vida; o muy amenguada quedasse, cuando matar no me quisiessen, manteándome o açotándome cruelmente. Pues, ¡amargas cient monedas serían estas! ¡Ay, cuitada de mí, en qué lazo me he metido, que por me mostrar solícita y esforçada pongo mi persona al tablero! ¿Qué faré, cuitada, mezquina de mí, que ni el salir afuera es provechoso ni la perseverancia carece de peligro? Pues, ¿iré o tornarme he? ¡Oh dubdosa y dura perplexidad! No sé cuál escoja por más sano. En el osar, manifiesto peligro; en la covardía, denostada perdida. ¿A

dónde irá el buey que no are'? 'Cada camino descubre sus dañosos y hondos barrancos'. Si con el hurto só tomada, nunca de muerta o encoçada faltó a bien librar. Si no voy, ¿qué dirá Sempronio? ¿Que todas estas eran mis fuerças, saber y esfuerço, ardid y ofrescimiento, astucia y solicitud? Y su amo Calisto ¿qué dirá, qué hará, qué pensará, sino que ay nuevo engaño en mis pisadas e que yo he descubierto la celada por haver más provecho desta otra parte, como sofística prevaricadora? O, si no se le ofrece pensamiento tan odioso, dará bozes como loco, dirame en mi cara denuestos ravisos, proporná mil inconvenientes que mi deliberación presta le puso, diziendo: «Tú, puta vieja, ¿por qué acrescentaste mis passiones con tus promessas? ¡Alcahueta falsa, para todo el mundo tienes pies, para mí lengua; para todos obra, para mí palabras; para todos remedio, para mí pena; para todos esfuerço, para mí te faltó; para todos luz, para mí tiniebla! Pues, vieja traidora, ¿por qué te me ofreciste? Que tu ofrecimiento me puso esperança, la esperança dilató mi muerte, sostuvo mi bivar, púsome título de hombre alegre. Pues no habiendo efecto, ni tú carecerás de pena, ni yo de triste desesperación». Pues, triste yo, mal acá, mal acullá; pena en ambas partes. Cuando a los extremos falta el medio, arrimarse el hombre al más sano es discreción. Más quiero ofender a Pleberio que enojar a Calisto. Ir quiero, que mayor es la vergüença de quedar por covarde que la pena cumpliendo como osada lo que prometí, pues jamás al esfuerço desayuda la fortuna.¹²² Ya veo su puerta. En mayores afrentas me he visto. ¡Es fuerça, esfuerça, Celestina, no desmayes, que 'nunca faltan rogadores' para mitigar las penas! Todos los agüeros se adereçan favorables o yo no sé nada desta arte. Cuatro hombres que he topado, a los tres llaman Juanes, y los dos son cornudos. La primera palabra que oí por la calle fue de achaque de amores. Nunca he tropeçado como otras vezes; las piedras parece que se apartan y me fazen lugar que passe. Ni me estorvan las haldas ni siento cansancio en andar. Todos me saludan. Ni perro me ha ladrado ni ave negra he visto, tordo ni cuervo ni otras noturnas¹²³. E lo mejor de todo es que veo a Lucrecia a la puerta de Melibea. Prima es de Elicia, no me será contraria.

LUCRECIA.— ¿Quién es esta vieja que viene haldeando?

CELESTINA.— Paz sea en esta casa.

LUCRECIA.— Celestina, madre, seas bienvenida. ¿Cuál dios te traxo por aquestos barrios no acostumbrados?

122.— Sentencia latina «Audentes Fortuna iuvat», usada por Virgilio en la *Eneida*, X, 284, que pasó posteriormente a refrán castellano.

123.— En el texto: *naturas*.

CELESTINA.— Hija, mi amor, desseo de todos vosotros; traerte encomiendas de Elicia¹²⁴ y aun ver a tus señoras, vieja y moça, que después que me mudé al otro barrio no han sido de mí visitadas.

LUCRECIA.— ¿A esso solo saliste de tu casa? Maravíllome de ti, que no es essa tu costumbre ni sueles dar passo sin provecho.

CELESTINA.— ¿Más provecho quieres, bova, que cumplir hombre sus desseos? Y también, como a las viejas nunca nos fallecen necessidades, mayormente a mí que tengo de mantener hijas ajenas, ando a vender un poco hilado.

☞ LUCRECIA.— Algo es lo que yo digo. En mi seso estoy, que nunca ‘metes aguja sin sacar reja’. Pero mi señora, la vieja, urdió una tela; tiene necesidad dello, tú de venderlo. Entra y espera aquí, que no os desaveniréis.

ALISA.— ¿Con quién fablas, Lucrecia?

LUCRECIA.— Señora, con aquella vieja de la cuchillada que solía bivar aquí en las tenerías, a la cuesta del río.

☞ ALISA.— Agora la conozco menos. Si tú me das entender lo incógnito por lo menos conocido, es ‘coger agua en cesto’.

☞ LUCRECIA.— ¡Jesú, señora, ‘más conocida es esta vieja que la ruda’! No sé cómo no tienes memoria de la que empicotaron por hechizera, que vendía las moças a los abades y descasava mil casados.

ALISA.— ¿Qué oficio tiene? Quiçá por aquí la conoceré mejor.

LUCRECIA.— Señora, perfuma tocas, haze solimán y otros treinta oficios; conoce mucho en yervas, cura niños, y aun algunos la llaman la vieja lapidaria.

ALISA.— Todo esso dicho no me la da a conocer. Dime su nombre, si le sabes.

LUCRECIA.— ¿Sí lo sé, señora? No hay niño ni viejo en toda la ciudad que no le sepa, ¿havíale yo de ignorar?

ALISA.— Pues, ¿por qué no le dizes?

LUCRECIA.— He vergüença.

ALISA.— ¡Anda, bova, dile, no me indignes con tu tardança!

LUCRECIA.— Celestina, hablado con reverencia, es su nombre.

ALISA.— ¡Hi, hi, hi! ¡Mala landre te mate si de risa puedo estar, viendo el desamor que debes de tener a essa vieja, que su nombre has vergüença nombrar! Ya me voy recordando della; una buena pieça. No me digas más. Algo me verná a pedir. Di que suba.

LUCRECIA.— Sube, tía.

124.— En el texto: *alicia*.

CELESTINA.— Señora buena, la gracia de Dios sea contigo y con la noble hija. Mis pasiones y enfermedades han impedido mi visitar tu casa como era razón. Mas Dios conoce mis limpias entrañas, mi verdadero amor, que la distancia de las moradas no despega el querer¹²⁵ de los coraçones. Assí que lo que mucho desseé, la necesidad me lo ha hecho complir. Con mis fortunas adversas otras, me sobrevino mengua de dinero; no supe mejor remedio que vender un poco de filado que para unas toquillas tenía allegado. Supe de tu criada que tenías dello necesidad. Aunque pobre, y no de la merced de Dios, vesle aquí, si dello y de mí te quieres servir.

ALISA.— Vezina honrada, tu razón y ofrecimiento me mueven a compasión, y tanto que quisiera cierto más hallarme en tiempo de poder complir tu falta que menguar tu tela. Lo dicho te agradezco. Si el hilado es tal, serte ha bien pagado.

CELESTINA.— ¿Tal, señora? Tal sea mi vida y mi vejez y la de quien parte quisiere de mi jura. Delgado como el pelo de la cabeça, igual rezio como cuerdas de vihuela, blanco como el copo de la nieve, hilado todo por estos pulgares, aspado y adereçado. Veslo aquí en madexitas. Tres monedas me davan ayer por la onça, assí goze desta alma pecadora.

ALISA.— Hija Melibea, quédese esta mujer honrada contigo, que ya me parece que es tarde para ir a visitar a mi hermana, su mujer de Cremes, que desde ayer no la he visto. Y también que viene su paje a llamarme, que se le arrezio desde un rato acá el mal.

CELESTINA.— (*Ap.*) Por aquí anda el diablo aparejando oportunidad, arrezio el mal a la otra. ¡Ea, buen amigo, tener rezio! Agora es mi tiempo o nunca. No la dexes. Llévame la de aquí a quien digo.

ALISA.— ¿Qué dizes, amiga?

CELESTINA.— Señora, que maldito sea el diablo y mi pecado, porque en tal tiempo hovo de crecer el mal de tu hermana, que no habrá para nuestro negocio oportunidad. ¿Y qué mal es el suyo?

ALISA.— Dolor de costado y tal que, según del moço supe que quedava, temo no sea mortal. Ruega tú, vezina, por amor mío, en tus devociones por su salud a Dios.

CELESTINA.— Yo te prometo, señora, en yendo de aquí me vaya por esos monesterios, donde tengo frailes devotos míos, y les dé el mismo cargo que tú me das. E demás desto, ante que me desayune, dé cuatro bueltas a mis cuentas.

ALISA.— Pues, Melibea, contenta a la vezina en todo lo que razón fuere darle por el hilado. Y tú, madre, perdóname, que otro día se verná en que más nos veamos.

125.— En la *Tragicomedia: amor. Sigo a la Comedia.*

☞ CELESTINA.— Señora, ‘el perdón sobraría donde el yerro falta’. De Dios seas perdonada, que buena compañía me queda. Dios la dexé gozar su noble juventud y florida moçedad, que es el tiempo en que más plazer y mayores deleites se alcançarán. Que, a la mi fe, la vejez no es sino mesón de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de renzillas, congoxa continua, llaga incurable, manzilla de lo passado, pena de lo presente, cuidado triste de lo porvenir, vezina de la muerte, choça sin rama que se llueve por cada parte, cayado de mimbre que con poca carga se doblega.

MELIBEA.— ¿Por qué dizes, madre, tanto mal de lo que todo el mundo con tanta eficacia gozar y ver dessean?

☞ CELESTINA.— Dessean harto mal para sí, dessean harto trabajo, dessean llegar allá porque llegando biven, y el bivar es dulce y biviendo envejecen. Assí que el niño dessea ser moço y el moço viejo, y el viejo más, aunque con dolor, todo por bivar; porque como dizen: ‘biva la gallina con su pepita’. Pero ¿quién te podría contar, señora, sus daños, sus inconvenientes, sus fatigas, sus cuidados, sus enfermedades, su frío, su calor, su descontentamiento, su renzilla, su pesadumbre, aquel arrugar de cara, aquel mudar de cabellos su primera y frezca color, aquel poco oír, aquel debilitado ver puestos los ojos a la sombra, aquel hondimiento de boca, aquel caer de dientes, aquel careçer de fuerça, aquel flaco andar, aquel espacioso comer?¹²⁶ Pues, ¡ay, ay, señora, si lo dicho viene acompañado de pobreza! Allí verás callar todos los otros trabajos cuando sobra la gana y falta la provisión, que jamás sentí peor hábito que de hambre.

☞ MELIBEA.— Bien conozco que ‘hablas de la feria según te va en ella’. Así que otra canción dirán los ricos.

☞ CELESTINA.— Señora hija, ‘a cada cabo hay tres leguas de mal quebranto’. A los ricos se les va la gloria y descanso por otros albañares de assechanças que no se parecen, ladrillados por encima con lisonjas. ‘Aquel es rico que está bien con Dios’. Más segura cosa es ser menospreciado que temido; mejor sueño duerme el pobre que no el que tiene de guardar con solicitud lo que con trabajo ganó y con dolor ha de dexar. Mi amigo no será simulado y el del rico sí. Yo soy querida por mi persona, el rico por su hazienda. Nunca oye verdad; todos le hablan lisonjas a sabor de su paladar; todos le han embidia. Apenas hallarás un rico que no confiese que le sería mejor estar en mediano estado o en honesta pobreza. Las ri-

126.— Este pasaje de la vejez se le ha relacionado con Petrarca, *De remediis*, I, 2: «Siste si potes tempus: poterit forsán et forma consistere... Cadet flava caesaries: reliquiae albescent: teneras genas et serenam frontem squalentes arabunt rugae: laetas oculorum faces et lucida sydera moesta teget nubes: leve dentium ebur ac candidum scaber situs obducat atque atteret ut non colore tamen sed tenore alio sint: recta cervix atque agiles humeri curvescent: guttur lene crispabitur: aridas manus et recurvos pedes suspiceris tuos non fuisse» [Deyermond, 1961: 58]; también con el *Diálogo del viejo, el amor y la hermosa* [Salvador Martínez, 1980: 42 y Pérez Priego, 1997: 194].

quezas no hazen rico, mas ocupado; no hazen señor, mas mayordomo. Más son los posséidos de las riquezas que no los que las poseen. A muchos traxo la muerte, a todos quita el plazer y a las buenas costumbres ninguna cosa es más contraria. ¿No oíste dezir: «Dormieron su sueño los varones de las riquezas y ninguna cosa hallaron en sus manos»? Cada rico tiene una dozena de hijos y nietos que no rezan otra oración, no otra petición, sino rogar a Dios que le saque de medio dellos. No veen la hora que tener a él so la tierra y lo suyo entre sus manos,¹²⁷ y darle a poca costa su morada para siempre.

MELIBEA.— Madre, gran pena ternás por la edad que perdiste. ¿Querías bolver a la primera?

CELESTINA.— Loco es, señora, el caminante que, enojado del trabajo del día, quisiese bolver de comienço la jornada para tornar otra vez a aquel lugar. Que todas aquellas cosas cuya possession no es agradable, más vale posseellas que esperallas, porque más cerca está el fin de ellas quanto más andando del comienço. No hay cosa más dulce ni graciosa al muy cansado quel mesón. Assí que, aunque la mocedad sea alegre, el verdadero viejo no la dessea, porque el que de razón y seso carece, cuasi otra cosa no ama sino lo que perdió.¹²⁸

MELIBEA.— Siquiera por bivir más, es bueno dessear lo que digo.

CELESTINA.— ‘Tan presto, señora, se va el cordero como el carnero’. Ninguno es tan viejo que no pueda bivir un año, ni tan moço que hoy no pudiesse morir.¹²⁹ Assí que en esto poca ventaja nos lleváis.

MELIBEA.— Espantada me tienes con lo que has fablado. Indicio me dan tus razones que te haya visto otro tiempo. Dime, madre, ¿eres tú Celestina, la que solía morar a las tenerías cabe el río?

CELESTINA.— Hasta que Dios quiera.

MELIBEA.— Vieja te has parado. Bien dizen que ‘los días no van en balde’. Assí goze de mí, no te conociera sino por esta señaleja de la cara. Figúraseme que eres hermosa; otra pareces; muy mudada estás.

LUCRECIA.— (Ap.) ¡Hi, hi, hi! ¡Mudada está el diablo! ¡Fermosa era con aquel su ‘Dios os salve’¹³⁰ que traviessa la media cara!

MELIBEA.— ¿Qué fablas, loca? ¿Qué es lo que dizes? ¿De qué te ríes?

LUCRECIA.— De como no conocías a la madre.

127.— Probable alusión a Juan de Mena, *Coplas*, c. 67: «y tus parientes çercanos / desean de buena guerra / tener a ti so la tierra / y a lo tuyo entre sus manos» [Castro Guisasola: 162; Pérez Priego, 2001: 151].

128.— Petrarca, *De remediis*, II, 83: «Amens viator est qui labore viae exhaustus velit ad initium remeare. Nihil fessis gratius hospitio... Et quis sanae mentis vel quod fieri optaverit factum doleat: nisi male se optasse sentiat vel quod neque omitti neque sine multo labore agi poterat actum esse non gaudeat?... Stultus enim nihil pene amat nisi quod perdidit» [Castro Guisasola: 123; Deyermond, 1961: 62].

129.— Petrarca, *De remediis*, I, 110: «...nemo tam senex qui non possit annum vivere; nemo tam iuvenis qui non possit hodie mori» [Castro Guisasola: 123; Deyermond, 1961: 43].

130.— «El Dios os salve. / Por el trasero, o cuchillada por la cara» [Correas].

CELESTINA.— Señora, ten tú el tiempo que no ande, terné yo mi forma que no se mude. ¿No has leído que dizen: «Verná el día que en el espejo no te conozcas»?¹³¹ Pero también yo encanecí temprano y parezco de doblada edad. Que así goze desta alma pecadora y tú desse cuerpo gracioso, que de cuatro hijas que parió mi madre, yo fui la menor. Mira como no soy vieja como me juzgan.

MELIBEA.— Celestina amiga, yo he folgado mucho en verte y conoçerte. También hasme dado plazer con tus razones. Toma tu dinero y vete con Dios, que me parece que no debes haver comido.

CELESTINA.— ¡Oh angélica ymagen! ¡Oh perla preciosa, y cómo te lo dizes! Gozo me toma en verte hablar. ¿Y no sabes que por la divina boca fue dicho contra aquel infernal tentador que «no de solo pan biviremos»?¹³² Pues assí es, que no el solo comer mantiene, mayormente a mí, que me suelo estar uno y dos días negociando encomiendas ajenas ayuna, salvo hazer por los buenos, morir por ellos. Esto tuve siempre, querer más trabajar sirviendo a otros que holgar contentando a mí. Pues si tú me das licencia, direte la necessitada causa de mi venida, que es otra que la que hasta agora has oído. Y tal que todos perderíamos en me tornar en balde sin que la sepas.

MELIBEA.— Di, madre, todas tus necessidades, que si yo las pudiere remediar, de muy buen grado lo haré por el passado conoscimiento y vezindad, que pone obligación a los buenos.

CELESTINA.— ¡Mías, señora? Antes ajenas, como tengo dicho, que las más de mi puerta adentro me las passo sin que las sienta la tierra, comiendo cuando puedo, beviendo cuando lo tengo, que con mi pobreza jamás me faltó, a Dios gracias, una blanca para pan y un cuarto para vino después que embiudé, que antes no tenía yo cuidado de lo buscar, que sobrado estava un cuero en mi casa, y uno lleno y otro vazío. Jamás me acosté sin comer una tostada en vino y dos dozenas de sorvos, por amor de la madre, tras cada sopa. Agora, como todo cuelga de mí, en un jarrillo mal pegado me lo traen, que no caben dos açumbres. Seis vezes al día tengo de salir, por mi pecado, con mis canas a cuestras, a le henchir a la taverna. Mas no muera yo de muerte hasta que me vea con un cuero o tinagica de mis puertas adentro; que en mi ánima no hay otra provisión. Que, como dizen, ‘pan y vino anda camino, que no moço garrido’. Assí que ‘donde no ay varón, todo bien fallisce’. ‘Con mal está

131.— Sentencia latina, usada por Horacio, *Carmina*, 4,10,6: «Dices ‘heu’ quotiens te speculo uideris alterum». El autor, como apunta Cejador (I, 171), toma la cita de Petrarca, *De remediis*, I, 2: «Veniet dies quo te in speculo non agnoscas». Máxima que posteriormente pasó a refrán, y así lo citan Hernán Nuñez y Correas [Castro Guisasola: 47-8 y 123; Deyermond, 1961: 58].

132.— Mateo, IV, 4: «No solo de pan vive el hombre, sino de toda la palabra que sale de la boca de Dios».

el huso cuando la barva no anda de suso'. Ha venido esto, señora, por lo que dezía de las ajenas necessidades y no mías.

MELIBEA.— Pide lo que querrás, sea para quien fuere.

CELESTINA.— Donzella graciosa y de alto linaje, tu suave habla y alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad que muestras con esta pobre vieja, me dan osadía a te lo dezir. Yo dexo un enfermo a la muerte, que con sola una palabra de tu noble boca salida que lleve metida en mi seno, tiene por fe que sanará, según la mucha devoción tiene en tu gentileza.

MELIBEA.— Vieja honrada, no te entiendo si más no declaras tu demanda. Por una parte me alteras y provocas a enojo, por otra me mueves a compassión. No te sabría bolver repuesta conveniente según lo poco que he sentido de tu habla. Que yo soy dichosa si de mi palabra hay necesidad para salud de algún cristiano. Porque hazer beneficio es semejar a Dios, y más que el que haze beneficio le rescibe cuando es a persona que le mereçe. Y el que puede sanar al que padece, no lo haziendo, le mata.¹³³ Assí que no cesses tu petición por empacho ni temor.

CELESTINA.— El temor perdí mirando, señora, tu beldad, que no puedo creer que en balde pintasse Dios unos gestos más perfetos que otros, más dotados de gracias, más hermosas faciones, sino para hazerlos almazén de virtudes, de misericordia, de compassión, ministros de sus mercedes y dádivas, como a ti. Y pues como todos seamos humanos, nacidos para morir, sea cierto que no se puede dezir nacido el que para sí solo nació.¹³⁴ Porque sería semejante a los brutos animales, en los cuales aun hay algunos piadosos, como se dize del unicornio, que se humilla a cualquiera donzella.¹³⁵ El perro, con todo su ímpetu y braveza, cuando viene a morder, si se echan en el suelo no haze mal, esto de piedad. Pues las aves, ninguna cosa el gallo come que no participe y llame las gallinas a comer dello. El pelícano rompe el pecho por dar a sus hijos a comer de sus entrañas; las cigüeñas mantienen otro tanto tiempo a sus padres viejos en el nido, quanto ellos le dieron cevo siendo pollitos. Pues tal conoscimiento dio la natura a los animales y aves, ¿por qué los hombres havemos de ser más crueles? ¿Por qué no daremos parte de

133.— Tres sentencias seguidas, que proceden de diversas colecciones de proverbios atribuidos a Séneca. Aunque las tres juntas sólo aparecen en los *Proverbia Senecae* y en *Los proverbios de Séneca* de Pero Díaz de Toledo: «Quid est beneficium dare? Imitari Deum»; «Beneficium dando accipit, qui digno dedit»; «Qui succurrere perituro potest, cum non succurrit occidit» [Castro Guisasola: 99-100; Fothergill-Payne, 1988: 104 y 163-4]. La segunda también se halla en el «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca [Deyermund, 1961: 144].

134.— Sentencia latina: «Non nobis solum nati sumus», atribuida a Platón, pero que posteriormente pasó a refrán castellano [Castro Guisasola: 40].

135.— Se ha visto una probable relación con el *Diálogo entre el Viejo, el Amor y la Mujer hermosa*: «A los animales torno / fieros, que con mi çentella / de mansedumbre los orno; / es testigo el unicornio, / qu'él se umilla a la donzella» (vv. 301-305) [Pérez Priego, 1997: 193].

nuestras gracias y personas a los próximos? Mayormente cuando están embueltos en secretas enfermedades, y tales que donde está la melezina, salió la causa de la enfermedad.

MELIBEA.— Por Dios, que sin más dilatar me digas quién es esse doliente que de mal tan perplexo se siente, que su pasión y remedio salen de una misma fuente.

CELESTINA.— Bien ternás, señora, noticia en esta cibdad de un cavallero mancebo, gentilhombre, de clara sangre, que llaman Calisto.

MELIBEA.— ¡Ya, ya, ya! Buena vieja, no me digas más, no passes adelante. ¿Esse es el doliente por quien has hecho tantas premissas en tu demanda, por quien has venido a buscar la muerte para ti, por quien has dado tan dañosos passos? ¡Desvergonçada barbuda!, ¿qué siente esse perdido que con tanta pasión vienes? De locura será su mal. ¿Qué te parece? Si me hallaras sin sospecha desse loco, ¡con qué palabras me entravas! No se dize en vano que el más empecible miembro del mal hombre o mujer es la lengua.¹³⁶ ¡Quemada seas, alcahueta falsa, hechizera, enemiga de honestedad, causadora de secretos yerros! ¡Jesú, Jesú, quítamela, Lucrecia, de delante que me fino, que no me ha dexado gota de sangre en el cuerpo! Bien se lo mereçe esto y más quien a estas tales da oídos. Por cierto, si no mirasse a mí honestidad y por no publicar su osadía desse atrevido, yo te fiziera, malvada, que tu razón y vida acabaran en un tiempo.

CELESTINA.— (Ap.) En hora mala acá vine si me falta mi conjuro. ¡Ea, pues bien sé a quién digo! ¡Ce, hermano, que se va todo a perder!

MELIBEA.— ¿Aún hablas entre dientes delante mí para acrescentar mi enojo y doblar tu pena? ¿Querías condenar mi honestidad por dar vida a un loco? ¿Dexar a mí triste por alegrar a él y llevar tú el provecho de mi perdición, el galardón de mi yerro? ¿Perder y destruir la casa y honra de mi padre por ganar la de una vieja maldita como tú? ¿Piensas que no tengo sentidas tus pisadas y entendido tu dañado mensaje? Pues yo te certifico que las albricias que de aquí saques no sean sino estorvarte de más ofender a Dios, dando fin a tus días. Respóndeme traidora, ¿cómo osaste tanto fazer?

CELESTINA.— Tu temor, señora, tiene ocupada mi desculpa; mi inocencia me da osadía; tu presencia me turba en verla airada. Y lo que más siento y me pena es rescebir enojo sin razón ninguna. Por Dios, señora, que me dexes concluir mi dicho, que ni él quedará culpado ni yo condenada. Y verás cómo es todo más servicio de Dios que passos deshonestos; más para dar salud al enfermo que para dañar la fama al médico. Si pen-

136.— Petrarca, *De remediis*, I, 9: «Pessimum nocentissimumque mali hominis membrum lingua est» [Castro Guisasola: 124; Deyermond, 1961: 59].

sara, señora, que tan de ligero avías de conjeturar de lo passado nocibles sospechas, no bastara tu licencia para me dar osadía a hablar en cosa que a Calisto ni a otro hombre tocasse.

MELIBEA.— ¡Jesú, no oiga yo mentar más esse loco saltaparedes, fantasma de noche, luengo como ciguñal¹³⁷, figura de paramento mal pintado, si no aquí me caeré muerta! Este es el que el otro día me vido y començó a desvariar conmigo en razones, haziendo mucho del galán. Dirasle, buena vieja, que si pensó que ya era todo suyo y quedava por él el campo, porque holgué más de consentir sus necedades que castigar su yerro, quise más dexarle por loco que publicar su atrevimiento, pues avísale que se aparte deste propósito y serle ha sano, si no podrá ser que no haya comprado tan cara habla en su vida. Pues sabe que no es vencido sino el que se cree serlo,¹³⁸ y yo quedé bien segura y él ufano. De los locos es estimar a todos los otros de su calidad.¹³⁹ Y tú tornate con su misma razón, que respuesta de mí otra no havrás ni la esperes, que por demás es ruego a quien no puede haver misericordia.¹⁴⁰ Y da gracias a Dios, pues tan libre vas desta feria. Bien me havían dicho quién tú eras y avisado de tus propiedades, aunque agora no te conocía.

CELESTINA.— (Ap.) Más fuerte estava Troya, y aun otras más bravas he yo amansado. Ninguna tempestad mucho dura.¹⁴¹

MELIBEA.— ¿Qué dizes, enemiga? Habla que te pueda oír. ¿Tienes desculpa alguna para satisfazer mi enojo y escusar tu yerro y osadía?

CELESTINA.— Mientra biviere tu ira, más dañará mi descargo, que estás muy rigurosa, y no me maravillo, que la sangre nueva poca calor ha menester para hervir.

MELIBEA.— ¿Poca calor? Poca la puedes llamar, pues quedaste tú biva y yo quexosa sobre tan gran atrevimiento. ¿Qué palabra podías tú querer para esse tal hombre que a mí bien me estuviesse? Responde, pues dizes que no has concluido, y quiçá pagarás lo passado.

CELESTINA.— Una oración, señora, que le dixeron que sabías de Sancta Polonia para el dolor de las muelas. Assimesmo tu cordón, que es fama que ha tocado las reliquias que hay en Roma y Hierusalem. Aquel

137.— En el texto: *ciguñal*; sigo a la *Comedia*. *Ciguñal*: «Pértiga enxada sobre un pie derecho, de que se usa en Andalucía y otras partes para sacar agua de algunos pozos, con que regar, o dar de beber al ganado» [*Dic. Aut.*].

138.— Sentencia extraída del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Victus non est nisi qui se victum credit», procedente del *De Remediis*, II, 73 [Deyermond, 1961: 145].

139.— Máxima del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca, perteneciente a *De Remediis*, II, 125: «Stulti omnes secundum se alios estimant» [Deyermond, 1961: 144].

140.— Publilio Siro, *Sentencias*: «Frustra rogatur qui misereri non potest» [Castro Guisasaola: 100; Fothergill-Payne, 1988: 194].

141.— Aforismo del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Tempestas nulla durat», extraída del *De Remediis*, II, 90 [Deyermond, 1961: 145].

cavallero que dixе, pena y muere dellas. Ésta fue mi venida. Pero, pues en mi dicha estava tu airada respuesta, padézcase él su dolor en pago de buscar tan desdichada mensajera. Que pues en tu mucha virtud me faltó piedad, también me faltará agua si a la mar me embiara. Pero ya sabes que el deleite de la vengança dura un momento y el de la misericordia para siempre¹⁴².

MELIBEA.— Si esso querías, ¿por qué luego no me lo espresaste? ¿Por qué me lo dixiste por tales palabras?

CELESTINA.— Señora, porque mi limpio motivo me hizo creer que, aunque en otras cualesquier lo propusiera, no se había de sospechar mal. Que si faltó el debido preámbulo, fue porque la verdad no es necessario abundar de muchas colores.¹⁴³ Compassión de su dolor, confianza de tu magnificencia, ahogaron en mi boca al principio la espressión de la causa. Y pues conoces, señora, que el dolor turba, la turbación desmanda y altera la lengua, la cual había de estar siempre atada con el seso, por Dios que no me culpes. E si él otro yerro ha hecho, no redunde en mi daño, pues no tengo otra culpa sino ser mensajera del culpado. No ‘quiebre la sogá por lo más delgado’; no semejes la telaraña, que no muestra su fuerza sino contra los flacos animales.¹⁴⁴ No ‘paguen justos por pecadores’. Imita la divina justicia, que dixo: «El ánima que pecare, aquella misma muera»;¹⁴⁵ a la humana, que jamás condena al padre por el delito del hijo, ni al hijo por el del padre. Ni es, señora, razón que su atrevimiento acarree mi perdición, aunque, según su merescimiento, no ternía en mucho que fuesse él el delincuente y yo la condenada. Que no es otro mi oficio sino servir a los semejantes. Desto bivo y desto me arreo. Nunca fue mi voluntad enojar a unos por agradar a otros, aunque hayan dicho a tu merced en mi ausencia otra cosa. Al fin, señora, a la firme verdad el viento del vulgo no la empece.¹⁴⁶ Una sola soy en este limpio trato. En toda la ciudad pocos tengo descontentos; con todos cumplo los que algo me mandan, como si toviessе veinte pies y otras tantas manos.

142.— Sentencia del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Ultionis momentanea delectatio est: misericordia sempiterna», extraída del *De Remediis*, I, 101 [Deyermond, 1961: 147].

143.— Máxima del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Non oportet veritatem rerum fictis adumbrare coloribus», perteneciente a *Rebus familiaribus* 12 [Deyermond, 1961: 145].

144.— Cita extraída del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Anacharsis philosophus urbium leges aranearum telis simillimas esse dicebat» [Deyermond, 1961: 40]. También podría tener relación con el *Laberinto* de Mena, vv. 649-652: «Como las telas que dan las arañas / las leyes presentes no sean atales: / que prendan los flacos viles animales / e muestran en ellos sus lánguidas sañas» [Pérez Priego, 2001: 151-152].

145.— Ezequiel, XVIII, 20.

146.— Máxima procedente del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Veritatem solidam vulgaris aura non concutit», seleccionada de *Vita solitaria*, U, III, 7 [Deyermond, 1961: 145].

MELIBEA.— No me maravillo, que un solo maestro de vicios dizen que basta para corromper un gran pueblo¹⁴⁷. Por cierto, tantos y tales loores me han dicho de tus falsas mañas que no sé si crea que pedías oración.

CELESTINA.— Nunca yo la reze, y si la rezare, no sea oída, ni otra cosa de mí se saque, aunque mil tormentos me diessen.

MELIBEA.— Mi passada alteración me impide a reír de tu desculpa, que bien sé que ni juramento ni tormento te hará dezir verdad, que no es en tu mano.

CELESTINA.— Eres mi señora, téngote de callar; hete yo de servir, hasme tú de mandar. Tu mala palabra será bíspera de una saya.

MELIBEA.— Bien la has merecido.

CELESTINA.— Si no la he ganado con la lengua, no la he perdido con la intención.

MELIBEA.— Tanto afirmas tu ignorancia, que me hazes creerlo que puede ser. Quiero, pues, en tu dubdosa desculpa tener la sentencia en peso y no disponer de tu demanda al sabor de ligera interpretación. No tengas en mucho ni te maravilles de mi passado sentimiento, porque concurrieron dos cosas en tu habla que cualquiera dellas era bastante para me sacar de seso: nombrarme esse tu cavallero, que commigo se atrevió a hablar, y también pedirme palabra sin más causa, que no se podía sospechar sino daño para mi honra. Pero, pues todo viene de buena parte, de lo passado haya perdón; que en alguna manera es aliviado mi corazón, viendo que es obra pía y santa sanar los apassionados y enfermos.

CELESTINA.— ¡Y tal enfermo, señora! Por Dios, si bien lo conosciesses, no le juzgasses por el que has dicho y mostrado con tu ira. En Dios y en mi alma, no tiene hiel; gracias, dos mil; en franqueza, Alexandre; en esfuerço, Héctor; gesto, de un rey, gracioso, alegre, jamás reina en él tristeza. De noble sangre, como sabes; gran justador. Pues verlo armado, un Sant Jorge. Fuerça y esfuerço no tuvo Hércules tanta. La presencia y faciones, disposición, desemboltura, otra lengua había menester para las contar. Todo junto semeja ángel del cielo. Por fe tengo que no era tan hermoso aquel gentil Narciso que se enamoró de su propia figura cuando se vido en las aguas de la fuente. Agora, señora, tiénele derribado una sola muela, que jamás cessa de quejar.

MELIBEA.— ¿Y qué tanto tiempo ha?

CELESTINA.— Podrá ser, señora, de veinte y tres años, que aquí está Celestina que lo vido nacer y lo tomó a los pies de su madre.

MELIBEA.— Ni te pregunto esso ni tengo necessidad de saber su edad, sino qué tanto ha que tiene el mal.

147.— Aforismo del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Voluptatis magister unus in magno populo satis est», procedente del *De rebus familiaribus*, IV, XVII, 3 [Deyermond, 1961: 147].

CELESTINA.— Señora, ocho días, que parece que ha un año en su flaqueza. Y el mayor remedio que tiene es tomar una vihuela, y tañe tantas canciones y tan lastimeras que no creo que fueron otras las que compuso aquel emperador y gran músico Adriano de la partida del ánima, por sufrir sin desmayo la ya vezina muerte.¹⁴⁸ Que, aunque yo sé poco de música, parece que haze aquella vihuela hablar. Pues si acaso canta, de mejor gana se paran las aves a le oír que no aquel Anfión¹⁴⁹, de quien se dize que movía los árboles y piedras con su canto.¹⁵⁰ Siendo este nacido, no alabaran a Orfeo.¹⁵¹ Mira, señora, si una pobre vieja como yo, si se hallará dichosa en dar la vida a quien tales gracias tiene. Ninguna mujer lo vee que no alabe a Dios que assí lo pintó; pues si le habla acaso, no es más señora de sí de lo que él ordena. E pues tanta razón tengo, juzga, señora, por bueno mi propósito, mis passos saludables y vazíos de sospecha.

MELIBEA.— ¡Oh cuánto me pesa con la falta de mi paciencia, porque siendo él ignorante y tú inocente havéis padescido las alteraciones de mi airada lengua! Pero la mucha razón me relieva de culpa, la cual tu habla sospechosa causó. En pago de tu buen sufrimiento, quiero complir tu demanda y darte luego mi cordón. E porque para escrevir la oración no habrá tiempo sin que venga mi madre, si esto no bastare, ven mañana por ella muy secretamente.

LUCRECIA.— (Ap.) ¡Ya, ya, perdida es mi ama! Secretamente quiere que venga Celestina. Fraude ay. ¡Más le querrá dar que lo dicho!

MELIBEA.— ¿Qué dizes, Lucrecia?

LUCRECIA.— Señora, que baste lo dicho, que es tarde.

MELIBEA.— Pues, madre, no le des parte de lo que pasó a esse cavallero, porque no me tenga por cruel o arrebatada o deshonesta.

LUCRECIA.— (Ap.) No miento yo, que mal va este hecho.

CELESTINA.— Mucho me maravillo, señora Melibea, de la dubda que tienes de mi secreto. No temas, que todo lo sé sufrir y encubrir, que bien veo que tu mucha sospecha echó, como suele, mis razones a la más triste parte.¹⁵² Yo voy con tu cordón tan alegre que se me figura que está

148.— Referencia extraída del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Adrianus Imperator tam vehementer musis intendebat: ut ne vicina morte lentesceret: versiculos de animae discessu aedidit» [Deyermond, 1961: 40].

149.— En la mayoría de ediciones: *Antico*.

150.— Relación inserta en el «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Amphion arbores et saxa cantu movisse perhibetur» [Deyermond, 1961: 40].

151.— Petrarca, *De rebus familiaribus*, I, IX, 7: «Nec fabulam Orphei vel Amphionis interseram, quorum ille beluas immanes, hic arbores ac saxa cantu movisse et quocunque vellet, duxisse...» [Castro Guisasola: 129; Deyermond, 1961: 40-42 y 92].

152.— Publilio Siro, *Sentencias*: «Ad tristem partem strenua est suspicio» [Castro Guisasola: 99; Fothergill-Payne, 1988: 104].

diziéndole allá su corazón la merced que nos hiziste, y que lo tengo de hallar aliviado.

MELIBEA.— Más haré por tu doliente, si menester fuere, en pago de lo sufrido.

CELESTINA.— (*Ap.*) Más será menester y más harás, y aunque no se te agradezca.

MELIBEA.— ¿Qué dizes, madre, de agradecer?

CELESTINA.— Digo, señora, que todos lo agradecemos y serviremos y todos quedamos obligados, que la paga más cierta es cuando más la tienen de cumplir.

LUCRECIA.— (*Ap.*) ¡Trastrócame esas palabras!

CELESTINA.— (*Ap. a Lucrecia*) Hija Lucrecia, ¡ce! Irás a casa y darte he una lexía con que pares esos cabellos más que el oro. No lo digas a tu señora y aun darte he unos polvos para quitarte esse olor de la boca, que te huele un poco, que en el reino no lo sabe hazer otro sino yo; y no hay cosa que peor en la mujer parezca.

LUCRECIA.— (*Ap. a Celestina*) Oh, Dios te dé buena vejez, que más necesidad tenía de todo esso que de comer!

CELESTINA.— (*Ap. a Lucrecia*) Pues, ¿por qué murmuras contra mí, loquilla? Calla, que no sabes si me avrás menester en cosa de más importancia. No provoques a ira a tu señora más de lo que ella ha estado. Déxame ir en paz.

MELIBEA.— ¿Qué le dizes, madre?

CELESTINA.— Señora, acá nos entendemos.

MELIBEA.— Dímelo, que me enojo cuando, yo presente, se habla cosa de que no haya parte.

CELESTINA.— Señora, que te acuerde la oración para que la mandes escribir; e que aprenda de mí a tener mesura en el tiempo de tu ira. En la cual yo usé lo que se dize: «Que del airado es de apartar por poco tiempo, del enemigo por mucho».¹⁵³ Pues tú, señora, tenías ira con lo que sospechaste de mis palabras, no enemistad. Porque aunque fueran las que tú pensavas, en sí no eran malas, que cada día ay hombres penados por mujeres y mujeres por hombres, y esto obra la natura, e la natura ordenola Dios, y Dios no hizo cosa mala. E assí quedava mi demanda, comoquiera que fuesse, en sí loable, pues de tal tronco procede, y yo libre de pena. Más razones destas te diría, sino porque la prolixidad es enojosa al que oye y dañosa al que habla.

MELIBEA.— En todo has tenido buen tiento, assí en el poco hablar en mi enojo como con el mucho sufrir.

153.— Publilio Siro, *Sentencias*: «Iratum breviter vites, inimicum diu», que posteriormente pasó a refrán [Castro Guisasola: 100; Fothergill-Payne, 1988: 104].

CELESTINA.— Señora, sofrite con temor porque te airaste con razón, porque, con la ira morando, poder no es sino rayo¹⁵⁴. E por esto passé tu rigurosa habla hasta que su 'almazén oviesse gastado'¹⁵⁵.

MELIBEA.— En cargo te es esse cavallero.

CELESTINA.— Señora, más meresce; y si algo con mi ruego para él he alcançado, con la tardança lo he dañado. Yo me parto para él, si licencia me das.

MELIBEA.— Mientras más aína la ovieras pedido, más de grado la hovieras recaudado. Ve con Dios, que ni tu mensaje me ha traído provecho ni de tu ida me puede venir daño.



154.— Publilio Siro, *Sentencias*: «Fulmen est ubi cum potestate habitat iracundia» [Castro Guisasaola: 100; Fothergill-Payne, 1988: 104].

155.— Gastar almacén: «Por los que gastan muchas palabras sin substancia» [Correas].



Comedia de Calisto y Melibea, ilustración del acto V.
Burgos: Fadrique Alemán de Basilea, ;1499?.



Argumento del quinto auto

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle hablando consigo misma entre dientes. Llegada a su casa, halló a Sempronio que la aguardava. Ambos van hablando hasta llegar a casa de Calisto y, vistos por Pármemo, cuéntalo a Calisto, su amo, el cual le mandó abrir la puerta.

Calisto. Pármemo Sempronio. Celestina

CELESTINA.— ¡Oh rigurosos trances! ¡Oh cuerda osadía! ¡Oh gran sufrimiento! Y qué tan cercana estuve de la muerte, si mi mucha astucia no rigera con el tiempo las velas de la petición. ¡Oh amenazas de donzella brava! ¡Oh airada donzella! ¡Oh diablo, a quien yo conjuré, cómo cumpliste tu palabra en todo lo que te pedí! En cargo te soy. Assí amansaste la cruel hembra con tu poder y diste tan oportuno lugar a mi habla cuanto quise con la ausencia de su madre. ¡Oh vieja Celestina! ¿Vas alegre? Sábetete que 'la meitad está hecha cuando tienen buen principio las cosas'.¹⁵⁶ ¡Oh serpentino azeite, o blanco hilado, cómo os aparejastes todos en mi favor, o yo rompiera todos mis atamientos hechos y por hazer, ni creyera en yervas ni piedras ni en palabras! Pues, alégrate

156.— Dice el refrán: «Buen principio, la mitad es hecho. Dijolo el latino y también el griego» o «Principio bueno, la mitad es hecho» [Correas].

vieja, que más sacarás deste pleito que de quinze virgos que renovarás. ¡Oh malditas haldas, prolixas y largas, cómo me estorváis de allegar a donde han de reposar mis nuevas! ¡Oh buena fortuna, cómo ayudas a los osados y a los temidos eres contraria!¹⁵⁷ Nunca huyendo, huye la muerte al covarde.¹⁵⁸ ¡Oh cuántas erraran en lo que yo he acertado! ¿Qué hizieran en tan fuerte estrecho estas nuevas maestras de mi oficio, sino responder algo a Melibea, por donde se perdiera cuanto yo con buen callar he ganado? Por esto dizen: ‘quien las sabe, las tañe’; y que ‘es más cierto médico el experimentado que el letrado’; y ‘la experiencia y escarmiento haze los hombres arteros’; y la vieja, como yo, que alce sus haldas al passar del vado¹⁵⁹ como maestra. ¡Ay cordón, cordón, yo te haré traer por fuerça, si bivo, a la que no quiso darme su buena habla de grado!

SEMPRONIO.— O yo no veo bien o aquélla es Celestina. ¡Válala el diablo, haldear que trae! Parlando viene entre dientes.

CELESTINA.— ¿De qué te santiguas¹⁶⁰, Sempronio? Creo que en verme.

SEMPRONIO.— Yo te lo diré: la raleza de las cosas es madre de la admiración; la admiración concebida en los ojos descende al ánimo por ellos;¹⁶¹ el ánimo es forçado descubrillo por estas exteriores señales. ¿Quién jamás te vido por la calle, abaxada la cabeça, puestos los ojos en el suelo, y no mirar a ninguno como agora? ¿Quién te vido hablar entre dientes por las calles y venir aguijando como quien va a ganar beneficio? Cata que todo esto novedad es para se maravillar quien te conoce. Pero esto dexado, dime, por Dios, ¿con qué vienes? Dime si tenemos hijo o hija, que desde que dio la una te espero aquí y no he sentido mejor señal que tu tardança.

CELESTINA.— Hijo, essa regla de bovos no es siempre cierta, que otra hora me pudiera más tardar y dexar allá las narizes; y otras dos, y narizes y lengua. Y assí que mientra más tardasse, más caro me costasse.

SEMPRONIO.— Por amor mío, madre, no passes de aquí sin me lo contar.

CELESTINA.— Sempronio, amigo, ni yo me podría parar ni el lugar es aparejado. Vente commigo delante Calisto, oirás maravillas, que será desflorar mi embaxada communicándola con muchos. De mi boca quiero

157.— Sentencia latina: «Audentes Fortuna iuvat, timidosque repellit», repetida varias veces a lo largo de la obra.

158.— Castro Guisasaola: 163, y Pérez Priego: 152, ven una clara similitud con el verso 1191 del *Laberinto* de Juan de Mena: «fuyendo non fuye la muerte covarde / que más a los viles es siempre llegada».

159.— Referencia al refrán: «Vieja escarmentada, arregazada pasa el agua» [Correas].

160.— En el texto: *fatigas*; sigo a la *Comedia*.

161.— Ambas sentencias extraídas del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Admiratio in animum descendit per oculos. Admirationis mater est raritas» [Deyermond, 1961: 40].

que sepa lo que se ha hecho, que aunque hayas de haver alguna partezilla del provecho, quiero yo todas las gracias del trabajo.

SEMPRONIO.— ¿Partezilla, Celestina? Mal me parece eso que dizes.

CELESTINA.— Calla, loquillo, que parte o partezilla, cuanto tú quisieres te daré. Todo lo mío es tuyo. Gozémonoss y aprovechémonos, que sobre el partir nunca reñiremos. E también sabes tú cuánta más necesidad tienen los viejos que los moços, mayormente tú que vas a mesa puesta.

SEMPRONIO.— Otras cosas he menester más que de comer.

CELESTINA.— ¿Qué, hijo? ¿Una dozena de agujetas y un torce para el bonete, y un arco para andarte de casa en casa tirando a páxaros y arojando páxaras a las ventanas? Mochachas digo, bovo, de las que no saben bolar, que bien me entiendes. Que no hay mejor alcahuete para ellas que un arco, que se puede entrar cada uno hecho moxtrenco, como dizen: 'en achaque de trama', etc.¹⁶² Mas, ¡ay, Sempronio, de quien tiene de mantener honra y se va haziendo vieja como yo!

SEMPRONIO.— (Ap.) ¡Oh, lisonjera vieja! ¡Oh vieja llena de mal! ¡Oh codiciosa y avarienta garganta! También quiere a mí engañar como a mi amo por ser rica. Pues, mala medra tiene. No le arriendo la ganancia, que 'quien con modo torpe sube en alto, más presto cae que sube'. ¡Oh qué mala cosa es de conocer el hombre! Bien dizen que ninguna mercadería ni animal es tan difícil.¹⁶³ ¡Mala vieja falsa es esta! El diablo me metió con ella. Más seguro me fuera huir desta venenosa bívora que tomalla.¹⁶⁴ Mía fue la culpa. Pero gane harto, que por bien o mal no negará la promessa.

CELESTINA.— ¿Qué dizes, Sempronio? ¿Con quién hablas? ¿Viénesme royendo las haldas? ¿Por qué no agujas?

SEMPRONIO.— Lo que vengo diziendo, madre Celestina, es que no me maravillo que seas mudable, que sigas el camino de las muchas. Dicho me havías que diferirías este negocio. Agora vas sin seso por dezir a Calisto cuanto passa. ¿No sabes que 'aquello es en algo tenido que es por tiempo desseado', y que cada día que él penasse era doblarnos el provecho?

CELESTINA.— 'El propósito muda el sabio, el nescio persevera'.¹⁶⁵ 'A nuevo negocio, nuevo consejo' se requiere. No pensé yo, hijo Sempronio, que assí me respondiera mi buena fortuna. De los discretos mensajeros es hazer lo que el tiempo quiere. Assí que la calidad de lo hecho no puede

162.— Refrán: «En achaque de trama, ¿está acá nuestra ama?».

163.— Aforismo del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Animal nullum: nulla merx difficilior cognitu quam homo», procedente del *De Remediis*, I, 50 [Deyermond, 1961: 143].

164.— Máxima extraída del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Animalia venenosa tutius est vitare quam capere» [Deyermond, 1961: 41].

165.— Petrarca: «Propositum mutat sapiens, at stultus inhaeret», *Bucolicum carmen*, VIII, 12 [Deyermond, 1961: 74]. Pasó posteriormente a refrán.

encubrir tiempo dissimulado. Y más, que yo sé que tu amo, según lo que dél sentí, es liberal y algo antojadizo. Más dará en un día de buenas nuevas que en ciento que ande penado y yo yendo y viniendo. Que los acelerados y súpitos placeres crían alteración, la mucha alteración estorva el deliberar. Pues, ¿en qué podrá parar el bien sino en bien, y el alto mensaje¹⁶⁶ sino en luengas albricias? Calla, bovo, dexa hazer a tu vieja.

SEMPRONIO.— Pues dime lo que passó con aquella gentil donzella. Dime alguna palabra de su boca, que, por Dios, assí peno por sabella como mi amo penaría.

CELESTINA.— ¡Calla, loco! ¿Altérasete la complissión? Yo lo veo en ti que ‘querrías más estar al sabor que al olor’ deste negocio. Andemos presto, que estará loco tu amo con mi mucha tardança.

SEMPRONIO.— Y aun sin ella se lo está.

PÁRMENO.— ¡Señor, señor!

CALISTO.— ¿Qué quieres, loco?

PÁRMENO.— A Sempronio y a Celestina veo venir cerca de casa, haciendo paradillas de rato en rato, y cuando están quedos hazen rayas en el suelo con el espada. No sé qué sea.

CALISTO.— ¡Oh desvariado negligente! ¿Veslos venir? ¿No puedes baxar corriendo a abrir la puerta? ¡Oh alto Dios! ¡Oh soberana deidad! ¿Con qué vienen? ¿Qué nuevas traen? Que tan grande ha sido su tardança, que ya más esperava su venida que el fin de mi remedio. ¡Oh mis tristes oídos, aparejaos a lo que os viniere, que en su boca de Celestina está agora aposentado el alivio o pena de mi corazón! ¡Oh si en sueños se passasse este poco tiempo, hasta ver el principio y fin de su habla! Agora tengo por cierto que es más penoso al delincuente esperar la cruda y capital sentencia que el acto de la ya sabida muerte¹⁶⁷! ¡Oh espacioso Pármeno, manos de muerto! Quita ya esa enojosa aldava, entrará esa honrada dueña, en cuya lengua está mi vida.

CELESTINA.— ¿Oyes, Sempronio? De otro temple anda nuestro amo. Bien difieren estas razones a las que oímos a Pármeno y a él la primera venida. De mal en bien me parece que va. No hay palabra de las que dize que no vale a la vieja Celestina más que una saya.

SEMPRONIO.— Pues mira que entrando hazas que no vees a Calisto y hables algo bueno.

CELESTINA.— Calla, Sempronio, que aunque haya aventurado mi vida, más merece Calisto y su ruego y tuyo; y más mercedes espero yo dél.

166.— En el texto: *linaje*.

167.— Sentencia latina: «Mortem timere quam mori crudelius est» (CASTRO GUIASOLA: 69, quien la atribuye a Ovidio y a Séneca el Viejo).



Argumento del sexto auto

Entrada Celestina en casa de Calisto con grande afición y desseo, Calisto le pregunta de lo que le ha acontecido con Melibea. Mientras ellos están hablando, Pármemo, oyendo fablar a Celestina de su parte contra Sempronio, a cada razón le pone un mote, reprehendiéndolo Sempronio. En fin la vieja Celestina le descubre todo lo negociado y un cordón de Melibea. E despedida de Calisto, vase para su casa y con ella Pármemo.

Calisto. Celestina. Pármemo. Sempronio

CALISTO.— ¿Qué dizes, señora y madre mía?

CELESTINA.— ¡Oh mi señor Calisto! ¿Y aquí estás? ¡Oh mi nuevo amador de la muy hermosa Melibea, y con mucha razón! ¿Con que pagarás a la vieja, que hoy ha puesto su vida al tablero por tu servicio? ¿Cuál mujer jamás se vido en tan estrecha afrenta como yo, que en tornallo a pensar se menguan y vazían todas las venas de mi cuerpo de sangre? Mi vida diera por menor precio que agora daría este manto raído y viejo.

PÁRMENO.— (*Ap.*) Tú dirás lo tuyo. 'Entre col y col, lechuga'. Sobido has un escalón. Más adelante te espero a la saya. Todo para ti y no nada de que puedas dar parte. Pelechar quiere la vieja. Tú me sacarás a mí verdadero y a mi amo loco. No le pierdas palabra, Sempronio, y verás como no quiere pedir dinero porque es divisible.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) Calla, hombre desesperado, que te matará Calisto si te oye.

CALISTO.— Madre mía, o abrevia tu razón, o toma esta espada y márame.

PÁRMENO.— (*Ap.*) Temblando está el diablo como azogado; no se puede tener en sus pies; su lengua le querría prestar para que hablase presto. No es mucha su vida; luto havremos de medrar destes amores.

CELESTINA.— ¿Espada, señor, o qué? Espada mala mate a tus enemigos y a quien mal te quiere, que yo la vida te quiero dar con buena esperanza que traigo de aquella que tú más amas.

CALISTO.— ¿Buena esperanza, señora?

CELESTINA.— Buena se puede dezir, pues queda abierta puerta para mi tornada. Y antes me recibirá a mí con esta saya rota, que a otra con seda y brocado.

PÁRMENO.— (*Ap.*) Sempronio, cóseme esta boca, que no lo puedo sufrir. Encaxado ha la saya.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¡Callarás, pardios, o te echaré dende con el diablo! Que si anda rodeando su vestido haze bien, pues tiene dello necesidad, que 'el abad de do canta, de allí viste'.

PÁRMENO.— (*Ap.*) Y aun viste como canta. Y esta puta vieja querría en un día, por tres passos, desechar todo el pelo malo cuanto en cincuenta años no ha podido medrar.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¿Todo esso es lo que te castigó y el conocimiento que os teníades y lo que te crió?

PÁRMENO.— (*Ap.*) Bien sufriré yo más que pida y pele; pero no todo para su provecho.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) No tiene otra tacha sino ser cobdiciosa. Pero déxala barde sus paredes, que después bardará las nuestras, o en mal punto nos conoció.

CALISTO.— Dime, por Dios, señora, ¿qué hazía? ¿Cómo entraste? ¿Qué tenía vestido? ¿A qué parte de casa estava? ¿Qué cara te mostró al principio?

CELESTINA.— Aquella cara, señor, que suelen los bravos toros mostrar contra los que lançan las agudas frechas en el cosso; la que los monteses puercos contra los sabuesos que mucho los aquexan.

CALISTO.— ¿Y a éssas llamas señales de salud? Pues ¿cuáles serían mortales? No, por cierto, la misma muerte, que aquélla alivio sería en tal caso deste mi tormento, que es mayor y duele más.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¿Estos son los fuegos passados de mi amo? ¿Qué es esto? ¿No ternía este hombre sofrimiento para oír lo que siempre ha desseado?

PÁRMENO.— (*Ap.*) ¿Y que calle yo, Sempronio? Pues si nuestro amo te oye, tan bien te castigará a ti como a mí.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¡Oh, mal fuego te abrase, que tú hablas en daño de todos y yo a ninguno ofendo! ¡Oh intolerable pestilencia y mortal te consuma, rixoso, embidioso, maldito! ¿Toda esta es la amistad que con Celestina y conmigo havías concertado? ¡Vete de aquí a la mala ventura!

CALISTO.— Si no quieres, reina y señora mía, que desespere y vaya mi ánima condenada a perpetua pena oyendo essas cosas, certíficame brevemente si hovo buen fin tu demanda gloriosa y la cruda y rigurosa muestra de aquel gesto angélico y matador, pues todo esso más es señal de odio que de amor.

CELESTINA.— La mayor gloria que al secreto oficio del abeja se da, a la cual los discretos deven imitar, es que todas las cosas por ella tocadas convierte en mejor de lo que son.¹⁶⁸ Desta manera me he havido con las çahareñas razones y esquivas de Melibea. Todo su rigor traigo convertido en miel, su ira en mansedumbre, su aceleramiento en sosiego. Pues, ¿a qué piensas que iba allá la vieja Celestina, a quien tú, demás de tu merecimiento, magníficamente galardonaste, sino ablandar su saña, a sufrir su accidente, a ser escudo de tu ausencia, a recibir en mi manto los golpes, los desvíos, los menosprecios, desdenes, que muestran aquéllas en los principios de sus requerimientos de amor, para que sea después en más tenida su dádiva? Que a quien más quieren, peor hablan. Y si assí no fuesse, ninguna diferencia habría entre las públicas que aman a las escondidas donzellas, si todas dixiessen «sí» a la entrada de su primer requerimiento, en viendo que de alguno eran amadas. Las cuales, aunque están abrasadas y encendidas de bivos fuegos de amor, por su honestidad muestran un frío exterior, un sossegado vulto, un aplazible desvío, un constante ánimo y casto propósito, unas palabras agras que la propia lengua se maravilla del gran sofrimiento suyo, que la hazen forçosamente confessar el contrario de lo que sienten. Assí que para que tú descanses y tengas reposo, mientras te contare por estenso el processo de mi habla y la causa que tuve para entrar, sabe que el fin de su razón fue muy bueno.

CALISTO.— Agora, señora, que me has dado seguro para que ose esperar todos los rigores de la respuesta, di cuanto mandares y como quisieres, que yo estaré atento. Ya me reposa el coraçón, ya descansa mi pensamiento, ya reciben las venas y recobran su perdida sangre, ya he perdido temor, ya tengo alegría. Subamos, si mandas, arriba. En mi cámara me dirás por estenso lo que aquí he sabido en suma.

CELESTINA.— Subamos, señor.

168.— Cita construida a partir de dos sentencias del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Apes in inventionibus sunt imitandae. / Apibus nulla esset gloria nisi in aliud et in melius inventa converterent» [Deyermond, 1961: 41].

PÁRMENO.— (*Ap.*) ¡Oh sancta María, y qué rodeos busca este loco por huir de nosotros para poder llorar a su plazer con Celestina de gozo, y por descubrirle mil secretos de su liviano y desvariado apetito, por preguntar y responder seis vezes cada cosa sin que esté presente quien le pueda dezir que es prolixo! ¡Pues, mándote yo, desatinado, que tras ti vamos!

CALISTO.— Mira, señora, qué hablar trae Pármeno, cómo se viene santi-guando de oír lo que has hecho de tu gran diligencia. Espantado está. Por mi fe, señora Celestina, otra vez se santigua. Sube, sube, sube y assiéntate, señora, que de rodillas quiero escuchar tu suave respuesta. Y dime luego, la causa de tu entrada ¿qué fue?

CELESTINA.— Vender un poco de hilado, con que tengo caçadas más de treinta de su estado, si a Dios ha plazido, en este mundo, y algunas mayores.

CALISTO.— Esso será de cuerpo, madre, pero no de gentileza, no de esta-do, no de gracia y discreción, no de linaje, no de presunción con meres-cimiento, no en virtud, no en habla.

PÁRMENO.— (*Ap.*) ¡Ya escurre esclavones el perdido, ya se desconciertan sus badajadas! ‘Nunca da menos de doze’; siempre está hecho ‘relox de mediodía’.¹⁶⁹ ¡Cuenta, cuenta, Sempronio, que estás desbavado oyén-dole a él locuras y a ella mentiras!

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¡Oh maldiziente venenoso! ¿Por qué cierras las orejas a lo que todos los del mundo las aguzan, hecho serpiente que huye la boz del encantador?¹⁷⁰ Que solo por ser de amores estas razones, aun-que mentiras, las havías de escuchar con gana.

CELESTINA.— Oye, señor Calisto, y verás tu dicha y mi solicitud qué obra-ron, que en començando yo a vender y poner en precio mi hilado, fue su madre de Melibea llamada para que fuesse a visitar una hermana suya enferma. Y como le fue necessario absentarse, dexó en su lugar a Melibea para...

CALISTO.— ¡Oh gozo sin par! ¡Oh singular oportunidad! ¡Oh oportuno tiempo! ¡Oh quién estuviera allí debaxo de tu manto escuchando qué hablaría sola aquella en quien Dios tan estremadas gracias puso!

CELESTINA.— ¿Debaxo de mi manto, dizes? ¡Ay mezquina, que fueras vis-to por treinta agujeros que tiene, si Dios no le mejora!

PÁRMENO.— (*Ap.*) Sálgome fuera, Sempronio. Ya no digo nada. Escúchate-lo tú todo. Si este perdido de mi amo no midiesse con el pensamiento cuántos passos ay de aquí a casa de Melibea y contemplasse en su gesto y considerasse cómo estaría aviniendo el hilado, todo el sentido puesto

169.— Alude al refrán: «Reloj de medio día nunca da menos de doce. / Motejar, decir necesidades» [Co-reas].

170.— Posible referencia a Salmos, LVIII, 5-6 [*Vulgata*, LVII, 5-6]: «Tienen veneno como de serpiente, cual áspid sordo, que cierra su oído / Para no oír la voz de los encantadores...».

y ocupado en ella, él vería que mis consejos le eran más saludables que estos engaños de Celestina.

CALISTO.— ¿Qué es esto, moços? Estó yo escuchando atento, que me va la vida, vosotros susurráis, como soléis, por hazerme mala obra y enojo. Por mi amor, que calléis; morirés de plazer con esta señora, según su buena diligencia. Di, señora, ¿qué heziste cuando te viste sola?

CELESTINA.— Recebí, señor, tanta alteración de plazer, que cualquiera que me viera me lo conociera en el rostro.

CALISTO.— Agora la rescibo yo, cuánto más quien ante sí contemplava tal imagen. Enmudecerías con la novedad incogitada.

CELESTINA.— Antes me dio más osadía a hablar lo que quise verme sola con ella. Abrí mis entrañas, díxele mi embaxada: cómo penavas tanto por una palabra de su boca salida en favor tuyo para sanar un tan gran dolor. E como ella estuviesse suspensa, mirándome espantada del nuevo mensaje, escuchando hasta ver quién podía ser el que assí por necesidad de su palabra penava o a quién pudiesse sanar su lengua, en nombrando tu nombre, atajó mis palabras, diose en la frente una gran palmada, como quien cosa de grande espanto oviesse oído, diziendo que cessasse mi habla y me quitasse delante si no querría hazer a sus servidores verdugos de mi postrimería, agravando mi osadía, llamándome hechizera, alcahueta, vieja falsa, barbuda, malhechora, y otros muchos inominiosos nombres, con cuyos títulos asombran a los niños de cuna. E empós desto, mil amortescimientos y desmayos, mil milagros y espantos, turbado el sentido, bulliendo fuertemente los miembros todos a una parte y a otra, herida de aquella dorada frecha que del sonido de tu nombre le tocó, retorciendo el cuerpo, las manos enclavijadas como quien se despereza, que parecía que las despedaçava, mirando con los ojos a todas partes, coceando con los pies el suelo duro. E yo a todo esto arrinconada, encogida, callando, muy gozosa con su ferocidad. Mientra más vasqueava, más yo me alegrava, porque más cerca estava el rendirse y su caída. Pero entre tanto que gastava aquel espumajoso almacén su ira, yo no dexava mis pensamientos estar vagos ni ociosos, de manera que tove tiempo para salvar lo dicho.

CALISTO.— Eссо me di, señora madre, que yo he rebuelto en mi juicio mientra te escucho y no he hallado desculpa que buena fuesse ni conviniente con que lo dicho se cubriesse ni colorasse, sin quedar terrible sospecha de tu demanda. Porque conozca tu mucho saber, que en todo me pareces más que mujer, que como su respuesta tú prenosticaste, proveíste con tiempo tu réplica. ¿Qué más hazía aquella tusca Adeleta, cuya fama, siendo tú biva, se perdiera, la cual tres días ante de su fin

prenunció la muerte de su viejo marido y de dos hijos que tenía?¹⁷¹ Ya creo lo que se dize, que el género flaco de las hembras es más apto para las prestas cautelas que el de los varones.

CELESTINA.— ¿Qué, señor? Dixe que tu pena era mal de muelas. E que la palabra que della quería era una oración que ella sabía muy devota para ellas.

CALISTO.— ¡Oh maravillosa astucia! ¡Oh singular mujer en su oficio! ¡Oh cautelosa hembra! ¡Oh melezina presta! ¡Oh discreta en mensajes! ¿Cuál humano seso bastara a pensar tan alta manera de remedio? De cierto creo, si nuestra edad alcançara aquellos passados Eneas y Dido, no trabajara tanto Venus para atraer a su hijo el amor de Elisa, haziendo tomar a Cupido ascánica forma para la engañar; antes, por evitar prolixidad, pusiera a ti por medianera. Agora doy por bien empleada mi muerte puesta en tales manos, y creeré que si mi desseo no ovriere efecto cual querría, que no se pudo obrar más, según natura, en mi salud. ¿Qué os parece, moços? ¿Qué más se pudiera pensar? ¿Hay tal mujer nascida en el mundo?

CELESTINA.— Señor, no atajes mis razones. Déxame dezir, que se va haziendo noche. Ya sabes que: «Quien mal haze, aborrece la claridad»,¹⁷² y yendo a mi casa podré aver algún mal encuentro.

CALISTO.— ¿Qué, qué? Sí, que hachas y pajes hay que te acompañen.

PÁRMENO.— (*Ap.*) ¡Sí, sí, porque no fuercen a la niña, tu irás con ella, Sempronio, que ha temor de los grillos que cantan con lo oscuro!

CALISTO.— ¿Dizes algo, hijo Pármeno?

PÁRMENO.— Señor, que yo y Sempronio será bueno que la acompañemos hasta su casa, que haze mucho oscuro.

CALISTO.— Bien dicho es; después será. Procede en tu habla y dime ¿qué más passaste? ¿Qué te respondió a la demanda de la oración?

CELESTINA.— Que la daría de su grado.

CALISTO.— ¿De su grado? ¡Dios mío, qué alto don!

CELESTINA.— Pues más le pedí.

CALISTO.— ¿Qué, mi vieja honrada?

CELESTINA.— Un cordón que ella trae contino ceñido, diziendo que era provechoso para tu mal porque había tocado muchas reliquias.

CALISTO.— Pues ¿qué dixo?

CELESTINA.— Dame albricias, dezírtelo he.

CALISTO.— ¡Oh por Dios!, toma toda esta casa y cuanto en ella hay y dí-melo, o pide lo que querrás.

171.— Ejemplo procedente del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Adelecta ex nobili tuscorum sanguine foemina: tam astrorum studio quam magicis artibus venturi praescia: tam viro quam natis diem mortis tribus versiculis praenunciavit» [Deyermond, 1961: 39-40].

172.— Juan, III, 20.

CELESTINA.— Por un manto que tú des a la vieja, te dará en tus manos el mismo que en su cuerpo ella traía.

CALISTO.— ¿Qué dizes de manto? Manto y saya, y cuanto yo tengo.

CELESTINA.— Manto he menester, y este terné yo en harto. No te alargues más; no pongas sospechosa dubda en mi pedir, que dizen que ofrecer mucho al que poco pide es especie de negar.¹⁷³

CALISTO.— Corre, Pármeno, llama a mi sastre y corte luego un manto y una saya de aquel contray que se sacó para frisado.

PÁRMENO.— (Ap.) ¡Assí, assí, a la vieja todo porque venga cargada de mentiras como abeja, y a mí que me arrastren! Tras esto anda ella hoy todo el día con sus rodeos.

CALISTO.— ¡De qué gana va el diablo! No hay cierto tan mal servido hombre como yo, manteniendo moços adevinos, reçongadores, enemigos de mi bien. ¿Qué vas, vellaco, rezando? ¿Embicioso, qué dizes, que no te entiendo? Ve donde te mando, presto, y no me enojas, que harto basta mi pena para me acabar. Que también avrá para ti sayo en aquella pieça.

PÁRMENO.— No digo, señor, otra cosa sino que es tarde para que venga el sastre.

CALISTO.— ¿No digo yo que adevinas? Pues quédese para mañana. Y tú, señora, por amor mío te sufras, que 'no se pierde lo que se dilata'. Y mándame mostrar aquel santo cordón que tales miembros fue digno de ceñir. Gozarán mis ojos con todos los otros sentidos, pues juntos han sido apasionados; gozará mi lastimado corazón, aquel que nunca recibió momento de plazer después que aquella señora conoció. Todos los sentidos le llagaron, todos acorrieron a él con sus esportillas de trabajo; cada uno le lastimó cuanto más pudo: los ojos en vella, los oídos en oílla, las manos en tocalla.

CELESTINA.— ¿Que la has tocado, dizes? Mucho me espantas.

CALISTO.— Entre sueños, digo.

CELESTINA.— ¿Entre sueños?

CALISTO.— Entre sueños la veo tantas noches, que temo no me acontezca como a Alcibíades, que soñó que se veía embuelto en el manto de su amiga y otro día matáronle, y no ovo quien lo alçasse de la calle ni cubriesse, sino ella con su manto. Pero en vida o en muerte, alegre me sería vestir su vestidura.

CELESTINA.— Asaz tienes pena, pues cuando los otros reposan en sus camas, preparas tú el trabajo para sufrir otro día. Esfuérçate, señor, que no hizo Dios a quien desmamparasse. Da espacio a tu desseo. Toma este cordón, que, si yo no me muero, yo te daré a su ama.

173.— Petarca, *De rebus familiaribus*, Epistola 101: «Scimus ergo: quia petenti modicum immensa porrigere: species est negandi» [Deyermond, 1961: 73].

CALISTO.— ¡Oh nuevo huésped! ¡Oh bienaventurado cordón, que tanto poder y merecimiento toviste de ceñir aquel cuerpo que yo no soy digno de servir! ¡Oh ñudos de mi pasión, vosotros enlazastes mis desseos! Dezidme si os fallastes presentes en la desconsolada respuesta de aquella a quien vosotros servís y yo adoro, y por más que trabajo noches y días, no me vale ni aprovecha.

CELESTINA.— Refrán viejo es: ‘Quien menos procura, alcanza más bien’. Pero yo te haré, procurando, conseguir lo que siendo negligente no harvías. Consuélate, señor, que ‘en una hora no se ganó Çamora’, pero no por esso desconfiaron los combatientes.

CALISTO.— ¡Oh, desdichado!, que las ciudades están con piedras cercadas, y a piedras, piedras las vencen. Pero esta mi señora tiene el corazón de azero. No hay metal que con él pueda; no hay tiro que le melle. Pues poned escalas en su muro, unos ojos tiene con que echa saetas, una lengua llena de reproches y desvíos; el asiento tiene en parte que media legua no le pueden poner cerco.

CELESTINA.— Calla, señor, que el buen atrevimiento de un solo hombre ganó a Troya. No desconfíes, que una mujer puede ganar a otra. Poco has tratado mi casa; no sabes bien lo que yo puedo.

CALISTO.— Cuanto dixeres, señora, te quiero creer, pues tal joya como esta me truxiste. ¡Oh mi gloria y ceñidero de aquella angélica cintura, yo te veo y no lo creo! ¡Oh cordón, cordón!, ¿fuísteme tú enemigo? Dilo cierto. Si lo fuiste, yo te perdono, que de los buenos es propio las culpas perdonar. No lo creo, que si fueras contrario no vinieras tan presto a mi poder, salvo si vienes a desculparte. Conjúrote me respondas por la virtud del gran poder que aquella señora sobre mí tiene.

CELESTINA.— Cessa ya, señor, esse devanear, que me tienes cansada de escucharte y al cordón roto de tratarlo.

CALISTO.— ¡Oh, mezquino de mí, que assaz bien me fuera del cielo otorgado que de mis braços fueras hecho y tejido, y no de seda como eres, porque ellos gozaran cada día de rodear y ceñir con devida reverencia aquellos miembros que tú, sin sentir ni gozar de la gloria, siempre tienes abraçados! ¡Oh qué secretos avrás visto de aquella excelente imagen!

CELESTINA.— Más verás tú y con más sentido, si no lo pierdes fablando lo que hablas.

CALISTO.— Calla, señora, que él y yo nos entendemos. ¡Oh mis ojos, acordaos cómo fuistes causa y puerta por donde fue mi corazón llagado, y que aquel es visto hazer el daño que da la causa! Acordaos que sois debdores de la salud; remirad la melezina que os viene hasta casa.

SEMPRONIO.— Señor, por holgar con el cordón no querrás gozar de Melibea.

CALISTO.— ¿Qué, loco, desvariado, atajasolazes? ¿Cómo es esso?

SEMPRONIO.— Que mucho hablando matas a ti y a los que te oyen. E assí que perderás la vida o el seso. Cualquier que falte basta para quedarte a oscuras. Abrevia tus razones, darás lugar a las de Celestina.

CALISTO.— ¿Enójote, madre, con mi luenga razón, o está borracho este moço?

CELESTINA.— Aunque no lo esté, debes, señor, cessar tu razón, dar fin a tus luengas querellas, tratar al cordón como cordón, porque sepas fazer diferencia de fabla cuando con Melibea te veas. No haga tu lengua iguales la persona y el vestido.

CALISTO.— ¡Oh mi señora, mi madre, mi consoladora, déxame gozar con este mensajero de mi gloria! ¡Oh lengua mía!, ¿por qué te impides en otras razones, dexando de adorar presente la excellencia de quien por ventura jamás verás en tu poder! ¡Oh mis manos, con qué atrevimiento, con cuán poco acatamiento tenéis y tratáis¹⁷⁴ la triaca de mi llaga! Ya no podrán empecer las yervas que aquel crudo caxquillo traía embueltas en su aguda punta. Seguro soy, pues quien dio la ferida, la cura. ¡Oh tú, señora, alegría de las viejas mujeres, gozo de las moças, descanso de los fatigados como yo, no me hagas más penado con tu temor que me haze mi vergüença! Suelta la rienda a mi contemplación, déxame salir por las calles con esta joya, porque los que me vieren sepan que no hay más bienandante hombre que yo.

SEMPRONIO.— No afistles tu llaga cargándola de más desseo. No es, señor, el solo cordón del que pende tu remedio.

CALISTO.— Bien lo conozco, pero no tengo sofrimiento para me abstener de adorar tan alta empresa.

CELESTINA.— ¿Empresa? Aquélla es empresa que de grado es dada; pero ya sabes que lo hizo por amor de Dios para guarescer tus muelas, no por el tuyo para cerrar tus llagas. Pero si yo bivo, ella bolverá la hoja.

CALISTO.— ¿Y la oración?

CELESTINA.— No se me dio por agora.

CALISTO.— ¿Qué fue la causa?

CELESTINA.— La brevedad del tiempo. Pero quedó que si tu pena no afloxasse, que tornasse mañana por ella.

CALISTO.— ¿Afloxar? Entonce afloxará mi pena cuando su crueldad.

CELESTINA.— Asaz, señor. Basta lo dicho y hecho. Obligada queda, según lo que mostró, a todo lo que para esta enfermedad yo quisiere pedir según su poder. Mira, señor, si esto basta para la primera vista. Yo me voy. Cumple, señor, que si salieres mañana llesves reboçado un paño, porque, si della fueres visto, no acuse de falsa mi petición.

174.— En el texto: *traeis*. En la mayoría de ediciones: *sacays*.

CALISTO.— Y aun cuatro por tu servicio. Pero dime, por Dios, ¿passó mas?, que muero por oír palabras de aquella dulce boca. ¿Cómo fueste tan osada que, sin la conocer, te mostraste tan familiar en tu entrada y demanda?

CELESTINA.— ¿Sin la conocer? Cuatro años fueron mis vezinas. Tractava con ellas, hablava y reía de día y de noche. Mejor me conoce su madre que a sus mismas manos, aunque Melibea se ha hecho grande mujer, discreta, gentil.

PÁRMENO.— (Ap.) ¡Ea! Mira, Sempronio, qué te digo al oído.

SEMPRONIO.— (Ap.) Dime, ¿qué dizes?

PÁRMENO.— (Ap.) Aquel atento escuchar de Celestina da materia de alargar en su razón a nuestro amo. Llégate a ella, dale del pie, fagámosle de señas que no espere más, sino que se vaya; que no hay tan loco hombre nacido que solo mucho hable.

CALISTO.— ¿Gentil dizes, señora, que es Melibea? Paresce que lo dizes burlando. ¿Hay nascida su par en el mundo? ¿Crió Dios otro mejor cuerpo? ¿Puedense pintar tales faciones, dechado de hermosura? Si hoy fuera biva Helena, por quien tanta muerte hovo de griegos y troyanos, o la hermosa Policena, todas obedecerían a esta señora por quien yo peno. Si ella se hallara presente en aquel debate de la mançana con las tres diosas, nunca sobrenombre de discordia le pusieran, porque sin contrariar ninguna todas concedieran y vinieran conformes en que la llevara Melibea. Assí que se llamará mançana de concordia. Pues cuantas hoy son nacidas que della tengan noticia, se maldizen, querellan a Dios porque no se acordó dellas cuando a esta mi señora hizo;¹⁷⁵ consumen sus vidas, comen sus carnes con embidia, danles siempre crudos martirios, pensando con artificio igualar con la perfición que sin trabajo dotó a ella natura; dellas pelan sus cejas con tenazicas y pegones y a cordelejos; dellas buscan las doradas yervas, raíces, ramas y flores para hazer lexías con que sus cabellos semejassen a los della, las caras martillando, envisitiéndolas en diversos matizes, con unguentos y unturas, aguas fuertes, posturas blancas y coloradas, que por evitar prolixidad no las cuento. Pues la que todo esto halló hecho, mira si merece de un triste hombre como yo ser servida...

CELESTINA.— (Ap.) Bien te entiendo, Sempronio. Déxale, que él caerá de su asno; ya acaba¹⁷⁶.

CALISTO.— ...en la que toda la natura se remiró por la hazer perfecta, que las gracias que en todas repartió las juntó en ella. Allí hizieron alarde

175.— Miguel Ángel Pérez Priego ve imágenes y conceptos en estos encarecimientos similares a los incluidos en el poema de Mena: «¡Guay de aquel ombre que mira!» y en las quejas de las mujeres por no haber sido hechas como Melibea: «Presumir de vos loar» [Pérez Priego, 1979: 82 y 96 y 2001: 152].

176.— En el texto: *y acabara*. Sigo la *Comedia*.

cuanto más acabadas pudieron allegarse, porque conociessen los que la viessen cuánta era la grandeza de su pintor. Sólo una poca de agua clara con un ebúrneo peine basta para exceder a las nacidas en gentileza. Estas son sus armas, con estas mata y vence, con estas me cativó, con estas me tiene ligado y puesto en dura cadena.

CELESTINA.— Calla y no te fatigues, que más aguda es la lima que yo tengo que fuerte esa cadena que te atormenta. Yo la cortaré con ella porque tú quedes suelto. Por ende, dame licencia, que es muy tarde, y déxame llevar el cordón porque, como sabes, tengo dél necesidad.

CALISTO.— ¡Oh desconsolado de mí! La fortuna adversa me sigue junta, que contigo o con el cordón, o con entrambos, quisiera yo estar acompañado esta noche luenga y oscura. Pero, pues no ay bien cumplido en esta penosa vida, venga entera la soledad. ¡Moços! ¡Moços!

PÁRMENO.— Señor.

CALISTO.— Acompañá a esta señora hasta su casa; y vaya con ella tanto plazer y alegría cuanta conmigo queda tristeza y soledad.

CELESTINA.— Quede, señor, Dios contigo. Mañana será mi buelta, donde mi manto y la respuesta vernán a un punto, pues hoy no hovo tiempo. Y súfrete, señor, y piensa en otras cosas.

CALISTO.— Eso no, que es heregía olvidar aquella por quien la vida me aplaze.





Tragicomedia de Calisto y Melibea, ilustración del acto VII.
Estella: Adrián de Anvers, 1557.

Pármeno. Celestina. Areúsa. Elicia.



Argumento del sétimo auto

Celestina habla con Pármeno, induziéndole a concordia y amistad de Sempronio. Tráele Pármeno a memoria la promessa que le hiziera de le hazer aver a Areúsa, que él mucho amava. Vanse a casa de Areúsa; queda ahí la noche Pármeno. Celestina va para su casa; llama a la puerta. Elicia le viene a abrir, increpándole su tardança.

Pármeno. Celestina. Areúsa. Elicia.

CELESTINA.— Pármeno, hijo, después de las passadas razones, no he havido oportuno tiempo para te dezir y mostrar el mucho amor que te tengo, y assimismo cómo de mi boca todo el mundo ha oído hasta agora en ausencia bien de ti. La razón no es menester repetirla, porque yo te tenía por hijo a lo menos cuasi adotivo, y assí que tú imitaras al natural, y tú dasme el pago en mi presencia, paresciéndote mal cuanto digo, susurrando y murmurando contra mí en presencia de Calisto. Bien pensava yo que después que concediste en mi buen consejo, que no havías de tornarte atrás. Todavía me parece que te quedan reliquias vanas, hablando por antojo más que por razón. Desechas el provecho por contentar la lengua. Óyeme, si no me has oído, y mira que soy vieja y el buen consejo mora en los viejos, e de los mancebos es proprio el

deleite.¹⁷⁷ Bien creo que de tu yerro sola la edad tiene culpa. Espero en Dios que serás mejor para mí de aquí adelante y mudarás el ruin propósito con la tierna edad que, como dicen, «Múdanse costumbres con la mudança del cabello y variación».¹⁷⁸ Digo, hijo, creciendo y viendo cosas nuevas cada día, porque la mocedad en solo lo presente se impide y ocupa a mirar,¹⁷⁹ más la madura edad no dexa presente ni passado ni porvenir. Si tú tovieras memoria, hijo Pármeno, del passado amor que te tuve, la primera posada que tomaste, venido nuevamente en esta ciudad, havía de ser la mía; pero los moços curáis poco de los viejos, regisvos a sabor de paladar, nunca pensáis que tenéis ni havéis de tener necessidad dellos, nunca pensáis en enfermedades, nunca pensáis que os puede esta florezilla de juventud faltar. Pues mira, amigo, que para tales necessidades como estas, buen acorro es una vieja conocida, amiga, madre y más que madre; buen mesón para descansar sano, buen hospital para sanar enfermo, buena bolsa para necessidad, buena arca para guardar dinero en prosperidad, buen fuego de invierno rodeado de assadores, buena sombra de verano, buena taverna para comer y beber. ¿Qué dirás, loquillo, a todo esto? Bien sé que estás confuso por lo que hoy has fablado. Pues no quiero más de ti, que Dios no pide más del pecador de arrepentirse y enmendarse.¹⁸⁰ Mira a Sempronio, yo le hize hombre de Dios en ayuso. Querría que fuéssedes como hermanos, porque estando bien con él, con tu amo y con todo el mundo lo estarías. Mira que es bienquisto, diligente, palanciano, buen servidor, gracioso; quiere tu amistad; crecería vuestro provecho dándoos el uno al otro la mano. E pues sabe que es menester que ames si quieres ser amado,¹⁸¹ que ‘no se toman truchas’, etc.¹⁸² Ni te lo deve Sempronio de fuero. Simpleza es no querer amar y esperar ser amado;¹⁸³ locura es pagar el amistad con odio.

PÁRMENO.— Madre, mi segundo yerro te confieso, y con perdón de lo passado quiero que ordenes lo por venir. Pero con Sempronio me pa-

177.— Petrarca, *Bucólicum Carmen*, VIII, 9: «Consilium solet esse senum: iuvenumque voluptas» [Deyermond, 1961: 74].

178.— Petrarca, *De rebus familiaris, Epistola* 117: «Variante capillo turpe est variantia non firmare consilia» [Deyermond, 1961: 74].

179.— Mención extraída del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Adolescentia non nisi quae sub oculis sunt metitur» [Deyermond, 1961: 40].

180.— Posible alusión a Ezequiel, 33, 11 [Amaranta Saguar, 2013: 211].

181.— Máxima latina, atribuida a Hecatón: «Si vis amari, ama», que pasó a refrán o sentencia en castellano [Castro Guisasaola: 37].

182.— Omitida la segunda parte del refrán: «No se toman truchas a bragas enjutas» [Correas].

183.— Sentencia perteneciente al «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca, donde también se incluye la anterior: «Si vis amari ama. Sunt qui non amant et amari putant: quo nihil est stultius» [Deyermond, 1961: 39].

rece que es imposible sostenerse mi amistad; él es desvariado, yo mal sufrido. Concertadme esos amigos.

CELESTINA.— Pues no era essa tu condición.

PÁRMENO.— A la mi fe, mientras más fui creciendo, más la primera paciencia me olvidava. No soy el que solía. Y assimismo Sempronio no hay ni tiene en qué me aproveche.

CELESTINA.— El cierto amigo en la cosa incierta se conosco, en las adversidades se prueba; entonces se allega y con más desseo visita la casa que la fortuna próspera desamparó. ¿Qué te diré, hijo, de las virtudes del buen amigo? No hay cosa más amada ni más rara; ninguna carga rehúsa.¹⁸⁴ Vosotros sois iguales; la paridad de las costumbres y la semejança de los coraçones es la que más la sostiene.¹⁸⁵ Cata, hijo mío, que si algo tienes, guardado se te está. Sabe tú ganar más, que aquello ganado lo hallaste. Buen siglo haya aquel padre que lo trabajó. No se te puede dar hasta que bivas más reposado y vengas en edad complida.

PÁRMENO.— ¿A qué llamas reposado, tía?

CELESTINA.— Hijo, a bivir por ti, a no andar por casas ajenas, lo cual siempre andarás mientras no te supieres aprovechar de tu servicio. Que de lástima que ove de verte roto, pedí hoy manto, como viste, a Calisto; no por mi manto, pero porque estando el sastre en casa y tú delante sin sayo, te le diesse. Assí que no por mi provecho, como yo sentí que dixiste, mas por el tuyo, que si esperas al ordinario galardón destes galanes, es tal que lo que en diez años sacarás, atarás en la manga. Goza tu mocedad, el buen día, la buena noche, el buen comer y beber; cuando pudieres haverlo, no lo dexes; piérdase lo que se perdiere. No llores tú la hazienda que tu amo heredó, que esto te llevarás deste mundo, pues no le tenemos más de por nuestra vida. ¡Oh hijo mío Pármeno!, —que bien te puedo dezir fijo pues tanto tiempo te crié—, toma mi consejo, pues sale con limpio desseo de verte en alguna honra. ¡Oh cuán dichosa me hallaría en que tú y Sempronio estuviéssedes muy conformes, muy amigos, hermanos en todo, viéndoos venir a mi pobre casa a holgar, a verme y aun a desenojaros con sendas mochachas!

PÁRMENO.— ¿Mochachas, madre mía?

CELESTINA.— ¡Alahé!, mochachas digo, que viejas harto me soy yo; cual se la tiene Sempronio, y aun sin haver tanta razón ni tenerle tanta afición como a ti, que de las entrañas me sale cuanto te digo.

184.— Tres sentencias consecutivas del «Índice» final de la *Opera latina* de Petarca: «Amicus certus in re incerta cernitur / Amici veri maxime in adversis haerent: et illas domos avidius frequentant quas fortuna deservit. / Amico nihil charius: nihil rarius. / Amicitia nullum pondus recusat» [Deyermond, 1961: 39 y 143]. Guisasaola: 37, atribuye la primera a Isócrates. Máxima utilizada por Ennio: «Amicus certus in re incerta cernitur», y posteriormente por Cicerón, Petarca, etc., pasando a refrán castellano.

185.— Aforismo procedente del «Índice» de la *Opera latina* de Petarca: «Amicitiae causa est morum paritas et similitudo animorum», perteneciente a *De Rebus memorandis*, II. ii i. 46 [Deyermond, 1961: 143].

PÁRMENO.— Señora, no bives engañada.

CELESTINA.— Y aunque lo biva, no me pena mucho, que también lo hago por amor de Dios y por verte solo en tierra agena, y más por aquellos huessos de quien te me encomendó, que tú serás hombre y vernás en conocimiento verdadero y dirás: «La vieja Celestina bien me consejaba».

PÁRMENO.— Y aun agora lo siento, aunque soy moço, que aunque hoy vías que aquello dezía, no era porque me pareciesse mal lo que tú fazías, pero porque vía que le consejaba yo lo cierto y me dava malas gracias. Pero de aquí adelante demos trás él. Haz de las tuyas, que yo callaré; que ya tropecé en no te creer cerca deste negocio con él.

CELESTINA.— Cerca deste y de otros tropezarás y caerás mientras no tomares mis consejos, que son de amiga verdadera.

PÁRMENO.— Agora doy por bien empleado el tiempo que siendo niño te serví, pues tanto fruto trae para la mayor edad. Y rogaré a Dios por el alma de mi padre, que tal tutriz me dexó, y de mi madre, que a tal mujer me encomendó.

CELESTINA.— No me la nombres, hijo, por Dios, que se me hinchen los ojos de agua. ¿Y tuve yo en este mundo otra tal amiga, otra tal compañera, tal aliviadora de mis trabajos y fatigas? ¿Quién suplía mis faltas? ¿Quién sabía mis secretos? ¿A quién descubría mi corazón? ¿Quién era todo mi bien y descanso, sino tu madre, más que mi hermana y comadre? ¡Oh qué graciosa era! ¡Oh qué desembuelta, limpia, varonil! Tan sin pena ni temor se andava a media noche de cimiterio en cimiterio, buscando aparejos para nuestro oficio, como de día. Ni dexava cristianos ni moros ni judíos, cuyos enterramientos no visitava; de día los acechava, de noche los desenterrava. Assí se holgava con la noche escura como tú con el día claro. Dezía que aquélla era capa de pecadores. Pues, ¿maña no tenía con todas las otras gracias? Una cosa te diré, porque veas qué madre perdiste, aunque era para callar, pero contigo todo passa. Siete dientes quitó a un ahorcado con unas tenazicas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los çapatos. Pues entrar en un cerco, mejor que yo y con más esfuerço, aunque yo tenía harta buena fama más que agora; que por mis pecados, todo se olvidó con su muerte. ¿Qué más quieres, sino que los mismos diablos la havían miedo? Atemorizados y espantados los tenía con las crudas bozes que les dava. Assí era dellos conocida como tú en tu casa; tumbando venían unos sobre otros a su llamado; no le osavan dezir mentira, según la fuerça con que los apremiava. Después que la perdí, jamás les oí verdad.

PÁRMENO.— (*Ap.*) No la medre Dios más a esta vieja, que ella me da plazer con estos loores de sus palabras.

CELESTINA.— ¿Qué dizes, mi honrado Pármeno, mi hijo y más que hijo?

PÁRMENO.— Digo que, ¿cómo tenía essa ventaja mi madre, pues las palabras que ella y tú deziades eran todas unas?

CELESTINA.— ¿Cómo? ¿Y desso te maravillas? ¿No sabes que dize el refrán que ‘mucho va de Pedro a Pedro’? Aquella gracia de mi comadre no la alcançávamos todas. ¿No has visto en los oficios unos buenos y otros mejores? Assí era tu madre, que Dios haya, la prima de nuestro oficio, y por tal era de todo el mundo conocida y querida, assí de cavalleros como de clérigos, casados, viejos, moços y niños. Pues moças y donzellas, assí rogavan a Dios por su vida como de sus mismos padres. Con todos tenía que hazer, con todos hablava. Si salíamos por la calle, cuantos topávamos eran sus ahijados, que fue su principal oficio partera diez y seis años. Assí que, aunque tú no sabías sus secretos por la tierna edad que avías, agora es razón que los sepas, pues ella es finada y tú hombre.

PÁRMENO.— Dime, señora, cuando la justicia te mandó prender estando yo en tu casa, ¿teníades mucho conocimiento?

CELESTINA.— ¿Si teníamos, me dizes como por burla? Juntas lo hezimos, juntas nos sintieron, juntas nos prendieron y acusaron, juntas nos dieron la pena essa vez, que creo que fue la primera. Pero muy pequeño eras tú; yo me espanto cómo te acuerdas, que es la cosa que más olvidada está en la ciudad. Cosas son que passan por el mundo. Cada día verás quien peque y pague, si sales a esse mercado.

PÁRMENO.— Verdad es, pero del pecado lo peor es la perseverancia,¹⁸⁶ que assí como el primer movimiento no es en mano del hombre, assí el primero yerro, do dizen: ‘Que quien yerra y se emienda’, etc.¹⁸⁷

CELESTINA.— (Ap.) Lastimástemme, don loquillo. ¿A las verdades nos andamos? Pues espera, que yo te tocaré donde te duela.

PÁRMENO.— ¿Qué dizes, madre?

CELESTINA.— Hijo, digo que sin aquella prendieron cuatro vezes a tu madre, que Dios haya, sola; y aun la una le levantaron que era bruja, porque la hallaron de noche con unas candelillas cogiendo tierra de una encruzijada, y la tovieron medio día en una escalera en la plaça puesta, uno como rocadero pintado en la cabeça. Pero no fue nada; algo han de sufrir los hombres en este triste mundo para sustentar sus vidas y honras. E mira en cuán poco lo tuvo con su buen seso, que ni por esso dexó dende en adelante de usar mejor su oficio. Esto ha venido por lo que deziás del perseverar en lo que una vez se yerra. En todo tenía gracia, que en Dios y en mi consciencia, aún en aquella escalera estava y parescía que a todos los de baxo no tenía en una blanca, según su meneo y presencia. Assí que los que algo son como ella y saben y valen, son

186.— Sentencia latina atribuida a Varrón en su *De Lingua Latina*, lib. 4, cap. I [Castro Guisasaola: 59].

187.— «Quien yerra y se enmienda, a Dios se encomienda» [Correas].

los que más presto yerran. Verás quién fue Virgilio y qué tanto supo, mas ya havrás oído cómo estovo en un cesto colgado de una torre mirándolo toda Roma. Pero por esso no dexó de ser honrado ni perdió el nombre de Virgilio.

PÁRMENO.— Verdad es lo que dizes, pero esso no fue por justicia.

CELESTINA.— ¡Calla, bovo!, poco sabes de achaque de iglesia, y cuándo es mejor por mano de justicia que de otra manera. Sabíalo mejor el cura, que Dios haya, que viniéndola a consolar dixo que la Santa Escripura tenía que: «Bienaventurados eran los que padescían persecución por la justicia y que aquéllos poseerían el reino de los cielos». ¹⁸⁸ Mira si es mucho passar algo en este mundo por gozar de la gloria del otro. Y más, que según todos dezían, a tuerto y sin razón y con falsos testigos y rezios tormentos la hizieron aquella vez confessar lo que no era. Pero con su buen esfuerço, y como el corazón abezado a sufrir haze las cosas más leves de lo que son, todo lo tuvo en nada; que mil vezes le oía dezir: «‘Si me quebré el pie, fue por mi bien’, ¹⁸⁹ porque soy más conocida que antes». Assí que todo esto passó tu buena madre acá; devemos creer que le dará Dios buen pago allí, si es verdad lo que nuestro cura nos dixo. Y con esto me consuelo. Pues seime tú como ella, amigo verdadero, y trabaja por ser bueno, pues tienes a quien parezcas; que lo que tu padre te dexó, a buen seguro lo tienes.

PÁRMENO.— Agora dexemos los muertos y las herencias, hablemos en los presentes negocios, que nos va más que en traer los passados a la memoria. Bien se te acordará no ha mucho que me prometiste que me harías haver a Areúsa, cuando en mi casa te dixes cómo moría por sus amores.

CELESTINA.— Sí, te lo prometí; no lo he olvidado. Ni creas que he perdido con los años la memoria, que más de tres xaques ha recebido de mí sobre ello en tu ausencia. Ya creo que estará bien madura. Vamos de camino por casa, que no se podrá escapar de mate, que esto es lo menos que yo por ti tengo de hazer.

PÁRMENO.— Yo ya desconfiava de la poder alcançar, porque jamás podía acabar con ella que me esperasse a poderle dezir una palabra. E como dizen, ‘mala señal es de amor huir y bolver la cara’, ¹⁹⁰ sentía en mí gran desfuzia desto.

CELESTINA.— No tengo en mucho tu desconfianza, no me conociendo ni sabiendo, como agora, que tienes tan de tu mano la maestra destas lavores. Pues agora verás cuánto por mi causa vales, cuánto con las tales puedo, cuánto sé en casos de amor. Anda passo, ves aquí su puerta.

188.— Mateo, V, 10.

189.— Se hace referencia al refrán: «Si caí, y me quebré el pie, mejor me fue» [Correas].

190.— El refrán: «Mala señal de amor, huir y volver los ojos» [Correas].

Entremos quedo, no nos sientan sus vezinas. Atiende y espera debaxo desta escalera. Subiré yo a ver qué se podrá hazer sobre lo hablado, y por ventura haremos más que tú ni yo traemos pensado.

- AREÚSA.— ¿Quién anda ahí? ¿Quién sube a tal hora en mi cámara?
- CELESTINA.— Quien no te quiere mal, por cierto; quien nunca da passo que no piense en tu provecho; quien tiene más memoria de ti que de sí misma. Una enamorada tuya, aunque vieja.
- AREÚSA.— (*Ap.*) ¡Válala el diablo a esta vieja con qué viene, como estantigua a tal hora!
- (*Alto*) Tía, señora, ¿qué buena venida es esta tan tarde? Ya me desnudava para acostar.
- CELESTINA.— ¿Con las gallinas, hija? ¡Assí se hará la hazienda! ¡Andar, pases! Otro es el que ha de llorar las necessidades, que no tú. ‘Yerva pasce quien lo cumple’.¹⁹¹ Tal vida quien quiera se la querría.
- AREÚSA.— ¡Jesús! Quiérome tornar a vestir, que he frío.
- CELESTINA.— No harás, por mi vida, sino éntrate en la cama, que desde allí hablaremos.
- AREÚSA.— Assí goze de mí, pues que lo he bien menester, que me siento mala hoy todo el día. Assí que necessidad más que vicio me hizo tomar con tiempo las sávanas por faldetas.
- CELESTINA.— Pues no estés assentada; acuéstate y métete debaxo de la ropa, que pareces serena. ¡Ay, cómo huele toda la ropa en bulléndote! Aosadas, que está todo a punto. Siempre me pagué de tus cosas y hechos, y de tu limpieza y atavío. ¡Fresca que estás, bendígate Dios! ¡Qué sávanas y colcha, qué almohadas y qué blancura! Tal sea mi vejez cual todo me parece. Perla de oro, verás si te quiere bien quien te visita a tales horas. Déxame mirarte toda a mi voluntad, que me huelgo.
- AREÚSA.— Passo, madre, no llegues a mí, que me hazes coxquillas y provócasme a reír, y la risa acreciéntame el dolor.
- CELESTINA.— ¿Qué dolor, mis amores? ¿Búrlaste, por mi vida, conmigo?
- AREÚSA.— Mal gozo vea de mí si burlo, sino que ha cuatro horas que muero de la madre, que la tengo sobida en los pechos, que me quiere sacar deste mundo, que no soy tan viciosa¹⁹² como piensas.
- CELESTINA.— Pues dame lugar. Tentaré, que aún algo sé yo deste mal, por mi pecado, que cada una se tiene su madre y çoçobras della.
- AREÚSA.— Más arriba la siento, sobre el estómago.
- CELESTINA.— ¡Bendígate Dios y señor sant Miguel Ángel, y qué gorda y fresca que estás! ¡Qué pechos y qué gentileza! Por hermosa te tenía

191.— Variación del refrán: «Hierba pace quien lo ha de pagar; y era un ansar» [Correas].

192.— En el texto: *vieja*.

hasta agora, viendo lo que todos podían ver, pero agora te digo que no hay en la ciudad tres cuerpos tales como el tuyo, en cuanto yo conozco. No parece que hayas quinze años. ¡Oh quién fuera hombre y tanta parte alcançara de ti para gozar tal vista! Por Dios, pecado ganas en no dar parte destas gracias a todos los que bien te quieren; que no te las dio Dios para que pasassen en balde por el frescor de tu juventud debaxo de seis doblezes de paño y lienço. Cata que no seas avarienta de lo que poco te costó. No atesores tu gentileza, pues es de su natura tan comunicable como el dinero. No seas ‘el perro del hortolano’.¹⁹³ Y pues tú no puedes de ti propria gozar, goze quien puede, que no creas que en balde fuiste criada, que ‘cuando nasce ella, nasce él’, y cuando él, ella. Ninguna cosa hay criada al mundo superflua ni que con acordada razón no proveyesse della natura.¹⁹⁴ Mira que es pecado fatigar y dar pena a los hombres, pudiéndolos remediar.

AREÚSA.— ¿Alábame¹⁹⁵, agora, madre? Y no me quiere ninguno. Dame algún remedio para mi mal y no estés burlando de mí.

CELESTINA.— Deste tan común dolor todas somos, mal pecado, maestras. Lo que he visto a muchas hazer, y lo que a mí siempre aprovecha, te diré. Porque como las calidades de las personas son diversas, assí las melezinas hazen diversas sus operaciones y diferentes. Todo olor fuerte es bueno, assí como poleo, ruda, axiensos, humo de plumas de perdiz, de romero, de moxquete, de encienso. Recebido con mucha diligencia aprovecha y afloxa el dolor y buelve poco a poco la madre a su lugar. Pero otra cosa hallava yo siempre mejor que todas, y esta no te quiero dezir, pues tan santa te me hazes.

AREÚSA.— ¿Qué, por mi vida, madre? ¡Vesme penada y encúbresme la salud!

CELESTINA.— Anda, que bien me entiendes; no te hagas bova.

AREÚSA.— ¡Ya, ya, mala landre me mate si te entendía! Pero, ¿qué quieres que haga? Sabes que se partió ayer aquel mi amigo con su capitán a la guerra. ¿Havía de fazerle ruindad?

CELESTINA.— Verás, ¡y qué daño y qué gran ruindad!

AREÚSA.— Por cierto, sí sería, que me da todo lo que he menester. Tiéname honrada, favorésceme y trátame como si fuesse su señora.

CELESTINA.— Pero aunque todo esso sea, mientras no parieres, nunca te faltará este mal de agora, de lo cual él deve ser causa. E si no crees en dolor, cree en color, y verás lo que viene de su sola compañía.

193.— Refrán: «Como el perro del hortelano, que ni come las berzas, ni las deja comer a nadie» [Cortés].

194.— Castro Guisasaola: 33, remite a una sentencia que popularizó Aristóteles en multitud de textos: *De caelo*, I, 4; *De generat. anim.*, II, 4, *Politic.*, I, 3, etc.

195.— En el texto: *Alahe*.

AREÚSA.— No es sino mi mala dicha; maldición mala que mis padres me echaron, que no está ya por provar todo esso. Pero dexemos esso, que es tarde, y dime a qué fue tu buena venida.

CELESTINA.— Ya sabes lo que de Pármeno te hove dicho. Quexáseme que aun verle no le quieres. No sé por qué, sino porque sabes que le quiero yo bien y le tengo por hijo. Pues, por cierto, de otra manera miro yo tus cosas, que hasta tus vezinas me parecen bien y se me alegra el corazón cada vez que las veo, porque sé que hablan contigo.

AREÚSA.— No bives, tía señora, engañada.

CELESTINA.— No lo sé. A las obras creo, que las palabras de balde las venden dondequiera. Pero el amor nunca se paga sino con puro amor,¹⁹⁶ y las obras con obras. Ya sabes el deudo que ay entre ti y Elicia, la cual tiene Sempronio en mi casa. Pármeno y él son compañeros; sirven a este señor que tú conoces y por quien tanto favor podrás tener. No niegues lo que tan poco hazer te cuesta. Vosotras, parientas; ellos, compañeros. Mira cómo viene mejor medido que lo queremos. Aquí viene conmigo; verás si quieres que suba.

AREÚSA.— ¡Amarga de mí? ¿Y si nos ha oído?

CELESTINA.— No, que abaxo queda. Quiérole hazer subir. Reciba tanta gracia que lo conozcas y hables y muestres buena cara. Y si tal te paresciere, goze él de ti y tú dél, que aunque él gane mucho, tú no pierdes nada.

AREÚSA.— Bien tengo, señora, conoscimiento cómo todas tus razones, estas y las passadas, se endereçan en mi provecho. Pero ¿cómo quieres que haga tal cosa? Que tengo a quien dar cuenta, como has oído y, si soy sentida, matarme ha. Tengo vezinas embidiosas, luego lo dirán. Assí que, aunque no haya más mal de perderle, será más que ganaré en agradar al que me mandas.

CELESTINA.— Esso que temes yo lo proveí primero, que muy passo entramos.

AREÚSA.— No lo digo por esta noche, sino por otras muchas.

CELESTINA.— ¿Cómo, y dessas eres? ¿Dessa manera te tratas? Nunca tú harás casa con sobrado. ¿Absenté le has miedo? ¿Qué harías si estoviese en la ciudad? En dicha me cabe que jamás cesso de dar consejos a bovos y todavía hay quien yerre. Pero no me maravillo, que es grande el mundo y pocos los experimentados. ¡Ay, ay, hija, si viesses el saber de tu prima, y qué tanto le ha aprovechado mi criança y consejos, y qué gran maestra está! Y aun que no se halla ella mal con mis castigos, que uno en la cama y otro en la puerta y otro que sospira por ella en su casa se precia

196.— Máxima procedente del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Amor amore compensandus est» [Deyermund, 1961: 96].

de tener. Y con todos cumple y a todos muestra buena cara; y todos piensan que son muy queridos; y cada uno piensa que no hay otro y que él solo es privado, y él solo es el que le da lo que ha menester. ¿Y tú temes que con dos que tengas las tablas de la cama lo han de descubrir? ¿De una sola gotera te mantienes? No te sobrarán muchos manjares. No quiero arrendar tus excamochos. Nunca uno me agradó, nunca en uno puse toda mi afición; más pueden dos y más cuatro, y más dan y más tienen y más hay en qué escoger. No hay cosa mas perdida, hija, que ‘el mur que no sabe sino un horado’;¹⁹⁷ si aquél le tapan, no avrá donde se esconda del gato. Quien no tiene sino un ojo, mira a cuánto peligro anda. ‘Una ánima sola ni canta ni llora’. ‘Un solo acto no haze hábito’. Un fraile solo pocas vezes lo encontrarás por la calle. ‘Una perdiz sola por maravilla buela’. ‘Un manjar solo continuo, presto pone hastío’. ‘Una golondrina no haze verano’. Un testigo solo no es entera fe. Quien sola una ropa tiene, presto la envejece. ¿Qué quieres, hija, deste número de uno? Más inconvenientes te diré dél que años tengo acuestas. Ten siquiera dos, que es compañía loable, como tienes dos orejas, dos pies y dos manos, dos sávanas en la cama, como dos camisas para remudar. E si mas quisieres, mejor te irá, que ‘mientra más moros, más ganancia’. Que ‘honra sin provecho, no es sino como anillo en el dedo’. E pues entrambos no caben en un saco,¹⁹⁸ acoge la ganancia.

— Sube, hijo Pármeno.

AREÚSA.— ¡No suba, landre me mate, que me fino de empacho! Que no le conozco; siempre hove vergüença dél.

CELESTINA.— Aquí estoy yo que te la quitaré y cobriré y hablaré por entrambos, que otro tan empachado es él.

PÁRMENO.— Señora, Dios salve tu graciosa presencia.

AREÚSA.— Gentilhombre, buena sea tu venida.

CELESTINA.— ¡Allégate acá, asno! ¿A dónde te vas allá assentar al rincón? No seas empachado, que ‘al hombre vergonçoso el diablo lo traxo a palacio’. Oídmе entrambos lo que digo. Ya sabes tú, Pármeno amigo, lo que te prometí; y tú, hija mía, lo que te tengo rogado. Dexada aparte la dificultad con que me lo has concedido, pocas razones son necesarias, porque el tiempo no lo padisce. Él ha siempre bivido penado por ti; pues viendo su pena, sé que no le querrás matar. Y aun conozco que él te parece tal que no será malo para quedarse acá esta noche en casa.

AREÚSA.— ¡Por mi vida, madre, que tal no se haga! ¡Jesú, no me lo mandes!

197.— Referencia al refrán: «El mur que no sabe más de un horado, presto le toma el gato» [Correas].

198.— Se hace referencia al refrán: «Honra y provecho no caben en un saco» [Correas].

PÁRMENO.— (*Bajo a Celestina*) ¡Madre mía, por amor de Dios, que no salga yo de aquí sin buen concierto, que me ha muerto de amores su vista! Ofrécele cuanto mi padre te dexó para mí. Dile que le daré cuanto tengo. ¡Ea, díselo, que me parece que no me quiere mirar!

AREÚSA.— ¿Qué te dize esse señor a la oreja? ¿Piensa que tengo de hazer nada de lo que pides?

CELESTINA.— No dize, hija, sino que se huelga mucho con tu amistad, porque eres persona tan honrada en quien cualquier beneficio cabrá bien. ¡Llégate acá, negligente, vergonçoso, que quiero ver para cuánto eres ante que me vaya! ¡Retóçala en esta cama!

AREÚSA.— No será tan descortés que entre en lo vedado sin licencia.

CELESTINA.— ¿En cortesías y licencias estás? No espero más aquí. Yo fiadora que tú amanezcas sin dolor y él sin color. Mas como es un putillo, gallillo, barviponiente, entiendo qu'en tres noches no se le demude la cresta. Destos me mandavan a mí comer en mi tiempo los médicos de mi tierra cuando tenía mejores dientes.

AREÚSA.— ¡Ay, señor mío, no me trates de tal manera! Ten mesura, por cortesía; mira las canas de aquella vieja honrada que están presentes. Quitate allá, que no soy de aquellas que piensas; no soy de las que públicamente están a vender sus cuerpos por dinero. Assí goze de mí, de casa me salga si fasta que Celestina, mi tía, sea ida a mi ropa tocas.


CELESTINA.— ¿Qué es esto, Areúsa? ¿Qué son estas estrañezas y esquividad, estas novedades y retraimiento? Parece, hija, que no sé yo qué cosa es esto, que nunca vi estar un hombre con una mujer juntos, y que jamás passé por ello ni gozé de lo que gozas, y que no sé lo que pasan y lo que dizen y hazen. ¡Guay de quien tal oye como yo! Pues avísote de tanto que fui errada como tú y tuve amigos, pero nunca el viejo ni la vieja echava de mi lado, ni su consejo en público ni en mis secretos. Para la muerte, que a Dios devo, más quisiera una gran bofetada en mitad de mi cara. Parece que ayer nascí según tu encubrimiento; por hazer a ti honesta, me hazes a mí necia y vergonçosa, y de poco secreto y sin experiencia, y me amenguas en mi oficio por alçar a ti en el tuyo. Pues 'de cossario a cossario no se pierden sino los barriles'. Más te alabo yo detrás que tú te estimas delante.

AREÚSA.— Madre, si erré, haya perdón. Y llégate más acá y él haga lo que quisiere, que más quiero tener a ti contenta que no a mí. Antes me quebraré un ojo que enojarte.

CELESTINA.— No tengo ya enojo, pero dígotelo para adelante. Quedaos a Dios, que voyme solo porque me hazéis dentera con vuestro besar y retoçar, que aún el sabor en las enzías me quedó, no lo perdí con las muelas.

AREÚSA.— Dios vaya contigo.

PÁRMENO.— Madre, ¿mandas que te acompañe?

CELESTINA.— Sería 'quitar a un santo por poner en otro'. Acompáñeos 
Dios, que yo vieja soy; no he temor que me fuerçen en la calle.

ELICIA.— El perro ladra. ¿Si viene este diablo de vieja?

CELESTINA.— Tha, tha, tha.

ELICIA.— ¿Quién es? ¿Quién llama?

CELESTINA.— Báxame a abrir, hija.


ELICIA.— ¿Estas son tus venidas? ¿Andar de noche es tu placer? ¿Por qué lo hazes? ¿Qué larga estada fue esta, madre? ¿Nunca sales para bolver a casa? Por costumbre lo tienes, cumpliendo con uno dexas ciento descontentos; que has seído hoy buscada del padre de la desposada que llevaste el día de Pascua al racionero, que la quiere casar de aquí a tres días y es menester que la remedies, pues que se lo prometiste, para que no sienta su marido la falta de la virginidad.


CELESTINA.— No me acuerdo, hija, por quién dizes.

ELICIA.— ¿Cómo no te acuerdas? Desacordada eres, cierto. ¡Oh cómo ca-
duca la memoria! Pues, por cierto, tú me dixiste, cuando la llevabas, que la havías renovado siete vezes.


CELESTINA.— No te maravilles, hija, que quien en muchas partes derrama su memoria, en ninguna la puede tener. Pero dime si tornará.

ELICIA.— ¡Mira si tornará! Tiénete dado una manilla de oro en prendas de tu trabajo ¿y no havía de venir?

CELESTINA.— ¿La de la manilla es? Ya sé por quién dizes. ¿Por qué tú no tomavas el aparejo y començavas a hazer algo? Pues en aquellas tales te havías de abezar y de provar de cuantas vezes me lo has visto fazer; si no, ahí te estarás toda tu vida, fecha bestia sin oficio ni renta. E cuando seas de mi edad, llorarás la folgura de agora, que 'la mocedad ociosa acarrea la vejez arrepentida y trabajosa'.¹⁹⁹ Hazíalo yo mejor cuando tu abuela, que Dios aya, me mostrava este oficio, que a cabo de un año sabía más que ella. 

ELICIA.— No me maravillo, que muchas vezes, como dizen, 'al maestre sobrepuja el buen discípulo'. E no va esto sino en la gana con que se aprende; ninguna sciencia es bien empleada en el que no le tiene afición. Yo le tengo a este oficio odio, tú mueres tras ello. 

CELESTINA.— Tú te lo dirás todo. Pobre vejez quieres. ¿Piensas que nunca has de salir de mi lado?

ELICIA.— Por Dios, dexemos enojo y 'al tiempo el consejo'. Hayamos mucho placer. Mientras hoy toviéremos de comer, no pensemos en maña- 

199.— Correas: «Mocedad ociosa, vejez trabajosa» y «Mocedad holgada trae la vejez trabajada; o arras-trada».

na. También se muere el que mucho allega como el que pobremente bive; y el doctor como el pastor; y el papa como el sacristán; y el señor como el siervo; y el de alto linaje como el baxo; e tú con oficio como yo sin ninguno. No havemos de bivar para siempre. Gozemos y holguemos, que la vejez pocos la veen, y de los que la veen ninguno murió de hambre. No quiero en este mundo sino día y victo y parte en paraíso. Aunque los ricos tienen mejor aparejo para ganar la gloria que quien poco tiene, no hay ninguno contento, no hay quien diga harto tengo, no hay ninguno que no trocasse mi plazer por sus dineros. Dexemos cuidados agenos y acostémonos, que es hora, que más me engordará un buen sueño sin temor que quanto tesoro hay en Venecia.





Tragicomedia de Calisto y Melibea, ilustración del acto VIII.
Zaragoza: Bartolomé de Nájera y Pedro Bernuz, 1545.



Argumento del otavo auto

La mañana viene. Despierta Pármeno. Despedido de Areúsa, va para casa de Calisto, su señor. Halló a la puerta a Sempronio; conciertan su amistad. Van juntos a la cámara de Calisto; hállanle hablando consigo mismo. Levantado, va a la iglesia.

Sempronio. Pármeno. Areúsa. Calisto.

PÁRMENO.— ¿Amanece o qué es esto, que tanta claridad está en esta cámara?

AREÚSA.— ¡Qué amanecer! Duerme, señor, que aún agora nos acostamos. No he yo pegado bien los ojos, ¿ya había de ser de día? Abre, por Dios, esa ventana de tu cabecera y verlo has.

PÁRMENO.— En mi seso está yo, señora, que es de día claro en ver entrar luz entre las puertas. ¡Oh traidor de mí, en qué gran falta he caído con mi amo! De mucha pena soy digno. ¡Oh qué tarde que es!

AREÚSA.— ¿Tarde?

PÁRMENO.— Y muy tarde.

AREÚSA.— Pues así goze de mi ánima, no se me ha quitado el mal de la madre. No sé cómo pueda ser.

PÁRMENO.— Pues, ¿qué quieres, mi vida?

AREÚSA.— Que hablemos en mi mal.

PÁRMENO.— Señora mía, si lo hablado no basta, lo que más es necesario me perdona, porque es ya mediodía. Si voy más tarde, no seré bien recibido de mi amo. Yo verné mañana y cuantas vezes después mandares; que por esso 'hizo Dios un día tras otro',²⁰⁰ porque lo que el uno no bastasse, se cumpliesse en otro. Y aun porque más nos veamos, resciba de ti esta gracia, que te vayas hoy a las doze del día a comer con nosotros a su casa de Celestina.

AREÚSA.— Que me plaze de buen grado. Ve con Dios. Junta tras ti la puerta.

PÁRMENO.— A Dios te quedas.

—¡Oh plazer singular, oh singular alegría! ¡Cuál hombre es ni ha sido más bienaventurado que yo? ¡Cuál más dichoso y bienandante, que un tan excelente don sea por mi poseído y cuan presto pedido, tan presto alcanzado? Por cierto, si las traiciones desta vieja con mi corazón yo pudiesse sufrir, de rodillas había de andar a la complazer. ¡Con qué pagaré yo esto? ¡Oh alto Dios!, ¿a quién contaría yo este gozo? ¿A quién descubriría tan gran secreto? ¿A quién daré parte de mi gloria? Bien me dezía la vieja que de ninguna prosperidad es buena la possession sin compañía.²⁰¹ El plazer no comunicado no es plazer.²⁰² ¡Quién sentiría esta mi dicha como yo la siento? A Sempronio veo a la puerta de casa. Mucho ha madrugado. Trabajo tengo con mi amo si es salido fuera. No será, que no es acostumbrado; pero como agora no anda en su seso, no me maravillo que haya pervertido su costumbre.

SEMPRONIO.— Pármeno, hermano, si yo supiesse aquella tierra donde se gana el sueldo durmiendo, mucho faría por ir allá, que no daría ventaja a ninguno; tanto ganaría como otro cualquiera. ¿Y cómo, folgazán, descuidado, fueste para no tornar? No sé qué crea de tu tardanza, sino que quedaste a escalar la vieja esta noche o a rascarle los pies como cuando chiquito.

PÁRMENO.— ¡Oh Sempronio, amigo y más que hermano! ¡Por Dios, no corrompas mi plazer, no mescles tu ira con mi sofrimiento, no rebuelvas tu descontentamiento con mi descanso, no agües con tan turvia agua el claro licuor del pensamiento que traigo, no enturvies con tus embidiosos castigos y odiosas reprehensiones mi plazer! Recíbeme con alegría y contarte he maravillas de mi buena andanza passada.

200.— Se hace mención al refrán: «Un día viene tras otro, y un tiempo tras otro. / Que se hará lo que no se pudo hacer antes» [Correas]

201.— Alusión a la sentencia de Celestina del Auto I, extraída de las *Auctoritates aristotelis*, XXI, 17: «Nullius rei iocunda est posesio sine socio».

202.— Continúan las alusiones a citas del Auto I en boca de Celestina: «los bienes no comunicados, no son bienes». Aunque también puede aludir al refrán: «El plazer no comunicado no da cumplida alegría ni es bien logrado» [Correas].

SEMPRONIO.— Dilo, dilo. ¿Es algo de Melibea? ¿Hasla visto?

PÁRMENO.— ¡Qué de Melibea! Es de otra que yo más quiero y aun tal que, si no estoy engañado, puede bivar con ella en gracia y hermosura. Sí, que no se encerró el mundo y todas sus gracias en ella.

SEMPRONIO.— ¿Qué es esto, desvariado? Reírme querría, sino que no puedo. ¿Ya todos amamos? El mundo se va a perder. Calisto a Melibea, yo a Elicia; tú, de embidia, has buscado con quien perder esse poco de seso que tienes.

PÁRMENO.— Luego, ¿locura es amar? ¿Y yo soy loco y sin seso? Pues ‘si la locura fuesse dolores, en cada casa avría bozes’.

SEMPRONIO.— Según tu opinión, sí eres, que yo te he oído dar consejos vanos a Calisto y contradézir a Celestina en cuanto habla. Y por impedir mi provecho y el suyo, huelgas de no gozar tu parte. Pues a las manos me has venido donde te podré dañar, y lo haré.

PÁRMENO.— No es, Sempronio, verdadera fuerza ni poderío dañar y empecer, mas aprovechar y guarecer, y muy mayor quererlo fazer.²⁰³ Yo siempre te tuve por hermano. No se cumpla, por Dios, en ti lo que se dize, ‘que pequeña causa desparte conformes amigos’. Muy mal me tratas. No sé donde nazce este rencor. No me indignes, Sempronio, con tan lastimeras razones. Cata que es muy rara la paciencia que agudo baldón no penetre y traspasse.²⁰⁴

SEMPRONIO.— No digo mal en esto, sino que se ‘eche otra sardina’²⁰⁵ para el moço de cavallos, pues tú tienes amiga.

PÁRMENO.— Estás enojado; quiérote sufrir, aunque más mal me trates, pues dizen que «ninguna humana pasión es perpetua ni durable».²⁰⁶

SEMPRONIO.— Más maltratas tú a Calisto, aconsejando a él lo que para ti huyes, diziendo que se aparte de amar a Melibea, ‘hecho tablilla de mesón, que para sí no tiene abrigo y dalo a todos’.²⁰⁷ ¡Oh Pármeno, agora podrás ver cuán fácil cosa es reprehender vida ajena y cuán duro guardar cada cual la suya! No digo más, pues tú eres testigo; y de aquí adelante veremos cómo te has, pues ‘ya tienes tu escudilla’ como cada

203.— Sentencia del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Posse nocere non est vera magnitudo nec verum robur», extraída de la *Epistolae sine titulo*, 2 [Deyermond, 1961: 144]. Rusell: 388, n. 10, propone para la prolongación de la frase («más aprovechar... quererlo hazer»), la continuación del texto propio de la *Epistolae*: «magnitudo uera est posse prodesse: uerius autem uelle».

204.— Aforismo del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Rara patientia est quam non penetret acutum conuitium» [Deyermond, 1961: 44].

205.— Refrán: «Echa otra sardina, que otro ruin viene». Correas explica: «Dícese cuando alguien viene y es para molestia de los del corro».

206.— Sentencia procedente del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Nulla passionum humanarum est perpetua» [Deyermond, 1961: 44].

207.— Pequeña variante del refrán: «Como tablilla de mesón, que a todos da mamparo, y a sí non» [Correas].

cual. Si tú mi amigo fueras, en la necesidad que de ti tuve me havías de favorecer y ayudar a Celestina en mi provecho, que no hincar un clavo de malicia a cada palabra. Sabe que, como la hez de la taverna despide a los borrachos, assí la adversidad o necesidad al fingido amigo,²⁰⁸ luego se descubre el falso metal dorado por encima.

PÁRMENO.— Oído lo havía dezir y por esperiencia lo veo, nunca venir plazer sin contraria çoçobra en esta triste vida. A los alegres serenos y claros soles, ñublados oscuros y pluvias vemos suceder;²⁰⁹ a los solazes y plazerres, dolores y muertes los ocupan; a las risas y deleites, llantos y llores y passiones mortales los siguen; finalmente, a mucho descanso y sossiego, mucho pesar y tristeza. ¿Quién pudiera tan alegre venir como yo agora? ¿Quién tan triste recebimiento padecer? ¿Quién verse, como yo me vi, con tanta gloria alcançada con mi querida Areúsa? ¿Quién caer della, siendo tan maltratado tan presto como yo de ti? Que no me has dado lugar a poderte dezir cuánto soy tuyo, cuánto te he de favorecer en todo, cuánto soy arrepiso de lo passado, cuántos consejos y castigos buenos he rescebido de Celestina en tu favor y provecho y de todos; cómo, pues este juego de nuestro amo y Melibea está entre las manos, podemos agora medrar o nunca.

SEMPRONIO.— Bien me agradan tus palabras, si tales toviéssedes las obras, a las cuales espero para averte de creer. Pero, por Dios, me digas qué es esso que dexiste de Areúsa. Paresce que conoces tu a Areúsa, su prima de Elicia.

PÁRMENO.— Pues, ¿qué es todo el plazer que traigo, sino haverla alcançado?

SEMPRONIO.— ¡Cómo se lo dize el bovo! De risa no puede hablar. ¿A qué llamas haverla alcançado? ¿Estava a alguna ventana o qué es esso?

PÁRMENO.— A ponerla en dubda si queda preñada o no.

SEMPRONIO.— ¡Espantado me tienes! Mucho puede el continuo trabajo;²¹⁰ ‘una continua gotera horada una piedra’.

PÁRMENO.— ¡Verás que tan continuo, que ayer lo pensé, ya la tengo por mía!

SEMPRONIO.— La vieja anda por ahí.

PÁRMENO.— ¿En qué lo vees?

208.— Máxima proveniente del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Adversitas simulatorem abigit: faex potorem» [Deyermond, 1961: 40].

209.— *Celestina comentada*: fol. 132 r-v: «Petrarca, libro 2, 90: sero nubes succedunt et serenum...». Petrarca, *Boculicum Camen*, Égloga VIII: «...non una per omnes / est hominis fortuna dies: nunc mane quietum: / Turpida lux sequitur: nunc matutina serenus / Nublia vesper agit» [Deyermond, 1961: 75].

210.— Sentencia latina: «Labor omnia vincit», atribuida a Periandro, pero difundida por Virgilio [Castro Guisasaola: 38].

SEMPRONIO.— Que ella me avía dicho que te quería mucho y que te la haría haver. Dichoso fuiste; ‘no feziste sino llegar y recabdar’. Por esto dizen: ‘Más vale a quien Dios ayuda que quien mucho madruga’. Pero tal padrino toviste.

PÁRMENO.— Di madrina, que es más cierto. Assí que ‘quien a buen árbol se arrima...’ ‘Tarde fui, pero temprano recabdé’.²¹¹ ¡Oh hermano, qué te contaría de sus gracias de aquella mujer, de su habla y hermosura de cuerpo! Pero quede para más oportunidad.

SEMPRONIO.— ¿Puede ser sino prima de Elicia? No me dirás tanto, cuanto estotra no tenga más. Todo te lo creo. Pero, ¿qué te cuesta? ¿Hasle dado algo?

PÁRMENO.— No, cierto. Mas aunque hoviera, era bien empleado. De todo bien es capaz. En tanto son las tales tenidas cuanto caras son compradas; tanto valen cuanto cuestan. ‘Nunca mucho costó poco’, sino a mí esta señora. A comer la combidé para casa de Celestina y, si te plaze, vamos todos allá.

SEMPRONIO.— ¿Quién, hermano?

PÁRMENO.— Tú y ella; y allá está la vieja y Elicia. Havremos plazer.

SEMPRONIO.— ¡Oh Dios, y cómo me has alegrado! Franco eres, nunca te faltaré. Como te tengo por hombre, como creo que Dios te ha de hazer bien, todo el enojo que de tus passadas hablas tenía se me ha tornado en amor. No dubdo ya tu confederación con nosotros ser la que deve. Abraçarte quiero; seamos como hermanos. ‘Vaya el diablo para ruin’.²¹² Sea lo passado cuestión de ‘sant Juan y assí paz para todo el año’. Que las iras de los amigos siempre suelen ser reintegración del amor.²¹³ Comamos y holguemos, que nuestro amo ayunará por todos.

PÁRMENO.— ¿Y qué haze el desesperado?

SEMPRONIO.— Allí está tendido en el estrado cabe la cama, donde le dexaste anoche, que ni ha dormido ni está despierto. Si allá entro, ronca; si me salgo, canta o devanea. No le tomo tiento si con aquello pena o descansa.

PÁRMENO.— ¿Qué dizes? ¿Y nunca me ha llamado ni ha tenido memoria de mí?

SEMPRONIO.— No se acuerda de sí, ¿acordarse ha de ti?

PÁRMENO.— Aun hasta en esto me ha corrido buen tiempo. Pues assí es, mientras recuerda, quiero embiar la comida que la aderecen.

SEMPRONIO.— ¿Qué has pensado embiar para que aquellas loquillas te tengan por hombre complido, bien criado y franco?

211.— Correas: «Irse tarde y recaudar temprano; o recabar» y «Tarde madrugué, más bien recaudé».

212.— Falta la segunda parte del refrán: «Váyase el diablo para ruin, y quédese en casa Martín» [Correas].

213.— Aforismo del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Amantium irae amoris integratio est», recopilado del *De Rebus familiaribus*, 75 [Deyermond, 1961: 143].

PÁRMENO.— ‘En casa llena, presto se adereça cena’. De lo que hay en la despensa basta pero no caer en falta: pan blanco, vino de morviedro, un perril de tocino y más seis pares de pollos que traxieron estotro día los renteros de nuestro amo —que si los pidiere, harele creer que los ha comido—; y las tórtolas que mandó para hoy guardar diré que hedían; tú serás testigo. Ternemos manera como a él no haga mal lo que dellas comiere y nuestra mesa esté como es razón. E allá hablaremos más largamente en su daño y nuestro provecho con la vieja cerca destes amores.

SEMPRONIO.— ¡‘Mas dolores’!²¹⁴, que por fe tengo que de muerto o loco no escapará esta vez. Pues que assí es, despacha. Subamos a ver qué haze.

CALISTO.—
 En gran peligro me veo,
 en mi muerte no hay tardança,
 pues que me pide el desseo
 lo que me niega esperança.²¹⁵

PÁRMENO.— (*Ap.*) Escucha, escucha, Sempronio, trobando está nuestro amo.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¡Oh hi de puta el trobador, el gran Antípater Sidonio, el gran poeta Ovidio, los cuales de improviso se les venían las razones metrificadas a la boca!²¹⁶ ¡Sí, sí, dessos es! ¡Trobará el diablo! Está devaneando entre sueños.

CALISTO.—
 Coraçón bien se te emplea
 que penes y bivas triste,
 pues tan presto te venciste
 del amor de Melibea.

PÁRMENO.— (*Ap.*) ¿No digo yo que troba?

CALISTO.— ¿Quién habla en la sala, moços?

PÁRMENO.— Señor.

CALISTO.— ¿Es muy noche? ¿Es hora de acostar?

PÁRMENO.— Mas ya es, señor, tarde para levantar.

214.— Referencia al refrán, continuando la palabra «amores» del parlamento anterior: «Amores, por un placer mil dolores», o «Amores y dolores, prométense bienes y dan sinsabores» (Correas).

215.— Canción asignada en el *Cancionero general* de Hernando del Castillo, de 1511, a Diego de Quiñones, y en el *Cancioneiro geral* de Garcia de Resende, de 1516, a Dom Rolyim. En otros cancioneros aparece como anónima. Se publicaron dichos versos en las *Coplas de la Pasión con la Resurrección*, del Comendador Román, en 1491. *Vid.* Alan Deyermond [1997: 96], quien sugiere que la parte no incluida del poema es tan importante como la citada para la interpretación del texto (incluyo la continuación): «Pídeme la fantasía / cosas que no pueden ser, / y pues esto se desvía / es forçado padecer. / No definiendo ni peleo, / muerte abrá de mí vengança, / porque me pide el desseo / lo que me niega esperança».

216.— Ejemplo del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Antipater Sidonius tam exercitati ingenii fuit ut versus hexametros aliosque diversorum generum ex improviso copiose diceret», concneciente a *Rebus memorandis* II, ii, 20 [Deyermond, 1961: 144].

CALISTO.— ¿Qué dices, loco? ¿Toda la noche es pasada?

PÁRMENO.— Y aun harta parte del día.

CALISTO.— Di, Sempronio, ¿miente este desvariado, que me haze creer que es de día?

SEMPRONIO.— Olvida, señor, un poco a Melibea y verás la claridad; que con la mucha hervor que en su gesto contemplas, no puedes ver de encandelado, como perdiz con la calderuela.

CALISTO.— Agora lo creo, que tañen a missa. Daca mis ropas; iré a la Madalena. Rogaré a Dios que aderece a Celestina y ponga en corazón a Melibea mi remedio, o dé fin en breve a mis tristes días.

SEMPRONIO.— No te fatigues tanto, no lo quieras todo en una hora, que no es de discretos desear con grande eficacia lo que se puede tristemente acabar.²¹⁷ Si tú pides que se concluya en un día lo que en un año sería harto, no es mucha tu vida.

☞ CALISTO.— ¿Quieres dezir que soy como ‘el moço del escudero gallego’?²¹⁸

SEMPRONIO.— No mande Dios que tal cosa yo diga, que eres mi señor. Y demás desto, sé que como me galardonas el buen consejo, me castigarías lo mal hablado; aunque dicen que no es igual la alabança del servicio o buena habla que la reprehensión y pena de lo mal hecho o hablado.

CALISTO.— No sé quién te abezó tanta filosofía, Sempronio.

☞ SEMPRONIO.— Señor, no es todo blanco aquello que de negro no tiene semejança, ‘ni es todo oro cuanto amarillo reluze’. Tus acelerados deseos, no medidos por razón, hazen parecer claros mis consejos. Quisieras tú ayer que te traxieran a la primera habla amanojada y embuelta en su cordón a Melibea, como si ovieras embiado por otra cualquiera mercaduría a la plaça, en que no hoviera más trabajo de llegar y pagalla. Da, señor, alivio al corazón, que en poco espacio de tiempo no cabe gran bienaventurança.²¹⁹ ‘Un solo golpe no derriba un roble’. Apercíbete con sufrimiento, porque la prudencia es cosa loable y el apercibimiento resiste el fuerte combate.

CALISTO.— Bien has dicho, si la cualidad de mi mal lo consintiese.

SEMPRONIO.— ¿Para qué, señor, es el seso, si la voluntad priva a la razón?

☞ CALISTO.— ¡Oh loco, loco! ‘Dize el sano al doliente: «Dios te dé salud»’.²²⁰ No quiero consejo ni esperarte más razones, que más abivas y encien-

217.— Sentencia incluida en el «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Appetere vehementer stultum est quod potest pessimo fine concludi» [Deyermond, 1961: 41].

218.— Parte del refrán: «El mozo del escudero gallego, que andaba todo el año descalzo, y por un día quería matar al zapatero» [Correas].

219.— Petrarca, *De remediis*, I, i: «parvo temporis in spacio non stat magna foelicitas» [Castro Guisaola 124; Deyermond, 1961: 58].

220.— Pequeña modificación del refrán: «Dice al doliente el sano: Dios te dé salud, hermano» [Correas].

des las llamas que me consumen. Yo me voy solo a missa y no tomaré a casa hasta que me llaméis, pidiéndome albricias de mi gozo con la buena venida de Celestina; ni comeré hasta entonce, aunque primero sean los cavallos de Febo apascentados en aquellos verdes prados que suelen, cuando han dado fin a su jornada.

SEMPRONIO.— Dexa, señor, esos rodeos. Dexa essas poesías, que no es habla conveniente la que a todos no es común, la que todos no participan, la que pocos entienden. Di: «Aunque se ponga el sol», y sabrán todos lo que dizes. Y come alguna conserva con que tanto espacio de tiempo te sostengas.

CALISTO.— Sempronio, mi fiel criado, mi buen consejero, mi leal servidor, sea como a ti te parece, porque cierto tengo, según tu limpieza de servicio, quieres tanto mi vida como la tuya.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¿Créslo tú, Pármeno? Bien sé que no lo jurarías. Acuérdate, si fueres por conserva, apañes un pote para aquella gentezilla que nos va más; y ‘a buen entendedor...’²²¹ En la bragueta cabrá.

CALISTO.— ¿Qué dizes, Sempronio?

SEMPRONIO.— Dixe, señor, a Pármeno que fuesse por una tajada de diacitrón.

PÁRMENO.— Hela aquí, señor.

CALISTO.— Daca.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¡Verás qué engullir haze el diablo! Entero lo quiere tragar por más apriessa hazer.

CALISTO.— El alma me ha tornado. Quedaos con Dios, hijos. Esperad la vieja y id por buenas albricias.

PÁRMENO.— (*Ap.*) ¡Allá irás con el diablo tú y malos años! ¡Y en tal hora comiesses el diacitrón como Apuleyo el veneno que le convertió en asno!²²²



221.— Falta la segunda parte del refrán: «A buen entendedor, breve hablador» o «A buen entendedor, pocas palabras».

222.— Ejemplo utilizado por Petrarca, *Contra medicum*, 2, 17 [Castro Guisasaola: 58], aunque más probablemente proceda del «Índice» de la *Opera latina* [Russell: 399, n. 67].

Sempronio. Pármeno. Elicia. Celestina. Areúsa. Lucrecia.



Argumento del noveno auto

Sempronio y Pármeno van a casa de Celestina entre sí hablando. Llegados allá, hallan a Elicia y Areúsa. Pónense a comer, y entre comer riñe Elicia con Sempronio; levántase de la mesa; tórnanla a apaziguar. Estando ellos todos entre sí razonando, viene Lucrecia, criada de Melibea, a llamar a Celestina que vaya a estar con Melibea.

Sempronio. Pármeno. Elicia. Celestina. Areúsa. Lucrecia.

SEMPRONIO.— Baxa, Pármeno, nuestras capas y espadas, si te parece, que es hora que vamos a comer.

PÁRMENO.— Vamos presto; ya creo que se quejarán de nuestra tardança.

No por esta calle, sino por esta otra, porque nos entremos por la iglesia y veremos si oviere acabado Celestina sus devociones. Llevarla hemos de camino.

SEMPRONIO.— ¡A donosa hora ha de estar rezando!

PÁRMENO.— No se puede dezir sin tiempo hecho lo que en todo tiempo se puede hazer.²²³

223.— Sentencia obtenida del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Non fit ante tempus quod in omni tempore fieri potest», correspondiente a *De Remediis*, II, 48 [Deyermond, 1961: 145].

SEMPRONIO.— Verdad es, pero mal conoces a Celestina. Cuando ella tiene que hazer, no se acuerda de Dios ni cura de santidades. Cuando ay que roer en casa, sanos están los santos; cuando va a la iglesia con sus cuentas en la mano, no sobra el comer en casa. Aunque ella te crió, mejor conozco yo sus propiedades que tú. Lo que en sus cuentas reza es los virgos que tiene a cargo y cuántos enamorados hay en la ciudad, y cuántas moças tiene encomendadas, y qué despenseros le dan ración y cuál mejor y cómo les llaman por nombre, porque cuando los encontrare no hable como estraña, y qué canónigo es más moço y franco. Cuando menea los labios es fingir mentiras, ordenar cautelas para haver dinero: «Por aquí le entraré»; «Esto me responderá»; «Esto replicaré». Assí bive esta que nosotros mucho honramos.

PÁRMENO.— Más que eso sé yo; sino porque te enojaste estotro día no quiero hablar, cuando lo dixes a Calisto.

SEMPRONIO.— Aunque lo sepamos para nuestro provecho, no lo publicemos para nuestro daño. Saberlo nuestro amo es echalla por quien es y no curar della. Dexándola, verná forçado otra, de cuyo trabajo no esperemos parte como d' ésta, que de grado o por fuerça nos dará de lo que le diere.

PÁRMENO.— Bien has dicho. Calla, que está abierta la puerta. En casa está. Llama antes que entres, que por ventura están rebueltas y no querrán ser assí vistas.

SEMPRONIO.— Entra, no cures, que todos somos de casa. Ya ponen la mesa.

CELESTINA.— ¡Oh mis enamorados, mis perlas de oro, tal me venga el año cual me parece vuestra venida!

PÁRMENO.— (*Ap.*) ¡Qué palabras tiene la noble! Bien ves, hermano, estos halagos fingidos.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) Déxala, que desso bive; que no sé quién diablos le mostró tanta ruindad.

PÁRMENO.— (*Ap.*) La necessidad y pobreza, la hambre, que no hay mejor maestra en el mundo, no hay mejor despertadora y abivadora de ingenios. ¿Quién mostró a las picaças y papagayos imitar nuestra propia habla con sus harpadas lenguas nuestro órgano y boz, sino esta?²²⁴

CELESTINA.— ¡Mochachas, mochachas! ¡Bovas, andad acá baxo presto, que están aquí dos hombres que me quieren forçar!

ELICIA.— ¡Mas nunca acá vinieran! ¡Y mucho combidar con tiempo, que ha tres horas que está aquí mi prima! Este perezoso de Sempronio havrá sido causa de la tardança, que no ha ojos por do verme.

224.— Persio, Prólogo a las *Sátiras*, vv. 8-1: «Quis expedit psittaco suum 'chaere' / Picamque docuit verba nostra conari? / Magister artis ingenique largitor / Venter, negatas artifex sequi voces» [*Celestina comentada*: 136v ; Castro Guisasaola: 79].

SEMPRONIO.— Calla, mi señora, mi vida, mis amores, que ‘quien a otro sirve no es libre’. Assí que subjeción me relieva de culpa. No hayamos enojo. Assentémosnos a comer.

ELICIA.— ¡Assí, para ‘assentar’ a comer muy diligente, ‘a mesa puesta’²²⁵ con tus manos lavadas y poca vergüença!

SEMPRONIO.— Después reñiremos; comamos agora. Assiéntate, madre Celestina, tú primero.

CELESTINA.— Assentaos vosotros, mis hijos, que harto lugar hay para todos, a Dios gracias. ¡Tanto nos diessen del paraíso cuando allá vamos! Poneos en orden, cada uno cabe la suya. Yo, que estoy sola, porné cabo mí este jarro y taça, que no es más mi vida de cuanto con ella hablo. Después que me fui haziendo vieja, no sé mejor oficio a la mesa que escanciar, porque ‘quien la miel trata, siempre se le pega della’. Pues de noche en invierno no hay tal escalentador de cama, que con dos jarriillos destos que beva cuando me quiero acostar, no siento frío en toda la noche. Desto aforro todos mis vestidos cuando viene la Navidad; esto me calienta la sangre, esto me sostiene continuo en un ser, esto me haze andar siempre alegre, esto me para fresca. Desto vea yo sobrado en casa, que nunca temeré el mal año, que un cortezón de pan ratonado me basta para tres días. Esto quita la tristeza del coraçón más que el oro ni el coral, esto da esfuerço al moço y al viejo fuerça; pone color al descolorido, coraje al covarde, al floxo diligencia; conforta los celebros, saca el frío del estómago, quita el hedor del anélito, haze potentes²²⁶ los fríos, haze sufrir los afanes de las labranças a los cansados segadores, haze sudar toda agua mala, sana el romadizo y las muelas sostiene sin heder en la mar, lo cual no haze el agua. Más propiedades te diría dello que todos tenéis cabellos. Assí que no sé quién no se goze en mentarlo. No tiene sino una tacha, que lo bueno vale caro y lo malo haze daño.

Assí que con ‘lo que sana el hígado enferma la bolsa’.²²⁷ Pero todavía con mi fatiga busco lo mejor para esso poco que bevo: una sola dozana de vezes a cada comida; no me harán passar de allí, salvo si no soy combidada, como agora.

PÁRMENO.— Madre, pues tres vezes dizen que es lo bueno y honesto todos los que escrivieron.

CELESTINA.— Hijo, estará corrupta la letra: por «treze», «tres».

SEMPRONIO.— Tía señora, a todos nos sabe bien comiendo y hablando, porque después no havrá tiempo para entender en los amores deste perdido de nuestro amo y de aquella graciosa y gentil Melibea.

225.— Se hace referencia al refrán: «Sentarse a mesa puesta. / El que no pone cuidado y nada le cuesta» o «Asentarse a mesa puesta, sin saber lo que cuesta» [Correas].

226.— En el texto: *imponentes*.

227.— Variación del refrán: «Lo que sana el hígado enferma el bazo» [Correas].

ELICIA.— ¡Apártateme allá, dessabrido, enojoso! ¡Mal provecho te haga lo que comes, tal comida me has dado! ¡Por mi alma, revessar quiero cuanto tengo en el cuerpo de asco de oírte llamar a aquélla «gentil»! ¡Mirá quién «gentil»! ¡Jesú, Jesús, y qué hastío y enojo es ver tu poca vergüenza! ¡A quién «gentil»? ¡Mal me haga Dios si ella lo es ni tiene parte dello, sino que ‘hay ojos que de lagañas se agradan’! Santiguarme quiero de tu necedad y poco conocimiento. ¡Oh quién estoviesse de gana para disputar contigo su hermosura y gentileza! ¡Gentil, gentil es Melibea? ¡Entonces lo es, entonces acertarán cuando andan a pares los diez mandamientos!²²⁸ Aquella hermosura por una moneda se compra de la tienda. Por cierto, que conosco yo, en la calle donde ella bive, cuatro donzellas en quien Dios más repartió su gracia que no en Melibea, que si algo tiene de hermosura es por buenos atavíos que trae. Poneldos a un palo, también diréis que es «gentil». Por mi vida, que no lo digo por alabarme, mas creo que soy tan hermosa como vuestra Melibea.

AREÚSA.— Pues no la has tú visto como yo, hermana mía. ¡Dios me lo demande si en ayunas la topasses, si aquel día pudiesses comer de asco! Todo el año se está encerrada con mudas de mil suziedades. Por una vez que haya de salir donde pueda ser vista, enviste su cara con hiel y miel, con uvas tostadas y higos passados y con otras cosas, que por reverencia de la mesa dexo de dezir. Las riquezas las hazen a estas hermosas y ser alabadas, que no las gracias de su cuerpo. Que, así goze de mí, unas tetas tiene para ser donzella como si tres vezes oviesse parido; no parecen sino dos grandes calabazas. El vientre no se le he visto, pero juzgando por lo otro, creo que lo tiene tan floxo como vieja de cincuenta años. No sé qué se ha visto Calisto, porque dexa de amar a otras que más ligeramente podría haver y con quien más él holgasse, sino que el gusto dañado muchas vezes juzga por dulce lo amargo.

SEMPRONIO.— Hermana, parésceme aquí que ‘cada bohonero alaba sus agujas’; que el contrario desso se suena por la ciudad.

AREÚSA.— Ninguna cosa es más lexos de la verdad que la vulgar opinión.²²⁹ Nunca alegre bivirás si por voluntad de muchos te riges.²³⁰ Porque estas son conclusiones verdaderas, que cualquier cosa que el vulgo piensa es vanidad; lo que habla, falsedad; lo que reprueba es bondad; lo que

228.— «Algo imposible» [Torregrosa 2013].

229.— Petrarca, *De remediis*, I, 12: «Nihil est a virtute vel a veritate remotius quam vulgaris opinio» [*Celestina comentada*: 141r; Castro Guisasola: 124; Deyermund, 1961: 59].

230.— Sentencia del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Nunquam laetus eris si vulgo te regendum tradideris», que remite a *Rebus familiaribus* 15 [*Celestina comentada*: 141r; Castro Guisasola: 124; Deyermund, 1961: 145].

- apruewa, maldad.²³¹ E pues este es su más cierto uso y costumbre, no juzgues la bondad y hermosura de Melibea por esso ser la que afirmas.
- SEMPRONIO.— Señora, el vulgo parlero no perdona las tachas de sus señores.²³² Y assí yo creo que si alguna toviessa Melibea, ya sería descubierta de los que con ella más que nosotros tratan. E aunque lo que dizes concediesse, Calisto es cavallero, Melibea hijadalgo. Assí que los nascidos por linaje escogidos, búscanse unos a otros. Por ende, no es de maravillar que ame antes a esta que a otra.
- AREÚSA.— ‘Ruin sea quien por ruin se tiene’. ‘Las obras hazen linaje’, que al fin ‘todos somos hijos de Adam y Eva’. Procure de ser cada uno bueno por sí y no vaya a buscar en la nobleza de sus passados la virtud.
- CELESTINA.— Hijos, por mi vida, que cessen essas razones de enojo. Y tú, Elicia, que te tornes a la mesa y dexes esos enojos.
- ELICIA.— ¿Con tal que mala pro me hiziesse, con tal que rebentasse en comiéndolo? ¿Havía yo de comer con esse malvado, que en mi cara me ha porfiado que es más gentil su andrajo de Melibea que yo?
- SEMPRONIO.— Calla, mi vida, que tú la comparaste. Toda comparación es odiosa.²³³ Tú tienes la culpa y no yo.
- AREÚSA.— Ven, hermana, a comer; no hagas agora esse plazer a estos locos porfiados; si no, levantarme he yo de la mesa.
- ELICIA.— Necessidad de complazerte me haze contentar a esse enemigo mío y usar de virtudes con todos.
- SEMPRONIO.— ¡He, he, he!
- ELICIA.— ¿De qué te ríes? ¡De mal cáncer sea comida essa boca desgraciada y enojosa!
- CELESTINA.— No le respondas, hijo; si no, nunca acabaremos. Entendamos en lo que haze a nuestro caso. Dezime, ¿cómo quedó Calisto? ¿Cómo le dexastes? ¿Cómo os podistes entrambos descabullir dél?
- PÁRMENO.— Allá fue a la maldición, echando fuego, desesperado, perdido, medio loco, a missa a la Magdalena a rogar a Dios que te dé gracia que puedas bien roer los huessos destos pollos, y protestando de no bolver a casa hasta oír que eres venida con Melibea en tu arremango. Tu saya y manto, y aun mi sayo, cierto está; lo otro vaya y venga. El cuándo lo dará, no lo sé.

231.— Cita del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Vulgus quicquid cogitat vanum est: quicquid loquitur falsum est: quicquid improbat bonum est: quicquid approbat malum est: quicquid praedicat infame est et quicquid agit stultum est», entresacada del *De Remediis*, I, ii D in fin [*Celestina comentada*: 141r; Castro Guisasola: 124; Deyermond, 1961: 145].

232.— Petrarca, *De remediis*, I, 42: «Non parcit regum maculis vulgus loquax» [Castro Guisasola: 124; Deyermond, 1961: 59].

233.— Máxima seleccionada del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Comparationes non carent odio», perteneciente a *Rebus memorandis* III. ii. 44 [Deyermond, 1961: 144]. Pasó posteriormente a refrán castellano.

CELESTINA.— Sea cuando fuere. ‘Buenas son mangas passada la Pascua’. Todo ‘aquello alegre que con poco trabajo se gana’,²³⁴ mayormente viniendo de parte donde tan poca mella haze, de hombre tan rico que con los salvados de su casa podría yo salir de lazeria, según lo mucho le sobra. No les duele a los tales lo que gastan y, según la causa porque lo dan, no lo sienten con el embevescimiento del amor; no les pena, no veen, no oyen. Lo cual yo juzgo por otros que he conocido menos apasionados y metidos en este fuego de amor que a Calisto veo, que ni comen ni beven, ni ríen ni lloran, ni duermen ni velan, ni hablan ni callan, ni penan ni descansan, ni están contentos ni se quexan, según la perplexidad de aquella dulce y fiera llaga de sus coraçones. E si alguna cosa d’estas la natural necessidad les fuerça a hazer, están en el acto tan olvidados que comiendo se olvida la mano de llevar la vianda a la boca. Pues si con ellos hablan, jamás conveniente respuesta buelven. Allí tienen los cuerpos con sus amigas, los coraçones y sentidos. Mucha fuerça tiene el amor; no sólo la tierra, mas aun las mares traspassa, según su poder. Igual mando tiene en todo género de hombres; todas las dificultades quiebra. Anxiosa cosa es, temerosa y solícita. Todas las cosas mira enderredor.²³⁵ Assí que, si vosotros buenos enamorados havéis sido, juzgaréis yo dezir verdad.

SEMPRONIO.— Señora, en todo concedo con tu razón, que aquí está quien me causó algún tiempo andar fecho otro Calisto, perdido el sentido, cansado el cuerpo, la cabeça vana, los días mal dormiendo, las noches todas velando, dando alboradas, haziendo momos, saltando paredes, poniendo cada día la vida al tablero, esperando toros, corriendo cavallos, tirando barra, echando lança, cansando amigos, quebrando espadas, haziendo escalas, vistiendo armas y otros mil autos de enamorado: haziendo coplas, pintando motes, sacando invenciones. Pero todo lo doy por bien empleado, pues tal joya gané.

ELICIA.— ¡Mucho piensas que me tienes ganada! Pues hágote cierto que no has buuelto la cabeça cuando está en casa otro que más quiero, más gracioso que tú, y aun que no ande buscando cómo me dar enojo. ¡A cabo de un año que me vienes a ver, ‘tarde y con mal!’²³⁶

CELESTINA.— Hijo, déxala dezir, que devanea. Mientra más de esso la oyes, más se confirma en tu amor. Todo es porque havéis aquí alabado

234.— Se hace referencia al refrán: «Alegre lo que sin trabajo se gana, y sin trabajo se aumenta» [Correas].

235.— Varias sentencias seguidas de Petrarca, incluidas en el «Índice» final de su *Opera latina*: «Amoris mira et magna potentia». «Quod par imperium habet in omne hominum genus». «Amor omnes difficultates frangit». «Volucer est amor: non terras: sed coelum transit et maria». «Amor anxia res est: credula: timida: sollicita: omnia circumspiciens: et vana etiam ac secura formidans» [Deyermann, 1961: 39].

236.— Correas aclara: «Tarde y con mal. / Llegar y venir a negociar».

a Melibea; no sabe en otra cosa en qué os lo pagar sino en dezir esso. Y creo que no vee la hora que aver comido para lo que yo me sé. Pues essotra, su prima, yo la conozco. Gozad vuestras frescas mocedades, que 'quien tiempo tiene y mejor le espera, tiempo viene que se arrepiante', como yo hago agora por algunas horas que dexé perder cuando moça, cuando me preciava, cuando me querían. Que ya, ¡mal pecado!, caducado he, nadie no me quiere, que sabe Dios mi buen desseo. Besaos y abraços, que a mí no me queda otra cosa sino gozarme de vello. Mientras a la mesa estáis, de la cinta arriba todo se perdona; cuando seáis aparte, 'no quiero poner tassa, pues que el rey no la pone'. Que yo sé por las mochachas que nunca de importunos os acusen. Y la vieja Celestina maxcará de dentera con sus botas enzías las migajas de los manteles. ¡Bendigaos Dios! ¡Cómo lo reís y holgáis, putillos, loquillos, travessos! ¿En esto havía de parar el ñublado de las cuestioncillas que havéis tenido? ¡Mirá, no derribéis la mesa!

ELICIA.— Madre, a la puerta llaman, el solaz es derramado.

CELESTINA.— Mira, hija, quién es. Por ventura será quien lo acreciente y allegue.

ELICIA.— O la boz me engaña o es mi prima Lucrecia.

CELESTINA.— Ábrele y entre ella, y buenos años, que aun a ella algo se le entiende desto que aquí hablamos, aunque su mucho encerramiento le impide el gozo de su mocedad.

AREÚSA.— Assí goze de mí que es verdad, que estas que sirven a señoras ni gozan deleite ni conocen los dulces premios de amor. Nunca tratan con parientes, con iguales a quien puedan hablar tú por tú, con quien digan: «¿Qué cenaste?», «¿Estás preñada?», «¿Cuántas gallinas crías?», «Llévame a merendar a tu casa», «Muéstrame tu enamorado», «¿Cuánto ha que no te vido?», «¿Cómo te va con él?», «¿Quién son tus vezinas?», y otras cosas de igualdad semejantes. ¡Oh tía, y qué duro nombre y qué grave y sobervio es «señora» contino en la boca²³⁷. Por esto me bivo sobre mí desde que me sé conocer, que jamás me precié de llamarme de otrie sino mía, mayormente destas señoras que agora se usan. Gástase con ellas lo mejor del tiempo y con una saya rota, de las que ellas desechan, pagan servicio de diez años. Denostadas, maltratadas las traen, contino sojuzgadas, que hablar delante ellas no osan. E cuando veen cerca el tiempo de la obligación de casallas, levántanles un caramillo: que se echan con el moço o con el hijo, o pídenles celos del marido, o que meten hombres en casa, o que hurtó la taça o perdió el anillo. Danle un ciento de açotes y échanlas la puerta fuera, las haldas en la cabeça, diciendo: «¡Allá irás

237.— El adagio de Petrarca, incluido en el «Índice» final de su *Opera latina*: «Dominus durum superbumque et grave nomen est», que remite a *De remediis*, I, 85 [*Celestina comentada*: 143r; Castro Guisasaola:124; Deyermond, 1961: 146].

ladrona!»; «¡Puta, no destruirás mi casa y honra!». Assí que ‘esperan galardón, sacan baldón’; esperan salir casadas, salen amenguadas; esperan vestidos y joyas de boda, salen desnudas y denostadas. Estos son sus premios, estos son sus beneficios y pagos. Oblíganse a darles marido, quítanles el vestido. La mejor honra que en sus casas tienen es andar hechas callejeras, de dueña en dueña, con sus mensajes a cuestras. Nunca oyen su nombre propio de la boca dellas, sino: «¡Puta acá!», «¡Puta acullá!», «¿A dó vas, tiñosa?», «¿Qué feziste, vellaca?», «¿Por qué comiste esto, golosa?», «¿Cómo fregaste la sartén, puerca?», «¿Por qué no limpiaste el manto, suzia?», «¿Cómo dixiste esto, necia?», «¿Quién perdió el plato, desaliñada?», «¿Cómo faltó el paño de manos, ladrona?», «A tu rufián le havrás dado»; «¡Ven acá, mala mujer!, ¿la gallina havada no parece?, pues búscala presto, si no, en la primera blanca de tu soldada la contaré!» E tras esto, mil chapinazos y pellizcos, palos y açotes. No hay quien las sepa contentar, no quien puede sufrirlas. Su plazer es dar bozes, su gloria es reñir. De lo mejor hecho menos contentamiento muestran. Por esto, madre, he querido más bivar en mi pequeña casa esenta y señora que no en sus ricos palacios sojuzgada y cativa.

CELESTINA.— En tu seso has estado. Bien sabes lo que hazes, que los sabios dizen que vale más una migaja de pan con paz que toda la casa llena de viandas con renzilla.²³⁸ Mas agora cesse esta razón, que entra Lucrecia.

LUCRECIA.— Buena pro os haga, tía y la compañía. Dios bendiga tanta gente y tan honrada.

CELESTINA.— ¿Tanta, hija? ¿Por mucha has esta? Bien parece que no me conociste en mi prosperidad, hoy ha veinte años. ¡Ay, ‘quién me vido y quién me vee agora, no sé cómo no quiebra su coraçon de dolor!’²³⁹ Yo vi, mi amor, a esta mesa, donde agora están tus primas assentadas, nueve moças de tus días, que la mayor no passava de deziocho años y ninguna havía menor de catorze. Mundo es, passe, ande su rueda, rodee sus alcauces, unos llenos, otros vazíos. Ley es de fortuna que ninguna cosa en un ser mucho tiempo permanece; su orden es mudança. No puedo dezir sin lágrimas la mucha honra que entonces tenía, aunque por mis pecados y mala dicha, poco a poco, a venido en diminución. Como declinavan ya mis días, assí se deminuía y menguava mi provecho. Proverbio es antiguo que ‘quanto al mundo es o crece o descrece’. Todo tiene sus límites, todo tiene sus grados. Mi honra llegó a la cumbre, según quien yo era; de necesidad es que desmengüe y se abaxe.

238.— Proverbios, XVII, 1 [Amaranta Saguar, 2013: 168].

239.— Correas atestigua el siguiente refrán: «Quien me vido algún tiempo y me ve agora, ¿cuál es el corazón que no llora?»

Cerca ando de mi fin. En esto veo que me queda poca vida. Pero bien sé que sobí para decender, florecí para secarme, gozé para entristescerme, nascí para bivar, bivar para crecer, crecí para envejecer, envejecí para morir.²⁴⁰ E pues esto antes de agora me consta, sufriré con menos pena mi mal, aunque del todo no pueda despedir el sentimiento, como sea de carne sentible formada.

LUCRECIA.— Trabajo tenías, madre, con tantas ‘moças, que es ganado muy penoso de guardar’.²⁴¹

CELESTINA.— ¿Trabajo, mi amor? Antes descanso y alivio. Todas me obedescían, todas me honravan, de todas era acatada, ninguna salía de mi querer. Lo que yo dezía era lo bueno; a cada cual dava su cobro. No escogían más de lo que yo les mandava: coxo o tuerto o manco, aquel avían por sano quien más dinero me dava. Mío era el provecho, suyo el afán. Pues, ¿servidores no tenía por su causa dellas? Cavalleros viejos y moços, abades de todas dignidades, desde obispos hasta sacristanes; en entrando por la iglesia, vía derrocar bonetes en mi honor como si yo fuera una duquesa. El que menos había de negociar conmigo, por más ruin se tenía. De media legua que me viessen, dexavan las horas. Uno a uno, dos a dos venían a donde yo estava a ver si mandava algo, a preguntarme cada uno por la suya. En viéndome entrar se turbavan, que no hazían ni dezían cosa a derechas. Unos me llamavan «Señora», otros «Tía», otros «Enamorada», otros «Vieja honrada». Allí se concertavan sus venidas a mi casa, allí las idas a la suya, allí se me ofrescían dineros, allí promessas, allí otras dádivas, besando el cabo de mi manto, y aun algunos en la cara por me tener más contenta. Agora hame traído la fortuna a tal estado que me digas «Buena pro hagan las çapatas».²⁴²

SEMPRONIO.— Espantados nos tienes con tales cosas como nos cuentas de essa religiosa gente y benditas coronas. ¡Sí, que no serían todos!

CELESTINA.— No, hijo, ni Dios lo mande que yo tal cosa levante, que muchos viejos devotos había con quien yo poco medrava, y aun que no me podían ver, pero creo que de embidia de los otros que me fablavan. Como la clerezía era grande, había de todos: unos muy castos, otros que tenían cargo de mantener a las de mi oficio, y aun todavía creo que no faltan. Y embiavan sus escuderos y moços a que me acompañassen y, apenas era llegada a mi casa, cuando entravan por mi puerta muchos pollos y gallinas, ansarones, anadones, perdizes, tórtolas, pernils de tocino, tortas de trigo, lechones; cada cual como lo recibía de aquellos diezmos de Dios, así lo venía luego a registrar para que comiesse yo

240.— Petarca, *Ep. De rebus familiaribus*, I, ii, 11: «Scio me ascendere ut descendam: virere ut arescam: ut senescam adolescere: vivere ut moriar» [Deyermond, 1961: 77].

241.— Pequeña modificación del refrán: «Mozas locas y por casar, mal ganado es de guardar» [Correas].

242.— Falta la segunda parte del refrán: «Buena pro hagan los zapatos, ¿y la barba, puta?» [Correas].

y aquellas sus devotas. Pues, ¿vino no me sobraba? De lo mejor que se bebía en la ciudad, venido de diversas partes: de Monviedro, de Luque, de Toro, de Madrigal, de Sant Martín e de otros muchos lugares, y tantos que, aunque tengo la diferencia de los gustos y sabor en la boca, no tengo la diversidad de sus tierras en la memoria, que harto es que una vieja como yo en oliendo cualquiera vino diga de dónde es. Pues otros curas sin renta, no era ofrecido el bódigo cuando en besando el feligrés la estola, era del primer boleo en mi casa. Espesos, como ‘piedras a tablado’,²⁴³ entravan muchachos cargados de provisiones por mi puerta. ¡No sé cómo puedo bivar, cayendo de tal estado!

AREÚSA.— Por Dios, pues somos venidas a haver plazer, no llores, madre, ni te fatigues, que Dios remediará todo.

CELESTINA.— Harto tengo, hija, que llorar, acordándome de tan alegre tiempo y tal vida como yo tenía, y cuán servida era de todo el mundo, que jamás hovo fruta nueva de que yo primero no gozasse que otros supiesen si era nacida; en mi casa se había de hallar si para alguna preñada se buscasse.

SEMPRONIO.— Madre, ningún provecho trae la memoria del buen tiempo si cobrar no se puede. Antes tristeza, como a ti agora, que nos has sacado el plazer dentre las manos. Álcese la mesa, irnos hemos a holgar. Y tú darás respuesta a esta donzella que aquí es venida.

CELESTINA.— Hija Lucrecia, dexadas esas razones, querría que me dixieses a qué fue agora tu buena venida.

LUCRECIA.— Por cierto, ya se me había olvidado mi principal demanda y mensaje con la memoria de esse tan alegre tiempo como has contado. Y assí me estuviera un año sin comer escuchándote y pensando en aquella vida buena que aquellas moças gozarían, que me parece y semeja que estó yo agora en ella. Mi venida, señora, es lo que tú sabrás: pedirte el ceñidero. Y demás desto, te ruega mi señora sea de ti visitada

243.— Correas explica: «Usa este la *Celestina* diciendo que iban bodigos a su casa espesos como piedras a tablado, y porque muchos no entienden aquella comparación es bien declararla. Solían los caballeros levantar un tablado para ejercitarse en él en tirar bohordos, como se refiere en muchos romances viejos, y en aquellos de los siete Infantes de Lara, y otros del rey don Fernando de León. El tablado era un madero alto, derecho como un huso, hincado en el suelo, y en la punta alta puesto un tablamento cuadrado u ochavado como castillejo, casi como el que se pone en Salamanca sobre la picota en las fiestas de toros; a imitación de esto también levantaban otros tabladros los labradores en regocijos suyos de a pie, y en el castillejo metían un cántaro, y dentro del cántaro un gallo vivo, y su fiesta era que elegían un rey, y sus duques, y condes, y reina, y duquesas, y condesas, de las honradas del lugar y mozas; que con esta llaneza se trataron los pasados. El día postrero de los que duraba el reinado salían a la plaza o campo donde estaba levantado el tablado y el rey tiraba a él el primero una naranja, luego sus príncipes, después todo el pueblo, con piedras, procurando cada uno derribar el tablado y quebrar el cántaro, y el gallo era del que le quebraba, por esto tiraban muchas hasta derribarlo, y a este uso fue dicha la comparación, y se usa hoy día a la banda de Ciudad Rodrigo y León».

y muy presto, porque se siente muy fatigada de desmayos y de dolor del corazón.

☞ CELESTINA.— Hija, destes dolorcillos tales ‘más es el ruido que las nuezes’.
Maravillada estoy, sentirse del corazón mujer tan moça.

LUCRECIA.— (*Ap.*) ¡Assí te arrastren, traidora! ¿Tú no sabes qué es? Haze la vieja falsa sus hechizos y vase; después fázese de nuevas.

CELESTINA.— ¿Qué dizes, hija?

LUCRECIA.— Madre, que vamos presto y me des el cordón.

CELESTINA.— Vamos, que yo le llevo.





Comedia de Calisto y Melibea, ilustración del acto X.
Burgos: Fadrigue de Basilea, ;1499?.



Argumento del décimo auto

Mientras andan Celestina y Lucrecia por el camino, está hablando Melibea consigo misma. Llegan a la puerta. Entra Lucrecia primero; haze entrar a Celestina. Melibea, después de muchas razones, descubre a Celestina arder en amor de Calisto. Veen venir a Alisa, madre de Melibea, despídense de en uno. Pregunta Alisa a Melibea, su hija, de los negocios de Celestina. Defendiole su mucha conversación.

Melibea. Celestina. Lucrecia. Alisa.

MELIBEA.— ¡Oh lastimada de mí, oh mal proveída donzella! ¿Y no me fuera mejor conceder su petición y demanda ayer a Celestina, cuando de parte de aquel señor, cuya vista me cativó, me fue rogado, y contentarle a él y sanar a mí, que no venir por fuerça a descubrir mi llaga cuando no me sea agradescido, cuando ya, desconfiando de mi buena respuesta, haya puesto sus ojos en amor de otra? ¡Cuánta más ventaja tovierá mi prometimiento rogado que mi ofrescimiento forçoso! ¡Oh mi fiel criada Lucrecia!, ¿qué dirás de mí? ¿Qué pensarás de mi seso cuando me veas publicar lo que a ti jamás he querido descubrir? ¿Cómo te espantarás del rompimiento de mi honestidad y vergüença, que siempre como encerrada donzella acostumbré tener? No sé si avrás barruntado de dónde proceda mi dolor. ¡Oh si ya viniesses con aquella medianera de

mi salud! ¡O soberano Dios! A ti, que todos los atribulados llaman, los apasionados piden remedio, los llagados medicina; a ti, que los cielos, mar y tierra, con los infernales centros obedescen; a ti, el cual todas las cosas a los hombres sojuzgaste,²⁴⁴ humildemente suplico des a mi herido corazón sufrimiento y paciencia con que mi terrible pasión pueda disimular; no se desdore aquella hoja de castidad que tengo assentada sobre este amoroso desseo, publicando ser otro mi dolor que no el que me atormenta. Pero, ¿cómo lo podré hazer, lastimándome tan cruelmente el ponçoñoso bocado que la vista de su presencia de aquel cavallero me dio? ¡Oh género femíneo, encogido y fragile! ¿Por qué no fue también a las hembras concedido poder descubrir su congoxoso y ardiente amor como a los varones? Que ni Calisto biviera quexoso ni yo penada.

LUCRECIA.— Tía, detente un poquito cabe esta puerta. Entraré a ver con quién está hablando mi señora. Entra, entra, que consigo lo ha.

MELIBEA.— Lucrecia, echa essa antipuerta. ¡Oh vieja sabia y honrada, tú seas bienvenida! ¿Qué te parece cómo ha quesido mi dicha y la fortuna ha rodeado que yo tuviesse de tu saber necesidad, para que tan presto me hoviesses de pagar en la misma moneda el beneficio que por ti me fue demandado para esse gentil hombre que curavas con la virtud de mi cordón?

CELESTINA.— ¿Qué es, señora, tu mal, que assí muestra las señas de su tormento en las coloradas colores de tu gesto?

MELIBEA.— Madre mía, que me comen este corazón serpientes dentro de mi cuerpo.

CELESTINA.— (*Ap.*) Bien está, assí lo quería yo. Tú me pagarás, doña loca, la sobra de tu ira.

MELIBEA.— ¿Qué dizes? ¿Has sentido en verme alguna causa donde mi mal proceda?

CELESTINA.— Mo me has, señora, declarado la calidad del mal, ¿quieres que adevine la causa? Lo que yo digo es que rescibo mucha pena de ver triste tu graciosa presencia.

MELIBEA.— Vieja honrada, alégramela tú, que grandes nuevas me han dado de tu saber.

CELESTINA.— Señora, el sabidor solo Dios es. Pero como para salud y remedio de las enfermedades fueron reputadas las gracias en las gentes de hallar las melezinas, dellas por esperiencia, dellas por arte, dellas por natural instinto, alguna partezilla alcançó a esta pobre vieja, de la cual al presente podrás ser servida.

244.— Posible referencia a Salmos, VIII, 8.

MELIBEA.— ¡Oh qué gracioso y agradable me es oírte! Saludable es al enfermo la alegre cara del que le visita. Paréceme que veo mi corazón entre tus manos hecho pedaços, el cual, si tú quisieses, con muy poco trabajo juntarías con la virtud de tu lengua, no de otra manera que cuando vio en sueños aquel grande Alexandre, rey de Macedonia, en la boca del dragón la saludable raíz con que sanó a su criado Tolomeo del bocado de la bívora.²⁴⁵ Pues, por amor de Dios, te despojes para más diligente entender en mi mal y me des algún remedio.

CELESTINA.— ‘Gran parte de la salud es dessearla’,²⁴⁶ por lo cual creo menos peligroso ser tu dolor. Pero para yo dar mediante Dios congrua y saludable melezina, es necessario saber de ti tres cosas. La primera, ¿a qué parte de tu cuerpo más declina y aquexa el sentimiento? Otra, si es nuevamente por ti sentido, porque más presto se curan las tiernas enfermedades en sus principios que cuando han hecho curso en la perseveración de su oficio. Mejor se doman los animales en su primera edad que cuando es su cuero endurecido para venir mansos a la melena²⁴⁷. Mejor crecen las plantas que tiernas y nuevas se trasponen que las que frutificando ya se mudan. Muy mejor se despide el nuevo pecado que aquel que por costumbre antigua cometemos cada día. La tercera, si procedió de algún cruel pensamiento que assentó en aquel lugar. Y esto sabido, verás obrar mi cura. Por ende, cumple que ‘al médico como al confessor se hable toda verdad abiertamente’.²⁴⁸

MELIBEA.— Amiga Celestina, mujer bien sabia y maestra grande, mucho has abierto el camino por donde mi mal te pueda especificar. Por cierto, tú lo pides como mujer bien esperta en curar tales enfermedades. Mi mal es de corazón, la izquierda teta es su aposentamiento, tiende sus rayos a todas partes. Lo segundo, es nuevamente nascido en mi cuerpo, que no pensé jamás que podría dolor privar el seso como este haze; túrbame la cara, quítame el comer, no puedo dormir, ningún género de risa querría ver. La causa o pensamiento, que es la final cosa por ti preguntada de mi mal, esta no sabré dezirte, porque ni muerte de deudo ni pérdida de temporales bienes, ni sobresalto de visión ni sueño desvariado, ni otra cosa puedo sentir que fuesse, salvo alteración que tú

245.— Ejemplo seleccionado del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Quod Alexandro per visum draco radicem in ore gerens apparuit quia inventa et Ptolemaeum familiarem suum venenata aspide percussum et alios multos de eadem peste liberavit», mencionado en el *De Rebus memorandis*, IV. iii. 22 [Deyermond, 1961: 143].

246.— Se han propuesto diferentes fuentes latinas para esta sentencia (Séneca, Hipócrates, Galeno, etc.), que pasó a refrán. En Correas: «Gran parte es de la salud, desearla».

247.— «...cierta piel blanda, que se pone al buey en la frente, para que no se lastíme con el yugo» (*Dic. Aut.*); es decir, volverse dócil para aceptar el yugo.

248.— Referencia al dicho: «Al médico, confesor y letrado, no le traigas engañado; o no le hayas engañado» [Correas].

me causaste con la demanda que sospeché de parte de aquel cavallero Calisto cuando me pediste la oración.

CELESTINA.— ¡Cómo, señora! ¿Tan mal hombre es aquel, tan mal nombre es el suyo, que en sólo ser nombrado trae consigo ponçoña su sonido? No creas que sea essa la causa de tu sentimiento, antes otra que yo barrunto. Y pues que ansí es, si tú licencia me das, yo, señora, te la diré.

MELIBEA.— ¿Cómo, Celestina? ¿Qué es esse nuevo salario que pides? ¿De licencia tienes tú necesidad para me dar la salud? ¿Cuál médico jamás pidió tal seguro para curar al paciente? Di, di, que siempre la tienes de mí, tal que mi honra no dañes con tus palabras.

CELESTINA.— Véote, señora, por una parte quejar el dolor, por otra temer la melezina. Tu temor me pone miedo, el miedo silencio, el silencio tregua entre tu llaga y mi melezina; assí que será causa que ni tu dolor cesse ni mi venida aproveche.

MELIBEA.— Quanto más dilatas la cura, tanto más me acrescentas y multiplicas la pena y pasión. O tus melezinas son de polvos de infamia y licor de corrupción, confacionadas con otro más crudo dolor que el que de parte del paciente se siente, o no es ninguno tu saber; porque si lo uno o lo otro no te impidiese, cualquier remedio otro dirías sin temor, pues te pido lo muestres, quedando libre mi honra.

CELESTINA.— Señora, no tengas por nuevo ser más fuerte de sufrir al herido la ardiente trementina y los ásperos puntos que lastiman lo llagado, doblan la pasión, que no la primera lisió que dio sobre sano. Pues si tú quieres ser sana y que te descubra la punta de mi sutil aguja sin temor, haz para tus manos y pies una ligadura de sosiego, para tus ojos una cobertura de piedad, para tu lengua un freno de silencio, para tus oídos unos algodones de sofrimiento y paciencia, y verás obrar a la antigua maestra destas llagas.

MELIBEA.— ¡Oh cómo me muero con tu dilatar! Di, por Dios, lo que quisieres, haz lo que supieres, que no podrá ser tu remedio tan áspero que iguale con mi pena y tormento. Agora toque en mi honra, agora dañe mi fama, agora lastime mi cuerpo, aunque sea romper mis carnes para sacar mi dolorido corazón, te doy mi fe ser segura; y si siento alivio, bien galardonada.

LUCRECIA.— (*Ap.*) El seso tiene perdido mi señora. Gran mal es este. Cativado la ha esta hechizera.

CELESTINA.— (*Ap.*) ¡Nunca me ha de faltar un diablo acá y acullá! Escapome Dios de Pármeno, tópome con Lucrecia.

MELIBEA.— ¿Qué dizes, amada maestra? ¿Qué te hablava essa moça?

CELESTINA.— No le oí nada. Pero diga lo que dixere, sabe que no hay cosa más contraria en las grandes curas delante los animosos çurujanos que los flacos corazones, los cuales con su gran lástima, con sus dolorosas

hablas, con sus sensibles meneos ponen temor al enfermo, fazen que desconfie de la salud y al médico enojan y turban; y la turbación altera la mano, rige sin orden la aguja. Por donde se puede conocer claro que es muy necessario para tu salud que no esté persona delante; y así que la debes mandar salir. Y tú, hija Lucrecia, perdona.

MELIBEA.— ¡Salte fuera presto!

LUCRECIA.— (*Ap.*) Ya, ya, todo es perdido.

— (*Alto*) Ya me salgo, señora.

CELESTINA.— Tan bien me da osadía tu gran pena como ver que con tu sospecha has ya tragado alguna parte de mi cura. Pero todavía es necesario traer más clara melezina y más saludable descanso de casa de aquel cavallero Calisto.

MELIBEA.— ¡Calla, por Dios, madre, no traigan de su casa cosa para mi provecho ni le nombres aquí!

CELESTINA.— Sufre, señora, con paciencia, que es el primer punto y principal; no se quiebre, si no, todo nuestro trabajo es perdido. Tu lliga es grande, tiene necesidad de áspera cura. E lo duro con duro se ablanda más eficazmente. Y dizen los sabios que la cura del lastimero médico dexa mayor señal,²⁴⁹ y que nunca peligro sin peligro se vence.²⁵⁰ Temperancia²⁵¹, que pocas vezes lo molesto sin molestia se cura; e un clavo con otro se expele y un dolor con otro.²⁵² No concibas odio ni desamor, ni consientas a tu lengua dezir mal de persona tan virtuosa como Calisto, que si conocido fuesse...

MELIBEA.— ¡Oh por Dios, que me matas! ¿Y no tengo dicho que no me alabes esse hombre ni me le nombres en bueno ni en malo?

CELESTINA.— Señora, este es otro y segundo punto, el cual si tú con tu mal sofrimiento no consientes, poco aprovechará mi venida; y si, como prometiste lo sufres, tú quedarás sana y sin deuda, y Calisto sin quexa y pagado. Primero te avisé de mi cura y desta invisible aguja que, sin llegar a ti, sientes en solo mentarla en mi boca.

MELIBEA.— Tantas vezes me nombrarás esse tu cavallero, que ni mi promessa baste ni la fe que te di a sufrir tus dichos. ¿De qué ha de quedar pagado? ¿Qué le devo yo a él? ¿Qué le soy en cargo? ¿Qué ha fecho por mí? ¿Qué necessario es él aquí para el propósito de mi mal? Más agra-

249.— Petrarca: «Dura duris efficacius leniuntur: et saepe medici mollioris deformior est cicatrix», *De remediis*, II, 43 [Deyermond, 1961: 61].

250.— Sentencia del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Periculum numquam sine periculo vincitur», que remite a de *Rebus memorandis* III. ii. 60 [Deyermond, 1961: 144].

251.— En las ediciones de la *Tragicomedia*: «Ten paciencia»; sigo a la *Comedia*.

252.— Petrarca: «Dolor dolore: clavus clavo pellitur: ut antiquo dicitur proverbio: Vix molestum aliquid sine molestia curatur», *De remediis*, II, 84 [Deyermond, 1961: 62].

dable me sería que rasgases mis carnes y sacases mi corazón, que no traer esas palabras aquí.

CELESTINA.— Sin te romper las vestiduras se lanzó en tu pecho el amor. No rasgaré yo tus carnes para la curar.

MELIBEA.— ¿Cómo dizes que llaman a este mi dolor, que así se ha enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo?

CELESTINA.— Amor dulce.

MELIBEA.— Eso me declara qué es, que en sólo oírlo me alegro.

CELESTINA.— Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una delectable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.²⁵³

MELIBEA.— ¡Ay, mezquina de mí! Que si verdad es tu relación, dudosa será mi salud, porque según la contrariedad que esos nombres entre sí muestran, lo que al uno fuere provechoso acarreará al otro más pasión.

CELESTINA.— No desconfíe, señora, tu noble juventud de salud; que ‘cuando el alto Dios da la llaga, tras ella embía el remedio’. Mayormente que sé yo al mundo nacida una flor que de todo esto te delibre.

MELIBEA.— ¿Cómo se llama?

CELESTINA.— No te lo oso dezir.

MELIBEA.— Di, no temas.

CELESTINA.— Calisto. ¡O por Dios, señora Melibea!, ¿qué poco esfuerço es este? ¡Qué descaezcimiento! ¡Oh mezquina yo! Alça la cabeça. ¡Oh malaventurada vieja, en esto han de parar mis passos! Si muere, matarme han; aunque biva, seré sentida, que ya no podrá sufrir de no publicar su mal y mi cura. ¡Señora mía Melibea! ¿Ángel mío, qué has sentido? ¿Qué es de tu habla graciosa? ¿Qué es de tu color alegre? ¡Abre tus claros ojos! ¡Lucrecia, Lucrecia, entra presto acá, verás amortescida a tu señora entre mis manos! ¡Baxa presto por un jarro de agua!

MELIBEA.— Passo, passo, que yo me esforçaré. No escandalizes la casa.

CELESTINA.— ¡Oh cuitada de mí! No te descaezcas, señora, háblame como sueles.

MELIBEA.— Y muy mejor. Calla, no me fatigues.

CELESTINA.— Pues ¿qué me mandas que haga, perla preciosa? ¿Qué ha sido este tu sentimiento? Creo que se van quebrando mis puntos.

MELIBEA.— Quebrose mi honestidad, quebrose mi empacho, afloxó mi mucha vergüença. Y como muy naturales, como muy domésticos, no pudieron tan livianamente despedirse de mi cara que no llevasen consigo su color por algún poco de espacio, mi fuerça, mi lengua y gran parte de mi sentido. ¡Oh pues ya, mi nueva maestra, mi fiel secretaria,

253.— Petrarca: «Est enim amor latens ignis: gratum vulnus: sapidum venenum: dulcis amaritudo: delectabilis morbus: iucundum supplicium: blanda mors», *De remediis*, I, 69 [*Celestina comentada*: 151; Castro Guisasola: 125, Deyermond, 1961, 58].

lo que tú tan abiertamente conoces, en vano trabajo por te lo encubrir! Muchos y muchos días son passados que esse noble cavallero me habló en amor; tanto me fue entonces su habla enojosa cuanto, después que tú me le tornaste a nombrar, alegre. Cerrado han tus puntos mi llaga; venida soy en tu querer. En mi cordón le llevaste embuelta la possession de mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento; su pena era la mayor mía. Alabo y loo tu buen sufrimiento, tu cuerda osadía, tu liberal trabajo, tus solícitos y fieles passos, tu agradable habla, tu buen saber, tu demasiada solicitud, tu provechosa importunidad. Mucho te deve esse señor y más yo, que jamás pudieron mis reproches afloxar tu esfuerço y perseverar, confiando en tu mucha astucia. Antes, como fiel servidora, cuando más denostada, más diligente; cuando más disfavor, más esfuerço; cuando peor respuesta, mejor cara; cuando yo más airada, tú más humilde. Pospuesto todo temor, has sacado de mi pecho lo que jamás a ti ni a otro pensé descubrir.

CELESTINA.— Amiga y señora mía, no te maravilles, porque estos fines con efeto me dan osadía a sufrir los ásperos y escrupulosos desvíos de las encerradas donzellas como tú. Verdad es que ante que me determinasse, assí por el camino como en tu casa, estuve en grandes dubdas si te descubriría mi petición. Visto el gran poder de tu padre, temía; mirando la gentileza de Calisto, osava; vista tu discreción, me recelava; mirando tu virtud y humanidad, me esforçava. En lo uno hablava el miedo, en lo otro la seguridad.²⁵⁴ Y pues assí, señora, has quesido descubrir la gran merced que nos has hecho, declara tu voluntad, echa tus secretos en mi regaço, pon en mis manos el concierto deste concierto. Yo daré forma cómo tu desseo y el de Calisto sean en breve complidos.

MELIBEA.— ¡Oh mi Calisto y mi señor, mi dulce y suave alegría! Si tu corazón siente lo que agora el mío, maravillada estoy cómo la ausencia te consiente bivar. ¡Oh mi madre y mi señora, haz de manera cómo luego le pueda ver, si mi vida quieres!

CELESTINA.— Ver y hablar.

MELIBEA.— ¿Hablar? Es imposible.

CELESTINA.— Ninguna cosa a los hombres que quieren hazerla es imposible.

MELIBEA.— Dime cómo.

CELESTINA.— Yo lo tengo pensado y te lo diré: por entre las puertas de tu casa.

MELIBEA.— ¿Cuándo?

254.— Se ha resaltado la semejanza de este fragmento con el Prólogo de la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro: «Primero que me determinase, estuve en grandes dubdas. Vista vuestra discreción, temía; mirada vuestra virtud, osava. En lo uno hallava el miedo, y en lo otro buscava la seguridad» [Castro Guisasola: 184; Whinnom, 1971: 80, n. 9].

CELESTINA.— Esta noche.

MELIBEA.— Gloriosa me serás si lo ordenas. Di, ¿a qué hora?

CELESTINA.— A las doze.

MELIBEA.— Pues ve, mi señora, mi leal amiga, y habla con aquel señor y que venga muy passo. Y de allí se dará concierto según su voluntad a la hora que has ordenado.

CELESTINA.— A Dios, que viene hazia acá tu madre.

MELIBEA.— Amiga Lucrecia, mi leal criada y fiel secretaria, ya has visto cómo no ha sido más en mi mano. Cativome el amor de aquel caballero. Ruégote, por Dios, se cubra con secreto sello, porque yo goze de tan suave amor. Tú serás de mí tenida en aquel grado que mereçe tu fiel servicio.

LUCRECIA.— Señora, mucho antes de agora tengo sentida tu llaga y calado tu desseo. Hame fuertemente dolido tu perdición. Cuanto más tú me querías encobrir y celar el fuego que te quemava, tanto más sus llamas se manifestavan en la color de tu cara, en el poco sossiego del corazón, en el meneo de tus miembros, en comer sin gana, en el no dormir. Assí que contino se te caían como de entre las manos señales muy claras de pena. Pero como en los tiempos que la voluntad reina en los señores, o desmedido apetito, cumple a los servidores obedecer con diligencia corporal y no con artificiales consejos de lengua; sufría con pena, callava con temor, encobría con fieltad, de manera que fuera mejor el áspero consejo que la blanda lisonja. Pero, pues ya no tiene tu merced otro medio sino morir o amar, mucha razón es que se escoja por mejor aquello que en sí lo es.

ALISA.— ¿En qué andas acá, vezina, cada día?

CELESTINA.— Señora, faltó ayer un poco de hilado al peso y vénelo a cumplir, porque di mi palabra. Y traído, voyme. Quede Dios contigo.

ALISA.— Y contigo vaya.

—Hija Melibea, ¿qué quería la vieja?

MELIBEA.— Venderme un poquito de solimán.

ALISA.— Esoo creo yo más que lo que la vieja ruin dixo. Pensó que recibiría yo pena dello y mintiome. Guárdate, hija, della, que es gran traidora, que ‘el sutil ladrón siempre rodea las ricas moradas’.²⁵⁵ Sabe esta con sus traiciones, con sus falsas mercadurías, mudar los propósitos castos. Daña la fama; a tres vezes que entra en una casa engendra sospecha.

LUCRECIA.— (Ap.) Tarde acuerda nuestra ama.

255.— Se hace referencia al refrán: «El sutil ladrón busca el rico mesón» [Correas].

ALISA.— Por amor mío, hija, que si acá tornare sin verla yo, que no hayas por bien su venida ni la rescibas con plazer. Halle en ti honestidad en tu respuesta y jamás bolverá, que la verdadera virtud más se teme que espada.

MELIBEA.— ¿D'essas es? ¡Nunca más! Bien huelgo, señora, de ser avisada, por saber de quién me tengo de guardar.





Tragicomedia de Calisto y Melibea, ilustración del acto XI y XII.
Venecia: Cesare Arrivabene, 1519.

Calisto. Celestina. Pármemo. Sempronio. Elicia.



Argumento del onzeno auto

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle sola hablando. Vee a Sempronio y a Pármemo que van a la Magdalena por su señor. Sempronio habla con Calisto. Sobreviene Celestina. Van a casa de Calisto. Declárale Celestina su mensaje y negocio recaudado con Melibea. Mientras ellos en estas razones están, Pármemo y Sempronio entre sí hablan. Despídese Celestina de Calisto. Va para su casa; llama a la puerta; Elicia le viene abrir. Cenan y vanse a dormir.

Calisto. Celestina. Pármemo. Sempronio. Elicia.

CELESTINA.— ¡Ay, Dios, si llegasse a mi casa con mi mucha alegría a cuestas! A Pármemo y a Sempronio veo ir a la Magdalena. Tras ellos me voy; y si ahí no estoviere Calisto, passaremos a su casa a pedirle albricias de su gran gozo.

SEMPRONIO.— Señor, mira que tu estada es dar a todo el mundo que dezir. Por Dios, que huigas de ser traído en lenguas, que al muy devoto llaman hipócrita. ¿Qué dirán, sino que andas royendo los santos? Si pasión tienes, súfrela en tu casa, no te sienta la tierra, no descubras tu pena a los estraños, pues 'está en manos el pandero, que lo sabrá bien tañer'.

CALISTO.— ¿En qué manos?

SEMPRONIO.— De Celestina.

CELESTINA.— ¿Qué, nombráis a Celestina? ¿Qué dezís desta esclava de Calisto? Toda la calle del Arcediano vengo a más andar tras vosotros por alcançaros, y jamás he podido con mis luengas haldas.

CALISTO.— ¡Oh joya del mundo, acorro de mis passiones, espejo de mi vista! El corazón se me alegra en ver essa honrada presencia, essa noble senetud. Dime, ¿con qué vienes? ¿Qué nuevas traes?, que te veo alegre y no sé en qué está mi vida.

CELESTINA.— En mi lengua.

CALISTO.— ¿Qué dizes, gloria y descanso mío? Declárame más lo dicho.

CELESTINA.— Salgamos, señor, de la iglesia, y de aquí a la casa te contaré algo con que te alegres de verdad.

PÁRMENO.— (*Ap.*) Buena viene la vieja, hermano. Recabdado deve de haver.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) Escucha.

CELESTINA.— Todo este día, señor, he trabajado en tu negocio y he dexado perder otros en que harto me iva. Muchos tengo quexosos por tener a ti contento. Más he dexado de ganar que piensas, pero todo vaya en buena hora, pues tan buen recaudo traigo. E óyeme, que en pocas palabras te lo diré, que soy corta de razón. A Melibea dexo a tu servicio.

CALISTO.— ¿Qué es esto que oigo?

CELESTINA.— Que es más tuya que de sí misma; más está a tu mandado y querer que de su padre Pleberio.

CALISTO.— Habla cortés, madre. No digas tal cosa, que dirán estos moços que estás loca. Melibea es mi señora, Melibea es mi dios, Melibea es mi vida; yo su cativo, yo su siervo.

SEMPRONIO.— Con tu desconfianza, señor, con tu poco preciarte, con tenerte en poco, hablas essas cosas con que atajas su razón. A todo el mundo turbas diziendo desconciertos. ¿De qué te santiguas? Dale algo por su trabajo; harás mejor, que esso esperan essas palabras.

CALISTO.— Bien has dicho. Madre mía, yo sé cierto que jamás igualará tu trabajo mi liviano galardón. En lugar de manto y saya, porque no se dé parte a oficiales, toma esta cadenilla. Ponla al cuello y procede en tu razón y mi alegría.

PÁRMENO.— (*Ap.*) ¿Cadenilla la llama? ¿No lo oyes, Sempronio? No estima el gasto. Pues yo te certifico no diesse mi parte por medio marco de oro, por mal que la vieja la reparta.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) Oírte ha nuestro amo. Ternemos en él que amansar y en ti que sanar, según está hinchado de tu mucho murmurar. Por mi amor, hermano, que oigas y calles, que por esso te dio Dios dos oídos y una lengua sola.²⁵⁶

256.— Sentencia latina atribuida a Xenócrates y Solón: «Ideo natura dedit homini aures duas, os unum» [Castro Guisasaola: 42].

PÁRMENO.— (*Ap.*) ¡Oirá el diablo! Está colgado de la boca de la vieja, sordo y mudo y ciego, hecho personaje sin son, que aunque le diésemos higas, diría que alçávamos las manos a Dios, rogando por buen fin de sus amores.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) Calla, oye, escucha bien a Celestina. En mi alma, todo lo merece y más que le diesse. Mucho dize.

CELESTINA.— Señor Calisto, para tan flaca vieja como yo, de mucha franqueza usaste. Pero como todo don o dádiva se juzgue grande o chica respecto del que lo da,²⁵⁷ no quiero traer a consecuencia mi poco merecer ante quien sobra en cualidad y en cantidad, mas medirse ha con tu magnificencia, ante quien no es nada. En pago de la cual te restituyo tu salud, que iva perdida; tu corazón, que faltava; tu seso, que se alterava. Melibea pena por ti más que tú por ella. Melibea te ama y dessea ver. Melibea piensa más horas en tu persona que en la suya. Melibea se llama tuya y esto tiene por título de libertad. Y con esto amansa el fuego que más que a ti la quema.

CALISTO.— Moços, ¿estó yo aquí? Moços, ¿oigo yo esto? Moços, mirad si estoy despierto. ¿Es de día o de noche? ¡Oh señor Dios, Padre celestial, ruégote que esto no sea sueño! Despierto, pues, estoy. Si burlas, señora, de mí por me pagar en palabras, no temas, di verdad, que para lo que tú de mí has rescebido, más merecen tus passos.

CELESTINA.— Nunca el corazón lastimado de desseo toma la buena nueva por cierta ni la mala por dudosa.²⁵⁸ Pero si burlo o si no, verlo has yendo esta noche, según el concierto dexo con ella, a su casa, en dando el relox doze, a le hablar por entre las puertas; de cuya boca sabrás más por entero mi solicitud y su desseo, y el amor que te tiene y quién lo ha causado.

CALISTO.— ¡Ya, ya! ¿Tal cosa espero? ¿Tal cosa es possible haver de pasar por mí? Muerto soy de aquí allá. No soy capaz de tanta gloria, no merecedor de tan gran merced, no digno de hablar con tal señora de su voluntad y grado.

CELESTINA.— Siempre lo oí dezir, que es más difícil de sufrir la próspera fortuna que la adversa,²⁵⁹ que la una no tiene sossiego y la otra tiene consuelo. ¿Cómo, señor Calisto, y no mirarías quién tú eres? ¿Y no mirarías el tiempo que has gastado en su servicio? ¿Y no mirarías a quién

257.— Aforismo latino asignado a Varrón: «Ex animo dantis censetur munus parvum vel magnum» [Castro Guisasola: 58].

258.— Castro Guisasola: 184, ve una clara referencia al *Tratado que hizo Nicolás Nuñez*: «Juzga lo que dizes e mira cuál estava, e verás que el corazón lastimado nunca toma la buena nueva por cierta ni la mala por dudosa».

259.— Máxima del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Fortunae prosperae regimen difficilium est quam adversae», correspondiente a *De Remediis*, I, Praef. [Deyermond, 1961: 144].

has puesto entremedias? Y assimismo, que hasta agora siempre has estado dubdoso de la alcançar y tenías sufrimiento, agora que te certifico el fin de tu penar, ¿quieres poner fin a tu vida? ¡Mira, mira, que está Celestina de tu parte! Y que aunque todo te faltasse lo que en un enamorado se requiere, te vendería por el más acabado galán del mundo; que te haría llanas las peñas para andar, que te haría las más crescidas aguas corrientes passar sin mojarte. Mal conoces a quien das tu dinero.

CALISTO.— ¡Cata, señora, qué me dizes! ¿Que verná de su grado?

CELESTINA.— Y aun de rodillas.

SEMPRONIO.— No sea ruido hechizo, que nos quieren tomar a manos a todos. Cata, madre, que assí se suelen ‘dar las çaraças’ en pan embueltas, porque no las sienta el gusto.²⁶⁰

PÁRMENO.— Nunca te oí dezir mejor cosa. Mucha sospecha me pone el presto conceder de aquella señora y venir tan aína en todo su querer de Celestina, engañando nuestra voluntad con sus palabras dulces y pres-tas por hurtar por otra parte, como hazen los de Egipto cuando el signo nos catan en la mano²⁶¹. Pues alahé, madre, con dulces palabras están muchas injurias vengadas. El falso boizuelo con su blando cencerrar trae las perdizes a la red; el canto de la serena engaña los simples marineros con su dulçor; assí esta con su mansedumbre y concessión presta querrá tomar una manada de nosotros a su salvo. Purgará su inocencia con la honra de Calisto y con nuestra muerte. Assí como ‘corderica mansa que mama su madre y la ajena’, ella con su segurar tomará la vengança de Calisto en todos nosotros, de manera que, con la mucha gente que tiene, podrá caçar a padres y hijos en una nidada, y tú estarte has rascando a tu fuego, diciendo: «A salvo está el que repica».

CALISTO.— ¡Callad, locos, vellacos, sospechosos! Paresce que dais a entender que los ángeles sepan hazer mal. Sí, que Melibea ángel dissimulado es, que bive entre nosotros.

SEMPRONIO.— (Ap.) ¡Todavía te buelves a tus heregías! Escúchale, Pármeno, no te pene nada, que si fuere trato doble, él lo pagará, que nosotros buenos pies tenemos.

CELESTINA.— Señor, tú estás en lo cierto; vosotros cargados de sospechas vanas. Yo he hecho todo lo que a mí era a cargo. Alegre te dexo. Dios

260.— El autor podría tener en mente el parlamento de Senex en el *Diálogo entre el Viejo, el Amor y la Mujer hermosa* sobre la condición engañosa del Amor: «Falsa cara d'alacrán, / cierto daño que atormenta, / ya sé bien cómo se dan / las zarazas en el pan / por qu'el gusto no las sienta» (vv. 131-35) [Pérez Priego, 1997, 194]. Diálogo que continúa posteriormente con Pármeno (véase nota siguiente).

261.— Se refiere a los gitanos (los de Egipto) cuando leen el porvenir mediante las líneas de la mano. La crítica ve una relación de dependencia entre este pasaje con el *Diálogo entre el Amor y un Viejo y Diálogo entre el Viejo, el Amor y la Mujer hermosa*: «Conozco tu condición (...) / No m'engaña el sobreescrito, / no tu çiençia, no tu arte, / aunque, como los de Egito, / halagas el apetito / por hurtar por otra parte», vv. 86-90 [Pérez Priego, 1997, 194].

te libre y aderece. Pártome muy contenta. Si fuere menester para esto o para más, allí estoy muy aparejada a tu servicio.

PÁRMENO.— (*Ap.*) ¡Hi, hi, hi!

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¿De qué te ríes, por tu vida?

PÁRMENO.— (*Ap.*) De la priessa que la vieja tiene por irse; no vee la hora que haver despegado la cadena de casa. No puede creer que la tenga en su poder ni que se la han dado de verdad. No se halla digna de tal don, tan poco como Calisto de Melibea.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¿Qué quieres que haga una puta vieja alcahueta, que sabe y entiende lo que nosotros callamos, y suele hazer siete virgos por dos monedas, después de verse cargada de oro, sino ponerse en salvo con la possession, con temor no se la tornen a tomar después que ha cumplido de su parte aquello para que era menester? ¡Pues, guárdese del diablo, que sobre el partir no le saquemos el alma!

CALISTO.— Dios vaya contigo, madre. Yo quiero dormir y reposar un rato para satisfazer a las passadas noches y cumplir con la por venir.

CELESTINA.— ¡Tha, tha, tha, tha!

ELICIA.— ¿Quién llama?

CELESTINA.— Abre, hija Elicia.

ELICIA.— ¿Cómo vienes tan tarde? No lo debes hazer, que eres vieja. Tropearás donde caigas y mueras.

CELESTINA.— No temo esso, que de día me aviso por dó venga de noche, que jamás me subo por poyo ni calçada, sino por medio de la calle.

☞ Porque, como dizen: ‘No da passo seguro quien corre por el muro’, e
☞ que ‘Aquél va mas sano que anda por llano’. Más quiero ensuziar mis çapatos con el lodo que ensangrentar las tocas y los cantos. Pero no te duele a ti en esse lugar.

ELICIA.— Pues, ¿qué me ha de doler?

CELESTINA.— Que se fue la compañía que te dexé y quedaste sola.

ELICIA.— Son passadas cuatro horas después y ¿havíaseme de acordar desso?

CELESTINA.— Quanto más presto te dexaron, más con razón lo sentiste. Pero dexemos su ida y mi tardança; entendamos en cenar y dormir.





Tragicomedia de Calisto y Melibea, ilustración del acto XII.
Valencia: Juan Viñao, 1529.



Argumento del dozeno auto

Llegando la medianoche, Calisto, Sempronio y Pármeno, armados, van para casa de Melibea. Lucrecia y Melibea están cabe la puerta, aguardando a Calisto. Viene Calisto; háblale primero Lucrecia. Llama a Melibea. Apártase Lucrecia. Háblanse por entre las puertas Melibea y Calisto. Pármeno y Sempronio en su cabo departen. Oyen gentes por la calle. Apercíbense para huir. Despídese Calisto de Melibea, dexando concertada la tornada para la noche siguiente. Pleberio, al son del ruido que havía en la calle, despierta. Llama a su mujer Alisa. Preguntan a Melibea quién da patadas en su cámara. Responde Melibea a su padre fingiendo que tenía sed. Calisto con sus criados va para su casa hablando. Échase a dormir. Pármeno y Sempronio van a casa de Celestina; demandan su parte de la ganancia. Dissimula Celestina. Vienen a reñir. Échanle mano a Celestina. Mátanla. Da bozes Elicia. Viene la justicia y prende a ambos.

*Calisto. Lucrecia. Melibea. Sempronio. Pármeno.
Pleberio. Alisa. Celestina. Elicia.*

CALISTO.— Moços, ¿qué hora da el reloj?

SEMPRONIO.— Las diez.

CALISTO.— ¡Oh cómo me descontenta el olvido en los moços! De mi mucho acuerdo en esta noche y tu descuidar y olvido se haría una razonable memoria y cuidado. ¿Cómo, desatinado, sabiendo cuánto me va en ser diez o onze, me respondías a tiento lo que más aína se te vino a la

boca? ¡Oh, cuitado de mí!, si por caso me hoviera dormido y colgara mi pregunta de la respuesta de Sempronio para hazerme de onze diez, y assí de doze onze, saliera Melibea, yo no fuera ido, tornárase; de manera que ni mi mal hoviera fin ni mi desseo execución. No se dize en balde que ‘mal ajeno de pelo cuelga’.

SEMPRONIO.— ‘Tanto yerro me parece, sabiendo, preguntar, como ignorando, responder’. Mejor sería, señor, que se gastasse esta hora que queda en adereçar armas que en buscar cuestiones.

CALISTO.— Bien me dize este necio. No quiero en tal tiempo recibir enojo, no quiero pensar en lo que pudiera venir, sino en lo que fue; no en el daño que resultara de su negligencia, sino en el provecho que verná de mi solicitud. Quiero dar espacio a la ira, que o se me quitará o se me ablandará. Descuelga, Pármeno, mis coraças y armaos vosotros, y assí iremos a buen recaudo, porque, como dizen, ‘el hombre apercebido, medio combatido’.

PÁRMENO.— Helas aquí, señor.

CALISTO.— Ayúdame aquí a vestirlas. Mira tú, Sempronio, si parece alguno por la calle.

SEMPRONIO.— Señor, ninguna gente parece y, aunque la hoviesse, la mucha escuridad privaría el viso y conoscimiento a los que nos encontrassen.

CALISTO.— Pues andemos por esta calle, aunque se rodee alguna cosa, porque más encubiertos vamos. Las doze da[n] ya; buena hora es.

PÁRMENO.— Cerca estamos.

CALISTO.— A buen tiempo llegamos. Párate tú, Pármeno, a ver si es venida aquella señora por entre las puertas.

PÁRMENO.— ¿Yo, señor? Nunca Dios mande que sea en dañar lo que no concerté. Mejor será que tu presencia sea su primer encuentro, porque, viéndome a mí, no se turbe de ver que de tantos es sabido lo que tan ocultamente querría fazer y con tanto temor haze; o porque quiçá pensará que la burlaste.

CALISTO.— ¡Oh qué bien has dicho! La vida me has dado con tu sutil aviso, pues no era más menester para me llevar muerto a casa que bolverse ella por mi mala providencia. Yo me llego allá, quedaos vosotros en esse lugar.

PÁRMENO.— ¿Qué te parece, Sempronio, cómo el necio de nuestro amo pensava tomarme por broquel para el encuentro del primer peligro? ¿Qué sé yo quién está tras las puertas cerradas? ¿Qué sé yo si hay alguna traición? ¿Qué sé yo si Melibea anda porque le pague nuestro amo su mucho atrevimiento desta manera? E más aun, no somos muy ciertos dezir verdad la vieja. No sepas hablar, Pármeno, sacarte han el alma sin saber

quién. No seas lisonjero, como tu amo quiere, y jamás ‘llorarás duelos ajenos’. No tomes en lo que te cumple el consejo de Celestina y hallarte has a oscuras. Andate ahí con tus consejos y amonestaciones fieles, darte han de palos. No vuelvas la hoja y quedarte has a buenas noches. Quiero hazer cuenta que hoy me nací, pues de tal peligro me escapé.

SEMPRONIO.— ¡Passo, passo, Pármeno! No saltes ni fagas esse bollicio de plazer, que darás causa que seas sentido.

PÁRMENO.— Calla, hermano, que no me hallo de alegría. ¡Cómo le hize creer que por lo que a él cumplía dexava de ir, y era por mi seguridad! ¿Quién supiera assí rodear su provecho como yo? Muchas cosas me verás hazer, si estás daquí adelante atento, que no lo sientan todas personas, assí con Calisto como con cuantos en este negocio suyo se entremetieren. Porque soy cierto que esta donzella ha de ser para él ‘cevo de anzuelo o carne de buiterra’,²⁶² que suelen pagar bien el escote los que a comerla vienen.

SEMPRONIO.— Anda, no te penen a ti essas sospechas, aunque salgan verdaderas. Apercíbete, a la primera boz que oyeres, ‘tomar calças de Villadiego’.²⁶³

PÁRMENO.— Leído has donde yo. En un coraçón estamos. Calças traigo y aun borzeguías de esos ligeros, que tú dizes, para mejor huir que otro. Plázeme que me has, hermano, avisado de lo que yo no hiziera de vergüença de ti, que nuestro amo, si es sentido, no temo que escapará de manos desta gente de Pleberio, para podernos después demandar cómo lo fezimos y incusarnos el huir.

SEMPRONIO.— ¡Oh, Pármeno amigo, cuán alegre y provechosa es la conformidad en los compañeros! Aunque por otra cosa no nos fuera buena Celestina, era harta utilidad la que por su causa nos ha venido.

PÁRMENO.— Ninguno podrá negar lo que por sí se muestra. Manifiesto es que, con vergüença el uno del otro, por no ser odiosamente acusado de covarde, esperáramos aquí la muerte con nuestro amo, no siendo más de él merecedor della.

SEMPRONIO.— Salido deve haver Melibea. Escucha, que hablan quedito.

PÁRMENO.— ¡Oh cómo temo que no sea ella, sino alguna que finja su boz!

SEMPRONIO.— ¡Dios nos libre de traidores! No nos hayan tomado la calle por do tenemos de fuir, que de otra cosa no tengo temor.

262.— Se ha relacionado esta frase con Rodrigo Cota, *Diálogo entre el amor y un viejo* e Íñigo de Mendoza, *Coplas que fizo... en vituperio de las malas hembras*. Aunque en ambos textos aparecen las mismas referencias, bien podían todas proceder del refrán o frase hecha: «Cebo de anzuelo y carne de buiterra. / Que el cebo del anzuelo es engañoso como la carne de buiterra, que se pone con el lazo para engañar y cazar los buitres y otros animales; que uno y otro es parecido, conforme al otro: «Pan de boda, carne de buiterra» [Correas]».

263.— Correas: «Acordó poner tierra en medio, y tomó calzas de Villadiego».

CALISTO.— (*Ap.*) Esse bullicio más de una persona lo haze. Quiero hablar, sea quien fuere.

— (*Alto*) ¡Ce, señora mía!

LUCRECIA.— (*Ap.*) La boz de Calisto es esta. Quiero llegar.

— (*Alto*) ¿Quién habla? ¿Quién está fuera?

CALISTO.— Aquel que viene a complir tu mandado.

LUCRECIA.— (*Bajo*) ¿Por qué no llegas, señora? Llega sin temor acá, que aquel cavallero está aquí.

MELIBEA.— (*Bajo*) ¡Loca, habla passo! Mira bien si es él.

LUCRECIA.— (*Bajo*) Allégate, señora, que sí es, que yo le conosco en la boz.

CALISTO.— (*Ap.*) Cierto, soy burlado. No era Melibea la que me fabló.

¡Bullicio oigo, perdido soy! Pues biva o muera, que no he de ir de aquí.

MELIBEA.— (*Bajo*) Vete, Lucrecia, a acostar un poco.

— (*Alto*) ¡Ce, señor! ¿Cómo es tu nombre? ¿Quién es el que te mandó ahí venir?

CALISTO.— Es la que tiene merecimiento de mandar a todo el mundo, la que dignamente servir yo no merezco. No tema tu merced de se descubrir a este cativo de su gentileza, que el dulce sonido de tu habla jamás de mis oídos se cae, me certifica ser tú mi señora Melibea. Yo soy tu siervo Calisto.

MELIBEA.— La sobrada osadía de tus mensajes me ha forçado a haverte de hablar, señor Calisto, que haviendo havido de mí la passada respuesta a tus razones, no sé qué piensas más sacar de mi amor de lo que entonces te mostré. Desvía estos vanos y locos pensamientos de ti, porque mi honra y persona estén sin detrimento de mala sospecha seguras. A esto fue aquí mi venida, a dar concierto en tu despedida y mi reposo. No quieras poner mi fama en la balança de las lenguas maldizientes.

CALISTO.— A los coraçones aparejados con apercibimiento rezio contra las adversidades, ninguna puede venir que passe de claro en claro la fuerza de su muro. Pero el triste que, desarmado y sin proveer los engaños y celadas, se vino a meter por las puertas de tu seguridad, cualquiera cosa que en contrario vea es razón que me atormente y passe rompiendo todos los almazenes en que la dulce nueva estava aposentada. ¡Oh malaventurado Calisto! ¡Oh cuán burlado has sido de tus sirvientes! ¡Oh engañosa mujer Celestina, dexárasme acabar de morir y no tomaras a bificar mi esperança para que tuviesse más que gastar el fuego que ya me aquexa! ¿Por qué falsaste la palabra desta mi señora? ¿Por qué has assí dado con tu lengua causa a mi desesperación? ¿A qué me mandaste aquí venir para que me fuesse mostrado el disfavor, el entredicho, la desconfiança, el odio, por la mesma boca desta que tiene las llaves de mi perdición y gloria? ¡Oh, enemiga!, ¿y tú no me dexiste que esta mi señora me era favorable? ¿No me dexiste que de su grado mandava

venir este su cativo al presente lugar, no para me desterrar nuevamente de su presencia, pero para alçar el destierro ya, por otro su mandamiento puesto ante de agora? ¿En quién hallaré yo fe? ¿Adónde hay verdad? ¿Quién carece de engaño o dónde no moran falsarios? ¿Quién es claro enemigo? ¿Quién es verdadero amigo? ¿Dónde no se fabrican traiciones? ¿Quién osó darme tan cruda esperanza de perdición?

MELIBEA.— Cessen, señor mío, tus verdaderas querellas, que ni mi corazón basta para las sufrir ni mis ojos para lo dissimular. Tú lloras de tristeza, juzgándome cruel; yo lloro de plazer, viéndote tan fiel. ¡Oh mi señor y mi bien todo, cuánto más alegre me fuera poder ver tu faz que oír tu boz! Pero pues no se puede al presente más hazer, toma la firma y sello de las razones que te embié scritas en la lengua de aquella solícita mensajera. Todo lo que te dixo confirmo, todo lo he por bueno. Limpia, señor, tus ojos. Ordena de mí a tu voluntad.

CALISTO.— ¡Oh, señora mía, esperanza de mi gloria, descanso y alivio de mi pena, alegría de mi corazón! ¿Qué lengua será bastante para te dar iguales gracias a la sobrada y incomparable merçed que en este punto, de tanta congoxa para mí, me has quesido fazer en querer que un tan flaco y indigno hombre pueda gozar de tu suavíssimo amor? Del cual, aunque muy desseoso, siempre me juzgava indigno mirando tu grandeza, considerando tu estado, remirando tu perfección, contemplando tu gentileza, acatando mi poco merecer y tu alto merecimiento, tus estremadas gracias, tus loadas y manifiestas virtudes. Pues, ¡oh alto Dios, cómo te podré ser ingrato, que tan milagrosamente has obrado conmigo tus singulares maravillas! ¡Oh cuántos días antes de agora passados me fue venido esse pensamiento a mi corazón, y por impossible lo rechaçava de mi memoria, hasta que ya los rayos ilustrantes de tu muy claro gesto dieron luz en mis ojos, encendieron mi corazón, despertaron mi lengua, estendieron mi merecer, acortaron mi covardía, destorcieron mi encogimiento, doblaron mis fuerças, desadormecieron mis pies y manos; finalmente me dieron tal osadía, que me han traído con su mucho poder a este sublimado estado en que agora me veo, oyendo de grado tu suave boz, la cual, si ante de agora no conosciessse y no sintiessse tus saludables olores, no podría creer que careciesssen de engaño tus palabras! Pero como soy cierto de tu limpieza de sangre y hechos, me estoy remirando si soy yo Calisto, a quien tanto bien se haze.

MELIBEA.— Señor Calisto, tu mucho merecer, tus estremadas gracias, tu alto nacimiento han obrado que, después que de ti hove entera noticia, ningún momento de mi corazón te partiesssen. Y aunque muchos días he pugnado por lo dissimular, no he podido tanto que, en tornándome aquella mujer tu dulce nombre a la memoria, no descubriessse mi desseo e viniessse a este lugar y tiempo, donde te suplico ordenes y dispongas

de mi persona según querrás. Las puertas impiden nuestro gozo, las cuales yo maldigo y sus fuertes cerrojos y mis flacas fuerças, que ni tú estarías quexoso ni yo descontenta.

CALISTO.— ¿Cómo, señora mía? ¿Y mandas que consienta a un palo impedir nuestro gozo? Nunca yo pensé que demás de tu voluntad lo pudiera cosa estorvar. ¡Oh molestas y enojosas puertas, ruego a Dios que tal fuego os abrase como a mí da guerra, que con la tercia parte seríades en un punto quemadas! Pues, por Dios, señora mía, permite que llame a mis criados para que las quiebren.

PÁRMENO.— (*Ap.*) ¡No oyes, no oyes, Sempronio? A buscarnos quiere venir para que nos den mal año. No me agrada cosa esta venida. En mal punto creo que se empezaron estos amores. Yo no espero más aquí.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) ¡Calla, calla! Escucha, que ella no consiente que vamos allá.

MELIBEA.— ¿Quieres, amor mío, perderme a mí y dañar mi fama? No sueltas las riendas a la voluntad. La esperanza es cierta, el tiempo breve cuanto tú ordenares. E pues tú sientes tu pena sencilla, yo la de entrambos; tú solo dolor, yo el tuyo y el mío; conténtate con venir mañana a esta hora por las paredes de mi huerto, que si agora quebrases las crueles puertas, aunque al presente no fuésemos sentidos, amanecería en casa de mi padre terrible sospecha de mi yerro. E pues sabes que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra,²⁶⁴ en un punto será por la ciudad publicado.

SEMPRONIO.— (*Ap.*) En hora mala acá esta noche venimos. Aquí nos ha de amanecer, según del espacio que nuestro amo lo toma. Que aunque más la dicha nos ayude, nos han en tanto tiempo de sentir de su casa o vezinos.

PÁRMENO.— (*Ap.*) Ya ha dos horas que te requiero que nos vamos, que no faltará un achaque.

CALISTO.— ¡Oh, mi señora y mi bien todo! ¿Porqué llamas yerro a aquello que por los santos de Dios me fue concedido? Rezando oy ante el altar de la Magdalena, me vino con tu mensaje alegre aquella solícita mujer.

PÁRMENO.— ¡Desvariar, Calisto, desvariar! ¡Por fe tengo, hermano, que no es cristiano! Lo que la vieja traidora con sus pestíferos hechizos ha rodeado y hecho, dize que los santos de Dios se lo han concedido y impetrado. E con esta confianza quiere quebrar las puertas. Y no habrá dado el primer golpe cuando sea sentido y tomado por los criados de su padre que duermen cerca.

264.— Petrarca, *De remediis*, I, 42: «Et est omne peccatum eo maius quo et maior qui peccat et minor causa peccandi» [Castro Guisasaola: 125; Deyermond, 1961:59]. En castellano pasó a refrán: «Tan grande es el yerro como el que yerra» [Correas].

SEMPRONIO.— Ya no temas, Pármeno, que harto desviados estamos. En sintiendo bollicio, el buen huir nos ha de valer. Déxale hazer, que si mal hiziere, él lo pagará.

PÁRMENO.— Bien hablas. En mi corazón estás. Assí se haga. Huigamos la muerte, que somos moços. Que ‘no querer morir ni matar no es covardía, sino buen natural’. Estos escuderos de Pleberio son locos, no desean tanto comer ni dormir como cuestiones y ruidos. Pues más locura sería esperar pelea con enemigo que no ama tanto la vitoria y vencimiento como la continua guerra y contienda. ¡Oh si me viesses, hermano, cómo estoy, plazer havrías! A medio lado, abiertas las piernas, el pie izquierdo adelante puesto en fuida, las faldas en la cinta, la adarga arrollada y so el sobaco, porque no me empache. Que, por Dios, que creo huyesse como un gamo, según el temor tengo de estar aquí.

SEMPRONIO.— Mejor estoy yo, que tengo liado el broquel y el espada con las correas, porque no se caigan al correr, y el caxquete en la capilla.

PÁRMENO.— ¿Y las piedras que traías en ella?

SEMPRONIO.— Todas las vertí por ir más liviano, que harto tengo que llevar en estas coraças que me heziste vestir por tu importunidad, que bien las rehusava de traer, porque me parecían para huir muy pesadas. ¡Escucha, escucha! ¿Oyes, Pármeno? ¡A malas andan! ¡Muertos somos! ¡Bota presto! Echa hazia casa de Celestina, no nos atajen por nuestra casa.

PÁRMENO.— ¡Huye, huye, que corres poco! ¡Oh pecador de mí, si nos han de alcançar, dexa broquel y todo!

SEMPRONIO.— ¿Si han muerto ya a nuestro amo?

PÁRMENO.— No sé. No me digas nada. Corre y calla, que el menor cuidado mío es esse.

SEMPRONIO.— ¡Ce, ce, Pármeno! Torna, torna callando, que no es sino la gente del alguazil que passava haziendo estruendo por la otra calle.

PÁRMENO.— Míralo bien, no te fíes en los ojos, que se antoja muchas vezes uno por otro. No me avían dexado gota de sangre; tragada tenía ya la muerte, que me parecía que me ivan dando en estas espaldas golpes. En mi vida me acuerdo aver tan gran temor ni verme en tal afrenta, aunque he andado por casas ajenas harto tiempo y en lugares de harto trabajo, que nueve años serví a los frailes de Guadalupe, que mil vezes nos apuñeávamos yo y otros. Pero nunca como esta vez hove miedo de morir.

SEMPRONIO.— ¿Y yo no serví al cura de Sant Miguel, y al mesonero de la plaça y a Mollejar el ortelano? Y también yo tenía mis cuestiones con los que tiravan piedras a los páxaros que assentavan en un álamo grande que tenía, porque dañavan la ortaliza. Pero guárdete Dios de verte con armas, que aquél es el verdadero temor. No en balde dicen: ‘Cargado de hierro y cargado de miedo’. ¡Buelve, buelve, que el alguazil es, cierto!

MELIBEA.— Señor Calisto, ¿qué es esto que en la calle suena? Parecen bozes de gente que van en huida. Por Dios, mírate que estás a peligro.

CALISTO.— Señora, no temas, que a buen seguro vengo. Los míos deven de ser, que son unos locos y desarman a cuantos passan, y huiríales alguno.

MELIBEA.— ¿Son muchos los que traéis?

CALISTO.— No, sino dos. Pero aunque sean seis sus contrarios, no recibirán mucha pena para les quitar sus armas y hazerlos huir según su esfuérço. Escogidos son, señora, que ‘no vengo a lumbre de pajas’. Si no fuesse por lo que a tu honra toca, pedaços harían estas puertas. E si sentidos fuéssemos, a ti y a mí librarían de toda la gente de tu padre.

MELIBEA.— ¡O por Dios, no se cometa tal cosa! Pero mucho plazer tengo que de tan fiel gente andes acompañado. Bien empleado es el pan que tan esforçados servientes comen. Por mi amor, señor, pues tal gracia la natura les quiso dar, sean de ti bien tratados y galardonados, porque en todo te guarden secreto. E cuando sus osadías y atrevimientos les corrigieres, a bueltas del castigo mezcla favor, porque los ánimos esforçados no sean con encogimiento diminutos y irritados en el osar a sus tiempos.

PÁRMENO.— ¡Ce, ce! ¡Señor, señor, quítate presto dende, que viene mucha gente con hachas y serás visto y conocido, que no hay donde te metas!

CALISTO.— ¡O, mezquino yo, y cómo es forçado, señora, partirme de ti! Por cierto, temor de la muerte no obrara tanto como el de tu honra. Pues que así es, los ángeles queden con tu presencia. Mi venida será, como ordenaste, por el huerto.

MELIBEA.— Assí sea. Y vaya Dios contigo.

PLEBERIO.— Señora mujer, ¿duermes?

ALISA.— Señor, no.

PLEBERIO.— ¿No oyes bullicio en el retramiento de tu hija?

ALISA.— Sí oi[g]o. ¡Melibea, Melibea!

PLEBERIO.— No te oye. Yo la llamaré más rezio. ¡Hija mía Melibea!

MELIBEA.— Señor.

PLEBERIO.— ¿Quién da patadas y haze bullicio en tu cámara?

MELIBEA.— Señor, Lucrecia es, que salió por un jarro de agua para mí, que había sed.

PLEBERIO.— Duerme, hija, que pensé que era otra cosa.

LUCRECIA.— (Ap.) Poco estruendo los despertó. Con pavor hablaban.

MELIBEA.— (Ap.) No ay tan manso animal que con amor o temor de sus hijos no asperee.²⁶⁵ Pues, ¿que harían si mi cierta salida supiesen?

CALISTO.— Cerrad essa puerta, hijos. Y tú, Pármeno, sube una vela arriba.

265.— Máxima del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Nullum tam mite animal quod non amor sobolis ac metus exasperet» [Deyermond, 1961: 40].

SEMPRONIO.— Deves, señor, reposar y dormir esso que queda d'aquí al día.

CALISTO.— Plázeme, que bien lo he menester. ¿Qué te parece, Pármeno, de la vieja que tú me desalabavas, qué obra ha salido de sus manos? ¿Qué fuera fecho sin ella?

PÁRMENO.— Ni yo sentía tu gran pena ni conocía la gentileza y merescimiento de Melibea, y así no tengo culpa. Conocía a Celestina y sus mañas; avisávate como a mi señor. Pero ya me parece que es otra; todas las ha mudado.

CALISTO.— ¿Y cómo mudado?

PÁRMENO.— Tanto que, si no lo hoviesse visto, no lo creería. Mas así bivas tú como es verdad.

CALISTO.— Pues ¿havéis oído lo que con aquella mi señora he passado? ¿Qué hazíades? ¿Teníades temor?

SEMPRONIO.— ¿Temor, señor, o qué? Por cierto, todo el mundo no nos le hiziera tener. ¡Hallado havías los temerosos! Allí estuvimos esperándote muy aparejados y nuestras armas muy a mano.

CALISTO.— ¿Havéis dormido algun rato?

SEMPRONIO.— ¿Dormir, señor? ¡Dormilones son los moços! Nunca me asenté ni aun junté, por Dios, los pies, mirando a todas partes, para en sintiendo poder saltar²⁶⁶ presto y hazer todo lo que mis fuerças me ayudaran. Pues Pármeno, aunque parecía que no te servía hasta aquí de buena gana, así se holgó cuando vido los de las hachas como lobo cuando siente polvo de ganado,²⁶⁷ pensando poder quitárselas, hasta que vido que eran muchos.

CALISTO.— No te maravilles, que procede de su natural ser osado. Y, aunque no fuesse por mí, hazíalo porque no pueden los tales venir contra su uso. Que aunque muda el pelo la raposa, su natural no despoja.²⁶⁸ Por cierto, yo dixé a mi señora Melibea lo que en vosotros hay, y cuán seguras tenía mis espaldas con vuestra ayuda y guarda. Hijos, en mucho cargo os soy. Rogad a Dios por salud, que yo os galardonaré más complidamente vuestro buen servicio. Yd con Dios a reposar.

PÁRMENO.— ¿Adónde iremos, Sempronio, a la cama a dormir o a la cocina a almorzar?

266.— En la *Comedia* y mayoría de ediciones anteriores de la *Tragicomedia*: «para en sintiendo por qué, saltar presto».

267.— Referencia al refrán: «El polvo del ganado, al lobo saca de cuidado» [Correas].

268.— Aforismo del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Vulpes pilum mutat sed non mores», perteneciente a *Rebus memorandis* ii, iii, 36 [Deyermond, 1961: 145]. Pasó posteriormente a refrán: «Aunque muda el pelo la raposa, su natural no despoja» [Correas].

SEMPRONIO.— Ve tú donde quisieres, que antes que venga el día quiero yo ir a Celestina a cobrar mi parte de la cadena, que es una puta vieja; no le quiero dar tiempo en que fabrique alguna ruindad con que nos excluya.

PÁRMENO.— Bien dizes; olvidado lo había. Vamos entrambos, y si en esso se pone, espantémosla de manera que le pese, que 'sobre dinero no hay amistad'.²⁶⁹

SEMPRONIO.— (*Bajo*) ¡Ce, ce! Calla, que duerme cabe esta ventanilla.

— (*Alto*) ¡Tha, tha! Señora Celestina, ábrenos.

CELESTINA.— ¿Quién llama?

SEMPRONIO.— Abre, que son tus hijos.

CELESTINA.— No tengo yo hijos que anden a tal hora.

SEMPRONIO.— Ábrenos a Pármeno y a Sempronio, que nos venimos acá a almorzar contigo.

CELESTINA.— ¡Oh, locos traviessos! Entrad, entrad. ¿Cómo venís a tal hora, que ya amanece? ¿Qué havéis hecho? ¿Qué os ha pasado? ¿Dispidiose la esperança de Calisto o bive todavía con ella, o cómo queda?

SEMPRONIO.— ¿Cómo, madre? Si por nosotros no fuera, ya anduviera su alma buscando posada para siempre. Que si estimarse pudiese a lo que de allí nos queda obligado, no sería su hazienda bastante a cumplir la deuda, si verdad es lo que dizen que la vida y persona es más digna y de más valor que otra cosa ninguna.

CELESTINA.— ¡Jesú! ¿Que en tanta afrenta os havéis visto? Cuéntamelo, por Dios.

SEMPRONIO.— Mira qué tanta, que por mi vida la sangre me hierve en el cuerpo en tornarło a pensar.

CELESTINA.— Reposa, por Dios, y dímelo.

PÁRMENO.— Cosa larga le pides, según venimos alterados y cansados del enojo que havemos havido. Harías mejor en aparejarnos a él y a mí de almorzar; quizá nos amansaría algo la alteración que traemos. Que cierto te digo que no querría ya topar hombre que paz quisiesse. Mi gloria sería agora hallar en quién vengar la ira, que no pude en los que nos la causaron, por su mucho huir.

CELESTINA.— ¡Landre me mate si no me espanto en verte tan fiero! Creo que burlas. Dímelo agora, Sempronio, tú, por mi vida. ¿Qué os ha pasado?

SEMPRONIO.— Por Dios, sin seso vengo, desesperado, aunque para contigo por demás es no templar la ira y todo enojo y mostrar otro semblante que con los hombres. Jamás me mostré poder mucho con los que poco pueden. Traigo, señora, todas las armas despedaçadas: el broquel sin

269.— En Correas: «Sobre dinero no hay compañero».

aro, la espada como sierra, el caxquete abollado en la capilla; que no tengo con qué salir un passo con mi amo, cuando menester me haya, que quedó concertado de ir esta noche que viene a verse por el huerto. Pues, ¿comprarlo de nuevo? ¡No mando un maravedí en que caiga muerto!

CELESTINA.— Pídelo, hijo, a tu amo, pues en su servicio se gastó y quebró. Pues sabes que es persona que luego lo cumplirá, que no es de los que dicen: ‘Bive comigo y busca quien te mantenga’. Él es tan franco que te dará para esso y para más.

SEMPRONIO.— ¡Ha! Trae también Pármeno perdidas las tuyas. A este cuento en armas se le irá su hazienda. ¿Cómo quieres que le sea tan importuno en pedirle más de lo que él de su propio grado haze, pues es farto? No digan por mí que ‘dándome un palmo, pido cuatro’.²⁷⁰ Dionos las cient monedas; dionos después la cadena. A tres tales agujijones, ‘no terná cera en el oído’. Caro le costaría este negocio. Contentémonos con lo razonable, no lo perdamos todo por querer más de la razon, que ‘quien mucho abarca, poco suele apretar’.

CELESTINA.— ¡Gracioso es el asno! Por mi vejez, que si sobre comer fuera, que dixera que avíamos todos cargado demasiado. ¿Estás en tu seso, Sempronio? ¿Qué tiene que hazer tu galardón con mi salario, tu soldada con mis mercedes? ¿Só yo obligada a soldar vuestras armas, a cumplir vuestras faltas? Aosadas, que me maten sino te has asido a una palabrilla que te dixere el otro día viniendo por la calle, que cuanto yo tenía era tuyo y que en cuanto pudiesse con mis pocas fuerças jamás te faltaría; e que si Dios me diesse buena manderecha con tu amo, que tu no perderías nada. Pues ya sabes, Sempronio, que estos ofrecimientos, estas palabras de buen amor, no obligan. ‘No ha de ser oro cuanto reluze’; si no, más barato valdría. Dime, ¿estó en tu corazón, Sempronio? Verás, si aunque soy vieja, si acierto lo que tú puedes pensar. Tengo, hijo, en buena fe, más pesar que se me quiere salir esta alma de enojo. Di a esta loca de Elicia, como vine de tu casa, la cadenilla que traxe para que se holgasse con ella, y no se puede acordar dónde la puso, que en toda esta noche ella ni yo no havemos dormido sueño de pesar; no por su valor de la cadena, que no era mucho, pero por su mal cobro della. Y de mi mala dicha, entraron unos conocidos y familiares míos en aquella sazón aquí; temo no la hayan llevado diziendo: ‘Si te vi, burleme’,²⁷¹ etc. Assí que, hijos, agora que quiero hablar con entrambos, si algo vuestro amo a mí me dio, devéis mirar que es mío. Que de tu jubón de brocado no te pedí yo parte ni la quiero. Sirvamos todos, que a todos dará según

270.— Existen diferentes formulaciones del mismo refrán: «Al judío dalde un palmo, y tomará cuatro», «Al ruin dalde un palmo, y tomará cuatro», «Al villano dalde un palmo, y tomará cuatro» [Correas].

271.— Se sobreentiende la segunda parte del refrán: «Si me viste, burleme; si no me viste, calleme» [Correas].

viere que lo merescen. Que si me ha dado algo, dos vezes he puesto por él mi vida al tablero. Más herramienta se me ha embotado en su servicio que a vosotros; más materiales he gastado; pues havéis de pensar, hijos, que todo me cuesta dinero. Y aun mi saber, que no lo he alcançado holgando, de lo cual fuera buen testigo su madre de Pármeno, Dios haya su alma. Esto trabajé yo, a vosotros se os deve essotro. Esto tengo yo por oficio y trabajo, vosotros por recreación y deleite. Pues assí, no havéis vosotros de haver igual galardón de holgar que yo de penar. Pero aun con todo lo que he dicho, no os despidáis, si mi cadena parece, de sendos pares de calças de grana, que es el hábito que mejor en los mancebos parece. E si no, recibid la voluntad, que yo me callaré con mi pérdida. Y todo esto de buen amor, porque holgastes que hoviesse yo antes el provecho destes passos que otra. E si no os contentardes, de vuestro daño haréis.

SEMPRONIO.— No es ésta la primera vez que yo he dicho cuánto en los viejos reina este vicio de cobdicia: ‘cuando pobre, franca; cuando rica, avarienta’. Assí que adquiriendo crece la cobdicia, y la pobreza cobdiciando, y ninguna cosa haze pobre al avariento sino la riqueza.²⁷² ¡Oh Dios, y cómo crece la necesidad con la abundancia!²⁷³ ¿Quién la oyó esta vieja dezir que me llevase yo todo el provecho, si quisiesse, deste negocio, pensando que sería poco? Agora que lo vee crescido, no quiere dar nada, por complir el refrán de los niños que dizen: ‘De lo poco, poco; de lo mucho, nada’.

PÁRMENO.— Dete lo que prometió o tomémosselo todo. Harto te dezía yo quién era esta vieja, si tú me creyeras.

CELESTINA.— Si mucho enojo traéis con vosotros o con vuestro amo o armas, no lo quebréis en mí, que bien sé dónde nasce esto; bien sé y barrunto de qué pie coxqueáis. No cierto de la necesidad que tenéis de lo que me pedís, ni aun por la mucha cobdicia que lo tenéis, sino pensando que os he de tener toda vuestra vida atados y cativos con Elicia y Areúsa, sin quereros buscar otras, moveisme estas amenazas de dinero, ponéisme estos temores de la partición. Pues callad, que quien estas os supo acarrear os dará otras diez, agora que hay mas conoscimiento y más razón, y más merescido de vuestra parte. Y si sé complir lo que prometo en este caso, dígalo Pármeno. ¡Dilo, dilo, no hayas empacho de contar cómo nos passó cuando a la otra dolía la madre!

272.— Petrarca, *De remediis*, I, 36: «Alioquin et quaerendo cupiditas crescit et paupertas cupiendo: Ita fit ut nihil magis inopem faciat quam avari opes» [*Celestina comentada*: fol. 167r; Castro Guisasola: 125; Deyermond, 1961: 59].

273.— Apotegma del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Cum divitiis necessitas crescit», oriundo de *Rebus familiaribus* 98 [Deyermond, 1961: 144].

☞ SEMPRONIO.— Yo ‘dígole que se vaya y abáxasse las bragas’.²⁷⁴ No ando por lo que piensas; no entremetas burlas a nuestra demanda, que ‘con esse galgo no tomarás, si yo puedo, más liebres’. Déxate conmigo de razones. ‘A perro viejo no cuz, cuz’.²⁷⁵ Danos las dos partes por cuenta de cuanto de Calisto has recibido, no quieras que se descubra quién tú eres. ¡A los otros, a los otros, con esos halagos, vieja!

CELESTINA.— ¿Quién só yo Sempronio? ¿Quitásteme de la putería? Calla tu lengua, no amengües mis canas, que soy una vieja cual Dios me hizo, no peor que todas. Bivo de mi oficio, como cada cual oficial del suyo, muy limpiamente. A quien no me quiere, no lo busco. De mi casa me vienen a sacar, en mi casa me ruegan. Si bien o mal bivo, Dios es el testigo de mi corazón. Y no pienses con tu ira maltratarme, que justicia hay para todos y a todos es igual. Tan bien seré oída, aunque mujer, como vosotros muy peinados. Déxame en mi casa con mi fortuna. E tú, Pármeno, no pienses que soy tu cativa por saber mis secretos y mi vida pasada, y los casos que nos acaescieron a mí y a la desdichada de tu madre. Y aun assí me tratava ella cuando Dios quería.

PÁRMENO.— No me hanches las narizes con essas memorias; si no, embiar-te he con nuevas a ella, donde mejor te puedas quejar.

CELESTINA.— ¡Elicia, Elicia, lévantate dessa cama! ¡Daca mi manto presto, que por los santos de Dios, para aquella justicia me vaya bramando como una loca! ¿Qué es esto? ¿Qué quieren dezir tales amenazas en mi casa? ¿Con una oveja mansa tenéis vosotros manos y braveza? ¿Con una gallina atada? ¿Con una vieja de sesenta años? ¡Allá, allá, con los hombres como vosotros! ¡Contra los que ciñen espada mostrad vuestras iras, no contra mi flaca rueca! Señal es de gran covardía acometer a los menores y a los que poco pueden. Las suzias moxcas nunca pican sino los bueyes magros y flacos; los gozques ladradores a los pobres peregrinos aquejan con mayor ímpetu.²⁷⁶ Si aquella que allí está en aquella cama me hoviesse a mí creído, jamás quedaría esta casa de noche sin varón ni dormiríamos a lumbre de pajas. Pero por aguardarte, por serte fiel, padescemos esta soledad. Y como nos veis mujeres, habláis y pedís demasías; lo cual si hombre sintiéssedes en la posada, no haríades, que como dicen: «El duro adversario entibia las iras y señales»²⁷⁷.

274.— En Correas: «Yo le digo que se vaya, y él desátase las bragas; abájase las bragas».

275.— Correas aclara: «A perro viejo, no tus tus; o no cuz cuz; o nunca cuz cuz. / Que no se deja engañar, como el nuevo, con halagos y pan».

276.— Petrarca, *De rebus familiaribus*, VI, vi, 2: «...degeneris animi signum est insultare minoribus... Muscae macros stimulant boves... Pauperem peregrinum canis infestat...» [Castro Guisasola: 129-130; Deyermond, 1961: 76-77].

277.— La cita en Petrarca, *De rebus familiaribus*, VI, vi, 3: «Da illi parem adversarium: confestim ardor iste tepuerit» [Castro Guisasola: 129-130; Deyermond, 1961: 76-77].

SEMPRONIO.— ¡Oh, vieja avarienta, garganta muerta de sed por dinero!
¿No serás contenta con la tercia parte de lo ganado?

CELESTINA.— ¿Qué tercia parte? ¡Vete con Dios de mi casa tú, y estotro no dé bozes, no allegue la vezindad! No me hagáis salir de seso, no queráis que salgan a plaça las cosas de Calisto y vuestras.

SEMPRONIO.— Da bozes o gritos, que tú complirás lo que prometiste, o complirás hoy tus días.

ELICIA.— ¡Mete, por Dios, el espada! ¡Tenlo, Pármeno, tenlo, no la mate esse desvariado!

CELESTINA.— ¡Justicia, justicia, señores vezinos! ¡Justicia, que me matan en mi casa estos rufianes!

SEMPRONIO.— ¿Rufianes o qué? ¡Espera, doña hechizera, que yo te haré ir al infierno con cartas!

CELESTINA.— ¡Ay, que me ha muerto! ¡Ay, ay, confessión, confessión!

PÁRMENO.— ¡Dale, dale, acábala, pues començaste, que nos sentirán!
¡Muera, muera! ¡De los enemigos los menos!

CELESTINA.— ¡Confessión!

ELICIA.— ¡Oh crueles enemigos, en mal poder os veáis! ¿Y para quién to-
vistes manos? ¡Muerta es mi madre y mi bien todo!

SEMPRONIO.— ¡Huye, huye, Pármeno, que carga mucha gente! ¡Guarte,
guarte, que viene el alguazil!

PÁRMENO.— ¡Oh pecador de mí, que no hay por dó nos vamos, que está
tomada la puerta!

SEMPRONIO.— Saltemos destas ventanas, no muramos en poder de justicia.

PÁRMENO.— Salta, que yo tras ti voy.





Argumento del trezeno auto

Despertado Calisto de dormir, está hablando consigo mismo. Dende a un poco está llamando a Tristán y otros sus criados. Torna a dormir Calisto. Pónese Tristán a la puerta. Viene Sosia llorando. Preguntando de Tristán, Sosia cuéntale la muerte de Sempronio y Pármeno. Van a dezir las nuevas a Calisto, el cual, sabiendo la verdad, haze gran lamentación.

Calisto. Tristán. Sosia

CALISTO.— ¡Oh cómo he dormido tan a mi placer después de aquel açucarado rato, después de aquel angélico razonamiento! Gran reposo he tenido. ¿El sossiego y descanso proceden de mi alegría, o lo causó el trabajo corporal, mi mucho dormir, o la gloria y placer del ánimo? Y no me maravillo, que lo uno y lo otro se juntassen a cerrar los candados de mis ojos, pues trabajé con el cuerpo y persona, y holgué con el espíritu y sentido la passada noche. Muy cierto es que la tristeza acarrea pensamiento y el mucho pensar impide el sueño, como a mí estos días es acaescido con la desconfianza que tenía de la mayor gloria que ya poseo. ¡Oh señora y amor mío, Melibea! ¿Qué piensas agora? ¿Si duermes o estás despierta? ¿Si piensas en mí o en otro? ¿Si estás levantada o acostada? ¡Oh dichoso y bienandante Calisto, si verdad es que no ha sido sueño lo passado! ¿Soñelo o no? ¿Fue fantaseado o pasó en verdad?

SOSIA.— Que quedan degollados en la plaça.

TRISTÁN.— ¡O mala fortuna la nuestra, si es verdad! ¿Vístelos cierto o habláronte?

SOSIA.— Ya sin sentido ivan; pero el uno, con harta dificultad, como me sintió que con lloro le mirava, hincó los ojos en mí, alçando las manos al cielo, cuasi dando gracias a Dios, y como preguntándome si sentía de su morir. Y en señal de triste despedida, abaxó su cabeça con lágrimas en los ojos, dando bien a entender que no me havía de ver más hasta el día del gran juicio.

TRISTÁN.— No sentiste bien, que sería preguntarte si estava presente Calisto. Y pues tan claras señas traes deste cruel dolor, vamos presto con las tristes nuevas a nuestro amo.

SOSIA.— ¡Señor, señor!

CALISTO.— ¿Qué es esso, locos? ¿No os mandé que no me recordásedes?

SOSIA.— Recuerda y levanta, que si tú no vuelves por los tuyos, de caída vamos. Sempronio y Pármeno quedan descabeçados en la plaça como públicos malhechores, con pregones que manifestavan su delito.

CALISTO.— ¡Oh válasme Dios! ¿Y qué es esto que me dizes? No sé si te crea tan acelerada y triste nueva. ¿Vístelos tú?

SOSIA.— Yo los vi.

CALISTO.— ¡Cata, mira qué dizes, que esta noche han estado commigo!

SOSIA.— Pues madrugaron a morir.

CALISTO.— ¡Oh mis leales criados, oh mis grandes servidores, oh mis fieles secretarios y consejeros! ¿Puede ser tal cosa verdad? ¡Oh amenguado Calisto, deshonorado quedas para toda tu vida! ¿Qué será de ti, muertos tal par de criados? Dime, por Dios, Sosia, ¿qué fue la causa? ¿Qué dezía el pregón? ¿Dónde los tomaron? ¿Qué justicia lo hizo?

SOSIA.— Señor, la causa de su muerte publicava el cruel verdugo a bozes, diciendo: «Manda la justicia que mueran los violentos matadores».

CALISTO.— ¿A quién mataron tan presto? ¿Qué puede ser esto? No ha cuatro horas que de mí se despedieron. ¿Cómo se llamava el muerto?

SOSIA.— Señor, una mujer que se llamava Celestina.

CALISTO.— ¿Qué me dizes?

SOSIA.— Esto que oyes.

CALISTO.— Pues si esso es verdad, mata tú a mí. Yo te perdono, que más mal h ay que viste ni puedes pensar si Celestina, la de la cuchillada, es la muerta.

SOSIA.— Ella mesma es; de más de treinta estocadas la vi llagada, tendida en su casa, llorándola una su criada.

CALISTO.— ¡Oh tristes moços! ¿Cómo ivan? ¿Viéronte? ¿Habláronte?

SOSIA.— ¡Oh señor, que si los vieras, quebraras el corazón de dolor! El uno llevaba todos los sesos de la cabeza de fuera, sin ningún sentido; el otro quebrados entrambos brazos y la cara magullada. Todos llenos de sangre, que saltaron de unas ventanas muy altas por huir del alguazil; e assí cuasi muertos les cortaron las cabeças, que creo que ya no sintieron nada.

CALISTO.— Pues yo bien siento mi honra. Pluguiera a Dios que fuera yo ellos y perdiera la vida y no la honra, y no la esperanza de conseguir mi comenzado propósito, que es lo que más en este caso desastrado siento. ¡Oh mi triste nombre y fama, cómo andas al tablero de boca en bocal! ¡Oh mis secretos más secretos, cuán públicos andaréis por las plazas y mercados! ¿Qué será de mí? ¿A dónde iré? Que salga allá, a los muertos no puedo ya remediar; que me esté aquí, parecerá covardía. ¿Qué consejo tomaré? Dime, Sosia, ¿qué era la causa porque la mataron?

SOSIA.— Señor, aquella su criada, dando bozes, llorando su muerte la publicava a cuantos la querían oír, diziendo que porque no quiso partir con ellos una cadena de oro que tú le diste.

CALISTO.— ¡Oh día de congoxa, oh fuerte tribulación! ¡Y en qué anda mi hazienda de mano en mano e mi nombre de lengua en lengua! Todo sera público quanto con ella y con ellos hablava, quanto de mí sabían, el negocio en que andavan. No osaré salir ante gentes. ¡Oh pecadores de mancebos, padecer por tan súbito desastre! ¡Oh mi gozo, cómo te vas disminuyendo! Proverbio es antiguo que de muy alto, grandes caídas se dan. Mucho había anoche alcanzado, mucho tengo hoy perdido. Rara es la bonança en el piélagos.²⁷⁹ Yo estava en título de alegre, si mi ventura quisiera tener quedos los ondosos vientos de mi perdición. ¡Oh Fortuna, cuánto y por cuántas partes me has combatido! Pues por más que sigas mi morada y seas contraria a mi persona, las adversidades con igual ánimo se han de sufrir y en ellas se prueba el corazón rezio o flaco.²⁸⁰ No hay mejor toque para conocer qué quilates de virtud o esfuerço tiene el hombre. Pues por más mal y daño que me venga, no dexaré de cumplir el mandado de aquella por quien todo esto se ha causado. Que más me va en conseguir la ganancia de la gloria que espero, que en la pérdida de morir los que morieron. Ellos eran sobrados y esforçados, agora o en otro tiempo de pagar havían. La vieja era mala y falsa, según parece que hacía trato con ellos, y assí que ‘riñeron sobre la capa del justo’. Permisión fue divina que assí acabasse, en pago de muchos adulterios

279.— Las dos sentencias originarias del «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca, que remiten a *De Remediis*, I, 17: «Ex alto graves lapsus; et rara quies in pelago» [Deyermond, 1961: 143].

280.— Cita en el «Índice» de la *Opera latina* de Petrarca: «Adversa aequo animo sunt toleranda. In adversis animus probatur» [Deyermond, 1961: 39].

que por su intercesión o causa son cometidos. Quiero hazer adereçar a Sosia y a Tristánico; irán conmigo este tan esperado camino. Llevarán escalas, que son altas las paredes. Mañana haré que vengo de fuera, si pudiere vengar estas muertes; si no, purgaré mi inocencia con mi fingida ausencia, o me fingiré loco por mejor gozar deste sabroso deleite de mis amores, como hizo aquel gran capitan Ulixes por evitar la batalla troyana y holgar con Penélope, su mujer²⁸¹.



281.— Referencia a Ulises proveniente del *Rebus memorandi libri*, III, 21, de Petrarca: «Ulyxes vero ut militiam subterfugeret et regnaret: atque Itachae viveret ociose cum parentibus cum uxore cum filio simulavit amentiam» [Castro Guisasola: 59 y 128; Deyermond, 44-45].



Tragicomedia de Calisto y Melíbea, ilustración del acto XIV.
Roma: Marcelo Silber, 1515 (colofón Stanislao Polono, Sevilla, 1502).



Argumento del cuatorzeno auto

Está Melibea muy afligida hablando con Lucrecia sobre la tardança de Calisto, el cual le avía hecho voto de venir en aquella noche a visitalla; lo cual cumplió; y con él vinieron Sosia y Tristán. E después que cumplió su voluntad, bolvieron todos a la posada. Y Calisto se retrae en su palacio y quéxase por aver estado tan poca cantidad de tiempo con Melibea; e ruega a Febo que cierre sus rayos para haver de restaurar su desseo.

Melibea. Lucrecia. Sosia. Tristán. Calisto.

[MELIBEA].— Mucho se tarda aquel cavallero que esperamos. ¿Qué crees tú o sospechas de su estada, Lucrecia?

LUCRECIA.— Señora, que tiene justo impedimiento y que no es en su mano venir más presto.

MELIBEA.— Los ángeles sean en su guarda, su persona esté sin peligro, que su tardança no me da pena. Mas, cuitada, pienso muchas cosas que desde su casa acá le podrían acaescer. ¿Quién sabe si él, con voluntad de venir al prometido plazo, en la forma que los tales mançebos a las tales horas suelen andar, fue topado de los alguaziles noturnos, y sin le conocer le han acometido, el cual por se defender los ofendió o es dellos ofendido? ¿O si por caso los ladradores perros con sus crueles dientes, que ninguna diferencia saben hazer ni acatamiento de personas, le hayan mordido? ¿O si ha caído en alguna calçada o hoyo donde algun daño le viniесе? Mas, ¡o mezquina de mí!, ¿qué son estos inconvenientes

que el concebido amor me pone delante y los atribulados imaginamientos me acarrear! No plega a Dios que ninguna destas cosas sea; antes esté cuanto le plazera sin verme. Mas, oye, oye, que passos suenan en la calle, y aun parece que hablan destotra parte del huerto.

SOSIA.— Arrima essa escala, Tristán, que este es el mejor lugar, aunque alto.

TRISTÁN.— Sube, señor. Yo iré contigo, porque no sabemos quién está dentro. Hablando están.

CALISTO.— Quedaos, locos, que yo entraré solo, que a mi señora oigo.

MELIBEA.— Es tu sierva, es tu cativa, es la que más tu vida que la suya estima. ¡O mi señor, no saltes de tan alto, que me moriré en verlo! ¡Baxa, baxa poco a poco por el escala, no vengas con tanta pressura!

CALISTO.— ¡Oh angélica imagen! ¡Oh preciosa perla, ante quien el mundo es feo! ¡Oh mi señora y mi gloria, en mis braços te tengo y no lo creo! Mora en mi persona tanta turbación de plazer que me haze no sentir todo el gozo que posseo.

MELIBEA.— Señor mío, pues me fié en tus manos, pues quise cumplir tu voluntad, no sea de peor condición por ser piadosa que si fuera esquiva y sin misericordia. No quieras perderme por tan breve deleite y en tan poco espacio, que las mal hechas cosas, después de cometidas, más presto se pueden reprehender que emendar. Goza de lo que yo gozo, que es ver y llegar a tu persona. No pidas ni tomes aquello que tomado no será en tu mano bolver. Guarte, señor, de dañar lo que con todos tesoros del mundo no se restaura.

CALISTO.— Señora, pues por conseguir esta merced toda mi vida he gastado, ¿qué sería cuando me la diessen desechalla? Ni tú, señora, me lo mandarás ni yo lo podría acabar conmigo. No me pidas tal covardía; no es hazer tal cosa de ninguno que hombre sea; mayormente amando como yo, nadando por este fuego de tu desseo toda mi vida, ¿no quieres que me arrime al dulce puerto a descansar de mis passados trabajos?

MELIBEA.— Por mi vida, que aunque hable tu lengua cuanto quisiere, no obren las manos cuanto pueden. Está quedo, señor mío. Bástete, pues ya soy tuya, gozar de lo exterior, desto que es propio fruto de amadores; no me quieras robar el mayor don que la natura me ha dado. Cata que del buen pastor es propio tresquillar sus ovejas y ganado, pero no destruirlo y estragarlo²⁸².

282.— La cita proviene del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Pastoris boni est tondere pecus non deglutire» [*Celestina comentada*: fol. 174; Castro Guisasola: 1924: 128; Deyermund, 1961: 44].

CALISTO.— ¿Para qué, señora? ¿Para que no esté queda mi pasión? ¿Para penar de nuevo? ¿Para tornar el juego de comienzo? Perdona, señora, a mis desvergonçadas manos, que jamás pensaron de tocar tu ropa con su indignidad y poco merecer; agora gozan de llegar a tu gentil cuerpo y lindas y delicadas carnes.

MELIBEA.— Apártate allá, Lucrecia.

CALISTO.— ¿Por qué, mi señora? Bien me huelgo que estén semejantes testigos de mi gloria.

MELIBEA.— Yo no los quiero de mi yerro. Si pensara que tan desmesuradamente te havías de aver comigo, no fiara mi persona de tu cruel conversación.

SOSIA.— Tristán, bien oyes lo que passa. ¿En qué términos anda el negocio?

TRISTÁN.— Oigo tanto, que juzgo a mi amo por el más bienaventurado hombre que nació. Y por mi vida, que aunque soy mochacho, que diese tan buena cuenta como mi amo.

SOSIA.— Para con tal joya quienquiera se ternía manos. Pero ‘con su pan se la coma’, que bien caro le cuesta: dos moços entraron en la salsa destos amores.

TRISTÁN.— Ya los tiene olvidados. ¡Dexaos morir sirviendo a ruines; hazé locuras en confianza de su defensión! ‘Biviendo con el conde que no matasse al hombre’,²⁸³ me dava mi madre por consejo. Veslos a ellos alegres y abraçados y sus servidores con harta mengua degollados.

MELIBEA.— ¡Oh mi vida y mi señor, cómo has quesido que pierda el nombre y corona de virgen por tan breve deleite! ¡Oh pecadora de ti, mi madre, si de tal cosa fuesses sabidora, cómo tomarías de grado tu muerte y me la darías a mí por fuerça! ¡Cómo serías cruel verdugo de tu propia sangre! ¡Cómo sería yo fin quexosa de tus días! ¡Oh mi padre honrado, cómo he dañado tu fama y dado causa y lugar a quebrantar tu casa! ¡Oh traidora de mí!, ¿cómo no miré primero el gran yerro que se seguía de tu entrada, el gran peligro que esperaba?

SOSIA.— ¡Ante quisiera yo oírte esos milagros! Todas sabéis essa oración después que no puede dexar de ser hecho.²⁸⁴ Y el bovo de Calisto que se lo escucha.

283.— Se hace referencia al refrán: «Cuando estuvieres con el conde, no mates al hombre, que se morirá el conde, y pagarás el hombre» o «En hoto del hombre no mates al conde, que morirá el conde y pagarás el hombre; o y pedirte han el hombre» [Correas].

284.— Sentencia latina. Castro Guisasaola la atribuye a Agatón: «Negatum etiam Deo est, quae facta sunt infacta posse reddere».

CALISTO.— ¿Ya quiere amanecer? ¿Qué es esto? No parece que ha una hora que estamos aquí y da el reloj las tres.

MELIBEA.— Señor, por Dios, pues ya todo queda por ti, pues ya soy tu dueña, pues ya no puedes negar mi amor, no me niegues tu vista, y más, las noches que ordenares sea tu venida por este secreto lugar a la misma hora, porque siempre te espere apercibida del gozo con que quedo, esperando las venideras noches. E por el presente vete con Dios, que no serás visto, que haze muy oscuro, ni yo en casa sentida, que aún no amanece.

CALISTO.— Moços, poned el escala.

SOSIA.— Señor, vesla aquí. Baxa.

MELIBEA.— Lucrecia, vente acá, que estoy sola. Aquel señor mío es ido. Comigo dexa su corazón, consigo lleva el mío. ¿Hasnos oído?

LUCRECIA.— No, señora, que durmiendo he estado.*²⁸⁵

SOSIA.— Tristán, devemos ir muy callando, porque suelen levantarse a esta hora los ricos, los cobdiciosos de temporales bienes, los devotos de templos, monesterios y iglesias, los enamorados como nuestro amo, los trabajadores de los campos y labranças, e los pastores que en este tiempo traen las ovejas a estos apriscos a ordeñar; y podría ser que cogiessen de pasada alguna razón por do toda su honra y la de Melibea se turbasse.

TRISTÁN.— ¡Oh simple rascacavallos, dizes que callemos y nombras su nombre della! ¡Bueno eres para adalid o para regir gente en tierra de moros de noche! Assí que, prohibiendo, permites; encubriendo, descubres; assegurando, ofendes; callando, bozeas y pregonas; preguntando, respondes. Pues tan sutil y discreto eres, ¿no me dirás en qué mes cae Santa María de agosto, porque sepamos si hay harta paja en casa que comas agoño?

CALISTO.— Mis cuidados y los de vosotros no son todos unos. Entrad callando, no nos sientan en casa. Cerrad essa puerta y vamos a reposar, que yo me quiero sobir solo a mi cámara. Yo me desarmaré. Id vosotros a vuestras camas.

— ¡Oh mezquino yo, cuánto me es agradable de mi natural la solicitud y silencio y escuridad! No sé si lo causa que me vino a la memoria la traición que fize en me despartir de aquella señora que tanto amo hasta

285.— A partir de aquí empieza la interpolación más amplia de la *Tragicomedia*, hasta el arterisco en el Acto XIX, denominado el *Tratado de Centurio*.

que más fuera de día, o el dolor de mi desonra. ¡Ay, ay, que esto es, esta herida es la que siento agora que se ha resfriado, agora que está helada la sangre que ayer hervía, agora que veo la mengua de mi casa, la falta de mi servicio, la perdición de mi patrimonio, la infamia que tiene mi persona de la muerte que de mis criados se ha seguido! ¿Qué hize? ¿En qué me detuve? ¿Cómo me pude sufrir, que no me mostré luego presente como hombre injuriado, vengador sobervio y acelerado de la manifiesta injusticia que me fue hecha? ¡Oh mísera suavidad desta brevísima vida! ¿Quién es de ti tan cobdicioso que no quiera más morir luego que gozar un año de vida denostado y prorrogarle con deshonra, corrompiendo la buena fama de los passados? Mayormente que no hay hora cierta ni limitada, ni aun un solo momento. Deudores somos sin tiempo; contino estamos obligados a pagar luego.²⁸⁶ ¿Por qué no salí a inquirir siquiera la verdad de la secreta causa de mi manifiesta perdición? ¡Oh breve deleite mundano, cómo duran poco y cuestan mucho tus dulçores! No se compra tan caro el arrepentir. ¡Oh triste yo!, ¿cuándo se restaurará tan grande pérdida? ¿Qué haré? ¿Qué consejo tomaré? ¿A quién descubriré mi mengua? ¿Por qué lo celo a los otros mis servidores y parientes? ‘Tresquílanme en consejo y no lo saben en mi casa’. Salir quiero, pero si salgo para dezir que he estado presente, es tarde; si absente, es temprano. Y para proveer amigos y criados antiguos, parientes y allegados, es menester tiempo, y para buscar armas y otros aparejos de vengança. ¡Oh cruel juez, y qué mal pago me has dado del pan que de mi padre comiste! Yo pensava que pudiera con tu favor matar mil hombres sin temor de castigo. ¡Iniquo, falsario, perseguidor de verdad, hombre de baxo suelo! Bien dirán por ti: ‘quien te hizo alcalde, mengua de hombres buenos’.²⁸⁷ Miraras que tú y los que mataste en servir a mis passados y a mí érades compañeros. Mas ‘cuando el vil está rico, ni tiene pariente ni amigo’.²⁸⁸ ¿Quién pensara que tú me havías de destruir? No hay cierto cosa mas empecible qu’el incogitado enemigo.²⁸⁹ ¿Por qué quesiste que dixessen: ‘Del monte sale con que se arde’, y que ‘Crié cuervo que me sacasse el ojo’? Tú eres público delincuente y mataste a los que son privados. E pues sabe que menor delicto es el privado que el público, menor su utilidad, según las leyes de Atenas disponen, las cuales no son escritas con sangre, antes muestran que es menos yerro

286.– La cita proviene del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Mortis nullum praefinitum est tempus: sine termino debitores sumus» [Castro Guisasola: 1924: 130; Deyermond, 1961: 146].

287.– Refrán: «Quién te hizo alcalde? Falta de buenos capitanes» y «Quién te hizo alcalde? Falta de hombres buenos» [Correas].

288.– Refrán: «Cuando el villano está rico, ni tiene pariente ni amigo» [Correas].

289.– Sentencia del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Hoste inexpectato nil nocentius» [Castro Guisasola: 1924: 130; Deyermond, 1961: 146].

no condenar los malhechores que punir los inocentes. ¡Oh cuán peligroso es seguir justa causa delante injusto juez!²⁹⁰ Cuanto más este exceso de mis criados, que no carecía de culpa. Pues mira, si mal has hecho, que hay sindicado en el cielo y en la tierra; así que a Dios y al rey serás reo, y a mí capital enemigo. ¿Qué pecó el uno por lo que hizo el otro, que por sólo ser su compañero los mataste a entrambos? Pero, ¿qué digo? ¿Con quién hablo? ¿Estoy en mi seso? ¿Qué es esto, Calisto? ¿Soñavas? ¿Duermes o velas? ¿Estás en pie o acostado? Cata que estás en tu cámara. ¿No ves que el ofendedor no está presente? ¿Con quién lo has? Torna en ti. Mira que nunca los absentes se hallaron justos; oye entrambas partes para sentenciar. ¿No ves que por executar la justicia no había de mirar amistad ni deudo ni criança? ¿No miras que la ley tiene de ser igual a todos? Mira que Rómulo, el primer cimentador de Roma, mató a su propio hermano porque la ordenada ley traspasó.²⁹¹ Mira a Torcato, romano, cómo mató a su hijo porque excedió la tribunicia constitución.²⁹² Otros muchos hizieron lo mesmo. Considera que si aquí presente él estoviese, respondería que hazientes y consintientes merecen igual pena,²⁹³ aunque a entrambos matasse por lo que el uno pecó. E que si aceleró en su muerte, que era crimen notorio y no eran necessarias muchas pruebas, y que fueron tomados en el acto del matar, que ya estava el uno muerto de la caída que dio. Y también se deve creer que aquella lloradera moça, que Celestina tenía en su casa, le dio rezia priessa con su triste llanto. E él, por no hazer bullicio, por no me disfamar, por no esperar a que la gente se levantasse y oyessen el pregón, del cual gran infamia se me seguía, los mandó justiciar tan de mañana, pues era forçoso el verdugo bozeador para la execución y su descargo.²⁹⁴ Lo cual todo así como creo es hecho; antes le quedo deudor y obligado para quanto biva, no como a criado de mi padre, pero como a verdadero hermano. E

290.– Petrarca: «Nisi enim multorum impunita scelera tulissemus: nunquam ad unum tanta licentia pervenisset [...] et profecto periculosissimum est sub iniusto iudice iustam causam fovere», *De rebus familiaribus*, V, iii, 17 [Castro Guisasola: 1924: 130; Deyermond, 1961: 76].

291.– Rómulo condenó a muerte a su hermano Remo por quebrantar una ley que prohibía que nadie saltara las murallas para salir de la ciudad. Era un ejemplo muy utilizado en los libros jurídicos, como indica la *Celestina comentada*, fol. 181, para mostrar que la ley debe ser igual para todos.

292.– Otro modelo de comportamiento referenciado por Valerio Máximo en *Dicta et facta Memorabilia*, II, vii, 6 [*Celestina comentada*: fol. 181] en el que se narra cómo el cónsul Torquato Manilio mandó matar a su hijo por desobedecer las órdenes dadas por su padre al ejército romano, cuando salió contra el enemigo y venció a su caudillo. Al volver, en vez de ser felicitado por su coraje, su padre mandó que fuera degollado por no respetar la disciplina militar. Esta alusión, como propone Peter E. Rusell, también aparece en Mena, *Laberinto*, copla 216.

293.– Frase procedente del derecho: «sicut agentes et consentientes pari poena puniuntur», *Decretales*, I, 29, 1 [*Celestina comentada*: fol. 182].

294.– En *Celestina comentada*, fol. 182, se alude a que era obligatorio, para hacer cumplir la ley, que al pasar el reo por la calle hacia el suplicio, el alcalde u oficial (voceador) publicara en alta voz los crímenes cometidos.

puesto caso que assí no fuesse, puesto caso que no echasse lo passado a la mejor parte, acuérdate, Calisto, del gran gozo passado, acuérdate de tu señora y tu bien todo. Y pues tu vida no tienes en nada por su servicio, no has de tener las muertes de otros, pues ningún dolor igualará con el rescebido plazer. ¡Oh mi señora y mi vida!, que jamás pensé en ausencia ofenderte, que parece que tengo en poca estima la merced que me has hecho. No quiero pensar en enojo, no quiero tener ya con la tristeza amistad. ¡Oh bien sin comparación, oh insaciable contentamiento! ¿Y cuándo pidiera yo más a Dios por premio de mis méritos, si algunos son en esta vida, de lo que alcançado tengo? ¿Por qué no estoy contento? Pues no es razón ser ingrato a quien tanto bien me ha dado. Quiérollo conocer; no quiero con enojo perder mi seso, porque perdido no caiga de tan alta possession. No quiero otra honra, otra gloria, no otras riquezas, no otro padre ni madre, no otros deudos ni parientes. De día estaré en mi cámara, de noche en aquel paraíso dulce, en aquel alegre vergel, entre aquellas suaves plantas y fresca verdura. ¡Oh noche de mi descanso, si fuesses ya tornada! ¡Oh luziente Febo, date priessa a tu acostumbrado camino! ¡Oh deleitosas estrellas, apareceos ante de la continua orden! ¡Oh espacioso relox, aún te vea yo arder en bivo fuego de amor, que si tú esperasses lo que yo cuando das doze, jamás estarías arrendado a la voluntad del maestro que te compuso! ¡Pues vosotros, invernales meses que agora estáis escondidos, viniéssedes con vuestras muy complidas noches a trocarlas por estos prolixos días! Ya me parece haver un año que no he visto aquel suave descanso, aquel deleitoso refrigerio de mis trabajos. Pero, ¿qué es lo que demando? ¿Qué pido, loco sin sufrimiento? Lo que jamás fue ni puede ser. No aprenden los cursos naturales a rodearse sin orden, que a todos es un igual curso, a todos un mesmo espacio, para muerte y vida un limitado término a los secretos movimientos del alto firmamiento celestial de los planetas y Norte, de los crescimientos y mengua de la menstrea luna; todo se rige con un freno igual, todo se mueve con igual espuela: cielo, tierra, mar, fuego, viento, calor, frío. ¿Qué me aprovecha a mí que dé doze horas el relox de hierro si no las ha dado el del cielo? Pues ‘por mucho que madruge, no amanesce mas aína’. Pero tú, dulce imaginacion, tú que puedes me acorrer, trae a mi fantasía la presencia angélica de aquella imagen luziente, buelve a mis oídos el suave son de sus palabras, aquellos desvíos sin gana, aquel «Apártate allá, señor, no llegues a mí», aquel «No seas descortés» que con sus rubicundos labrios vía sonar, aquel «No quieras mi perdición» que de rato en rato proponía; aquellos amorosos abraços entre palabra y palabra; aquel soltarme y prenderme; aquel huir y llegarse; aquellos açucarados besos; aquella final salutación con que se me despidió, con cuánta pena salió por su boca, con cuántos despere-

zos, con cuántas lágrimas, que parecían granos de aljófar que sin sentir se le caían de aquellos claros y resplandescientes ojos.

SOSIA.— Tristán, ¿qué te parece de Calisto, qué dormir ha hecho, que ya son las cuatro de la tarde y no nos ha llamado ni ha comido?

TRISTÁN.— Calla, que 'el dormir no quiere priessa'.²⁹⁵ Demás desto, aquéxale por una parte la tristeza de aquellos moços, por otra le alegra el muy gran plazer de lo que con su Melibea ha alcançado. Assí que dos tan rezios contrarios verás qué tal pararán un flaco subjecto donde estuvieren aposentados.

SOSIA.— ¿Piénsaste, tú, que le penan a él mucho los muertos? Si no le penasse más aquella, que desde esta ventana yo veo ir por la calle, no llevaría las tocas de tal color.

TRISTÁN.— ¿Quién es, hermano?

SOSIA.— Llégate aca y verla has antes que trasponga. Mira aquella lutosa que se limpia agora las lágrimas de los ojos. Aquélla es Elicia, criada de Celestina y amiga de Sempronio; una muy bonita moça, aunque queda agora perdida la pecadora porque tenía a Celestina por madre y a Sempronio por el principal de sus amigos. Y aquella casa donde entra, allí mora una hermosa mujer, muy graciosa y fresca, enamorada, medio ramera, pero no se tiene por poco dichoso quien la alcança a tener por amiga sin grande escote, y llámase Areúsa; por la cual sé yo que ovo el triste de Pármeno más de tres noches malas, y aun que no le plaze a ella con su muerte.



295.— En Correas: «El comer y dormir no quiere priessa» y «El dormir no quiere priessa ni la priessa quiere dormir».

Areúsa. Centurio. Elicia.



Argumento del decimoquinto auto

Areúsa dize palabras injuriosas a un rufián llamado Centurio, el cual se despide della por la venida de Elicia, la cual cuenta a Areúsa las muertes que sobre los amores de Calisto y Melibea se havían ordenado. E conciertan Areúsa y Elicia que Centurio haya de vengar las muertes de los tres en los dos enamorados. En fin, despídese Elicia de Areúsa, no consintiendo en lo que le ruega, por no perder el buen tiempo que se dava estando en su asueta casa.

Areúsa. Centurio. Elicia.

ELICIA.— ¿Qué bozear es este de mi prima? Si ha sabido las tristes nuevas que yo le traigo, no havré yo las albricias de dolor que por tal mensaje se ganan. Llore, llore, vierta lágrimas, pues no se hallan tales hombres a cada rincón. Plázeme que así lo siente. Messe aquellos cabellos, como yo, triste, he fecho. Sepa que es perder buena vida más trabajo que la misma muerte. ¡Oh cuánto más la quiero que hasta aquí por el gran sentimiento que muestra!

AREÚSA.— ¡Vete de mi casa, rufián, vellaco, mentiroso, burlador, que me traes engañada, bova, con tus ofertas vanas! Con tus ronces y halagos, hasme robado cuanto tengo. Yo te di, vellaco, sayo y capa, espada y

broquel, camisas de dos en dos a las mil maravillas labradas; yo te di armas y cavallo, púsete con señor que no le merescías descalçar. Agora una cosa que te pido que por mí fagas, pónesme mil achaques.

CENTURIO.— Hermana mía, mándame tú matar con diez hombres por tu servicio y no que ande una lengua de camino a pie.

AREÚSA.— ¿Por qué jugaste tú el cavallo, tahúr, vellaco, que si por mí no hoviesse sido, estarías tú ya ahorcado? Tres vezes te he librado de la justicia, cuatro vezes desempeñado en los tableros. ¿Por qué lo hago? ¿Por qué soy loca? ¿Por qué tengo fe con este covarde? ¿Por qué creo sus mentiras? ¿Por qué le consiento entrar por mis puertas? ¿Qué tiene bueno? Los cabellos crespos, la cara acuchillada, dos vezes açotado, manco de la mano del espada, treinta mujeres en la putería. ¡Salte luego de ahí, no te vea yo más! ¡No me hables ni digas que me conoces; si no, por los huesos del padre que me hizo y de la madre que me parió, yo te haga dar mil palos en esas espaldas de molinero, que ya sabes que tengo quien lo sepa hazer y, hecho, salirse con ello!

CENTURIO.— ¡Loquear, bovilla! Pues si yo me ensaño alguna lloraré. Mas quiero irme y çofrirte, que no sé quién entra; no nos oyan.

ELICIA.— Quiero entrar, que no es son de buen llanto donde hay amenazas y denuestos.

AREÚSA.— ¡Ay triste yo! ¿Eres tú, mi Elicia? ¡Jesú, Jesú, no lo puedo creer! ¿Qué es esto? ¿Quién te me cubrió de dolor? ¿Qué manto de tristeza es este? Cata que me espantas, hermana mía. Dime presto qué cosa es, que estoy sin tiento; ninguna gota de sangre has dexado en mi cuerpo.

ELICIA.— ¡Gran dolor, gran pérdida! Poco es lo que nuestro con lo que siento y encubro; más negro traigo el corazón que el manto, las entrañas que las tocas. ¡Ay hermana, hermana, que no puedo hablar, no puedo de ronca sacar la boz del pecho!

AREÚSA.— ¡Ay triste, que me tienes suspensa! Dímelo, no te messes, no te rascuñes ni maltrates. ¿Es común de entrambas este mal? ¿Tócame a mí?

ELICIA.— ¡Ay prima mía y mi amor! Sempronio y Pármeno ya no biven, ya no son en el mundo; sus ánimas ya están purgando su yerro, ya son libres desta triste vida.

AREÚSA.— ¿Qué me cuentas? No me lo digas. Calla, por Dios, que me caeré muerta.

ELICIA.— Pues 'más mal hay que suena'.²⁹⁶ Oye a la triste, que te contará más queixas. Celestina, aquella que tú bien conociste, aquella que yo tenía por madre, aquella que me regalava, aquella que me encubría,

296.— Alusión al refrán: «Más mal hay de lo que suena en el aldea» o «En el aldea que no es buena, más mal hay que suena» [Correas].

aquella con quien yo me honrava entre mis iguales, aquella por quien yo era conocida en toda la ciudad y arrabales, ya está dando cuenta de sus obras. Mil cuchilladas le vi dar a mis ojos. En mi regaço me la mataron.

AREÚSA.— ¡Oh fuerte tribulación! ¡Oh dolorosas nuevas, dignas de mortal lloro! ¡Oh acelerados desastres! ¡Oh pérdida incurable! ¿Cómo ha rodeado tan presto la fortuna su rueda? ¿Quién los mato? ¿Cómo murieron? Que estoy envelesada, sin tiento, como quien cosa imposible oye. ¡No ha ocho días que los vide bivros y ya podemos dezir «Perdónelos Dios»! ¿Cuéntame, amiga mía, cómo es acaescido tan cruel y desastrado caso?

ELICIA.— Tú lo sabrás. Ya oíste dezir, hermana, los amores de Calisto y la loca Melibea. Bien verías cómo Celestina avía tomado el cargo, por intercessión de Sempronio, de ser medianera pagándole su trabajo. La cual puso tanta diligencia y solicitud, que ‘a la segunda açadonada sacó agua’.²⁹⁷ Pues como Calisto tan presto vido buen concierto en cosa que jamás lo esperava, a bueltas de otras cosas dio a la desdichada de mi tía una cadena de oro; y como sea de tal calidad aquel metal, que mientras más bevemos dello más sed nos pone, con sacrílega hambre,²⁹⁸ cuando se vido tan rica, alçose con su ganancia y no quiso dar parte a Sempronio ni a Pármemo dello; lo cual avía quedado entre ellos que partiessen lo que Calisto diesse. Pues como ellos viniessen cansados una mañana de acompañar a su amo toda la noche, muy airados de no sé qué cuestiones que dizen que havían havido, pidieron su parte a Celestina de la cadena para remediarse. Ella púsose en negarles la convención y promesa, y dezir que todo era suyo lo ganado, y aun descubriendo otras cosillas de secretos, que como dizen: ‘Riñen las comadres...’.²⁹⁹ Assí que ellos muy enojados, por una parte los aquexava la necessidad que priva todo amor; por otra, el enojo grande y cansacio que traían, que acarrea alteración; por otra, vían la fe quebrada de su mayor esperança; no sabían qué hazer; estuvieron gran rato en palabras. Al fin, viéndola tan cobdiciosa perseverando en su negar, echaron mano a sus espadas y diéronle mil cuchilladas.

AREÚSA.— ¡Oh desdichada de mujer! ¿Y en esto avía su vejez de fenescer? ¿Y dellos qué me dizes? ¿En qué pararon?

ELICIA.— Ellos, como hovieron hecho el delicto, por huir de la justicia, que acaso passava por allí, saltaron de las ventanas y quasi muertos los prendieron, y sin más dilación los degollaron.

AREÚSA.— ¡Oh mi Pármemo y mi amor, y cuánto dolor me pone su muerte! Pésame del grande amor que con él tan poco tiempo havía puesto,

297.— Alusión y modificación del refrán: «A la primera azadonada queréis sacar agua» [Correas].

298.— Petrarca, *De remediis*, I, 55: «Crescente auro crescit auri sitis» [Deyermond, 1961: 69].

299.— «Riñen las comadres y descúbrense las poridades» o «dícense las verdades» [Correas].

pues no me había más de durar. Pero pues ya este mal recabdo es hecho, y pues ya esta desdicha es acaescida, pues ya no pueden por lágrimas comprar ni restaurar sus vidas, no te fatigues tú tanto que cegarás llorando, que creo que poca ventaja me llevas en sentimiento, y verás con cuánta paciencia lo çufro y passo.

ELICIA.— ¡Ay qué ravia! ¡Ay mezquina, que salgo de seso! ¡Ay que no hallo quien lo sienta como yo, no hay quien pierda lo que yo pierdo! ¡Oh cuánto mejores y más honestas fueran mis lágrimas en pasión ajena que en la propia mía! ¿Adónde iré, que pierdo madre, manto y abrigo, pierdo amigo, y tal que nunca faltava de mí marido? ¡Oh Celestina, sabia, honrada y autorizada, cuántas faltas me encobrías con tu buen saber! Tú trabajavas, yo holgava; tú salías fuera, yo estava encerrada; tú rota, yo vestida; tú entravas contino como abeja por casa, yo destruía, que otra cosa no sabía hazer. ¡Oh bien y gozo mundano, que mientras eres poseído eres menospreciado, y jamás te consientes conocer hasta que te perdemos!³⁰⁰ ¡Oh Calisto y Melibea, causadores de tantas muertes, mal fin ayan vuestros amores, en mal sabor se conviertan vuestros dulces placeres! Tórnese lloro vuestra gloria, trabajo vuestro descanso; las yervas deleitosas donde tomáis los hurtados solazes se conviertan en cullebras; los cantares se os tornen lloro; los sombreros árboles del huerto se sequen con vuestra vista; sus flores olorosas se tornen de negra color.

AREÚSA.— Calla, por Dios, hermana, pon silencio a tus queexas, ataja tus lágrimas, limpia tus ojos, torna sobre tu vida, que ‘cuando una puerta se cierra otra suele abrir la fortuna’; y este mal, aunque duro, se soldará. Y muchas cosas se pueden vengar que es imposible remediar, y esta tiene el remedio dudoso y la vengança en la mano.

ELICIA.— ¿De quién se ha de haver enmienda, que la muerta y los matadores me han acarreado esta cuita? No menos me fatiga la punición de los delincuentes que el yerro cometido. ¿Qué mandas que haga, que todo carga sobre mí? Pluguiera a Dios que fuera yo con ellos y no quedara para llorar a todos. Y de lo que más dolor siento es ver que por esso no dexa aquel vil de poco sentimiento de ver y visitar festejando cada noche a su estiércol de Melibea; y ella muy ufana en ver sangre vertida por su servicio.

AREÚSA.— Si esso es verdad, ¿de quién mejor se puede tomar vengança, de manera que quien lo comió, aquel lo escote? Déxame tú, que si yo les caigo en el rastro, cuándo se veen y cómo, por dónde y a qué hora —no me hayas tú por hija de la pastellera vieja que bien conociste—, si no haga que les amarguen los amores. Y si pongo en ello a aquel con

300.— Sentencia o locución latina que pasó posteriormente a refrán: «El bien, entonces es conocido cuando es perdido» o «Bien perdido y conocido» y Correas aclara: «Que en perdiéndose el bien se conoce lo que vale».

quien me viste que reñía cuando entravas, si no sea él peor verdugo para Calisto que Sempronio de Celestina. Pues qué gozo habría agora él en que le pusiese yo en algo por mi servicio, que se fue muy triste de ver me que le traté mal; y vería él los cielos abiertos en tornalle yo a hablar y mandar. Por ende, hermana, dime tú de quién pueda yo saber el negocio cómo passa, que yo le haré armar un lazo con que Melibea llore cuanto agora goza.

ELICIA.— Yo conozco, amiga, otro compañero de Pármeno, moço de cavallos, que se llama Sosia, que le acompaña cada noche. Quiero trabajar de se lo sacar todo el secreto, y este será buen camino para lo que dizes.

AREÚSA.— Mas, hazme este plazer, que me embíes acá esse Sosia. Yo le halagaré y diré mil lisonjas y ofrescimientos, hasta que no le dexé en el cuerpo cosa de lo hecho y por hazer. Después a él y a su amo haré revessar el plazer comido. E tú, Elicia, alma mía, no recibas pena, pasa a mi casa tu ropa y alhajas y vente a mi compañía, que estarás muy sola y la tristeza es amiga de la soledad. Con ‘nuevo amor olvidarás los viejos’,³⁰¹ un hijo que nasce restaura la falta de tres finados; con nuevo successor se pierde la alegre memoria y plazeres perdidos del passado. De un pan que yo tenga, ternás tú la meitad. Más lástima tengo de tu fatiga que de los que te la ponen. Verdad sea que, cierto, duele más la perdida de lo que hombre tiene, que da plazer la esperança de otro tal, aunque sea cierta. Pero ya lo hecho es sin remedio y los muertos irrecuperables. E como dizen: ‘Mueran y bivamos...’.³⁰² A los bivos me dexa a cargo, que yo te les daré tan amargo xarope a beber cual ellos a ti han dado. ¡Ay prima, prima, cómo sé yo, cuando me ensaño, rebolver estas tramas, aunque soy moça! Y de ál me vengue Dios, que de Calisto, Centurio me vengará.

ELICIA.— Cata que creo que, aunque llame el que mandas, no habrá efecto lo que quieres, porque la pena de los que murieron por descubrir el secreto porná silencio al bivo para guardarle. Lo que me dizes de mi venida a tu casa te agradezco mucho. E Dios te ampare y alegre en tus necessidades, que bien muestras el parentesco y hermandad no servir de viento, antes en las adversidades aprovechar. Pero aunque lo quiera hazer por gozar de tu dulce compañía, no podrá ser por el daño que me vernía. La causa no es necessario dezir, pues hablo con quien me entiende, que allí, hermana, soy conocida; allí estoy aparrochada; jamás perderá aquella casa el nombre de Celestina, que Dios haya. Siempre acuden allí moças conocidas y allegadas, medio parientas de las que ella

301.— Dicho: «Amores nuevos olvidan viejos» [Correas].

302.— «Mueran y vivamos, con salud los enterremos, sus haciendas les comamos en caridad», Correas explica: «Palabras son de los pobres que andan por los lugares a pedir y gozar de la caridad que se reparte en entierros, honras y memorias, y vienen bien aplicadas a los curas».

crió; allí hazen sus conciertos, de donde se me seguirá algún provecho. E también esos pocos amigos que me quedan no me saben otra morada. Pues ya sabes cuán duro es dexar lo usado, y que ‘mudar costumbre es a par de muerte’,³⁰³ y ‘piedra movediza que nunca moho la cobija’.³⁰⁴ Allí quiero estar, siquiera porque el alquiler de la casa está pagado por ogaño, no se vaya en balde. Assí que, aunque cada cosa no abastasse por sí, juntas aprovechan y ayudan. Ya me parece que es hora de irme. De lo dicho me llevo el cargo. Dios quede contigo, que me voy.



303.— Refrán: «Dejar lo usado es cosa fuerte, que mudar costumbre a par de muerte» [Correas].

304.— «Piedra movediza, nunca moho la cobija, o nunca la cubre moho» [Correas].



Argumento del decimosexto auto

Pensando Pleberio y Alisa tener su hija Melibea el don de la virginidad conservado, lo cual según ha parecido está en contrario, están razonando sobre el casamiento de Melibea. Y en tan gran cantidad le dan pena las palabras que de sus padres oye, que embía a Lucrecia para que sea causa de su silencio en aquel propósito.

Pleberio. Alisa. Lucrecia. Melibea.

PLEBERIO.— Alisa, amiga, el tiempo, según me parece, se nos va, como dizen, entre las manos; corren los días como agua de río. No hay cosa tan ligera para huir como la vida. La muerte nos sigue y rodea, de la cual somos vezinos y hazia su vadera nos acostamos, según natura. Esto vemos muy claro si miramos nuestros iguales, nuestros hermanos y parientes en derredor; todos los come ya la tierra, todos están en sus perpetuas moradas.³⁰⁵ Y pues somos inciertos cuándo havemos de ser llamados, viendo tan ciertas señales devemos ‘echar nuestras barvas en

305.— Este inicio del parlamento de Pleberio recoge y amplifica diferentes sentencias seleccionadas y extraídas del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca y del «Praefatio» del *De rebus familiaribus*: «...tempora (ut aiunt) inter digitos effluxerunt. Spes nostrae veteres cum amicis saepultae sunt [...] Ego iam sarcinulas compono (et quod migraturi solent) [...] Quid enim quaeso fugacius vita est? quid morte sequacius?» [Castro Guisasaola: 1924: 130; Deyermond, 1961: 75-76].

remojo³⁰⁶ y aparejar nuestros fardeles para andar este forçoso camino, no nos tome improviso ni de salto aquella cruel boz de la muerte. Ordenemos nuestras ánimas con tiempo, que ‘más vale prevenir que ser prevenidos’. Demos nuestra hazienda a dulce sucesor; acompañemos nuestra única hija con marido cual nuestro estado requiere, porque vamos descansados y sin dolor deste mundo. Lo cual con mucha diligencia devemos poner desde agora por obra, y lo que otras vezes havemos principiado en este caso, agora haya execución; no quede por nuestra negligencia nuestra hija en manos de tutores, pues parescerá ya mejor en su propia casa que en la nuestra. Quitarla hemos de lenguas del vulgo, porque ninguna virtud hay tan perfecta que no tenga vituperadores y maldizientes;³⁰⁷ no hay cosa con que mejor se conserve la limpia fama en las vírgines que con temprano casamiento.³⁰⁸ ¿Quién rehuiría nuestro parentesco en toda la ciudad? ¿Quién no se hallará gozoso de tomar tal joya en su compañía? En quien caben las cuatro principales cosas que en los casamientos se demandan; conviene a saber: lo primero, discreción, honestidad y virginidad; segundo, hermosura; lo terçero, el alto origen y parientes; lo final, riqueza.³⁰⁹ De todo esto la dotó natura. Cualquiera cosa que nos pidan, hallarán bien complida.

ALISA.— Dios la conserve, mi señor Pleberio, porque nuestros desseos veamos complidos en nuestra vida; que antes pienso que faltará igual a nuestra hija, según tu virtud y tu noble sangre, que no sobrarán muchos que la merezcan. Pero como esto sea oficio de los padres y muy ajeno a las mujeres, como tú lo ordenares seré yo alegre, y nuestra hija obedecerá, según su casto bivar y honesta vida y humildad.

LUCRECIA.— (Ap.) ¡Aun si bien lo supieses, rebentaría! ¡Ya, ya, perdido es lo mejor! ¡Mal año se os apareja a la vejez! Lo mejor, Calisto lleva. No ay quien ponga virgos, que ya es muerta, que ya es muerta Celestina. ¡Tarde acordáis; más haviades de madrugar!

— (Alto) ¡Escucha, escucha, señora Melibea!

MELIBEA.— ¿Qué hazes ahí escondida, loca?

LUCRECIA.— Llégate aquí, señora; oirás a tus padres la priessa que traen por te casar.

306.— Alusión al refrán: «Cuando la barba de tu vecino vieres pelar, echa la tuya a remojar, o echa la tuya en remojo» [Correas].

307.— Adagio del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Nulla virtus tam laudata est quin vituperatores inveniat» [*Celestina comentada*: fol. 191r; Castro Guisasola: 1924: 140; Deyermond, 1961: 147].

308.— Frase del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Virgineam castitatem nulla arte melius quam maturo coniugio praeservabis» [*Celestina comentada*: fol. 191r; Castro Guisasola: 1924: 140; Deyermond, 1961: 146].

309.— Estas cualidades mencionadas eran un lugar común. En la *Celestina comentada*, fol. 191r, se remite a Alfonso X el Sabio, *Las siete partidas*, Partida II, título VI, ley 1.

MELIBEA.— Calla, por Dios, que te oirán. Déxalos hablar, déxalos devaneen. Un mes ha que otra cosa no hazen ni en otra cosa entienden. No parece sino que les dize el corazón el gran amor que a Calisto tengo, y todo lo que con él, un mes ha, he passado. No sé si me han sentido. No sé qué se sea aquejarles más agora este cuidado que nunca. Pues mándoles yo trabajar en vano, que ‘por demás es la cítola en el molino...’³¹⁰

¿Quién es el que me ha de quitar mi gloria, quién apartarme mis plazerres? Calisto es mi ánima, mi vida, mi señor, en quien yo tengo toda mi esperanza. Conozco dél que no bivo engañada, pues él me ama. ¿Con qué otra cosa le puedo pagar? Todas las deudas del mundo resciben compensación en diverso género; el amor no admite sino solo amor por paga.³¹¹ En pensar en él me alegro, en verlo me gozo, en oírlo me glorifico; haga y ordene de mí a su voluntad: si passar quisiere la mar, con él iré; si rodear el mundo, lléveme consigo; si venderme en tierra de enemigos, no rehuiré su querer. Déxenme mis padres gozar dél si ellos quieren gozar de mí. No piensen en estas vanidades ni en estos casamientos, que más vale ser buena amiga que mala casada. Déxenme gozar mi mocedad alegre si quieren gozar su vejez cansada; si no, presto podrán aparejar mi perdición y su sepultura. No tengo otra lástima sino por el tiempo que perdí de no gozarlo, de no conocerlo, después que a mí me sé conocer. No quiero marido, no quiero ensuziar los ñudos del matrimonio, ni las maritales pisadas de ajeno hombre repisar, como muchos hallo en los antiguos libros que leí, o que hizieron más discretas que yo, más subidas en estado y linaje. Las cuales, algunas eran de la gentilidad tenidas por diosas, assí como Venus, madre de Eneas, y de Cupido, el dios del amor, que siendo casada corrompió la prometida fe marital. E aun otras, de mayores fuegos encendidas, cometieron nefarios y incestuosos yerros, como Mirra con su padre, Semíramis con su hijo, Cánasce con su hermano, y aun aquella forçada Thamar, hija del rey David. Otras aun más cruelmente traspasaron las leyes de natura, como Pásiphe, mujer del rey Minos, con el toro.³¹² Pues reinas eran y grandes señoras, debaxo de cuyas culpas, la razonable mía podrá passar sin denuesto. Mi amor fue con justa causa requerida y rogada, cativada de su merescimiento, aquejada por tan astuta maestra como Celestina,

310.— Parte del refrán: «Por demás es la cítola en el molino, cuando el molinero es sordo» [Correas].

311.— Cita procedente del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Amor amore compensandus est: in caeteris rebus diversi generis compensatio admittitur» [Castro Guisasaola: 1924: 128; Deyermond, 1961: 146].

312.— Todas estas historias clásicas eran muy conocidas en la época que nos ocupa. Castro Guisasaola [1924: 74] propone como fuente a Petrarca, quien en el *Triumphus Cupidinis*, II, 163, III, 74 y 76, cita a todas estas mujeres, a excepción de Pasífae, que ya había sido nombrada por Sempronio en el primer Auto. Pero podría también hacer referencia a Mena, *Laberinto de Fortuna*, vs. 102-14 [Pérez Priego, 2001: 152].

servida de muy peligrosas visitaciones antes que concediese por entero en su amor. Y después un mes ha, como has visto, que jamás noche ha faltado sin ser nuestro huerto escalado como fortaleza y muchas haver venido en balde, y por esso no me mostrar más pena ni trabajo. Muertos por mí sus servidores, perdiéndose su hazienda, fingiendo ausencia con todos los de la ciudad, todos los días encerrado en casa con esperança de verme a la noche. ¡Afuera, afuera la ingratitud, afuera las lisonjas y el engaño con tan verdadero amator, que ni quiero marido ni quiero padre ni parientes! Faltándome Calisto, me falte la vida, la cual, porque él de mí goze, me aplaze.

LUCRECIA.— Calla, señora, escucha, que todavía perseveran.

PLEBERIO.— ¿Pues, qué te parece, señora mujer, devemos hablarlo a nuestra hija? ¿Devemos darle parte de tantos como me la piden, para que de su voluntad venga, para que diga cuál le agrada? Pues en esto las leyes dan libertad a los hombres y mujeres, aunque estén so el paterno poder, para elegir.

ALISA.— ¿Qué dizes? ¿En qué gastas tiempo? ¿Quién ha de irle con tan grande novedad a nuestra Melibea que no la espante? ¿Cómo, y piensas que sabe ella qué cosa sean hombres, si se casan o qué es casar, o que del ayuntamiento de marido y mujer se procreen los hijos? ¿Piensas que su virginidad simple le acarrea torpe desseo de lo que no conoce ni ha entendido jamás? ¿Piensas que sabe errar aun con el pensamiento? No lo creas, señor Pleberio, que si alto o baxo de sangre, o feo o gentil de gesto le mandáremos tomar, aquello será su plazer, aquello habrá por bueno, que yo sé bien lo que tengo criado en mi guardada hija.

MELIBEA.— Lucrecia, Lucrecia, corre presto; entra por el postigo en la sala y estórvales su hablar, interrúmpeles sus alabanças con algún fingido mensaje, si no quieres que vaya yo dando bozes como loca, según estoy enojada del concepto engañoso que tienen de mi ignorancia.

LUCRECIA.— Ya voy, señora.





Argumento del decimoséptimo auto

Elicia, careciendo de la castimonia de Penélope, determina de despedir el pesar y luto que por causa de los muertos trae, alabando el consejo de Areúsa en este propósito; la cual va a casa de Areúsa, adonde viene Sosia, al cual Areúsa con palabras fictas saca todo el secreto que está entre Calisto y Melibea.

Elicia. Areúsa. Sosia.

ELICIA.— Mal me va con este luto. Poco se visita mi casa, poco se pasea mi calle; ya no veo las músicas de la alborada, ya no las canciones de mis amigos, ya no las cuchilladas ni ruidos de noche por mi causa. Y lo que peor siento, que ni blanca ni presente veo entrar por mi puerta. De todo esto me tengo yo la culpa, que si tomara el consejo de aquella que bien me quiere, de aquella verdadera hermana, cuando el otro día le llevé las nuevas deste triste negocio que esta mi mengua ha acarreado, no me viera agora entre dos paredes sola, que de asco ya no hay quien me vea. El diablo me da tener dolor por quien, no sé si yo muerta, lo tuviera. Aosadas que me dixo ella a mí lo cierto: «Nunca, hermana, traigas ni muestres más pena por el mal ni muerte de otro que él hiziera por ti». Sempronio holgara yo muerta; pues ¿por qué, loca, me peno

yo por él degollado? ¿Y qué sé si me matara a mí, como era acelerado y loco, como hizo a aquella vieja que tenía yo por madre? Quiero en todo seguir su consejo de Areúsa, que sabe más del mundo que yo, y verla muchas veces y traer materia cómo biva. ¡Oh qué participación tan suave, qué conversación tan gozosa y dulce! No en balde se dize que vale mas un día del hombre discreto que toda la vida del nescio y simple'.³¹³ Quiero, pues, deponer el luto, dexar tristeza, despedir las lágrimas que tan aparejadas han estado a salir. Pero como sea el primer oficio que en nasciendo hazemos llorar, no me maravillo ser más ligero de comenzar y de dexar más duro. Mas para esto es el buen seso, viendo la pérdida al ojo, viendo que los atavíos hazen la mujer hermosa, aunque no lo sea; tornan de vieja moça y a la moça más. No es otra cosa la color y alvalde sino pegajosa liga en que se travan los hombres. Ande, pues, mi espejo y alcohol, que tengo dañados estos ojos; anden mis tocas blancas, mis gorgueras labradas, mis ropas de plazer. Quiero adereçar lixía para estos cabellos que perdían ya la ruvia color. Y esto hecho, contaré mis gallinas, haré mi cama; porque la limpieza alegra el corazón, barreré mi puerta y regaré la calle, porque los que passaren vean que es ya desterrado el dolor. Mas primero quiero ir a visitar mi prima por preguntarle si ha ido allá Sosia y lo que con él ha passado, que no lo he visto después que le dixe como le querría hablar Areúsa. Quiera Dios que la halle sola, que jamás está desacompañada de galanes, como buena taverna de borrachos. Cerrada está la puerta; no deve estar allá hombre. Quiero llamar. Tha, tha.

AREÚSA.— ¿Quién es?

ELICIA.— Ábreme, amiga; Elicia soy.

AREÚSA.— Entra, hermana mía. Véate Dios, que tanto plazer me hazes en venir como vienes, mudado el hábito de tristeza. Agora nos gozaremos juntas, agora te visitaré. Vernos hemos en mi casa y en la tuya. Quiçá por bien fue para entrambas la muerte de Celestina, que yo ya siento la mejoría más que antes. Por esto se dize que 'los muertos abren los ojos de los que biven', a unos con haciendas, a otros con libertad, como a ti.

ELICIA.— A tu puerta llaman. Poco espacio nos dan para hablar, que te querría preguntar si había venido acá Sosia.

AREÚSA.— No ha venido; después hablaremos. ¡Qué porradas que dan! Quiero ir abrir, que o es loco o privado quien llama.

SOSIA.— Ábreme, señora; Sosia soy, criado de Calisto.

313.— Sentencia de Séneca (*Epístolas*, LXXVIII), que incluye Petrarca en «Índice» final de la *Opera latina*: «Eruditorum diem unum plus pia cere quam stultorum longissimam vitam» [*Celestina comentada*: fol. 197r; Castro Guisasaola: 1924: 98; Deyvermond, 1961: 146].

☞ AREÚSA.— (*Ap.*) ¡Por los santos de Dios, ‘el lobo es en la conseja’³¹⁴! Escóndete, hermana, tras esse paramento, y verás cuál te lo paro, lleno de viento de lisonjas, que piense, cuando se parta de mí, que es él y otro no; y sacarle he lo suyo y lo ajeno del buche con halagos, como él saca el polvo con la almohaza a los cavallos.

— ¡Es mi Sosia, mi secreto amigo, el que yo me quiero bien sin que él lo sepa, el que desseo conocer por su buena fama, el fiel a su amo, el buen amigo de sus compañeros? Abraçarte quiero, amor, que agora que te veo creo que hay más virtudes en ti que todos me dezían. Andacá, entremos a assentarnos, que me gozo en mirarte, que me representas la figura del desdichado de Pármeno. Con esto haze hoy tan claro día, que havías tú de venir a verme. Dime, señor, ¿conoscíame antes de agora?

SOSIA.— Señora, la fama de tu gentileza, de tus gracias y saber buela tan alto por esta ciudad que no debes tener en mucho ser de más conocida que nosciente. Porque ninguno habla en loor de hermosas que primero no se acuerde de ti que de cuantas son.

ELICIA.— (*Ap.*) ¡Oh hideputa el pelón, y cómo se desasna! ¡Quién le ve ir al agua con sus cavallos en cerro, y sus piernas de fuera, en sayo, y agora, en verse medrado con calças y capa, sálenle alas y lengua!

AREÚSA.— Ya me correría con tu razón, si alguno estuviesse delante, en oírte tanta burla como de mí hazes. Pero como todos los hombres traigáis proveídas essas razones, essas engañosas alabanças tan comunes para todas, hechas de molde, no me quiero de ti espantar. Pero hágote cierto, Sosia, que no tienes dellas necesidad; sin que me alabes te amo, y sin que me ganes de nuevo me tienes ganada. Para lo que te envié a rogar que me vieses son dos cosas, las cuales, si más lisonja o engaño en ti conosco, te dexaré de dezir, aunque sean de tu provecho.

SOSIA.— Señora mía, no quiera Dios que yo te haga cautela. Muy seguro venía de la gran merced que me piensas hazer y hazes. No me sentía digno para descalçarte. Guía tú mi lengua, responde por mí a tus razones, que todo lo havré por rato y firme.

☞ AREÚSA.— Amor mío, ya sabes cuánto quise a Pármeno y, como dizen: ‘Quien bien quiere a Beltrán a todas sus cosas ama’.³¹⁵ Todos sus amigos me agradavan. El buen servicio de su amo, como a él mismo, me plazía; donde vía su daño de Calisto, le apartava. Pues como esto assí sea, acordé dezirte: lo uno, que conozcas el amor que te tengo y cuánto contigo y con tu visitación siempre me alegrarás, y que en esto no per-

314.— Dicho latino que pasó a todos los refraneros castellanos: «El Lobo en la conseja», o «El lobo y la vulpeja, todos de una conseja» [Correas].

315.— Variación del refrán: «Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere su can» [Santillana, *Proverbios* 613].

derás nada; si yo pudiere, antes te verná provecho. Lo otro y segundo, que pues yo pongo mis ojos en ti, y mi amor y querer, avisarte he que te guardes de peligros, y más de descubrir tu secreto a ninguno, pues ves cuánto daño vino a Pármeno y a Sempronio de lo que supo Celestina, porque no quería verte morir mallogrado como a tu compañero; harto me basta aver llorado al uno. Porque has de saber que vino a mí una persona y me dixo que le avías tú descubierta los amores de Calisto y Melibea y cómo la había alcançado, y cómo ivas cada noche a le acompañar y otras muchas cosas que no sabría relatar. Cata, amigo, que no guardar secreto es propio de las mujeres; no de todas, sino de las baxas y de los niños. Cata que te puede venir gran daño, que para esto te dio Dios dos oídos y dos ojos y no más de una lengua, porque sea doblado lo que vieres y oyeres, que no el hablar. Cata, no confies que tu amigo te ha de tener secreto de lo que le dixeres, pues tú no le sabes a ti mismo tener. Cuando ovieres de ir con tu amo Calisto a casa de aquella señora, no hagas bullicio, no te sienta la tierra, que otros me dixerón que ivas cada noche dando bozes, como loco de plazer.

SOSIA.— ¡Oh cómo son sin tiento y personas desacordadas las que tales nuevas, señora, te acarrear! Quien te dixo que de mi boca lo había oído, no dize verdad. Los otros, de verme ir con la luna de noche a dar agua a mis cavallos, holgando y aviendo plazer, diciendo cantares por olvidar el trabajo y desechar enojo, y esto antes de las diez, sospechan mal; y de la sospecha hazen certidumbre, afirman lo que barruntan. Sí, que no estava Calisto loco, que a tal hora avía de ir a negocio de tanta afrenta sin esperar que repose la gente, que descansen todos en el dulçor del primer sueño; ni menos avía de ir cada noche, que aquel oficio no çufre cotidiana visitación. Y si más clara quieres, señora, ver su falsedad, como dizen que ‘toman antes al mentiroso que al que coxquea’, en un mes no havemos ido ocho vezes, y dizen los falsarios rebolvedores que cada noche.

AREÚSA.— Pues por mi vida, amor mío, porque yo los acuse y tome en el lazo del falso testimonio, me dexes en la memoria los días que havéis concertado de salir, y si yerran, estaré segura de tu secreto y cierta de su levantar. Porque no siendo su mensaje verdadero, será tu persona segura de peligro y yo sin sobresalto de tu vida, pues tengo esperança de gozarme contigo largo tiempo.

SOSIA.— Señora, no ‘alarguemos los testigos’.³¹⁶ Para esta noche en dando el relox las doze está hecho el concierto de su visitación por el huerto.

316.— Correas: «Alargar la cura. Alargar los testigos» y «Alargar los testigos»; y aclara: «Del que da testigos ausentes, porque miente».

Mañana preguntará lo que han sabido; de lo cual, si alguno te diere señas, que me ‘tresquilen a mí a cruces’.³¹⁷

AREÚSA.— ¿Y por qué parte, alma mía, porque mejor los pueda contradizir si anduvieren errados vacilando?

SOSIA.— Por la calle del Vicario gordo, a las espaldas de su casa.

ELICIA.— (Ap.) ¡Tiénte, don andrajoso! ¡No es más menester! ¡Maldito sea el que en manos de tal azemilero se confía! ¡Qué desgoznarse haze el badajo!

AREÚSA.— Hermano Sosia, esto hablado basta para que tome cargo de saber tu inocencia y la maldad de tus adversarios. Vete con Dios, que estoy ocupada en otro negocio y heme detenido mucho contigo.

ELICIA.— (Ap.) ¡Oh sabia mujer! ¡Oh despidiente propio, cual le merece el asno, que ha vaziado su secreto tan de ligero!

SOSIA.— Graciosa y suave señora, perdóname si te he enojado con mi tardança. Mientra holgares con mi servicio, jamás hallarás quien tan de grado aventure en él su vida. E queden los ángeles contigo.

AREÚSA.— Dios te guíe.

— (Ap.) ¡Allá irás, azemilero! ¡Muy ufano vas, por tu vida! Pues toma para tu ojo, vellaco, y perdona que te la doy de espaldas.³¹⁸

— ¿A quién digo? Hermana, sal acá. ¿Qué te parece cuál le embío? Assí sé yo tratar los tales; assí salen de mis manos los asnos, apaleados como este; y los locos, corridos; y los discretos, espantados; y los devotos, alterados; y los castos, encendidos. Pues, prima, aprende, que otra arte es esta que la de Celestina, aunque ella me tenía por bova porque me quería yo serlo. E pues ya tenemos deste hecho sabido cuanto desseávamos, devemos ir a casa de aquel otro, cara de ahorcado, que el jueves eché delante de ti baldonado de mi casa. Y haz tú como que nos quieres fazer amigos y que rogaste que fuesse a verlo.



317.— Correas: «Tresquilado a cruces; ¡cómo reluces!»; y explica: «Del que es tonto, porque así los suelen trasquilar; y trasquilar a cruces, hacer mal las cosas».

318.— Areúsa *da una higa* a Sosia: «Se llama también la acción que se hace con la mano cerrado el puño, mostrando el dedo pulgar por entre el dedo índice y el de enmedio, con la qual se señalaba a las personas infames y torpes, o se hacía burla y desprecio de ellas... También se usaba contra el ajojo, cuando se alababa, o se miraba con atención alguna cosa, y es común entre los Moros, los cuales haciendo la higa dicen: *Xampza fehabinak*, que se interpreta Cinco en tu ojo. De aquí ha quedado el abuso entre nosotros de hacer la higa, assí quando queremos despreciar a alguna persona...» [Autoridades].



Tragicomedia de Calisto y Melibea, ilustración del acto XVIII.
Estella: Adrián de Amberes, 1557.



Argumento del decimoctavo auto

Elicia determina de fazer las amistades entre Areúsa y Centurio por precepto de Areúsa, y van a casa de Centurio, onde ellas le ruegan que hayan de vengar las muertes en Calisto y Melibea. El cual lo prometió delante dellas. E como sea natural a estos no hazer lo que prometen, escúsase como en el processo parece.

Centurio. Elicia. Areúsa.

AREÚSA.— ¿Quién está en su casa?

CENTURIO.— (*Ap.*) Mochacho, corre, verás quién osa entrar sin llamar a la puerta. Torna, torna acá, que ya he visto quién es.

— (*Alto*) No te cubras con el manto, señora. Ya no te puedes esconder, que cuando vi adelante entrar a Elicia, vi que no podía traer consigo mala compañía ni nuevas que me pesassen, sino que me havían de dar plazer.

AREÚSA.— No entremos, por mi vida, más adentro, que se estiende ya el vellaco, pensando que le vengo a rogar, que más holgara con la vista de otras como él que con la nuestra. Bolvamos, por Dios, que me fino en ver tan mal gesto. ¿Paréscete, hermana, que me traes por buenas estaciones, y que es cosa justa venir de bísperas y entrarnos a ver un desuellacaras que ahí está?

ELICIA.— Torna, por mi amor, no te vayas; si no, en mis manos dexarás el medio manto.

CENTURIO.— Tenla, por Dios, señora, tenla, no se te suelte.

ELICIA.— Maravillada estoy, prima, de tu buen seso. ¿Cuál hombre hay tan loco y fuera de razón que no huelgue de ser visitado, mayormente de mujeres? Llégate acá, señor Centurio, que en cargo de mi alma, por fuerça haga que te abraçe, que yo pagaré la fruta.

AREÚSA.— Mejor lo vea yo en poder de justicia y morir a manos de sus enemigos que yo tal gozo le dé. Ya, ya, hecho ha conmigo para cuanto viva. ¿Y por cuál carga de agua le tengo de abraçar ni ver a esse enemigo? Porque le rogué estotro día que fuesse una jornada de aquí, en que me iba la vida, y dixo de no.

CENTURIO.— Mándame tú, señora, cosa que yo sepa hazer, cosa que sea de mi oficio: un desafío con tres juntos, y si más vinieren, que no haya por tu amor; matar un hombre; cortar una pierna o braço; harpar el gesto de alguna que se haya igualado contigo. Estas tales cosas antes serán hechas que encomendadas. No me pidas que ande camino ni que te dé dinero, que bien sabes que no dura conmigo, que tres saltos daré sin que se me caiga blanca. ‘Ninguno da lo que no tiene’. En una casa bivo cual vees, que rodará el majadero por toda ella sin que tropiece. Las alhajas que tengo es ‘el ajuar de la frontera’.³¹⁹ un jarro desbocado, un assador sin punta. La cama en que me acuesto está armada sobre aros de broqueles, un rimero de malla rota por colchones, una talega de dados por almohada. Que aunque quiera dar collación, no tengo qué empeñar, sino esta capa harpada que traigo a cuestras.

ELICIA.— Assí goze, que sus razones me contentan a maravilla. Como un santo está obediente; como ángel te habla; a toda razón se allega. ¿Qué más le pides? Por mi vida, que le hables y pierdas enojo, pues tan de grado se te ofresce con su persona.

CENTURIO.— ¿Ofrescer dizes, señora? Yo te juro, por el sancto martilogio de pe a pa, el braço me tiembla de lo que por ella entiendo hazer, que continuo pienso cómo la tenga contenta y jamás acierto. La noche pasada soñava que hazía armas en un desafío por su servicio con cuatro hombres que ella bien conosce, y maté al uno; y de los otros que huyeron, el que más sano se libró me dexó a los pies un braço izquierdo. Pues muy mejor lo haré despierto de día, cuando alguno tocare en su chapín.

AREÚSA.— Pues aquí te tengo. A tiempo somos. Yo te perdono con condición que me vengues de un cavallero que se llama Calisto, que nos ha enojado a mí y a mi prima.

319.— Parte del refrán: «El ajuar de la frontera: dos estacas y una estera». Correas puntualiza: «Por el poco ajuar de los presidios de soldados de frontera».

CENTURIO.— ¡Oh, reñiego de la condición! Dime luego si está confessado.

AREÚSA.— No seas tú cura de su ánima.

CENTURIO.— Pues sea assí, embiémosle a comer al infierno sin confesión.

AREÚSA.— Escucha, no atajes mi razón. Esta noche lo tomarás.

CENTURIO.— No me digas más. Al cabo estoy. Todo el negocio de sus amores sé y los que por su causa hay muertos, y lo que os tocava a vosotras, por dónde va y a qué hora y con quién es. Pero dime, ¿cuántos son los que le acompañan?

AREÚSA.— Dos moços.

CENTURIO.— Pequeña presa es essa. Poco cevo tiene ahí mi espada. Mejor cevará ella en otra parte esta noche, que estava concertada.

☞ AREÚSA.— Por escusarte lo hazes. ¡‘A otro perro con esse hueso!’ No es para mí essa dilación. Aquí quiero ver si ‘dezir y hazer si comen juntos a tu mesa’³²⁰.

☞ CENTURIO.— Si mi espada dixesse lo que haze, tiempo le faltaría para hablar. ¿Quién sino ella puebla los más cimiterios? ¿Quién haze ricos los cirujanos desta tierra? ¿Quién da contino quehazer a los armeros? ¿Quién destroça la malla muy fina? ¿Quién haze riça de los broqueles de Barcelona? ¿Quién revana los capacetes de Calatayud, sino ella? Que los caxquetes de Almazén assí los corta como si fuessen hechos de melón. Veinte años ha que me da de comer. Por ella soy temido de hombres y querido de mujeres, sino de ti. Por ella me dieron Centurio por nombre a mi abuelo y Centurio se llamó mi padre y Centurio me llamo yo.

ELICIA.— Pues ¿qué hizo el espada porque gane tu abuelo esse nombre? Dime, ¿por ventura fue por ella capitán de cient hombres?

CENTURIO.— No, pero fue rufián de cient mujeres.

AREÚSA.— No curemos de linaje ni hazañas viejas. Si has de hazer lo que te digo, sin dilación determina, porque nos queremos ir.

CENTURIO.— Más desseo ya la noche por tenerte contenta que tú por verte vengada. Y porque más se haga todo a tu voluntad, escoge qué muerte quieres que le dé. Allí te mostraré un reportorio en que ay sietecientas y setenta especies de muertes. Verás cuál más te agradare.

ELICIA.— Areúsa, por mi amor, que no se ponga este fecho en manos de tan fiero hombre. Más vale que se quede por hazer que no escandalizar la ciudad, por donde nos venga más daño de lo passado.

AREÚSA.— Calla, hermana. Díganos alguna que no sea de mucho bullicio.

CENTURIO.— Las que agora estos días yo uso y más traigo entre manos son: espaldarazos sin sangre, o porradas de pomo de espada, o revés mañoso; a otros agujereo como harnero a puñaladas, tajo largo, es-

320.— Parte del refrán: «Amancebados a pan y cuchillo. / Por muy amancebados, que viven y comen juntos» o «A pan y cuchillo. / Dícese significando mucha amistad y estar amancebados; a pan y cuchillo, que comen y beben juntos a una mesa» [Correas]

tocada temerosa, tiro mortal. Algún día doy palos por dexar holgar mi espada.

ELICIA.— No passe, por Dios, adelante. Dele palos, porque quede castigado y no muerto.

CENTURIO.— Juro, por el cuerpo santo de la letanía, no es más en mi brazo derecho dar palos sin matar que el sol dexar de dar bueltas al cielo.

AREÚSA.— Hermana, no seamos nosotras lastimeras. Haga lo que quisiere. Mátele como se le antojare. Llore Melibea como tú has hecho. Dexémosle. Centurio da buena cuenta de lo encomendado, de cualquier muerte holgaremos. Mira que no se escape sin alguna paga de su yerro.

CENTURIO.— Perdónele Dios si por pies no se me va. Muy alegre quedo, señora mía, que se ha ofrecido caso, aunque pequeño, en que conozcas lo que yo sé hazer por tu amor.

AREÚSA.— Pues Dios te dé buena manderecha y a él te encomiendo, que nos vamos.

CENTURIO.— Él te guíe y te dé más paciencia con los tuyos.

— ¡Allá irán estas putas atestadas de razones! Agora quiero pensar cómo me escusaré de lo prometido, de manera que piensen que puse diligencia con ánimo de executar lo dicho y no negligencia por no me poner en peligro. Quiérome hazer doliente. Pero ¿qué aprovecha, que no se apartarán de la demanda cuando sane? Pues si digo que fui allá y que les hize huir, pedirme han señas de quién eran y cuántos ivan y en qué lugar los tome y qué vestidos llevavan. Yo no las sabré dar; helo todo perdido. Pues ¿qué consejo tomaré que cumpla con mi seguridad y su demanda? Quiero embiar a llamar a Traso el Coxo y a sus dos compañeros y dezirles que, porque yo estoy ocupado esta noche en otro negocio, vaya a dar un repiquete de broquel a manera de levada para oxear unos garçones, que me fue encomendado, que todo esto es pasos seguros y donde no consiguirán ningun daño, mas de fazerlos huir y bolverse a dormir.





Argumento del decimonono auto

Yendo Calisto con Sosia y Tristán al huerto de Pleberio a visitar a Melibea, que lo estava esperando, y con ella Lucrecia, cuenta Sosia lo que le aconteció con Areúsa. Estando Calisto dentro del huerto con Melibea, viene Traso y otros por mandado de Centurio a cumplir lo que havía prometido a Areúsa y a Elicia, a los cuales sale Sosia. Y oyendo Calisto desde el huerto donde estava con Melibea el ruido que traían, quiso salir fuera; la cual salida fue causa que sus días peresciessen, porque los tales este don resciben por galardón. E por esto han de saber desamar los amadores.³²¹

Sosia. Tristan. Calisto. Melibea. Lucrecia.

SOSIA.— (*Ap.*) Muy quedo, para que no seamos sentidos, desde aquí al huerto de Pleberio te contaré, hermano Tristán, lo que con Areúsa me ha passado hoy, que estoy el más alegre hombre del mundo. Sabrás que ella por las buenas nuevas que de mí avía oído, estava presa de amor, y embiome a Elicia rogándome que la visitasse. Y, dexando aparte otras razones de buen consejo que passamos, mostró al presente ser tanto mía quanto algún tiempo fue de Pármeno. Rogome que la visitasse siempre, que ella pensava gozar de mi amor por tiempo. Pero yo te juro por el peligroso camino en que vamos, hermano, y así goze de

321.— Reminiscencia del aforismo de Macías, en el *Laberinto* de Mena, v. 848: «sabed al amor desamar, amadores» [Pérez Priego, 2001: 154].

mí, que estuve dos o tres vezes por me arremeter a ella, sino que me empachava la vergüença de verla tan hermosa y arreada, y a mí con una capa vieja ratonada. Echava de sí en bulliendo un olor de almizque; yo hedía al estiércol que llevaba dentro en los çapatos. Tenía unas manos como la nieve, que cuando las sacava de rato en rato de un guante parecía que se derramava azahar por casa. Assí por esto como porque tenía un poco ella de hazer, se quedó mi atrever para otro día, e aun porque a la primera vista todas las cosas no son bien tratables, y quanto más se comunican mejor se entienden en su participación.

TRISTÁN.— (*Ap.*) Sosia, amigo, otro seso más maduro y experimentado que no el mío era necessario para darte consejo en este negocio. Pero lo que con mi tierna edad y mediano natural alcanço, al presente te diré. Esta mujer es marcada ramera, según tú me dixiste; quanto con ella te passó has de creer que no carece de engaño. Sus ofrecimientos fueron falsos y no sé yo a qué fin; porque amarte por gentil hombre, ¿cuántos más terná ella desechados? Si por rico, bien sabe que no tienes más del polvo que se te pega del almoñaça; si por hombre de linaje, ya sabrá que te llaman Sosia,³²² y a tu padre llamaron Sosia, nascido y criado en una aldea, quebrando terrones con un arado, para lo cual eres tú más dispuesto que para enamorado. Mira, Sosia, y acuérdate bien si te quería sacar algún punto del secreto deste camino que agora vamos, para con que lo supiesse rebolver a Calisto y Pleberio, de embidia del plazer de Melibea. Cata que la embidia es una incurable enfermedad donde assienta, huésped que fatiga la posada en lugar de galardón; siempre goza del mal ajeno. Pues si esto es assí, ¡oh cómo te quiere aquella malvada hembra engañar con su alto nombre, del cual todas se arrear! Con su vicio ponçoñoso quería condenar el ánima por complir su apetito, rebolver tales cosas por contentar su dañada voluntad. ¡Oh arufianada mujer, y con qué blanco pan te dava çaraças! Quería vender su cuerpo a truco de contienda. Óyeme, y si assí presumes que sea, ármale trato doble cual yo te diré, que ‘quien engaña al engañador...’, ya me entiendes. Y ‘si sabe mucho la raposa, más el que la toma’. Contramínale sus malos pensamientos, escala sus ruindades quando más segura la tengas, y cantarás después en tu establo: ‘Uno piensa el vayo y otro el que lo ensilla’.³²³

SOSIA.— (*Ap.*) ¡Oh Tristán, discreto mancebo, mucho más has dicho que tu edad demanda! Astuta sospecha has remontado, y creo que verda-

322.— En la comedia latina Sosia era nombre que designaba a los esclavos.

323.— Correas intenta desenmarañar el sentido: «Bayo aquí se entiende caballo; uno, un negocio; otro, otro negocio diferente; que el caballo tiene un pensamiento y el que le ensilla tiene otro. Los que no entienden este refrán piensan que un mozo le piensa y da de comer, y otro mozo le ensilla; mas es fuera de su propósito y sentido que es en alegoría que el padre piensa casar con Fulano su hija, y ella sale casada con el que la ha requebrado, y a semejantes propósitos se aplica».

dera. Pero porque ya llegamos al huerto y nuestro amo se nos acerca, dexemos este cuento, que es muy largo, para otro día.

CALISTO.— Poned, moços, la escala y callad, que me parece que está hablando mi señora de dentro. Sobiré encima de la pared y en ella estaré escuchando por ver si oiré alguna buena señal de mi amor en ausencia.

MELIBEA.— Canta más, por mi vida, Lucrecia, que me huelgo en oírte mientras viene aquel señor, y muy passo entre estas verduricas, que no nos oirán los que passaren.

LUCRECIA.—
 ¡Oh quién fuesse la hortelana
 de aquestas viciosas flores,
 por prender cada mañana,
 al partir, a tus amores!
 Vístanse nuevas colores
 los lirios y el açucena;
 derramen frescos olores
 cuando entre por estrena.

MELIBEA.— ¡Oh cuán dulce me es oírte! De gozo me deshago. No cesses, por mi amor.

LUCRECIA.—
 Alegre es la fuente clara
 a quien con gran sed la vea;
 mas muy más dulce es la cara
 de Calisto a Melibea.
 Pues aunque más noche sea,
 con su vista gozará.
 ¡Oh, cuando saltar le vea,
 qué de abraços le dará!
 Saltos de gozo infinitos
 da el lobo viendo ganado;
 con las tetas los cabritos,
 Melibea con su amado.
 Nunca fue más desseado
 amado de su amiga,
 ni huerto más visitado
 ni noche más sin fatiga.³²⁴

MELIBEA.— Cuanto dizes, amiga Lucrecia, se me representa delante. Todo me parece que lo veo con mis ojos. Procede, que a muy buen son lo dizes, y ayudarte he yo.

324.— Para Alan Deyermond [1997: 98], esta «canción de Lucrecia, igual que las que se comentan a continuación, recuerda hasta cierto punto la lírica femenina de la época, representada por las poesías de Mayor Arias y Florencia Pinar. Genéricamente, debe mucho a la alborada».

Dulces árboles sombreros,
humillaos cuando veáis
aquellos ojos graciosos
del que tanto desseáis.

Estrellas que relumbráis
norte y luzero del día,
¿por qué no le despertáis
si duerme mi alegría?

MELIBEA.— Óyeme tú, por mi vida, que yo quiero cantar sola.

Papagayos, ruiseñores
que cantáis al alborada,
llevad nueva a mis amores
como espero aquí asentada.

La media noche es pasada
y no viene.
Sabedme si hay otra amada
que lo detiene.³²⁵

CALISTO.— Vencido me tiene el dulzor de tu suave canto. No puedo más sufrir tu penado esperar.

— ¡Oh, mi señora y mi bien todo!, ¿cuál mujer podía aver nascida que desprivasse tu gran merecimiento? ¡Oh salteada melodía, o gozoso rato, o corazón mío! y ¿cómo no podiste más tiempo sufrir sin interrumpir tu gozo y cumplir el desseo de entrambos?

MELIBEA.— ¡Oh sabrosa traición, oh dulce sobresalto! ¿Es mi señor de mi alma, es él? No lo puedo creer. ¿Dónde estabas, luziente sol? ¿Dónde me tenías tu claridad escondida? ¿Havía rato que escuchavas? ¿Por qué me dexavas echar palabras sin seso al aire con mi ronca boz de cisne? Todo se goza este huerto con tu venida. Mira la luna cuán clara se nos muestra; mira las nubes cómo huyen. Oye la corriente agua desta fonteza cuánto más suave murmurio zurrío lleva por entre las frezcas yervas. Escucha los altos cipresses cómo se dan paz unos ramos con otros por intercessión de un templadico viento que los menea. Mira sus quietas sombras cuán oscuras están y aparejadas para encobrir nuestro deleite. Lucrecia, ¿qué sientes amiga? ¿Tórnaste loca de plazer? Déxamele, no me le despedaces, no le trabajes sus miembros con tus pesados abraços. Déxame gozar lo que es mío; no me ocupes mi plazer.

325.— El cambio métrico en la segunda estrofa revela que Melibea canta dos canciones distintas. La segunda con hondas raíces tradicionales registradas en el *Corpus de la lírica traidiconal* de Margit Frenk, núm. 568E [Deyermond, 1997: 100].

CALISTO.— Pues, señora y gloria mía, si mi vida quieres, no cesse tu suave canto; no sea de peor condición mi presencia con que te alegras que mi ausencia que te fatiga.

MELIBEA.— ¿Qué quieres que cante, amor mío? ¿Cómo cantaré, que tu desseo era el que regía mi son y hacía sonar mi canto? Pues conseguida tu venida, desapareciöse el desseo, destemplöse el tono de mi boz. Y pues tú, señor, eres el dechado de cortesía y buena criança, ¿cómo mandas a mi lengua hablar y no a tus manos que estén quedas? ¿Por qué no olvidas estas mañas? Mándalas estar sossegadas y dexar su enojoso uso y conversación incomportable. Cata, ángel mío, que assí como me es agradable tu vista sossegada, me es enojoso tu riguroso trato; tus honestas burlas me dan plazer, tus deshonestas manos me fatigan cuando passan de la razón. Dexa estar mis ropas en su lugar, y si quieres ver si es el hábito de encima de seda o de paño, ¿para qué me tocas en la camisa, pues cierto es de lienço? Holguemos y burlemos de otros mil modos que yo te mostraré. No me destroces ni maltrates como sueles. ¿Qué provecho te trae dañar mis vestiduras?

CALISTO.— Señora, el que quiere comer el ave, quita primero las plumas.

LUCRECIA.— (Ap.) ¡Mala landre me mate si más los escucho! ¿Vida es esta, que me esté yo deshaziendo de dentera y ella esquivándose porque la rueguen? Ya, ya, apaziguado es el ruido; no ovieron menester despartidores. Pero también me lo haría yo, si estos necios de sus criados me fablassen entre día; pero esperan que los tengo de ir a buscar.

MELIBEA.— Señor mío, ¿quieres que mande a Lucrecia traer alguna colación?

CALISTO.— No ay otra colación para mí sino tener tu cuerpo y belleza en mi poder. Comer y beber, dondequiera se da por dinero, en cada tiempo se puede haver, y cualquiera lo puede alcançar. Pero lo no vendible, lo que en toda la tierra no hay igual que en este huerto, ¿cómo mandas que se me passe ningún momento que no goze?

LUCRECIA.— (Ap.) Ya me duele a mí la cabeça de escuchar y no a ellos de hablar, ni los braços de retoçar ni las bocas de besar. ¡Andar, ya callan!

☞ 'A tres me parece que va la vencida'.³²⁶

CALISTO.— Jamás querría, señora, que amanesciese, según la gloria y descanso que mi sentido recibe de la noble conversación de tus delicados miembros.

MELIBEA.— Señor, yo soy la que gozo, yo la que gano; tú, señor, el que me hazes con tu visitación incomparable merced.

326.— «A tres va la vencida». Correas aclara: «El vencimiento y ser vencedor a las tres; tomado de la lucha que va a tres caídas, y de la sortija y justa, que va a tres lanzas o carreras el premio».

SOSIA.— ¿Assí, vellacos, rufianes, veníades a asombrar a los que no os temen? ¡Pues yo juro que si esperarades, que yo os hiziera ir como merecíades!

CALISTO.— Señora, Sosia es aquel que da bozes. Déxame ir a valerle, no le maten, que no está sino un pajezico con él. Dame presto mi capa, que está debaxo de ti.

MELIBEA.— ¡Oh triste de mi ventura! No vayas allá sin tus coraças, tórnate a armar.

CALISTO.— Señora, lo que no haze espada y capa y corazón no lo fazen coraças y capaçete y covardía.³²⁷

SOSIA.— ¿Aún tornáis? Esperadme, quiçá ‘venís por lana’...³²⁸

CALISTO.— ¡Déxame, por Dios, señora, que puesta está el escala!

MELIBEA.— ¡Oh desdichada yo! Y ¿cómo vas tan rezió y con tanta priessa y desarmado a meterte entre quien no conosces? Lucrecia, ven presto acá, que es ido Calisto a un ruido. Echémosle sus coraças por la pared, que se quedan acá.

TRISTÁN.— Tente, señor, no baxes, que idos son, que no era sino Traso el Coxo y otros vellacos que passavan bozeando, que ya se torna Sosia. ¡Tente, tente, señor, con las manos al escala!

CALISTO.— ¡Oh váleme santa María, muerto soy! Confessi3n.

TRISTÁN.— Llégate presto, Sosia, que el triste de nuestro amo es caído del escala y no habla ni se bulle.

SOSIA.— ¡Señor, señor! ¡‘A esotra puerta’³²⁹! Tan muerto es como mi abuelo. ¡Oh gran desventura!

*³³⁰LUCRECIA.— ¡Escucha, escucha, gran mal es este!

MELIBEA.— ¿Qué es esto que oigo? ¡Amarga de mí!

TRISTÁN.— ¡Oh mi señor y mi bien muerto! ¡Oh mi señor despeñado! ¡Oh triste muerte sin confessi3n! Coge, Sosia, esos sesos de esos cantos; júntalos con la cabeça del desdichado amo nuestro. ¡Oh día de aziago, oh arrebatado fin!

327.— Probable referencia a algún aforismo como: «A quien no le basta espada y corazón, no le bastarán corazas y lanz3n» [Correas].

328.— «Ir por lana y volver trasquilado». Correas comenta: «Cuando fué a ofender y volvió ofendido; y acom3dase a cosas semejantes, cuando salen al revés de lo intentado».

329.— «A esotra puerta, que esta no se abre». Correas explica: «Cuando no responde un sordo u otros».

330.— Termina aquí el a3adido de la *Tragicomedia* conocido como *Tratado de Centurio*.

MELIBEA.— ¡Oh desconsolada de mí! ¿Qué es esto? ¿Qué puede ser tan áspero acontecimiento como oigo? Ayúdame a sobir, Lucrecia, por estas paredes, veré mi dolor; si no, hundiré con alaridos la casa de mi padre. ¡Mi bien y plazer todo es ido en humo, mi alegría es perdida, consumiose mi gloria!

LUCRECIA.— Tristán, ¿qué dizes, mi amor? ¿Qué es esso que lloras tan sin mesura?

TRISTÁN.— Lloro mi gran mal, lloro mis muchos dolores. Cayó mi señor Calisto del escala y es muerto; su cabeça está en tres partes; sin confesión pereció. Díselo a la triste y nueva amiga que no espere más su penado amador. Toma tú, Sosia, dessos pies; llevemos el cuerpo de nuestro querido amo donde no padezca su honra detrimento, aunque sea muerto en este lugar. ¡Vaya con nosotros llanto, acompañenos soledad, síganos desconsuelo, vístanos tristeza, cúbranos luto y dolorosa xerga!

MELIBEA.— ¡Oh la más de las tristes triste! ¡Tan poco tiempo posseído el plazer, tan presto venido el dolor!

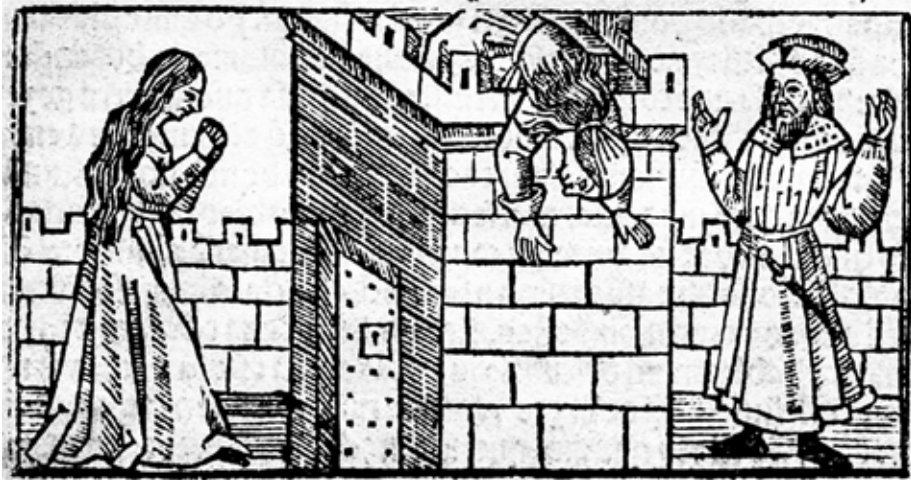
LUCRECIA.— Señora, no rasgues tu cara ni messes tus cabellos. Agora en plazer, agora en tristeza. ¿Qué planeta ovo que tan presto contrarió su operación? ¿Qué poco corazón es este? Levanta, por Dios, no seas hallada de tu padre en tan sospechoso lugar, que serás sentida. ¡Señora, señora!, ¿no me oyes? No te amortezcas, por Dios, ten esfuerço para sufrir la pena, pues toviste osadía para el plazer.

MELIBEA.— ¿Oyes lo que aquellos moços van hablando? ¿Oyes sus tristes cantares? Rezando llevan con responso mi bien todo; muerta llevan mi alegría. No es tiempo de yo bivar. ¿Cómo no gozé más del gozo? ¿Cómo tove en tan poca la gloria que entre mis manos tove? ¡Oh ingratos mortales, jamás conocéis vuestros bienes sino cuando dellos carescéis!³³¹

LUCRECIA.— ¡Abívate, abiva!, que mayor mengua será hallarte en el huerto que plazer sentiste con la venida, ni pena con ver que es muerto. Entremos en la cámara; acostarte has. Llamaré a tu padre y fingiremos otro mal, pues este no es para se poder encobrir.³³²

331.— Petrarca, *De remediis*, I, 4 [*Celestina comentada*: fol. 210v; Castro Guisasola: 1924: 56; Deyermond 1961: 58]

332.— Posible referencia a Petrarca: «Ingens morbus non facile occultatur»; *De rebus familiaris, Praefatio* (CASTRO GUIASOLA: 130; DEYERMOND, 1961: 74).



Tragicomedia de Calisto y Melibea, ilustración del acto XX.
Roma: Marcelo Silber, 1515 (colofón Stanislao Polono, Sevilla, 1502).



Argumento del veinteno auto

Lucrecia llama a la puerta de la cámara de Pleberio. Pregúntale Pleberio lo que quiere. Lucrecia le da priessa que vaya a ver a su hija Melibea. Levantado Pleberio, va a la cámara de Melibea. Consuéla, preguntándole qué mal tiene. Finge Melibea dolor del corazón. Envía Melibea a su padre por algunos instrumentos músicos. Sube ella y Lucrecia en una torre. Envía de sí a Lucrecia. Cierra tras ella la puerta. Llégase su padre al pie de la torre. Descubriole Melibea todo el negocio que había passado. En fin, déxase caer de la torre abaxo.

Pleberio. Lucrecia. Melibea.

PLEBERIO.— ¿Qué quieres, Lucrecia? ¿Qué quieres tan presurosa? ¿Qué pides con tanta importunidad y poco sossiego? ¿Qué es lo que mi hija ha sentido? ¿Qué mal tan arebatado puede ser que no haya yo tiempo de me vestir ni me des aun espacio a me levantar?

LUCRECIA.— Señor, apresúrate mucho si la quieres ver biva, que ni su mal conozco de fuerte, ni a ella ya de desfigurada.

PLEBERIO.— Vamos presto. Anda allá, entra adelante, alça essa antepuerta y abre bien essa ventana, porque le pueda ver el gesto con claridad.

—¿Qué es esto, hija mía? ¿Qué dolor y sentimiento es el tuyo? ¿Qué novedad es esta? ¿Qué poco esfuerço es este? Mírame, que soy tu padre. Háblame, por Dios, dime la razón de tu dolor, porque presto sea remediado. No quieras embiarme con triste postrimería al sepulcro. Ya sabes que no tengo otro bien sino a ti. Abre esos alegres ojos y mírame.

MELIBEA.— ¡Ay, dolor!

PLEBERIO.— ¿Qué dolor puede ser que iguale con ver yo el tuyo? Tu madre está sin seso en oír tu mal. No pudo venir a verte de turbada. Esfuerça tu fuerça, abiva tu coraçón, arréziate de manera que puedas tú commigo ir a visitar a ella. Dime, ánima mía, la causa de tu sentimiento.

MELIBEA.— Perekó mi remedio.

PLEBERIO.— Hija, mi bien amada y querida del viejo padre, por Dios, no te ponga desesperación el cruel tormento desta tu enfermedad y pasión, que a los flacos coraçones el dolor los arguye.³³³ Si tú me cuentas tu mal, luego será remediado, que ni faltarán medicinas ni médicos, ni sirvientes para buscar tu salud, agora consista en yervas o en piedras o palabras, o esté secreta en cuerpos de animales. Pues no me fatigues más, no me atormentes, no me hagas salir de mi seso y dime qué sientes.

MELIBEA.— Una mortal llaga en medio del coraçón que no me consiente hablar. No es igual a los otros males; menester es sacarla para ser curada, que está en lo más secreto dél.

PLEBERIO.— Temprano cobraste los sentimientos de la vejez. La moçedad toda suele ser plazer y alegría y enemiga de enojo. Levántate de ahí, vamos a ver los frescos aires de la ribera. Alegrarte has con tu madre, descansará tu pena. Cata, si huyes de plazer, no hay cosa más contraria a tu mal.

MELIBEA.— Vamos donde mandares. Subamos, señor, al açotea alta, porque desde allí goze de la deleitosa vista de los navíos. Por ventura afloxará algo mi congoxa.

PLEBERIO.— Subamos, y Lucrecia con nosotros.

MELIBEA.— Mas si a ti plazerá, padre mío, mandar traer algun instrumento de cuerdas con que se sufra mi dolor, o tañiendo o cantando, de manera que, aunque aquexe por una parte la fuerça de su accidente, mitigarlo han por otra los dulces sonos y alegre armonía.

PLEBERIO.— E esso, hija mía, luego es hecho. Yo lo voy a mandar aparejar.

MELIBEA.— Lucrecia, amiga, muy alto es esto. Ya me pesa por dexar la compañía de mi padre. Baxa a él y dile que se pare al pie desta torre, que le quiero dezir una palabra que se me olvidó que hablasse a mi madre.

333.— Virgilio, *Eneida*, IV, v. 13: «Degeneres animos timor arguit» [*Celestina comentada*: fol. 211v; Castro Guisasola: 64].

LUCRECIA.— Ya voy, señora.

MELIBEA.— De todos soy dexada. Bien se ha adereçado la manera de mi morir. Algún alivio siento en ver que tan presto seremos juntos yo y aquel mi querido y amado Calisto. Quiero cerrar la puerta porque ninguno suba a me estorvar mi muerte; no me impidan la partida, no me atajen el camino por el cual en breve tiempo podré visitar en este día al que me visitó la passada noche. Todo se ha hecho a mi voluntad. Buen tiempo terné para contar a Pleberio, mi señor, la causa de mi ya acordado fin. Gran sinrazón hago a sus canas, gran ofensa a su vejez, gran fatiga le acarreo con mi falta, en gran soledad le dexo. Y caso que por mi morir a mis queridos padres sus días se disminuyessen, ¿quién dubda que no haya havido otros más crueles contra sus padres? Bursia, rey de Bitinia, sin ninguna razón, no aquexándole pena como a mí, mató su propio padre; Tolomeo, rey de Egipto, a su padre y madre y hermanos y mujer, por gozar de una manceba; Orestes a su madre Clistenestra; el cruel emperador Nero a su madre Agripina por solo su plazer hizo matar. Estos son dignos de culpa, estos son verdaderos patricidas, que no yo, que con mi pena, con mi muerte, purgo la culpa que de su dolor se me puede poner. Otros muchos crueles hovo que mataron hijos y hermanos, debaxo de cuyos yerros el mío no parecerá grande: Philipo, rey de Macedonia; Herodes, rey de Judea; Constantino, emperador de Roma; Laodice, reina de Capadocia, y Medea la nigromantesa. Todos estos mataron hijos queridos y amados sin ninguna razón, quedando sus personas a salvo. Finalmente, me ocurre aquella gran crueldad de Phrates, rey de los parthos, que porque no quedasse successor despues dél, mató a Orode, su viejo padre, y a su único hijo y treinta hermanos suyos³³⁴. Estos fueron delictos dignos de culpable culpa que, guardando

334.— Todo este parlamento con referencias clásicas procede de Petrarca, *De remediis*, I, 52: «Chari inquam sunt parentes: Nonne aiunt Iuppiter Saturnum regno patrem expulit? Nicomedes Prusiam Bithyniae regem: suum patrem consilia licet necandi filii agitantem vita privavit? Et Ptolemaeus hinc Philopater dictus: patre ac matre insuper et fratre occisis: ad ultimum et uxore Eurydice interfecta: regnum Aegypti scortorum sic rexit arbitrio: ut nihil in regno proprium haberet praeter nudum et inane regis nomen? Nonne et Orestes Clytaemnestram matrem: Agrippinam Nero: Antipater Thesalonicon interfecit? Chari filii: Nonne Theseus Hippolytum castissimum: Philippus rex Macedoniae Demetrium filium adolescentem optimum iussit occidi? Nonne et Ptolemaeus alter adversum pietati nomen et ipse quoque fidissimus rex Aegypti duos? Et Herodes rex Iudaeae unum: Et Constantinus Romanorum Imperator unum quoque Crispum filium interemit? Nonne Maleus dux Carthaginiensium Carthalonem filium crucifixit? Quin et matres quarum amor hinc intensior: hinc mitior sexus: in filios saevierunt. Nota omnibus Medea. Quid Laodice Cappadociaeque regina: quae regnandi cupidine filios quinque mactavit? Chari inquam parentes: repeto enim: chari filii: chari fratres. At ut uno exemplo omnis claudatur impietas: Phrates rex Parthorum omnium regum scelestissimus: omniumque mortalium regnandi non cupiditate sed rabie furiisque actus Orodem senem et afflictum patrem: ad haec et triginta fratres suos dicti regis filios: suumque insuper filium occidit: ne quis superesset in Parthia qui regnare» [*Celestina comentada*: fol. 212v; Castro Guisasaola: 1924: 126; Deyermond, 1961: 67-68].

sus personas de peligro, mataban sus mayores y descendientes y hermanos. Verdad es que, aunque todo esto así sea, no había de remedarlos en lo que mal hizieron. Pero no es más en mi mano. ¡Tú, Señor, que de mi fabla eres testigo, vees mi poco poder, vees cuán cativa tengo mi libertad, cuán presos mis sentidos de tan poderoso amor del muerto cavallero, que priva al que tengo con los bivos padres!

PLEBERIO.— Hija mía Melibea, ¿qué hazes sola? ¿Qué es tu voluntad dezirme? ¿Quieres que suba allá?

MELIBEA.— Padre mío, no pugnes ni trabajes por venir a donde yo esté, que estorvarás la presente habla que te quiero hazer. Lastimado serás brevemente con la muerte de tu única hija. Mi fin es llegado, llegado es mi descanso y tu pasión; llegado es mi alivio y tu pena; llegada es mi acompañada hora y tu tiempo de soledad. No havrás, honrado padre, menester instrumentos para aplacar mi dolor, sino campanas para sepultar mi cuerpo. Si me escuchas sin lágrimas, oirás la causa desesperada de mi forçada y alegre partida. No la interrumpas con lloro ni palabras; si no, quedarás más quexoso en no saber por qué me mato que doloroso por verme muerta. Ninguna cosa me preguntes ni respondas más de lo que de mi grado dezirte quisiere, porque cuando el corazón está embargado de pasión, están cerrados los oídos al consejo. Y en tal tiempo, las frutosas palabras en lugar de amansar acrescientan la saña.³³⁵ Oye, padre mío, mis últimas palabras y, si como yo espero las recibes, no culparás mi yerro. Bien vees y oyes este triste y doloroso sentimiento que toda la cibdad haze. Bien oyes este clamor de campanas, este alarido de gentes, este aullido de canes, este estrépito de armas. De todo esto fui yo la causa. Yo cobré de luto y xergas en este día quasi la mayor parte de la ciudadana cavallería; yo dexé muchos sirvientes descubiertos de señor; yo quité muchas raciones y limosnas [a pobres] y envergonçantes; yo fui ocasión que los muertos toviessen compañía del más acabado hombre que en gracias nació; yo quité a los bivos el dechado de gentileza, de invenciones galanas, de atavíos y brodaduras, de habla, de andar, de cortesía, de virtud; yo fui causa que la tierra goze sin tiempo el más noble cuerpo y más fresca juventud que al mundo era en nuestra edad criada. E porque estarás espantado con el son de mis no acostumbrados delitos, te quiero más aclarar el hecho. Muchos días son passados, padre mío, que penava por mi amor un cavallero que se llamava Calisto, el cual tú bien conociste. Conociste assimismo sus padres y claro linaje; sus virtudes y bondad a todos eran manifiestas. Era tanta su pena de amor y tan poco el lugar para

335.— Diego de San Pedro, *Cárcel de amor*: «Bien sabes, quando el corazón está embargado de pasión, que están cerrados los ojos al consejo, y en tal tiempo las frutuosas palabras en lugar de amansar acrescientan la saña» [Castro Guisasaola: 184-5].

hablarme, que descubrió su pasión a una astuta y sagaz mujer, que llamaban Celestina. La cual, de su parte venida a mí, sacó mi secreto amor de mi pecho; descubrí a ella lo que a mi querida madre encobría. Tovo manera cómo ganó mi querer; ordenó cómo su desseo y el mío hoviesen efeto. Si él mucho me amava, no bivió engañado. Concertó el triste concierto de la dulce y desdichada execución de su voluntad. Vencida de su amor, dile entrada en tu casa. Quebrantó con escalas las paredes de tu huerto, quebrantó mi propósito, perdí mi virginidad, del cual deleitoso yerro de amor gozamos cuasi un mes. Y como esta passada noche viniesse, según era acostumbrado, a la buelta de su venida, como de la fortuna mudable estuviesse dispuesto y ordenado según su desordenada costumbre, como las paredes eran altas, la noche oscura, la escala delgada, los sirvientes que traía no diestros en aquel género de servicio, y él baxava pressuroso a ver un ruido que con sus criados sonava en la calle, con el gran ímpetu que levava no vido bien los passos, puso el pie en vazío y cayó. Y de la triste caída, sus más escondidos sesos quedaron repartidos por las piedras y paredes. Cortaron las hadas sus hilos, cortáronle sin confesión su vida, cortaron mi esperanza, cortaron mi gloria, cortaron mi compañía. Pues ¿qué crueldad sería, padre mío, muriendo él despeñado que biviere yo penada? Su muerte combida a la mía. Combídame y fuerza que sea presto, sin dilación; muéstrame que ha de ser despeñada, por seguille en todo. No digan por mí ‘a muertos y a idos...’³³⁶ E assí contentarle he en la muerte, pues no tove tiempo en la vida. ¡Oh mi amor y señor Calisto, espérame, ya voy! ¡Detente, si me esperas! No me incuses la tardança que hago, dando esta última cuenta a mi viejo padre, pues le devo mucho más. ¡Oh padre mío muy amado, ruégote, si amor en esta pasada y penosa vida me has tenido, que sean juntas nuestras sepulturas, juntas nos fagan nuestras obsequias!³³⁷ Algunas consolatorias palabras te diría antes de mi agradable fin, collegidas y sacadas de aquellos antiguos libros que tú, por más aclarar mi ingenio, me mandavas leer, sino que ya la dañada memoria con la gran turbación me las ha perdido, y aun porque veo tus lágrimas mal sofridas descendir por tu arrugada faz. Salúdame a mi cara y amada madre; sepa de ti largamente la triste razón porque muevo. Gran plazer llevo de no la ver presente. Toma, padre viejo, los dones de tu vejez, que en largos días, largas se sufren tristezas. Rescibe las arras de tu senectud antigua, rescibe allá tu amada hija. Gran dolor llevo de mí, mayor de ti, muy mayor de mi vieja madre. Dios quede contigo y con ella. A él ofrezco mi ánima. Pon tú en cobro este cuerpo que allá baxa.

336.— Falta la segunda parte del refrán: «A muertos y a idos, no hay amigos» o «A muertos y a idos, pocos amigos» [Correas].

337.— Se ha visto en estas palabras de Melibea un eco de Ovidio, *Metamorfosis*, IV, 151 y ss. [Castro Guisasola: 74].



Tragicomedia de Calisto y Melibea, ilustración del acto XXI.
Sevilla: Juan Bautista Pedrezano, 1523.



Argumento del veinte y un auto

Pleberio, tornado a su cámara con grandísimo llanto, pregúntale Alisa, su mujer, la causa de tan súbito mal. Cuéntale la muerte de su hija Melibea, mostrándole el cuerpo della todo hecho pedaços. E haziendo su planto, concluye.

Pleberio. Alisa.

ALISA.— ¿Qué es esto, señor Pleberio? ¿Por qué son tus fuertes alaridos? Sin seso estava, adormida del pesar que ove cuando oí dezir que sentía dolor nuestra hija. Agora, oyendo tus gemidos, tus bozes tan altas, tus queexas no acostumbradas, tu llanto y congoxa de tanto sentimiento, en tal manera penetraron mis entrañas, en tal manera traspasaron mi corazón, assí abivaron mis turbados sentidos, que el ya rescibido pesar alancé de mí. Un dolor sacó otro,³³⁸ un sentimiento otro. Dime la causa de tus queexas. ¿Por qué maldizes tu honrada vejez? ¿Por qué pides la muerte? ¿Por qué arrancas tus blancos cabellos? ¿Por qué hieres tu honrada cara? ¿Es algún mal de Melibea? Por Dios, que me lo digas, porque si ella pena, no quiero yo bivar.

PLEBERIO.— ¡Ay, ay, noble mujer, ‘nuestro gozo en el pozo’, nuestro bien todo es perdido; no queramos más bivar! Y porque el incogitado dolor

338.— Sentencia petrarquesca, ya aparecida en el Auto X: «Dolor dolore, clavus clavo pellitur».

te dé más pena todo junto sin pensarle³³⁹, porque más presto vayas al sepulcro, porque no llore yo solo la pérdida dolorida de entrambos, ves allí a la que tú pariste y yo engendré hecha pedaços. La causa supe della; más la he sabido por estenso desta su triste sirvienta. Ayúdame a llorar nuestra llegada postrimería. ¡Oh gentes que venís a mi dolor! ¡Oh amigos y señores, ayudadme a sentir mi pena! ¡Oh mi hija y mi bien todo, crueldad sería que biva yo sobre ti! Más dignos eran mis sesenta años de la sepultura que tus veinte.³⁴⁰ Turbose la orden del morir con la tristeza que te aquexava. ¡Oh mis canas, salidas para haver pesar, mejor gozara de vosotras la tierra que de aquellos ruvios cabellos que presentes veo! Fuertes días me sobran para bivar; quexarme he de la muerte; incusarle he su dilación cuanto tiempo me dexare solo después de ti. Fálteme la vida, pues me faltó tu agradable compañía. ¡Oh mujer mía, levántate de sobre ella y, si alguna vida te queda, gástala conmigo en tristes gemidos, en quebrantamiento y sospirar! E si por caso tu espíritu reposa con el suyo, si ya has dexado esta vida sin dolor, ¿por qué que-siste que lo pase yo todo? En esto tenéis ventaja las hembras a los varones, que puede un gran dolor sacaros del mundo sin lo sentir; o a lo menos perdéis el sentido, que es parte de descanso. ¡Oh duro corazón de padre!, ¿cómo no te quiebras de dolor, que ya quedas sin tu amada heredera? ¿Para quién edificué torres, para quién adquirí honras, para quién planté árboles, para quién fabriqué navíos?³⁴¹ ¡Oh tierra dura!, ¿cómo me sostienes? ¿Adónde hallará abrigo mi desconsolada vejez! ¡Oh fortuna variable, ministra y mayordoma de los temporales bienes!, ¿por qué no executaste tu cruel ira, tus mudables ondas, en aquello que a ti es sujeto? ¿Por qué no destruiste mi patrimonio? ¿Por qué no quemaste mi morada? ¿Por qué no asolaste mis grandes heredamientos? Dexárasme aquella florida planta en quien tú poder no tenías. Diérasme, fortuna flutuosa, triste la mocedad con vejez alegre; no pervertieras

339.– «Gravius nocet quodcumque inexpertum accidit», Publilio Siro, *Sentencias*, G, 6 [Blüher, 1983: 164, n. 27].

340.– Posible evocación de la lamentación de la madre de Leriano en la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro: «¡Oh muerte, cruel enemiga... Más razón avía para que conservases los veynte años del hijo moço, que para que desearas los sesenta de la vieja madre. ¿Por qué volviste el derecho al revés?». Dorothy Severin [2005] comparó el lamento de la madre de Leriano en *Cárcel de amor* con *Las siete Angustias de Nuestra Señora* y la parte dedicada a la *lamentatio Mariae* de la *Passión trovada* de Diego de San Pedro; textos que podrían ser también la fuente del planto de Pleberio; aspectos que corrobora y amplifica Amaranta Saguar, 2013: 82 y ss.

341.– Petrarca: «Expectata puto mercium navis applicuit: periculum evasisti: extruxisti domum: exarasti aruum: putasti vineam: rigasti prata: compegisti aream: insevesti arbores: effodisti rivos: texuisti sepe: columbarium erexisti: misisti greges in pascua: apes in alvearia: sementem in sulcos: novas merces in maria: tuto loco collocatum foenus: plena arcula: dives aula: cultus thalamus: referta horrea: spumans penu: provisa dos filiae: coniugium nato empta populi gratia blando ambitu: parta suffragia: pronum ad te opibus summis atque honoribus stratum iter: O foelicem te: Restat ut gaudeas», *De remediis*, I, 90 [Deyermund, 1961: 60].

la orden. Mejor sufriera persecuciones de tus engaños en la rezia y robusta edad que no en la flaca postremería. ¡Oh vida de congoxas, llena de miserias acompañada! ¡Oh mundo, mundo! Muchos mucho de ti dixeron, mucho en tus cualidades metieron la mano, a diversas cosas por oídas te compararon. Yo por triste experiencia lo contaré, como a quien las ventas y compras de tu engañosa feria no prósperamente sucedieron, como aquel que mucho ha hasta agora callado tus falsas propiedades por no encender con odio tu ira, porque no me secasses sin tiempo esta flor que este día echaste de tu poder. Pues agora, sin temor, como quien no tiene qué perder, como aquel a quien tu compañía es ya enojosa, como caminante pobre que sin temor de los crueles salteadores va cantando en alta boz,³⁴² yo pensava en mi más tierna edad que eras y eran tus hechos regidos por alguna orden. Agora, visto el pro y la contra de tus bienandanças, me pareces un laberinto de errores, un desierto espantable, una morada de fieras, juego de hombres que andan en corro, laguna llena de cieno, región llena de espinas, monte alto, campo pedregoso, prado lleno de serpientes, huerto florido y sin fruto, fuente de cuidados, río de lágrimas, mar de miserias, trabajo sin provecho, dulce ponçoña, vana esperança, falsa alegría, verdadero dolor.³⁴³ Cévasnos, mundo falso, con el manjar de tus deleites; al mejor sabor nos descubres el anzuelo; no lo podemos huir, que nos tiene ya caçadas las voluntades. Prometes mucho, nada no cumples. Échamos de ti porque no te podamos pedir que mantengas tus vanos prometimientos. Corremos por los prados de tus viciosos vicios muy descuidados a rienda suelta; descúbrenos la celada cuando ya no hay lugar de bolver.³⁴⁴ Muchos te dexaron con temor de tu arrebatado dexar; bienaventurados se llamarán cuando vean el galardón que a este triste viejo has dado en paga de tan largo servicio. ‘Quiébranos el ojo y úntanos con consuelo el caxco’.³⁴⁵ Hazes mal a todos, porque ningún triste se halle solo en ninguna adversidad, diciendo que es alivio a los míseros como yo tener

342.– Posible referencia a Juvenal, *Sátiras*, 10, 22 [Castro Guisasaola: 42].

343.– Petrarca: «...labyrinthus errorum: circulatorum ludus: desertum horribile: limosa palus: senticulosa regio: vallis hispida: mons praeruptus: caligantes speluncae: habitatio ferarum: terra infelix: campus lapidosus: vepricosum nemus: pratum herbidum plenumque serpentibus: florens hortus ac sterilis: fons curarum: fluvius lachrymarum: mare miseriarum: quies anxia: labor inefficax: conatus irritus: grata phrenesis: pondus in faustum: dulce virus: degener metus: inconsulta securitas: vana spes: ficta fabula: falsa laetitia: verus dolor», *De rebus familiaribus, Epistola 122* [Celestina comentada: 220r; Castro Guisasaola: 130; Deyermond, 1961: 73].

344.– Posible alusión a las *Coplas por la muerte de su padre* de Jorge Manrique: «Los placeres y dulzores / de esta vida trabajada / que tenemos / no son sino corredores, / y la muerte, la celada / en que caemos. / No mirando a nuestro daño, / corremos a rienda suelta, / sin parar; / cuando vemos el engaño / y queremos dar la vuelta, / no hay lugar» [Celestina comentada: fol. 220v]

345.– Refrán: «Quebrar el ojo e untar el caxco»; Covarrubias anota: «Dícese de los que habiendo hecho algún daño, acuden después a quererlo remediar floja y tibiamente».

compañeros en la pena.³⁴⁶ Pues, desconsolado viejo, ¡qué solo estoy! Yo fui lastimado sin aver igual compañero de semejante dolor, aunque más en mi fatigada memoria rebuelvo presentes y passados. Que si aquella severidad y paciencia de Paulo Emilio me viniere a consolar con pérdida de dos hijos muertos en siete días, diciendo que su animosidad obró que consolasse él al pueblo romano y no el pueblo a él, no me satisfaze, que otros dos le quedavan dados en adopción.³⁴⁷ ¿Qué compañía me ternán en mi dolor aquel Pericles, capitán ateniense, ni el fuerte Xenofón, pues sus pérdidas fueron de hijos absentes de sus tierras? Ni fue mucho no mudar su frente y tenerla serena, y el otro responder al mensajero que las tristes albricias de la muerte de su hijo le venía a pedir, que no rescibiesse él pena, que él no sentía pesar,³⁴⁸ que todo esto bien diferente es a mi mal. Pues menos podrás dezir, mundo lleno de males, que fuimos semejantes en pérdida aquel Anaxágoras y yo, que seamos iguales en sentir, y que responda yo, muerta mi amada hija, lo que él a su único hijo, que dixo: «Como yo fuesse mortal, sabía que había de morir el que yo engendrava».³⁴⁹ Porque mi Melibea mató a sí misma de su voluntad a mis ojos con la gran fatiga de amor que le aquexava; el otro matáronle en muy lícita batalla. ¡Oh incomparable pérdida! ¡Oh lastimado viejo, que cuanto más busco consuelos, menos razón hallo para me consolar! Que si el profeta y rey David al hijo que enfermo llorava, muerto no quiso llorar, diciendo que era cuasi locura llorar lo irrecuperable, quedávanle otros muchos con que soldase su llaga. E yo no lloro, triste, a ella muerta, pero la causa desastrada de su morir. Agora perderé contigo, mi desdichada hija, los miedos y temores que cada día me espavorecían. Sola tu muerte es la que a mí me haze segu-

346.– Sentencia latina: «Solatium est miseris socios habere pennarum» [*Celestina comentada*: fol. 220v]; «Calamitatum habere socios miseris est solatium», *Proverbiae Senecae* [Castro Guisasola: 100].

347.– Ejemplo extraído del «Índice» final de la *Opera latina* de Petrarca: «Aemilius Paulus vir amplissimus et suae aetatis ac patriae summum decus: ex quattuor filiis praeclarissimae indolis: duos extra familiam in adoptionem aliis dando ipse sibi abstulit: duos reliquos intra septem dierum spacium mors rapuit: Ipse tamen orbitatem suam tam excelso animo pertulit ut prodiret in publicum: Ubi audiente populo Romano casum suum: tam magnifice consolatus est...» [Deyermond, 1961: 43]. También podía proceder directamente del *De Rebus familiaribus*, *Epistola* 12 [Castro Guisasola: 130-31].

348.– Petrarca, *De rebus familiaribus*, *Epistola* 12: «Pericles Atheniensis dux intra quattuor dies duobus filiis orbatus: non solum non ingemuit: sed nec priorem frontis habitum mutavit... Xenophon filii morte nunciata sacrificium (cui tunc intererat) non omisit: Coronam tantum quam capite gestabat deposuit: mox interrogans diligentius atque audiens quod strenue pugnans cecidisset: coronam ipsam capiti reposuit: ut ostenderet de cuiquam morte non dolendum: nisi turpiter et ignave morientis: quo metu verisimile est: virum sapientem vereque Socraticum: ad primum nuncii relatum de postuisse coronam» [Castro Guisasola: 131; Deyermond, 1961: 83].

349.– Petrarca, *De rebus familiaribus*, *Epistola* 12: «Anaxagoras, mortem filii nuntianti, «Nichil» inquit, «novum aut inexpectatum audio; ego, enim, cum sim mortalis, sciebam ex me genitum esse mortalem» [Castro Guisasola: 131 y 151; Deyermond, 1961: 42].

ro de sospecha.³⁵⁰ ¿Qué faré cuando entre en tu cámara y retraimiento y la halle sola? ¿Qué haré de que no me respondas si te llamo? ¿Quién me podrá cubrir la gran falta que tú me hazes? Ninguno perdió lo que yo el día de hoy, aunque algo conforme parecía la fuerte animosidad de Lambas de Auria, duque de los atenienses, que a su hijo herido con sus braços desde la nao echó en la mar;³⁵¹ porque todas estas son muertes que si roban la vida, es forçado de complir con la fama. Pero ¿quién forzó a mi hija morir sino la fuerte fuerça de amor? Pues, mundo halague-ro, ¿qué remedio das a mi fatigada vejez? ¿Cómo me mandas quedar en ti conociendo tus falacias³⁵², tus lazos, tus cadenas y redes con que pescas nuestras flacas voluntades? ¿A dó me pones mi hija? ¿Quién acompañará mi desacompañada morada? ¿Quién terná en regalos mis años que caducan? ¡Oh amor, amor, que no pensé que tenías fuerça ni poder de matar a tus subjectos! Herida fue de ti mi juventud; por medio de tus brasas passé. ¿Cómo me soltaste para me dar la paga de la huida en mi vejez? Bien pensé que de tus lazos me había librado cuando los cuarenta años toqué, cuando fui contento con mi conjugal compañera, cuando me vi con el fruto que me cortaste el día de hoy. No pensé que tomavas en los hijos la vengança de los padres. Ni sé si hieres con hierro ni si quemas con fuego. ‘Sana dexas la ropa, lastimas el corazón’.³⁵³ Hazes que ‘feo amen y hermoso les parezca’.³⁵⁴ ¿Quién te dio tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene? Si amor fuesses, amarías a tus sirvientes; si los amasses, no les darías pena; si alegres biviessen, no se matarían, como agora mi amada hija. ¿En qué pararon tus sirvientes y sus ministros? La falsa alcahueta Celestina murió a manos de los más fieles compañeros, que ella para tu servicio emponçoñado jamás halló; ellos murieron degollados; Calisto despeñado; mi triste hija quiso tomar la misma muerte por seguirle. Esto todo causas. Dulce nombre te dieron, amargos hechos hazes. No das iguales galardones. Inicua es la

350.– Petrarca, *De remediis*, II, 48: «Nec te praeterit: ut Propheta idem et rex filium quem languentem flevrat: non flevit extinctum: cogitans quae irrecuperabilia lugere supervacuae dementiae verius quam pietatis est... Amisisti simul et metus multos infinitamque materiam sollicitudinum et curarum: quibus ut careres vel tibi vel filio moriendum fuit. Securum patrem sola mors facit» [*Celestina comentada*: 221r; Castro Guisasola: 126-27; Deyermond, 1961: 61-62].

351.– Petrarca: «Lambas de Auria: vir acerrimus atque fortissimus: dux Ianuensium fuisse narratur: eo maritimo praelio quod primum cum Venetis habuerunt... Cunque in eo congressu filius illi unicus florentissimus adolescens qui paternae navis proram obtinebat: sagitta traiectus: primus omnium corruisset: ac circa iacentem luctus horrendus sublatus esset: accurrit pater et non gemendi inquit: sed pugnandi tempus est. Deinde versus ad filium postquam in eo nullam vitae spem videt... proiecit in medios fluctus», *De rebus familiaribus, Epistola* 13 [Castro Guisasola: 131; Deyermond, 1961: 72-73].

352.– En el texto: *falsias*, sigo a la *Comedia*.

353.– «Dejar sana la ropa y lastimar el corazón; Ofender con malas palabras» [Correas].

354.– Evoca el refrán: «Quien a feo ama, fermoso le parece», o «Lo más feo, con interés hermoso es».

ley que a todos igual no es.³⁵⁵ Alegra tu sonido, entristece tu trato. Bienaventurados los que no conociste o de los que no te curaste. Dios te llamaron otros, no sé con qué error de su sentido traídos. Cata que Dios mata los que crió, tú matas los que te siguen. Enemigo de toda razón, a los que menos te sirven das mayores dones, hasta tenerlos metidos en tu congoxosa dança. Enemigo de amigos, amigo de enemigos, ¿por qué te riges sin orden ni concierto? Ciego te pintan, pobre y moço; pónente un arco en la mano con que tires a tiento; más ciegos son tus ministros, que jamás sienten ni veen el desabrido galardón que se saca de tu servicio. Tu fuego es de ardiente rayo, que jamás haze señal do llega. La leña que gasta tu llama son almas y vidas de humanas criaturas, las cuales son tantas que de quién començar pueda apenas me ocurre, no sólo de cristianos, más de gentiles y judíos, y todo en pago de buenos servicios. ¿Qué me dirás de aquel Macías de nuestro tiempo, cómo acabó amando, cuyo triste fin tú fuese la causa? ¿Qué hizo por ti Paris, qué Helena? ¿Qué hizo Ypermestra, qué Egisto? Todo el mundo lo sabe.³⁵⁶ Pues a Sapho, Ariadna, Leandro, ¿qué pago les diste? Hasta David y Salomón no quisiste dexar sin pena. Por tu amistad Sansón pagó lo que mereció, por creerse de quien tú le forçaste a darle fe. Otros muchos que callo, porque tengo harto que contar en mi mal. Del mundo me quexo porque en sí me crió, porque no me dando vida, no engendrara en él a Melibea; no nascida, no amara; no amando, cessara mi quexosa y desconsolada postrimería. ¡Oh mi compañera buena! ¿O mi hija despedaçada! ¿Por qué no quesiste que estorvasse tu muerte? ¿Por qué no hoviste lástima de tu querida y amada madre? ¿Por qué te mostraste tan cruel con tu viejo padre? ¿Por qué me dexaste penado? ¿Por qué me dexaste triste y solo *In hac lachrymarun valle?*³⁵⁷

355.– Petrarca, *De remediis*, I, 1: «Iniquissima vero lex: quae non omnibus una est» [Castro Guisasola: 127; Deyermond, 1961: 58]. Aunque es una frase trillada en derecho.

356.– Se ha visto en esta relación de personajes históricos una influencia de la *Fiammetta* de Boccaccio [Castro Guisasola: 144-45].

357.– Frase muy conocida del *Salve regina*: «Salve Regina, Mater misericordiae, vita, dulcedo, vita et spes nostra salve. Ad te clamamus exules filii Evae. Ad te suspiramus, gementes et flentes, *in hac lachrymarum valle*. Eia ergo...»



Concluye el autor aplicando la obra al propósito porque la acabó

Pues aquí vemos cuán mal fenescieron
 aquestos amantes, huigamos su dança;
 amemos a aquel que espinas y lança,
 açotes y clavos su sangre vertieron.
 Los falsos judíos su haz escupieron,
 vinagre con hiel fue su potación,
 porque nos lleve con el buen ladrón
 de dos que a sus santos lados pusieron.

No dudes ni ayas vergüença, lector,
 narrar lo lascivo que aquí se te muestra,
 que siendo discreto verás que es la muestra
 por donde se vende la honesta lavor.
 De nuestra vil massa, con tal lamedor,
 consiente coxquillas de alto consejo,
 con motes y trufas del tiempo más viejo,
 escriptas a bueltas le ponen sabor.

Y assí, no me juzgues por esso liviano,
 mas antes zeloso de limpio bivar;
 zeloso de amar, temer y servir
 al alto Señor y Dios soberano.
 Por ende, si vieres turbada mi mano,
 turvias con claras mezclando razones,
 dexa las burlas, que es paja y grançones,
 sacando muy limpio de entrellas el grano.



Alonso de proaza, corrector de la impresión, al lector

La harpa de Orpheo y dulce armonía
 forçava las piedras venir a su son,
 abríe los palacios del triste Plutón,
 las rápidas aguas parar las hazía.
 Ni ave bolava ni bruto pascía;
 ella assentava en los muros troyanos
 las piedras y froga sin fuerça de manos,
 según la dulçura con que se tañía.

Prosigue y aplica

Pues mucho más puede tu lengua hazer,
 lector, con la obra que aquí te refiero,
 que a un corazón más duro que azero,
 bien la leyendo, harás licuescer.

Harás al que ama amar no querer,
 harás no ser triste al triste penado,
 al que es sin aviso, harás avisado;
 así que no es tanto las piedras mover.

Prosigue

No debuxó la cómica mano
 de Nevio ni Plauto, varones prudentes,
 tan bien los engaños de falsos sirvientes
 y malas mujeres en metro romano.
 Cratino y Menandro y Magnes anciano
 esta materia supieron apenas
 pintar en estilo primero de Atenas
 como este poeta en su castellano.

Dize el modo que se ha de tener leyendo esta Tragicomedia

Si amas y quieres a mucha atención
 leyendo a Calisto mover los oyentes,
 cumple que sepas hablar entre dientes,
 a veces con gozo, esperanza y pasión,
 a veces airado con gran turbación;
 finge, leyendo, mil artes y modos;
 pregunta y responde por boca de todos,
 llorando y riyendo en tiempo y sazón.

*Declara un secreto que el autor encubrió en los metros
 que puso al principio del libro*

Ni quiere mi pluma ni manda razón
 que quede la fama de aqueste gran hombre,
 ni su digna gloria ni su claro nombre
 cubierto de olvido por nuestra ocasión.
 Por ende, juntemos de cada renglón
 de sus onze coplas la letra primera,
 las cuales descubren por sabia manera
 su nombre, su tierra, su clara nación.

Toca cómo se devía la obra llamar 'Tragicomedia' y no 'Comedia'

Penados amantes jamás conseguieron
 de empresa tan alta tan prompta victoria,
 como estos de quien recuenta la historia,

ni sus grandes penas tan bien sucedieron.
 Mas como firmeza nunca tovieron
 los gozos de aqueste mundo traidor,
 suplico que llores, discreto lector,
 el trágico fin que todos hovieron.

*Describe el tiempo y lugar en que la obra primeramente
 se imprimió acabada.*

El carro Phebeo, después de haver dado
 mil y quinientas bueltas en rueda,
 ambos entonçes los hijos de Leda
 a Phebo en su casa tenién possentado,
 cuando este muy dulce y breve tratado,
 después de revisto y bien corregido,
 con gran vigilancia puntado y leído,
 fue en Salamanca impresso acabado.

Registro de la *Tragicomedia*

A. B. C. D. E. F. G. H. I. Todos son cuadernos excepto I que es terno.

Tragicomedia de Calisto y Melibea. Agora nuevamente revista y corregida con los argumentos de cada auto en principio. Acábase con diligencia estudio impressa en la insigne ciudad de Valencia por Juan Jofré a XXVII de Março de M. D. y XVIII años.

Registro de la Tragicomedia.

A. B. C. D. E. F. G. H. I. todos son que demas excepto. J. que es ternero.

Tragicomedias de Calisto y Melibea. Agora nuevamente revista y corregida con los argumentos de cada auto en principio acabasse con diligencia studio impressa en la insigne ciudad de Valencia por Juan Joffre a XXVII. de Março de MD. D. y XVIII. años.

Bibliografía citada en las notas

- Albuixech, Lourdes, «Insultos, pullas y vituperios en *Celestina*», *Celestinesca*, 25.1-2 (2001), pp. 57-68.
- Amasuno, Marcelino V., «*Fœmina res fragilis, res lubrica, res puerilis*: De nuevo ante 'Mira a Bernardo', *eHumanista*, 17 (2011), pp. 1-77.
- Armistead, Samuel G., James T. Monroe, & Joseph H. Silverman, «Was Calixto's Grandmother a Nymphomaniac Mamlūk Princess? (A Footnote on «*Lo de tu abuela con el ximio*» [*La Celestina*, Aucto 1])», *eHumanista* 14 (2010), pp. 1-23.
- Blüher, Karl. A., *Séneca en España. Investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVII*, traducción de *Seneca in Spanien*, (Munich, 1969), Madrid: Gredos, 1983.
- Botta, Patrizia, «El texto en movimiento (de la *Celestina* de Palacio a la *Celestina* posterior)», en *Cinco siglos de «Celestina»: Aportaciones interpretativas*, ed. Rafael Beltrán y José Luis Canet, «Col.lecció Oberta», Valencia: Universitat de Valencia, 1997, pp. 135-159.
- , «*El paso de la Comedia a la Tragicomedia*», en *Actas del Simposio Internacional «1502-2002: Five Hundred Years of Fernando de Rojas' «Tragicomedia de Calisto y Melibea» (18-19 de octubre de 2002, Departamento de Español y portugués, Indiana University, Bloomington)*, ed. de Juan Carlos Conde, New York: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 2007, pp. 92-113.
- , «Dos problemas de interpretación: 1. «Calisto ha seydo» (Auto I, 1ª escena); 2. «no te duele a ti en ese lugar» (Auto XI, última escena)», en *Celestinesca*, 26 (2002), 45-52.
- Canet, José Luis, «La filosofía moral y la *Celestina*», *Ínsula*, 633 (1999), pp. 22-24.
- , «Hechicería versus libre albedrío en la *Celestina*», en *El jardín de Melibea*. Burgos: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 201-227.
- , «Humanismo cristiano, trasfondo de las primitivas comedias», en *Relación entre los teatros español e italiano: siglos XV-XX*, eds. Irene Romera y Josep Lluís Sirera, Valencia: Servei de Publicacions Universitat de València, Col. Parnaseo, 2007-a, pp. 15-28.
- , «*Celestina*, 'sic et non'. ¿Libro escolar-universitario?», *Celestinesca*, 31 (2007-b), pp. 23-58.
- , «La *Celestina* en la 'contienda' intelectual y universitaria de principios del s. XVI», *Celestinesca* 32 (2008-a), pp. 85-107.

- Canet, José Luis, «Género y dramaturgia de *La Celestina*», en *Theatralia. La dramaturgia de 'La Celestina'*, vol. 10, eds. José María Ruano de la Haza y Jesús G. Maestro, Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2008-b, pp. 27-42.
- , «Introducción» a la *Comedia de Calisto y Melibea*, ed. crítica, Valencia: PUV, 2010.
- , «*La Celestina y el paulinismo*», «De ninguna cosa es alegre posesión sin compañía». *Estudios celestinescos y medievales en honor del profesor Joseph Thomas Snow*, coord. Devid Paolini, New York: Hispanic Seminar of Medieval Studies, 2010, vol. I, 69-83.
- Cantalapiedra Erostarbe, Fernando, «Los refranes de *Celestina* y el problema de su autoría», *Celestinesca*, 8-1 (1984), pp. 49-53.
- , «El refranero celestinesco», *Celestinesca*, 19 (1995), pp. 31-56.
- , *TragiComedia de Calisto y Melibea. V Centenario: 1499-1999. Edición crítica, con un estudio sobre la Autoría y la «Floresta celestinesca»*, Kassel: Edition Reichenberger, 2000.
- Conde, Juan Carlos, «El manuscrito II-1520 de la Biblioteca de Palacio y *La Celestina*: balance y estado de la cuestión», *Cinco Siglos de Celestina: Aportaciones interpretativas*, ed. Rafael Beltrán y José Luis Canet, «Col.lecció Oberta», Valencia: Universitat de Valencia, 1997, pp. 161-185.
- Castro Guisasola, F., *Observaciones sobre las fuentes literarias de 'La Celestina'*, Madrid: Espasa Calpe, 1973 (1ª edición de 1924).
- Cátedra, Pedro M., *Amor y pedagogía en la Edad Media*, Salamanca: Universidad e Salamanca, 1989.
- Celestina comentada*, ed. de Fothergill-Payne, Louise; Fernandez Rivera, E.; Fothergill-Payne, P., Salamanca: Publicaciones de la Universidad de Salamanca, Colección Textos recuperados XX, 2002.
- Deyermond, Alan, «The Index to Petrarch's Latin Works as a Source of *La Celestina*», *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXI (1954), pp. 141-49.
- , *The Petrarchan Sources of 'La Celestina'*, Oxford: Oxford University Press, 1961 (utilizo la reimpresión de Westport, Greenwood Press, 1975). Versión en red: <<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=11017&portal=67>>.
- , «Introducción a *La Celestina*», en *Historia y crítica de la literatura Española*, vol. I, *Edad Media*, Barcelona: Ed. Crítica, 1979.
- , «*La Celestina* como cancionero», en *Cinco siglos de «Celestina»: Aportaciones interpretativas*, ed. de Rafael Beltrán y José Luis Canet, Valencia: Universitat de Valencia, 1997, pp. 91-105.
- Di Camillo, Ottavio, «Hacia el origen de la *Tragicomedia*: huellas de la *princeps* en la traducción al italiano de Alfonso Ordóñez», en *Actas del Simposio Internacional '1502-2002: Five Hundred Years of Fernando de Rojas' «Tragicomedia de Calisto y Melibea» (18-19 de octubre de 2002, Departamento de Español Y portugués, Indiana Universitu, Bloomington)*, ed. de Juan Carlos Conde, New York: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 2007, pp. 115-145.

- Di Camillo, Ottavio, «When and Where was the First Act of *La Celestina* Composed? A Reconsideration», en «*De ninguna cosa es alegre posesión sin compañía*». *Estudios celestinescos y medievales en honor del profesor Joseph Thomas Snow*, coord. Devid Paolini, New York: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 2010, vol. I, pp. 91-157.
- Díaz-Mas, Paloma, «Sobre la fortuna del romance ‘Mira Nero de Tarpeya’», en *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae*, ed. de José L. Melena, Vitoria: Univesidad del País Vasco, 1985, Vol. 1, pp. 795-798.
- Escudero, Juan M., «La expresión ‘comedor/comendador de huevos asados’ en la *Celestina*. Nuevos asedios interpretativos», *Rivista de Filologia e Letterature Ispaniche*, 1 (1998), pp. 197-201.
- Faulhaber, Charles B., «*Celestina* de Palacio: Madrid, Biblioteca de Palacio, MS 1520», *Celestinesca*, 14.2 (1990), pp. 3-39.
- Fernández Rivera, Enrique, «Huevos asados: nota marginal», *Celestinesca*, 17.1 (1993), pp. 57-60.
- , «El plebérico corazón, Erasístrato y la plétora», *Celestinesca*, 33 (2009), pp. 71-85.
- Fothergill-Payne, Louise, *Seneca and «Celestina»*, Cambridge: Cambridge University Press, 1988.
- Garci-Gómez, Miguel, «‘Amor impervio’ o ‘amor improvo’ (*La Celestina*, I, 94)», *Celestinesca*, 4.2 (1980), pp. 3-8.
- , «‘Eras e Crato médicos’: identificación e interpretación», *Celestinesca*, 5.1 (1982), pp. 9-14.
- Gerli, E. Michael, «‘Mira a Bernardo’: alusión sin sospecha», *Celestinesca*, 1.2 (1977), pp. 7-10.
- Gómez Canseco, Luis, «‘El cuchillo de tu abuelo’: En torno a la edición de un lugar oscuro en el auto I de *La Celestina*», *Celestinesca*, 39 (2015), pp. 27-38.
- Kelley, Erna Berndt, «Popularidad del romance ‘Mira Nero de Tarpeya’», en *Estudios dedicados a James Homer Herriott*, Madison: Dept of Spanish & Portuguese, Univ. of Wisconsin, 1966, pp. 117-126.
- Lida de Malkiel, María Rosa, *La originalidad artística de «La Celestina»*, Buenos Aires: EUDEBA, 1962.
- Lobera-Serés: Fernando de Rojas (y antiguo autor), *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, ed. y estudio de Francisco J. Lobera, Guillermo Serés, Paloma Díaz-Mas, Carlos Mota e Iñigo Ruiz Arzálluz y Francisco Rico, Barcelona: Crítica, 2000.
- Lozano-Renieblas, Isabel, «Minerva con el can», *Celestinesca*, 15.1 (1991), 75-78.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino, *Orígenes de la novela, III*, NBAE, 14, Madrid: Casa Editorial Bailly-Baillière, 1910.
- Miguel Martínez, Emilio de, en «*La Celestina*» de Rojas, Madrid: Gredos, 1996.
- Morros Mestre, Bienvenido, «‘Mira a Bernardo’ y los autores de *La Celestina*», *Medioevo romanzo*, 26.2 (2002), pp. 296-310.

- Morros Mestre, Bienvenido, (ed.): Fernando de Rojas, *La Celestina*, Barcelona: Vicens Vives, 1996.
- MP: *Manuscrito de la Biblioteca de Palacio*, (fragmento del Acto *i* de la *Comedia*), ed. de Charles B. Faulhaber en: «*Celestina* de Palacio: Roja's holograph manuscript», *Celestinesca*, 15.1 (1991), pp. 3-52.
- Paolini, Devid, «De «viles acemileros» y «Minerva con el can»: una posible lectura», *Revista de filología española*, 97.1 (2017), pp. 205-214.
- Pérez Priego, Miguel Ángel, «*La Celestina* y el *Diálogo entre el viejo, el amor y la mujer hermosa*», en *Cinco siglos de «Celestina»: Aportaciones interpretativas*, ed. Rafael Beltrán y José Luis Canet, Valencia: Universitat de València (Col.lecció oberta), 1997, pp. 189-198.
- , «El conjuro de *Celestina*», en *El mundo como contienda: estudios sobre 'La Celestina'*, coord. de Pilar Carrasco, Málaga: Universidad de Málaga, 2000, pp. 77-88.
- , «Mena y Cota: los otros autores de *La Celestina*», en F. B. Pedraza, R. González, & G. Gómez Rubio (eds.), '*La Celestina*', *V centenario (1499-1999). Actas del Congreso Internacional (Salamanca, Talavera de la Reina, Toledo, La Puebla de Montalbán, 27 de septiembre - 1 de octubre de 1999)*, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pp. 147-164.
- Prieto de la Iglesia, Remedios, «Reflexiones sobre el Íncipit de las ediciones de la *Comedia de Calisto y Melibea* y el *Manuscrito de Palacio*», *Celestinesca*, 24 (2000), pp. 57-68.
- y Antonio Sánchez, «'Auctor', 'autor' y otros problemas semánticos concernientes a la autoría, gestación y ediciones de la *Celestina*», *Celestinesca*, 35 (2011), pp. 85-136.
- y Antonio Sánchez, «Posibles razones por las que la *Celestina* fue considerada anónima durante los siglos XVI-XVIII y creación de rojas a partir del XIX», *Celestinesca*, 40 (2016), pp. 135-158.
- Puerto Moro, Laura, *Obra conocida de Rodrigo de Reinoso*, San Millán de la Cogolla: Cilengua, 2010.
- Refranero Latino*: Cantera Ortiz de Urbina, Jesús (ed.), *Refranero Latino*, Madrid: Akal, 2005.
- Ruiz Arzálluz, Íñigo, «El mundo intelectual del 'antiguo auctor': las *Auctoritates Aristotelis* en *La Celestina* primitiva», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXVI (1996), pp. 265-284.
- , «Género y fuentes» en Fernando de Rojas (y «Antiguo Autor»), *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, edición y estudio de Francisco J. Lobera, Guillermo Serés, Paloma Díaz-Mas, Carlos Mota, Íñigo Ruiz Arzálluz y Francisco Rico, Barcelona: Crítica, 2000, pp. xcii-cxxiv.
- Russel, Peter E., «Discordia universal: *La Celestina* como 'floresta de filósofos'», *Insula*, 497 (1988), pp. 1-3.
- Russell, Peter E., (ed.), Fernando de Rojas, *Comedia o Tragicomedia de Calisto y Melibea*, ed. Madrid: Castalia, 1991.

- Saguar, Amaranta, «Las premisas bíblicas de un silogismo falaz: *Celestina* y Eclesiástico 13», en *El eterno presente de la literatura. Estudios literarios de la Edad Media al siglo XIX, Congreso de la Asociación ALEPH (9. 2012. Cádiz)*, ed. de María Teresa Navarrete y Miguel Soler, Aracne Editrice, 2013, pp. 85-94.
- , *Biblia y 'Celestina'. Base de datos de las referencias bíblicas en 'Celestina'*. <<http://bibliaycelestina.webcindario.com/>> (2013).
- , «Los libros sapienciales y *Celestina*: el caso paradigmático del *Eclesiástico*», en *El texto infinito. Reescritura y tradición en la Edad Media y el Renacimiento*, ed. Cesc Esteve Mestre, Universidad de Salamanca, SEMYR, 2014, pp. 963-975.
- , *Intertextualidades bíblicas en 'Celestina'*, Tesis doctoral in Medieval and Modern Languages (Spanish), Oxford, 2013. Posteriormente, publicada como *Intertextualidades bíblicas en 'Celestina'. Devotio moderna y humanismo cristiano*, Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2015.
- Salvador Martínez, H., «Cota y Rojas: contribución al estudio de las fuentes y la autoría de *La Celestina*», *Hispanic Review*, XLVIII (1980), pp. 37-55.
- Salvador Miguel, Nicasio, «La autoría de *La Celestina* y la fama de Rojas», *Epos*, 7 (1991), pp. 275-290.
- Snow, Joseph T., «La problemática autoría de *Celestina*», *Incipit*, XXV-XXVI (2005-2006), pp. 537-561.
- Terencio Africano, Publio, *El Eunuco*, traducción de Pedro Simón Abril, refundida por V. Fernández Llera, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005, <<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?portal=0&Ref=13230>>.
- Torregrosa Díaz, José Antonio, «'Cuando andan a pares los diez mandamientos' (*Celestina*, IX). Interpretación», *Celestinesca*, 37 (2013), pp. 139-148.
- Valdés, Juan de, *Diálogo de la lengua*, ed. de Juan M. Lope Blanch, Madrid, Castalia 1969.
- Webber, Edwin J., «The *Celestina* as an *arte de amores*», *Modern Philologie*, LV (1958-59), pp. 145-153.
- Whinnom: Diego de San Pedro, *Obras completas, II. Cárcel de amor*, ed. de Keith Whinnom, Madrid, Castalia, 1971.

Anejos Celestinesca

